

NO SOY UN

SERIAL

KILLER

Dan Wells

se

John Wayne Cleaver tiene 15 años y sabe que es diferente. Pero no porque sólo tenga un amigo ni porque ayude a su madre en el depósito de cadáveres. John es un sociópata que reconoce en sí mismo los clásicos signos de ser un incipiente asesino en serie. Para no hacer daño a nadie, John se ha creado un conjunto rígido de reglas para controlar su naturaleza más oscura y tener una vida normal. Pero cuando empiezan a haber una cadena de horripilantes asesinatos en su ciudad, John utilizará sus conocimientos sobre los asesinos en serie para investigar quién tiene aterrorizado el vecindario. Sus pesquisas le llevarán a descubrir el asesino: su vecino. Éste no sigue el patrón de un asesino en serie porque es un ser sobrenatural que mata porque necesita órganos de otros seres para seguir viviendo. Entonces John decide que si quiere pararlo, tendrá que romper con sus propias reglas y convertirse en asesino también.



Dan Wells

No soy un Serial Killer

John Wayne Cleaver -1

ePub r1.2

Eibisi 20.01.14

Título original: *I Am Not a Serial Killer*

Dan Wells, 2009

Traducción: Maia Figueroa Evans, 2012

Editor digital: Eibisi

Corrección de erratas: darthdahaar, alvardeflagg

ePub base r1.0



Para Rob, que me proporcionó el mejor incentivo que te puede dar un hermano
pequeño: consiguió publicar primero

«Debería yo haber sido un par de ásperas garras corriendo por los fondos de mares
silenciosos».

Poesías reunidas 1909-1968.

«La canción de amor de J. Alfred Prufrock».

T. S. ELIOT^[1]

Agradecimientos

Este libro debe su existencia a muchas personas, la mayoría de las cuales —que yo sepa— no son asesinos en serie.

En primer lugar debo mencionar a Brandon Sanderson, que un día me hizo callar en el coche y me dijo que dejara de hablar de *serial killers* y escribiera un libro sobre ellos, lo cual resultó ser una idea bastante buena que fue desarrollada y refinada por una serie de grupos de escritura y lectores con espíritu crítico que incluye (pero no se limita a). Peter Ahlstrom, Karla Bennion, Steve Diamond, Nate Goodrich, Nate Hatfield, Alan Layton, Jeanette Layton, Drew Olds, Ben Olsen, Bryce Moore, Janci Patterson, Emily Sanderson, Ethan Skarstedt, Isaac Stewart, Eric James Stone, Sandra Tayler y Kaylynn Zobell.

En lo profesional, debo dar las gracias a mi editor, Moshe Feder, y a mi absolutamente maravillosa agente, Sara Crowe. Sin su ayuda el libro seguiría estando bien pero no sería alucinante y tú jamás habrías oído hablar de él. Si lo encuentras alucinante, (de hecho, si lo has encontrado en algún sitio), es gracias a ellos.

Quiero dar un agradecimiento especial a mi querida esposa, Dawn, que me ofreció su apoyo mientras escribía este libro y no me abandonó después de leerlo. Otros miembros de la familia que tampoco me abandonaron son mi hermana Allison, mi hermano Rob, mi suegra Martha y mis pobres padres Robert y Patty. A todos vosotros: permitidme que insista en que este libro no es autobiográfico. Lo prometo.

1

La señora Anderson había muerto.

No fue para nada llamativo, simplemente murió de vieja; una noche se fue a dormir y ya no volvió a despertarse. Dicen que fue una manera digna y tranquila de morir y supongo que, técnicamente, es cierto. Pero los tres días que pasaron antes de que alguien se diese cuenta de que hacía tiempo que no la veía acabaron con gran parte de la dignidad de la situación. Al final, su hija pasó por su casa para ver qué tal estaba y se encontró con un cuerpo que llevaba tres días descomponiéndose y que apestaba como un perro atropellado. Y lo peor de todo no es la descomposición, sino los tres días. Pasaron setenta y dos horas antes de que alguien se molestara en decir: «Espera... ¿qué hay de esa señora mayor que vive junto al canal?». Eso sí que es poco digno.

Pero ¿la muerte fue tranquila? Seguro. Según el forense, murió discretamente el 30 de agosto, mientras dormía. Eso significa que murió dos días antes de que el demonio destripara a Jeb Jolley y lo dejara tirado en mitad de un charco, detrás de la lavandería. Y entonces aún no lo sabíamos, pero la señora Anderson fue la última persona en morir por causas naturales en el condado de Clayton en casi seis meses. El demonio se encargó del resto.

Bueno, de casi todos. Menos de uno.

Recibimos el cuerpo de la señora Anderson después de que el forense hubiera acabado con él el sábado 2 de septiembre, aunque supongo que debería decir que lo recibieron mi madre y tía Margaret, no yo. Ellas llevan la funeraria; y yo sólo tengo quince años. Había estado casi todo el día en el pueblo, viendo a la policía limpiar los restos de Jeb y volví justo cuando el sol empezaba a ponerse. Me colé por la puerta trasera, por si mi madre estaba delante; no tenía muchas ganas de verla.

En la trastienda no había nadie, sólo yo y el cadáver de la señora Anderson. Estaba sobre la mesa, debajo de una sábana azul, totalmente inmóvil. Olía a carne podrida y a insecticida, y el ventilador, que zumbaba ruidoso en el techo, no ayudaba mucho. Me lavé las manos en silencio, preguntándome de cuánto tiempo disponía; luego toqué el cuerpo con cuidado. La piel envejecida era mi favorita: seca y arrugada, con la misma textura que el papel antiguo. El forense no se había preocupado demasiado por limpiar el cuerpo, probablemente porque ya tenían suficiente trabajo con Jeb, pero por el olor supe que al

menos habían intentado matar los bichos. Después de tres calurosos días de final de verano, seguramente había un montón.

Una mujer abrió de golpe la puerta que daba a la parte delantera del local y entró vestida toda de verde, como una cirujana con traje y máscara. Me quedé parado creyendo que era mi madre, pero me miró fugazmente y se dirigió a un mostrador.

—Hola, John —dijo mientras cogía unos trapos estériles.

No era ella; sino su hermana Margaret. Eran gemelas y cuando llevaban máscara apenas podía distinguirlas. Sin embargo, la voz de mi tía era algo más ligera, un poco más... llena de energía, y siempre pensé que eso se debía a que nunca se había casado.

—Hola, Margaret.

Retrocedí un paso.

—Ron se está volviendo cada vez más vago —dijo mientras cogía el pulverizador de desinfectante—. Ni siquiera la ha limpiado; ha declarado la muerte como natural y nos la ha enviado tal cual. La señora Anderson se merecía algo mejor. —Se dio media vuelta para mirarme—. ¿Te vas a quedar ahí parado o me vas a ayudar?

—Perdona.

—Lávate.

Me remangué con entusiasmo y volví al lavamanos.

—Pero, de verdad —siguió diciendo—, no sé a qué se dedican en la oficina del forense, porque no es que estén muy ocupados. Aquí apenas nos da para seguir a flote.

—Jeb Jolley ha muerto —dije secándome las manos—. Lo han encontrado esta mañana, detrás de la lavandería automática.

—¿El mecánico? —preguntó Margaret bajando la voz—. Qué horror. Era más joven que yo. ¿Qué le ha pasado?

—Asesinato —dije, y descolgué una máscara y un delantal de la pared.

Se lo había cargado el demonio, pero entonces yo aún no lo sabía. Ni siquiera fui consciente de que existía hasta tres meses después. En agosto —y me parece que de eso hace ya una eternidad— nadie en el condado de Clayton tenía ni la menor idea del horror que se avecinaba.

—Creen que podría haber sido obra de un perro salvaje —le dije a Margaret—, pero parecía que las tripas estuvieran amontonadas.

—Qué horror —repitió Margaret.

—Bueno, eres tú la que se preocupa por el negocio —repliqué—. Dos cuerpos en una semana son dinerito.

—Ni se te ocurra hacer bromas sobre esto, John —me dijo con aire severo—. La muerte es triste incluso cuando te paga la hipoteca. ¿Estás listo?

—Sí.

—Estírale el brazo.

Cogí el brazo derecho y lo estiré; el rigor mortis hace que el cuerpo se ponga tan rígido que apenas puedes moverlo, pero esto dura un día y medio, más o menos. Este cadáver llevaba tanto tiempo muerto que los músculos habían vuelto a relajarse y, aunque la piel parecía de papel, la carne estaba blanda como la masa de pan. Margaret pulverizó desinfectante sobre el brazo y frotó cuidadosamente con un trapo.

Incluso cuando el forense hace su trabajo y limpia el cuerpo, nosotros siempre lo lavamos antes de empezar. El embalsamamiento es un proceso largo que incluye tareas muy precisas; se necesita poder empezar de cero.

—No veas cómo apesta esto —dije.

—Ella.

—No veas cómo apesta «ella» —me corregí.

Mi madre y Margaret estaban empeñadas en tratar a los muertos con respeto, pero llegado ese momento me parecía un poco tarde. Ya no era una persona, sino sólo un cuerpo. Una cosa.

—La verdad es que sí que huele —dijo Margaret—. Pobre señora, ojalá la hubieran encontrado antes. —Miró el ventilador que zumbaba detrás de la rejilla del techo—. Esperemos que el motor no nos deje tirados esta noche.

Margaret siempre decía lo mismo antes de embalsamar un cuerpo: era como un cántico sagrado. El ventilador siguió chirriando encima de nosotros.

—Pierna —dijo. Me acerqué al pie y lo estiré mientras ella la rociaba—. Vuélvete.

Sin soltar el pie con las manos enguantadas, me volví y miré hacia la pared mientras Margaret levantaba la sábana para limpiarle los muslos.

—Lo bueno de todo esto es que te apuesto lo que quieras a que hoy todas las viudas del condado han recibido una visita, o la tendrán mañana. Todos los que se enteren de lo de la señora Anderson irán directos a ver a su madre para quedarse tranquilos. La otra pierna.

Quería hacer un comentario sobre que los que se enterasen de lo de Jeb irían directos a ver a su mecánico, pero a Margaret nunca le han hecho gracia ese tipo de chistes.

Fuimos por todo el cuerpo, de la pierna al brazo, del brazo al tronco, del tronco a la cabeza, hasta que estuvo todo fregado y desinfectado. La sala olía a muerte y jabón. Margaret tiró los trapos al cesto de la ropa sucia y empezó a reunir los verdaderos

productos para embalsamar.

Llevaba ayudando a mi madre y a Margaret desde que era niño, antes de que mi padre se marchara. Mi primera tarea fue limpiar la capilla: recoger los programas, vaciar los ceniceros, pasar la aspiradora por el suelo y alguna que otra cosa más que un crío de seis años podía hacer solo. Las tareas se habían convertido en más importantes según yo iba creciendo, pero no pude ayudar con lo más divertido —embalsamar— hasta que cumplí los doce. Embalsamar era como... no sé cómo describirlo. Era como jugar con una muñeca gigante, vestirla, bañarla y abrirla para ver qué tenía dentro. Una vez, cuando tenía ocho años, espí a mi madre mientras embalsamaba; miré por el ojo de la cerradura para ver cuál era el gran secreto y, cuando a la semana siguiente destripé al osito, creo que no se dio cuenta de la conexión.

Margaret me pasó el algodón y yo lo sujeté mientras ella embutía pedacitos debajo de los párpados con cuidado. Los ojos empezaban a hundirse, se desinflaban al perder humedad y el algodón ayudaba a mantener la forma correcta para el velatorio de cuerpo presente. También servía para mantener los párpados cerrados y, por si acaso, mi tía siempre añadía un poco de adhesivo para mantener la humedad y el ojo cerrado.

—John, tráeme la pistola de agujas, por favor —me pidió, y yo me apresuré a dejar el algodón y coger la pistola de una mesita metálica que había junto a la pared. Se trata de un tubo largo de metal con un asidero para los dedos a cada lado, como una jeringuilla hipodérmica.

—¿Me dejas a mí esta vez?

—Claro —dijo levantando la mejilla y el labio superior del cadáver—. Justo aquí.

Coloqué la pistola con cuidado contra las encías y apreté: una pequeña aguja se clavó en el hueso. Tenía los dientes largos y amarillos. Añadimos otra aguja más a la mandíbula inferior, enhebramos un alambre por las dos y lo enroscamos bien para mantener la boca cerrada. Margaret aplicó adhesivo en un pequeño soporte de plástico, parecido a la piel de un gajo de naranja, y lo metió dentro de la boca para que no se abriera.

Cuando la cara estuvo lista, colocamos el cuerpo con cuidado: estiramos las piernas y doblamos los brazos en la clásica postura de «estoy muerto». En cuanto el formaldehído entra en los músculos, éstos se agarrotan y se ponen rígidos, así que lo primero que hay que hacer es arreglar el cuerpo si no quieres que la familia tenga que velar un cadáver deforme.

—Sujétale la cabeza —dijo Margaret y yo, muy obediente, puse una mano a cada lado de ésta para que no se moviera.

Ella exploró un poco con los dedos justo por encima de la clavícula derecha y después hizo una incisión larga y poco profunda en la base del cuello de la anciana. Cuando cortas un cadáver apenas sale sangre. Como el corazón no bombea, no hay presión sanguínea y la

gravedad empuja toda la sangre hacia la espalda. Éste llevaba muerto más de lo habitual, así que tenía el pecho flácido y vacío, mientras que la espalda estaba prácticamente de color morado, como una magulladura gigante. Margaret metió un pequeño gancho de metal en el agujero y sacó un par de venas grandes —bueno, técnicamente, una arteria y una vena—; después les hizo una lazada a cada una con hilo. Eran de color morado y resbaladizas, dos conductos que sobresalían unos centímetros del cuerpo y después se habían vuelto a esconder. Mi tía se dio media vuelta para preparar la bomba.

La mayoría de la gente no se da cuenta de la cantidad de productos químicos que utilizan los embalsamadores, pero lo primero que te llama la atención no es cuántos hay, sino la cantidad de colores diferentes que tienen. Cada botella —el formaldehído, los anticoagulantes, los cauterizadores, los germicidas, los acondicionadores y demás— tiene un llamativo color propio, como los zumos de fruta. La fila de fluidos de embalsamar parece un puesto de granizados de feria. Margaret elegía los productos con cuidado, como si escogiera los ingredientes de una sopa: no todo el mundo los necesitaba todos y decidir la receta para un cadáver en concreto tenía tanto de arte como de ciencia. Mientras ella se ocupaba de eso, solté la cabeza y cogí el bisturí. No siempre me dejaban hacer incisiones, pero si lo hacía mientras ellas no miraban, normalmente me salía con la mía. Además se me daba bien, y eso era un punto a mi favor.

Íbamos a utilizar la arteria que había sacado Margaret para bombear el cóctel de productos químicos que estaba preparando hacia dentro del cuerpo; mientras se llenaba con éstos, los fluidos antiguos como la sangre y el agua serían empujados hacia el exterior por la vena que habíamos sacado y de allí a un tubo de drenaje, y, a su vez, al suelo. Cuando me enteré de que todo iba a parar al alcantarillado me sorprendí, pero en realidad ¿dónde lo iban a tirar si no? No es peor que todo lo que ya hay ahí abajo. Sujeté la arteria y lentamente hice un corte transversal, con cuidado de no cercenarla por completo. Cuando el agujero estuvo listo, cogí la cánula —un tubo curvado de metal— y deslicé el extremo más fino en la abertura. La arteria parecía de goma, como una manguera fina, y estaba cubierta de diminutas fibras de músculo y capilares. Con mucha suavidad, coloqué el tubo metálico sobre el pecho e hice un corte similar en la vena, pero esta vez inserté un tubo de drenaje que estaba conectado a una larga bobina de goma transparente que serpenteaba hasta el sumidero del suelo. Até bien fuerte los hilos que Margaret había anudado alrededor de cada vena y las sellé.

—Muy bien —dijo Margaret empujando la bomba hacia la mesa.

La bomba tenía ruedas para poder apartarla de en medio del camino, pero en ese momento ocupó el lugar de honor, en el centro de la sala, mientras mi tía conectaba el tubo principal a la cánula que yo había insertado en la arteria. Estudió el cierre un instante, asintió en mi dirección con aprobación y vertió el primer producto en el tanque superior de la bomba: un anticoagulante de color naranja fosforescente para deshacer los coágulos. Pulsó un botón y la bomba arrancó como si despertara de un largo sueño, sincopada como

el verdadero latir de un corazón; Margaret la vigiló atentamente mientras toqueteaba los mandos que controlaban la presión y la velocidad. La presión del cadáver se normalizó con rapidez y pronto la sangre, oscura y densa, empezó a desaparecer por la alcantarilla.

—¿Qué tal el instituto? —preguntó Margaret, quitándose uno de los guantes de goma para rascarse la cabeza.

—Sólo llevo un par de días —respondí—. La primera semana es muy tranquila.

—Pero es tu primera semana de instituto, es bastante emocionante, ¿no crees?

—No especialmente.

El anticoagulante había desaparecido casi por completo, así que vertió un acondicionador de color azul chillón en la bomba, con el fin de ayudar a preparar los vasos para el formaldehído. Se sentó.

—¿Has hecho algún amigo nuevo?

—Sí —dije—. Toda una escuela nueva se ha mudado a la ciudad durante el verano, así que es un milagro que no tenga que conformarme con la misma gente que conozco desde la guardería. Y, claro, todos querían ser amigos del rarito. Ha sido enternecedor.

—No deberías burlarte de ti mismo de esa manera.

—De hecho, me estaba burlando de ti.

—Eso tampoco deberías hacerlo —dijo, y por los ojos supe que sonreía un poco.

Se volvió a poner ante la bomba para introducir más productos químicos en ella y, ahora que los dos primeros ya estaban abriéndose paso por el cuerpo, empezó a confeccionar el verdadero fluido embalsamador: un hidratante y un suavizante de agua para impedir que los tejidos se hincharan, conservantes y germicidas para que el cadáver se mantuviera en buenas condiciones (o en todo lo buenas que podía estar en aquel momento) y tinte para darle un resplandor rosado y muy real. Por supuesto, la clave está en el formaldehído: un potente veneno que mata todo lo que hay en el cuerpo, endurece los músculos, macera los órganos y que se trata en realidad de lo que embalsama. Margaret añadió una buena dosis de formaldehído seguida de un perfume viscoso de color verde para tapar el aroma acre. El tanque de la bomba era un caldero en el que se revolvía una amalgama de colores chillones, como una máquina de granizado. Cerró la tapa con fuerza y me llevó hasta la puerta trasera: el ventilador no era lo suficientemente bueno como para arriesgarse a estar en la sala con todo ese formaldehído. Fuera había oscurecido por completo y la ciudad había enmudecido casi totalmente. Me senté en el escalón mientras mi tía se apoyaba en la pared, vigilando desde la puerta el interior por si algo salía mal.

—¿Ya te han puesto deberes?

—Tengo que leer las introducciones de la mayoría de los libros de texto durante el fin

de semana, cosa que, por supuesto, todo el mundo hace siempre, además de hacer un trabajo para la asignatura de historia.

Margaret me miró intentando aparentar indiferencia, pero apretaba los labios con fuerza y empezó a parpadear. Años de experiencia me decían que algo la inquietaba.

—¿Os han dado un tema? —preguntó.

Mantuve una expresión impasible.

—Figuras importantes de la historia americana.

—Así, que... ¿George Washington? O puede que Lincoln.

—Ya lo he escrito.

—Ah, genial —dijo sin pensarlo de verdad. Esperó un momento más y dejó de fingir—. ¿Tengo que adivinarlo o me vas a decir sobre cuál de tus psicópatas has escrito?

—No son «mis» psicópatas.

—John...

—Dennis Rader —dije mirando hacia la calle—. Lo pillaron hace unos años, así que pensé que tenía cierto tono de crónica de actualidad.

—John, Dennis Rader es el asesino ATM: es un homicida. Te han pedido una gran figura, no un...

—El profesor nos dijo que habláramos de una figura importante, no de una gran figura; así que los malos también cuentan —dije—. Incluso sugirió a John Wilkes Booth como una de las opciones.

—No es lo mismo un asesino político que uno en serie.

—Ya lo sé —dije, y la miré—. Por eso he escrito el trabajo sobre él.

—Eres un chico muy inteligente; lo digo en serio. Seguramente eres el único que ya tiene el trabajo hecho, pero no puedes... no es normal, John. Tenía esperanzas de que dejaras atrás esta obsesión tuya con los homicidas.

—Homicidas, no: asesinos en serie.

—Ésa es la diferencia entre tú y el resto del mundo, John. Nosotros no vemos cuál es la diferencia.

Volvió adentro para ponerse con la cavidad del cadáver: absorber toda la bilis y el veneno hasta que estuviera limpio y purificado. Me quedé fuera, a oscuras; miré al cielo y esperé.

No sé qué estaba esperando.

2

No nos trajeron el cuerpo de Jeb Jolley esa misma noche, ni siquiera poco después. Pasé la semana siguiente sin aliento por las expectativas, volviendo a casa a la carrera todas las tardes al terminar el instituto para ver si ya había llegado. Me sentía como si fuera Navidad. Pero el forense se quedó el cadáver mucho más tiempo de lo que es habitual para realizar una autopsia completa. El *Clayton Daily* publicó artículos sobre la muerte de Jeb a diario y el martes confirmó por fin que la policía sospechaba que era un asesinato. La primera impresión fue que Jeb había muerto a manos de un animal salvaje, pero al parecer tenían varias pistas que indicaban un ataque mucho más deliberado. Por supuesto, no revelaron la naturaleza de aquellas pistas, pero aun así era el acontecimiento más sensacional que había tenido lugar en el condado de Clayton en toda mi vida.

El jueves nos devolvieron los trabajos de historia; el profesor me puso un diez y escribió «¡Interesante elección!» en el margen. A Maxwell, el chico con quien solía juntarme, le restó dos puntos por la extensión del texto y otros dos más por las faltas de ortografía: había escrito media página sobre Albert Einstein y había escrito su apellido de una manera diferente cada vez.

—Tampoco es que haya mucho que decir sobre él —dijo Max cuando estábamos sentados a una mesa en una esquina del comedor del instituto—. Descubrió eso de $e=mc^2$ y las bombas nucleares, y ya está. Tuve suerte de que hubiera lo suficiente para llenar media página.

En realidad, Max no me caía bien y, ése era uno de mis rasgos más sociales, porque la verdad es que Max no le caía bien a nadie. Era bajo, un poco gordo, llevaba gafas y un inhalador a todas partes, y tenía el armario repleto de ropa de segunda mano. Por si fuera poco, su actitud era muy desconsiderada y desagradable, y hablaba demasiado alto y con autoridad sobre temas de los que sabía bien poco. Dicho de otro modo, actuaba igual que el típico abusón de instituto sin tener fuerza ni carisma en los que apoyarse. A mí todo esto ya me parecía bien, porque tenía la única cualidad que yo deseaba en un conocido del instituto: le gustaba hablar y poco le importaba si yo le prestaba atención o no. Formaba parte de mi plan para no llamar la atención: por separado no éramos más que un chaval raro que hablaba solo y otro chaval raro que nunca hablaba con nadie; pero juntos éramos un par de rarunos que tenían lo que se podía considerar una conversación. No era mucho,

pero aparentábamos ser más normales. Dos negativos hacían un positivo.

El instituto de Clayton era viejo y se caía a pedazos, como el resto del pueblo. Chicos de todo el condado venían en autobús y yo calculaba que al menos la tercera parte de ellos venía de granjas y municipios de fuera de los límites de la ciudad. Había un par de ellos a los que no conocía, ya que algunas de las familias de más lejos educaban a sus hijos en casa hasta que tenían edad de ir al instituto, pero en general los chavales que había eran los mismos con los que había crecido desde la guardería. A Clayton nunca venía nadie nuevo; se limitaban a pasar de largo por la interestatal y apenas echaban un vistazo al hacerlo. La ciudad estaba tirada junto a la autopista y se pudría como un animal muerto.

—¿Sobre quién has escrito? —dijo Max.

—¿Qué?

Llevaba un rato sin prestarle atención.

—Te he preguntado que sobre quién hiciste el trabajo. Apuesto a que sobre John Wayne.

—¿Por qué iba a hacerlo sobre John Wayne?

—Porque os llamáis igual.

Tenía razón: me llamo John Wayne Cleaver. Mi hermana se llama Lauren Bacall Cleaver. Mi padre era muy fan de las pelis antiguas.

—Llamarse igual que alguien no significa que esa persona fuese interesante —dije observando la multitud—. ¿Y tú por qué no has escrito sobre Maxwell House?

—¿Hay alguien que se llame así? —preguntó Max—. Creía que era una marca de café.

—Lo hice sobre Dennis Rader. El asesino ATM.

—¿Qué significa ATM?

—Atar, torturar, matar —dije—. Así es como Dennis Rader firmaba todas las cartas que escribía a la prensa.

—Menudo pirado. ¿A cuánta gente mató?

Era obvio que el tema no le incomodaba demasiado.

—Puede que a unas diez personas. La policía todavía no lo tiene claro.

—¿Sólo diez? Eso no es nada. Podrías cargarte a más atracando un banco. Al tipo ese del proyecto que hiciste el año pasado se le daba mucho mejor.

—No importa a cuántos maten —le dije—. Y no hay nada de bueno en ello; está mal hecho.

—Entonces, ¿por qué hablas de ellos todo el rato?

—Porque lo que está mal es interesante.

Sólo estaba prestando atención a la conversación a medias; en realidad estaba pensando en lo guay que sería ver un cadáver separado en partes, después de una autopsia.

—Qué raro eres, tío —dijo Max y le dio otro bocado al sándwich—. No hay nada más que decir: cualquier día matarás a un montón de gente. Seguramente a más de diez, porque siempre quieres hacer más de lo que se espera de ti y entonces me entrevistarán en la tele y me preguntarán si yo había visto venir esto, y les diré: «Joder, claro que sí; ese tío estaba totalmente pirado».

—Entonces supongo que tendré que matarte a ti primero.

—Sí, claro —dijo Max entre risas y sacó el inhalador—. Soy el único amigo que tienes en el mundo, a mí no me matarías. —Tomó una dosis y lo volvió a guardar en el bolsillo—. Además, mi padre estuvo en el ejército y tú eres un *emo* flacucho. Ya me gustaría verte intentarlo.

—Jeffrey Dahmer —dije. Sólo estaba escuchando a medias—. Era un caníbal que guardaba cabezas cortadas en el congelador.

—Ya me acuerdo —dijo Max y se le oscureció la mirada—. Después de ver los pósteres que hiciste tuve pesadillas. Qué pasada.

—Las pesadillas no son nada. Después de esos pósteres yo tuve que ir al terapeuta.

• • • • •

Llevaba mucho tiempo sintiendo fascinación —intentaba no utilizar la palabra «obsesión»— por los asesinos en serie, pero no fue hasta que hice el trabajo sobre Jeffrey Dahmer la última semana de secundaria cuando mi madre y mis profesores se preocuparon lo suficiente como para mandarme a terapia. Mi terapeuta se llamaba doctor Ben Neblin, y durante el verano tuve una cita con él todos los miércoles por la mañana. Hablábamos de un montón de cosas, como por ejemplo de que mi padre se había ido, del aspecto que tenían los cadáveres y de lo bonito que era el fuego, pero más que nada hablábamos de asesinos en serie. Me dijo que el tema no le gustaba y que le hacía sentir incómodo, pero eso no me impidió seguir hablando. Mi madre pagaba las sesiones y en realidad yo no tenía nadie más con quien hablar, así que a Neblin le tocó escucharlo todo.

Después de que en otoño empezaran las clases del instituto, la cita había cambiado a los jueves por la tarde, así que, cuando terminaron las clases, llené la mochila con la exagerada cantidad de libros que teníamos y pedaleé seis manzanas hasta su consulta. A mitad de camino doblé la esquina junto al viejo teatro y me desvié un poco de mi camino; la lavandería estaba a un par de manzanas y quería pasar por el sitio donde habían matado a Jeb.

Ya habían quitado la cinta de la policía, por fin, y la lavandería estaba abierta pero

vacía. La pared de atrás solamente tenía una ventana: pequeña, amarilla y con barrotes, que supuse pertenecía al baño. El patio trasero estaba aislado casi por completo, cosa que según el periódico dificultaba bastante la investigación policial; nadie había visto u oído el ataque, aunque calculaban que había ocurrido alrededor de las diez de la noche, cuando la mayoría de los bares todavía estaban abiertos. Cuando murió, Jeb seguramente iba de camino a casa desde uno de ellos.

Tenía la vaga esperanza de encontrar grandes siluetas de tiza en el asfalto: una del cuerpo y, al lado, la otra, la de la infame pila de tripas. Pero habían fregado toda la zona con una manguera a presión, y la sangre y la gravilla habían desaparecido.

Dejé la bici apoyada contra la pared y caminé despacio para ver qué veía, si es que había algo. El asfalto estaba a la sombra, fresco. También habían fregado un pedazo de la pared, casi hasta arriba, y no era difícil imaginarse dónde había estado el cuerpo; así que me arrodillé y escudriñé el suelo desde cerca. Aquí y allá descubrí manchurroneos de color violeta sobre la textura del asfalto, donde la sangre seca se había aferrado y se había resistido al agua.

Un minuto más tarde encontré una mancha más oscura allí cerca, también en el suelo: un pegote del tamaño de una mano de algo que era más negro y espeso que la sangre. Lo rasqué con la uña y conseguí levantar un poco; era como ceniza grasienta, como si alguien hubiese limpiado una barbacoa de carbón. Me limpié el dedo en los pantalones y me levanté.

Estar en un lugar donde alguien había muerto era extraño. Los coches zumbaban lentamente por la calle, ensordecidos por las paredes y la distancia. Intenté imaginar lo que había sucedido allí, de dónde venía Jeb, adónde iba y en qué lugar estaba cuando lo atacó el asesino. A lo mejor llegaba tarde a algún sitio y pasó por allí para acortar o quizá estuviera borracho y haciendo eses como un loco, sin saber bien dónde se encontraba. En mi cabeza lo veía con la cara roja y sonriente, totalmente ajeno al hecho de que la muerte lo acosara.

También imaginé al atacante, y pensé —sólo un instante— dónde me escondería si yo fuese a matar a alguien allí. Había sombras por todo el patio, ángulos irregulares compuestos por vallas, pared y suelo. Puede que el asesino esperara detrás de un coche viejo o que estuviera agachado tras un poste de teléfonos. Me lo imaginé acechando en la oscuridad, unos ojos fríos y calculadores oteando mientras Jeb se tambaleaba frente a él, como una cuba, indefenso.

¿Estaba enfadado? ¿Tenía hambre? Las teorías de la policía iban variando, pero eran ominosas y tentadoras. ¿Qué podía atacar de manera tan brutal y al mismo tiempo tan cuidadosa, de modo que las pruebas apuntaran a hombre y bestia por igual? Imaginé garras veloces y dientes relucientes que acuchillaban luz de la luna y carne, y hacían saltar arcos de sangre hasta la pared vecina.

Me quedé un momento más, absorbiendo todos los detalles con un sentimiento de culpa. El doctor Neblin iba a preguntar por qué llegaba tarde y me regañaría cuando le dijese adónde había ido, pero eso no era lo que me preocupaba. Al ir a este lugar lo que estaba haciendo era minar los cimientos de algo mayor y más profundo; rasguñando diminutos arañazos en una pared que no me atrevía a traspasar. Detrás de ese muro había un monstruo, y yo había construido una barrera bien resistente para mantenerlo a raya; en ese momento se revolvió y estiraba, sumido en un sueño intranquilo. Al parecer, había un nuevo monstruo en la ciudad, ¿despertaría la presencia de éste al que yo mantenía oculto?

Era hora de irse. Me subí a la bici y recorrí las pocas manzanas que había hasta llegar a la consulta del doctor Neblin.

• • • • •

—Hoy he infringido una de mis normas —dije.

Estaba mirando la calle a través de las lamas de la persiana de la oficina del doctor Neblin. Coches de colores chillones circulaban por allí formando un desfile desigual. Sentía la mirada del doctor en la nuca, observándome.

—¿Una de tus normas? —preguntó.

Tenía una voz constante y uniforme. Era una de las personas más tranquilas que conocía, pero la verdad es que yo pasaba la mayor parte del tiempo con mi madre, Margaret y Lauren. Su tranquilidad era uno de los motivos por los que yo acudía a la consulta de tan buen grado.

—Me pongo normas —dije— para evitar hacer cosas que estén... mal.

—¿Qué tipo de cosas?

—¿Qué tipo de cosas están mal —pregunté— o qué tipo de normas tengo?

—Me gustaría que me hablaras de ambas, pero puedes comenzar por donde quieras.

—Entonces mejor empezamos con las cosas que intento evitar —dije—. Las normas no tienen ningún sentido si no conoces estas cosas primero.

—Muy bien —dijo, y me volví hacia él.

El doctor Neblin era un hombre bajo, con una gran calva y unas gafas pequeñas y redondas de fina montura negra. Siempre llevaba un bloc y de vez en cuando tomaba notas mientras hablábamos. Esto solía ponerme nervioso, pero me ofreció enseñármelas siempre que quisiera; nunca escribía cosas del tipo «menudo engendro» ni «este crío está mal de la chaveta», sino que apuntaba anotaciones sencillas para acordarse de lo que habíamos hablado. Seguro que tenía una libreta «menudo engendro» guardada por ahí, pero la mantenía bien escondida.

En cualquier caso, si todavía no la tenía, después de esto seguro que iba a empezar

una.

—Creo —dije observando su rostro para ver cómo reaccionaba— que el destino quiere que me convierta en un asesino en serie.

Enarcó la ceja, nada más. Ya os he dicho que era un tipo tranquilo.

—Bueno —dijo—, es obvio que sientes fascinación por ellos: seguramente has leído más sobre el tema que cualquier otra persona de la ciudad, incluyéndome a mí. ¿Tú quieres convertirte en un asesino en serie?

—Por supuesto que no. Lo que quiero es, específicamente, evitar serlo. Lo que pasa es que no sé qué posibilidades tengo.

—Entonces, lo que quieres evitar es... ¿qué? ¿Matar a gente?

Me miró ladeando la cabeza, una señal que había aprendido a interpretar como que estaba bromeando. Siempre hacía algún comentario vagamente sarcástico cuando nos poníamos a hablar sobre cosas muy serias. Creo que era su manera de enfrentarse a la ansiedad. Cuando le conté la vez que diseccioné una ardilla de tierra viva, capa por capa, soltó tres chistes seguidos y estuvo a punto de echarse a reír como un colegial.

—Si has roto una norma así de grande —continuó—, estoy obligado a llamar a la policía, y deja de ser válida la confidencialidad.

Aprendí las leyes de la confidencialidad del paciente durante una de las primeras sesiones: la primera vez que hablé de provocar fuegos. Si él creía que yo había cometido un crimen, o que tenía intención de hacerlo o que yo representaba una amenaza legítima para otra persona, la ley le obligaba a comunicárselo a las autoridades pertinentes. Esta ley también le permitía tratar libremente con mi madre sobre cualquier cosa que yo dijese, independientemente de si tenía una buena razón para ello o no. Los dos habían discutido varios asuntos durante el verano y mi madre me había hecho la vida imposible por culpa de eso.

—Las cosas que quiero evitar son mucho menos importantes que matar —dije—. Normalmente los asesinos en serie son, en realidad casi siempre, esclavos de sus compulsiones. Matan porque tienen que hacerlo y no pueden evitarlo. Yo no quiero llegar a ese punto, así que me pongo normas relacionadas con cosas más pequeñas: por ejemplo, me gusta mucho mirar a la gente pero no me permito observar a una misma persona demasiado tiempo. Si lo hago, me obligo a ignorarla durante toda una semana, y tampoco puedo pensar en ello.

—Entonces tienes reglas para evitar tener pequeños comportamientos de asesino en serie —dijo Neblin—, con la intención de alejarte tanto como puedas de actos más importantes.

—Exacto.

—Creo que es interesante —continuó— que hayas utilizado la palabra «compulsiones», porque ese término elimina más o menos la responsabilidad.

—Pero yo me responsabilizo: intento que no ocurra.

—Así es —dijo—, y es muy admirable, pero has empezado la conversación diciendo que el destino quiere que seas un asesino en serie. Si te convences a ti mismo de que ése es tu destino, ¿no crees que echándole la culpa a éste estás esquivando la responsabilidad?

—Digo «destino» —expliqué— porque va más allá de unas simples rarezas en mi comportamiento. Hay algunos aspectos de mi vida que no puedo controlar y que solamente el destino puede explicar.

—¿Como por ejemplo?

—Me llamo igual que un asesino en serie —respondí—. John Wayne Gacy mató a treinta y tres personas en Chicago y enterró a la mayoría en el espacio que había debajo de su casa.

—Tus padres no te llamaron igual que John Wayne Gacy —dijo Neblin—. Lo creas o no, se lo pregunté a tu madre.

—Ah, ¿sí?

—Soy más listo de lo que parezco —siguió—. Pero debes recordar que un vínculo fortuito con un asesino en serie no tiene nada que ver con el destino.

—Mi padre se llama Sam —afirmé—. Eso me convierte en el Hijo de Sam, un asesino en serie de Nueva York que contó que su perro le decía que matara.

—Bueno, pues tienes vínculos fortuitos con dos asesinos. Admito que es algo extraño, pero sigo sin ver una conspiración cósmica en tu contra.

—Me apellido Cleaver^[2] —dije—. ¿Cuántas personas conoce que se llamen como dos asesinos y un arma para matar?

El doctor Neblin se removió en la silla y dio golpecitos con el bolígrafo sobre el papel. Eso, como yo ya sabía, significaba que estaba intentando pensar.

—John —respondió un momento después—, me gustaría saber qué tipo de cosas te asustan en especial. Así que retrocedamos un paso y fijémonos en lo que has dicho antes. Dime cuáles son algunas de tus normas.

—Ya le he hablado sobre lo de mirar a la gente. Ésa es importante. Me encanta mirar, pero sé que si lo hago mucho tiempo me intereso demasiado por esa persona: querré seguirla, ver adónde va y con quién habla, y averiguar qué le hace ser quien es. Hace unos años me di cuenta de que estaba acosando a una chica de la escuela; la seguía a todas partes, no es broma. Ese tipo de cosas se salen de madre sin que te des cuenta, así que me inventé una norma: si miro a una persona demasiado tiempo, después no le hago caso

durante una semana.

Neblin asintió, pero no me interrumpió. Me alegré de que no me preguntara cómo se llamaba la chica, porque hasta hablar sobre ella de esa manera me parecía una manera de violar la regla.

—También tengo una para los animales —dije—. Recordará lo que le hice a la ardilla.

Neblin sonrió, nervioso.

—La ardilla sí que no se acuerda.

Los chistes que hacía cuando se ponía nervioso empeoraban por momentos.

—Ésa no fue la única vez —dije—. Mi padre solía poner trampas en el jardín para atrapar ratones, topos y cosas así, y todas las mañanas yo tenía que salir y revisarlas. Y darle con una pala a cualquier cosa que todavía no estuviera muerta. Cuando tenía siete años empecé a abrir los animales con un cuchillo para ver qué aspecto tenían por dentro, pero cuando me puse a estudiar a los asesinos en serie dejé de hacerlo. ¿Ha oído hablar de la tríada de MacDonalD?

—Los tres rasgos que comparten el noventa y cinco por ciento de los asesinos en serie —dijo el doctor Neblin—: enuresis nocturna, piromanía y crueldad con los animales. Admito que tú tienes los tres.

—Lo descubrí cuando tenía ocho años. Lo que realmente me afectó no fue el hecho de que la crueldad hacia los animales pudiese predecir un comportamiento violento, sino que hasta que lo leí nunca se me había ocurrido pensar que aquello estaba mal. Mataba animales y los hacía pedazos, y mi reacción emocional era la de un crío que juega con sus piezas de Lego. Es como si para mí no fuesen reales, como si estuvieran allí sólo para que yo jugase con ellos. Cosas.

—Si no te parecía que estuviese mal —preguntó el doctor Neblin—, ¿por qué dejaste de hacerlo?

—Porque entonces fue cuando me di cuenta de que era distinto de otras personas. Era algo que yo hacía todo el tiempo y que a mí no me parecía nada especial, y sin embargo resulta que el resto del mundo piensa que es un acto totalmente censurable. Entonces fue cuando supe que debía cambiar, y empecé con las normas. La primera fue: no hagas el tonto con animales.

—¿No los mates?

—No les hagas nada —dije—. No quiero tener mascotas ni acariciar a un perro por la calle, ni siquiera me gusta entrar en una casa donde haya un animal. Evito cualquier situación que podría llevarme a hacer algo que sé que no debería.

Neblin me miró un instante.

—¿Qué más? —preguntó.

—Si alguna vez tengo ganas de hacerle daño a alguien, le hago un cumplido. Si alguien me molesta tanto que hace que lo odie hasta el punto que empiezo a imaginar que lo mato, le digo algo agradable y sonrío mucho. Eso me obliga a tener buenos pensamientos en lugar de malos, y normalmente consigo que éstos acaben desapareciendo.

Neblin reflexionó un momento antes de seguir hablando.

—Por eso has leído tanto sobre asesinos en serie. No distingues entre el bien y el mal como el resto de la gente, así que lees sobre el tema para saber qué se supone que debes evitar.

Asentí.

—Y también porque me parece muy guay leer sobre ellos.

Anotó algo en el cuaderno.

—¿Y qué norma has desobedecido hoy? —preguntó.

—He ido al sitio donde encontraron el cuerpo de Jeb Jolley.

—Me preguntaba por qué no habías mencionado a Jeb todavía —dijo—. ¿Tienes una norma que dice que debes alejarte de lugares donde se han producido crímenes violentos?

—Bueno, no específicamente, y por eso lo he podido justificar. En realidad no he infringido ninguna norma en especial, aunque sí su espíritu.

—¿Y por qué has ido?

—Porque allí han matado a una persona. Tenía... que verlo.

—Te has sentido esclavo de tus compulsiones.

—Se supone que no debe volver eso en mi contra.

—Bueno, más o menos es lo que estoy haciendo. Soy terapeuta.

—En la funeraria veo cadáveres todo el tiempo, y no me importa. Mi madre y Margaret llevan años trabajando allí y ellas no son asesinas. Entonces, veo a montones de gente viva y a muchos muertos, pero nunca he visto a una persona viva convertirse en una muerta. Siento... curiosidad.

—Y la escena del crimen es lo más parecido a eso, sin llegar a cometer el crimen tú mismo.

—Sí.

—Escucha, John —dijo Neblin inclinándose hacia delante—. Tienes muchos rasgos que podrían predecir un comportamiento de asesino en serie, ya lo sé. De hecho, creo que acumulas más rasgos de los que he visto nunca en una sola persona. Pero tienes que

recordar que son sólo eso, que predicen algo que podría pasar; no profetizan algo que seguro que va a ocurrir. El noventa y cinco por ciento de los asesinos en serie se hacen pis en la cama, provocan fuegos y hacen daño a los animales, pero eso no significa que el noventa y cinco por ciento de los críos que hacen esas cosas acaben siendo asesinos en serie. Tú siempre tienes el control de tu destino y eres el que toma tus propias decisiones; nadie más lo hace por ti. El hecho de que tengas esas normas y que las respetes con tanto cuidado dice mucho de ti y de tu carácter. John, eres una buena persona.

—Soy una buena persona —dije— porque sé cómo se supone que debe actuar una de ellas y copio lo que hace.

—Si eres tan meticuloso como dices —dijo Neblin—, nadie conocerá la diferencia jamás.

—Pero, si no lo soy suficientemente —dije mirando por la ventana—, ¿quién sabe qué podría pasar?

3

Mi madre y yo vivíamos en un apartamento de una sola planta, encima de la funeraria; las ventanas del salón tenían vistas a la entrada de delante y la única puerta daba a unas escaleras cubiertas que bajaban hasta el lateral del edificio. La gente siempre piensa que vivir encima de una funeraria es escalofriante, pero la verdad es que es como cualquier otra casa. Vale, tenemos cadáveres en el sótano, pero también hay una capilla, así que la cosa se equilibra, ¿no?

El sábado por la noche aún no habíamos recibido el cuerpo de Jeb. Mi madre y yo cenábamos en silencio, dejando que la pizza que compartíamos y el ruido del televisor sustituyeran la compañía y la conversación de una relación de verdad. Estaban poniendo «Los Simpson», pero en realidad yo no estaba pendiente de la tele: quería el cadáver. Si la policía se lo quedaba mucho más tiempo, no íbamos a poder embalsamarlo, sólo meterlo en una bolsa y hacer un funeral con el ataúd cerrado.

Mi madre y yo nunca nos poníamos de acuerdo sobre qué pizza pedir, así que los de la pizzería nos la dividían en dos: mi mitad llevaba salchicha y champiñones, y la suya, *pepperoni*. Hasta «Los Simpson» eran fruto de un compromiso: empezaba después de las noticias y como cambiar de canal significaba arriesgarse a acabar discutiendo, dejábamos la serie.

Cuando pusieron los primeros anuncios, mi madre posó la mano sobre el mando, cosa que normalmente significaba que iba a quitar el volumen y hablar de algo, lo que a su vez solía implicar que íbamos a discutir. Puso el dedo sobre el botón de silencio, pero, en lugar de pulsarlo, esperó. Si dudaba tanto, fuere lo que fuere de lo que quisiera hablar, seguramente era bastante malo. Un momento después retiró la mano de encima del mando, cogió otro pedazo de pizza y le dio un bocado.

Estuvimos sentados en tensión durante el siguiente segmento del programa, sabiendo lo que iba a pasar, planeando nuestras maniobras. Pensé en levantarme y marcharme, escapar antes de la siguiente pausa de publicidad, pero con eso sólo iba a conseguir que se enfadase. Mastiqué lentamente mientras, sin sentir nada, miraba a Homer dar brincos, chillar y correr como un loco.

Pusieron otro anuncio y mi madre volvió a suspender la mano sobre el mando; esta vez fue sólo un instante y enseguida quitó el sonido. Masticó, tragó y habló.

—Hoy he hablado con el doctor Neblin —dijo.

Ya me parecía que tenía que ser algo relacionado con eso.

—Me ha dicho que... bueno, ha dicho cosas muy interesantes, John. —Tenía la mirada fija en el televisor, en la pared, en el techo. En cualquier parte, menos en mí—. ¿Tienes algo que decir?

—¿Gracias por enviarme al terapeuta y perdón por necesitar uno?

—No te hagas el listo, John. Tenemos mucho de que hablar y me gustaría tratar lo máximo posible antes de que te pongas insolente.

Respiré hondo mientras miraba la tele. «Los Simpson» había vuelto después de la pausa y sin el sonido la serie no parecía menos frenética.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que tú...

Me miró. Tenía unos cuarenta años y, según ella, a esa edad todavía se es bastante joven, pero en una noche como aquélla, discutiendo a la luz enfermiza del televisor, con el pelo negro peinado hacia atrás y los ojos verdes arrugados por la preocupación, parecía estar derrotada y desgastada.

—Me ha dicho que crees que vas a matar a alguien.

No debería haberme mirado. No podía decir algo así y mirarme al mismo tiempo sin que aflorase una oleada de emoción a su rostro. Me fijé en cómo se ruborizaba y empezaban a picarle los ojos.

—Muy interesante —dije—, porque eso no es lo que yo le he dicho. ¿Estás segura de que ha usado esas palabras?

—Ahora mismo no me importan las palabras —contestó—. No es broma, John; estamos hablando de cosas muy serias. La... no sé. ¿Es así como vamos a acabar? John, eres todo lo que me queda en el mundo.

—Lo que yo le dije en realidad es que seguía unas normas muy estrictas para asegurarme de no hacer nada que estuviera mal. Me parece que tendrías que alegrarte por ello, pero, en lugar de eso, me gritas. Por eso necesito terapia.

—Una no se alegra de tener un hijo que debe seguir normas para evitar matar a gente —me espetó—. No me alegro cuando un psicólogo me dice que mi hijo es un sociópata. Me pongo contenta cuando...

—¿Ha dicho que soy un sociópata?

Eso me parecía guay. Siempre lo había sospechado, pero conocer el diagnóstico oficial era mejor.

—Trastorno de personalidad antisocial —dijo levantando la voz—. Lo he buscado: es una psicosis. —Apartó su mirada—. Mi hijo es un psicótico.

—El TPA se define fundamentalmente por una falta de empatía —dije. Yo también lo había buscado unos meses antes. La empatía es lo que permite a las personas interpretar las emociones, del mismo modo que los oídos hacen con el sonido; sin ella te quedas emocionalmente sordo—. Significa que no conecto con otras personas a nivel emocional. Me preguntaba si era eso lo que me iba a diagnosticar.

—Pero ¿cómo sabes esas cosas? Tienes quince años, por Dios; deberías estar... yo qué sé, persiguiendo a chicas o jugando a los videojuegos.

—¿Le estás diciendo a un sociópata que persiga chicas?

—Te estoy diciendo que no seas un sociópata. Que estés todo el día deprimido no significa que tengas un trastorno mental; como mucho significa que eres un adolescente, pero no un psicópata. John, el problema es que no puedes conseguir una nota del médico para excusarte de vivir. Vives en el mismo mundo que el resto y tienes que tratar con los problemas igual que hacen los demás.

Tenía razón: lo de ser oficialmente sociópata tenía muchas ventajas. Para empezar, nada de estúpidos proyectos de grupo en el instituto.

—Creo que todo esto es culpa mía —dijo—. Yo te metí en la funeraria cuando no eras más que un crío y esto te ha dejado fastidiado de por vida. ¿Cómo se me pudo ocurrir?

—No es por la funeraria. —Se me puso el vello de punta sólo de pensarlo: ella no podía quitármela—. ¿Cuánto tiempo lleváis tú y Margaret trabajando ahí? Y todavía no habéis matado a nadie.

—Pero tampoco tenemos una psicosis.

—Estás cambiando de argumentos. Acabas de decir que la funeraria me ha dejado hecho un cisco y ¿ahora que me dejó hecho un cisco porque ya lo estaba? Si te pones así, yo no gano haga lo que haga, ¿no?

—Hay muchas cosas que puedes hacer, John, y lo sabes. Para empezar, deja de escribir los trabajos del instituto sobre asesinos en serie. Margaret me ha dicho que lo has vuelto a hacer.

«Margaret, chivata de mierda».

—Saqué un diez —dije—, al profesor le encantó.

—Que se te dé muy bien algo que no deberías hacer no mejora las cosas.

—Es la asignatura de historia, y los asesinos en serie forman parte de ella, igual que las guerras, el racismo y el genocidio. Supongo que se me olvidó matricularme en la asignatura de historia que sólo habla de cosas bonitas, te pido disculpas.

—Ojalá supiera por qué —dijo.

—¿Por qué qué?

—Por qué estás tan obsesionado con los asesinos en serie.

—Todo el mundo tiene alguna afición.

—John, ni se te ocurra hacer bromas sobre este tema.

—¿Sabes quién es John Wayne Gacy? —le pregunté.

—Sí, lo sé —dijo levantando las manos—, gracias al doctor Neblin. Ojalá te hubiera puesto otro nombre, te lo juro por Dios.

—John Wayne Gacy fue el primer asesino en serie del que oí hablar. Cuando tenía ocho años vi mi nombre en una revista junto a una foto de un payaso.

—Hace diez segundos que te he pedido que dejes tu obsesión con ellos, ¿por qué me cuentas esto ahora?

—Porque querías saber la razón de ello y ahora estoy intentando explicártela. Vi una foto y pensé que a lo mejor era una peli de payasos en la que salía John Wayne; papá me ponía sus pelis de vaqueros todo el tiempo. Resulta que John Wayne Gacy era un tipo que se vestía de payaso en las fiestas del vecindario.

—No entiendo adónde quieres llegar —dijo mi madre.

No sabía cómo explicar lo que quería decir. La sociopatía no significaba únicamente tener sordera emocional, sino también ser emocionalmente mudo. Me sentía como los personajes de nuestra tele sin volumen: agitaban las manos y gritaban sin decir ni una palabra en voz alta. Era como si mi madre y yo hablásemos idiomas completamente diferentes y nos fuera imposible comunicarnos.

—Piensa en una película del oeste —dije agarrándome a un clavo ardiendo—. Son todas iguales: un vaquero con un sombrero blanco va por ahí con su caballo matando a los que llevan un sombrero negro. Sabes quién es el bueno, quiénes son los malos, y qué va a pasar exactamente.

—¿Y?

—Pues que cuando un vaquero mata a alguien te parece normal, porque pasa todos los días. Pero si un payaso mata a alguien, eso es una novedad: algo que no has visto nunca. Es alguien que pensabas que era bueno, pero que está haciendo algo tan horrible que las emociones humanas normales no pueden ni concebirlo. Y entonces se da media vuelta y hace algo bueno otra vez. Mamá, es fascinante. Estar obsesionado con algo así no es raro; lo extraño es no estarlo.

Mi madre me miró un momento.

—Entonces, ¿los asesinos en serie son como unos héroes de las películas?

—No estoy diciendo eso para nada. Están enfermos, son retorcidos, hacen cosas terribles. Pero yo no creo que la persona que quiere aprender más cosas sobre ellos sea automáticamente otro enfermo retorcido.

—Hay mucha diferencia entre querer aprender más y pensar que te vas a convertir en uno de ellos —dijo—. Y no te culpo; no soy la mejor madre del mundo y Dios sabe que tu padre era incluso peor. El doctor Neblin me dijo que te pones normas para alejarte de las malas influencias.

—Sí —respondí. Por fin me estaba escuchando y empezaba a ver las cosas buenas en lugar de las malas.

—Quiero ayudarte, así que aquí tienes una nueva norma: vas a dejar de ayudar en la funeraria.

—¿Qué?

—No es lugar para un chico —dijo—; además, nunca tendría que haberte dejado ayudarnos en la parte de atrás.

—¡Pero yo...!

¿Pero qué? ¿Qué podía decir que no fuese aún peor?: «¿Necesito la funeraria porque me conecta a la muerte de forma segura? ¿Necesito la funeraria porque tengo que ver cómo los cadáveres se abren como flores, y me hablan y me dicen todo lo que saben?». Me echaría de casa directamente.

Antes de que pudiera decir nada más, sonó la versión electrónica de la obertura de *Guillermo Tell* en el móvil de mi madre; era el tono que le había asignado a la oficina del forense: la llamada del deber. Un sábado a las diez y media de la noche el forense sólo podía querer una cosa y ambos sabíamos qué era. Ella suspiró y hurgó el bolso buscando el teléfono.

—Hola, Ron —dijo. Pausa—. No, gracias, no importa, ya estábamos terminando. —Pausa—. Sí, ya lo sabemos; estábamos esperándolo. —Pausa—. Enseguida bajo, así que ven cuando puedas, no pasa nada. De verdad, no te preocupes: las dos sabíamos lo de los horarios cuando nos metimos en esto. —Pausa—. Vale, tú también. Hablaremos de ello luego.

Colgó y suspiró.

—Supongo que sabes qué quería —dijo.

—La policía ha terminado con los restos de Jeb.

—Lo van a traer dentro de quince minutos. Tengo que bajar. Yo... tendremos que acabar la discusión más tarde. Lo siento, John, siento todo esto. Podríamos haber cenado en paz como una familia normal.

Miré el televisor de reojo: Homer estaba estrangulando a Bart.

—Quiero ayudarte —dije—. Son más de las diez y si intentas hacerlo tú sola no te acostarás en toda la noche.

—Me ayudará Margaret.

—Pues tardaréis cinco horas en lugar de ocho; sigue siendo mucho tiempo. Si yo os ayudo estará listo en tres.

Hablaba con voz calmada y suave; no podía dejar que me arrebatara eso, pero tampoco me atrevía a revelar lo importante que era para mí.

—John, el cadáver está en muy malas condiciones; lo hicieron pedazos. Costará mucho rato recomponerlo, lo que podría herir tu sensibilidad, y eres un caso clínico de psicopatía.

—*Touché!*

Cogió el bolso.

—O bien te parece desagradable, en cuyo caso no deberías venir, o no te lo parece y entonces tendrías que haber dejado de venir hace mucho tiempo.

—¿De verdad quieres dejarme aquí solo?

—Ya encontrarás algo constructivo que hacer.

—Vamos a recomponer un cuerpo —repliqué—, ¿hay algo más constructivo que eso?

Me arrepentí inmediatamente del chiste: el humor negro no me iba a sacar las castañas del fuego. Fue un acto reflejo para disipar la tensión con un chiste, igual que hacía el doctor Neblin.

—Y, además, no me gustan los chistes que haces sobre la muerte —dijo—. Los empleados de pompas fúnebres estamos rodeados por la muerte, vivimos con ella todos los minutos del día. Tener tanto contacto con ella puede hacer que le pierdas el respeto: lo he visto en otros casos y me parece horrible. Si no te resultase tan familiar, quizá las cosas te irían un poco mejor.

—Pero estoy bien, mamá. —¿Qué podía decir para convencerla?—. Sabes que necesitáis que os echen una mano y no quieres que me quede aquí solo.

Aunque yo careciera de empatía, mi madre sí la tenía y yo podía utilizarla en su contra. Allí donde la lógica no había servido, el sentimiento de culpa todavía podía arreglarme el día.

Suspiró y cerró los ojos; los apretó y visualizó alguna imagen mental que yo no alcanzaba a adivinar.

—Bueno. Pero primero vamos a acabarnos la pizza.



Mi hermana Lauren se había marchado de casa seis años antes, dos después que papá. Entonces sólo tenía dieciséis años y Dios sabe en qué líos se había metido mientras había estado por ahí. Desde entonces en casa había muchos menos gritos, cosa que era de agradecer, pero los que aún se oían generalmente iban dirigidos a mí. Unos seis meses antes, Lauren había regresado a Clayton haciendo autostop desde quién sabe dónde y, muy arrepentida, le había pedido trabajo a mamá. Seguían sin apenas dirigirse la palabra y Lauren nunca venía a vernos ni nos invitaba a su apartamento, pero trabajaba en la recepción de la funeraria y se llevaba bastante bien con Margaret.

Todos nos llevábamos bastante bien con Margaret. Ella era la goma aislante que evitaba que la familia echara chispas y tuviera un cortocircuito.

Mientras terminábamos la pizza, mi madre llamó a Margaret y al parecer ella avisó a Lauren, porque cuando por fin bajamos estaban las dos allí: mi tía en chándal y mi hermana arreglada para un sábado por la noche en el centro. Me pregunté si habíamos interrumpido algo en especial.

—Hola, John —dijo Lauren.

Detrás del elegante mostrador de la recepción parecía estar totalmente fuera de contexto. Llevaba una cazadora negra de vinilo encima de una camiseta roja de tirantes y el pelo recogido encima de la cabeza en una especie de fuente estilo años ochenta. A lo mejor había una fiesta temática en la discoteca.

—Hola, Lauren —dije.

—¿Es ésa la documentación? —preguntó mi madre mirándola por encima de mi hombro.

—Ya casi he terminado —dijo Lauren y mi madre se fue a la trastienda.

—¿Está aquí? —dije.

—Acaban de traerlo —respondió revisando el fajo de papeles una vez más—. Margaret lo ha llevado atrás.

Me di media vuelta para irme.

—¿Sobrevives? —me preguntó.

Estaba ansioso por ver el cadáver, pero me giré.

—Más o menos. ¿Y tú?

—No soy yo la que vive con mamá —dijo y nos quedamos en silencio un momento—. ¿Sabes algo de papá?

—Desde mayo, no. ¿Y tú?

—Desde Navidad. —Silencio—. Los dos primeros años me enviaba tarjetas el día de los enamorados.

—¿Sabía dónde estabas?

—Es que le pedí dinero alguna vez.

Dejó el bolígrafo sobre el mostrador y se puso en pie. La falda iba a juego con la cazadora: reluciente vinilo negro.

A mi madre no le iba a gustar en absoluto, y seguramente ése era el motivo por el que Lauren había comprado esa ropa. Colocó los papeles en una pila uniforme y entramos juntos en la trastienda.

Mi madre y Margaret ya estaban allí, charlando ociosamente con Ron, el forense. Una bolsa azul cielo ocupaba toda la mesa de embalsamar y me costó un gran esfuerzo no salir corriendo para abrir la cremallera. Lauren le dio la documentación a mi madre, que le echó un vistazo rápido antes de firmar algunas de las hojas y darle todo el paquete a Ron.

—Gracias, Ron. Buenas noches.

—Siento dejarte este marrón a estas horas —dijo; le hablaba a mi madre, pero estaba mirando a Lauren. Era alto y tenía el pelo negro y engominado.

—No pasa nada —dijo mi madre. Ron cogió los papeles y salió por la puerta de atrás.

—Ya no me necesitáis —dijo Lauren; nos sonrió a Margaret y a mí, y cabeceó educadamente en dirección a mi madre—. Que os divirtáis.

Volvió a la recepción y un momento después oí que la puerta se cerraba y la llave giraba en la cerradura.

El suspense me estaba haciendo polvo pero no me atrevía a decir nada. Había ido de un pelo que mi madre no me dejase estar allí y si me mostraba demasiado impaciente seguramente me acabaría echando.

Miró a Margaret. Cuando tenían tiempo de arreglarse parecían bastante diferentes, pero así, de improviso —con ropa de andar por casa sin maquillaje—, apenas se distinguía la una de la otra.

—Vamos allá.

Margaret encendió el ventilador.

—Esperemos que el ventilador no nos deje tirados esta noche.

Nos pusimos los delantales, nos lavamos y mi madre abrió la cremallera de la bolsa. Mientras que a la señora Anderson apenas la habían tocado, Ron y los agentes forenses habían lavado, frotado y manoseado a Jeb Jolley tantas veces que no olía prácticamente a nada más que a desinfectante. El hedor a podredumbre emanó poco a poco, mientras hacíamos rodar el cuerpo para sacarlo de la bolsa y lo colocábamos sobre la mesa. Tenía

una enorme incisión en forma de Y que iba de un hombro a otro y bajaba por el centro del pecho; en la mayoría de autopsias la línea llegaría hasta las ingles pero en este caso, justo debajo de las costillas, se degradaba formando una telaraña recortada de desgarros y cortes que cubrían toda la sección media del tronco. Tenía los bordes fruncidos y parcialmente cosidos, aunque faltaban muchos trozos de piel. A través de los agujeros del abdomen se veían las esquinas de la bolsa.

Inmediatamente, pensé en Jack el Destripador; él fue uno de los primeros asesinos en serie de los que se tiene constancia. Despedazaba a sus víctimas con tal ferocidad que a la mayoría apenas se las reconocía.

¿Era un asesino en serie el que había atacado a Jeb Jolley? Ciertamente, era posible pero ¿de qué tipo? El FBI dividía a los asesinos en serie en dos categorías: organizados y desorganizados. Un homicida organizado era como Ted Bundy: sofisticado, encantador e inteligente, alguien que planeaba los crímenes y después los disimulaba tan bien como podía. Uno desorganizado era alguien como el Hijo de Sam, a quien le costaba controlar a sus demonios y cuando no lo conseguía mataba de manera repentina y brutal. Él se llamaba a sí mismo Mr. Monster. ¿De qué tipo era el que había matado a Jeb, el sofisticado o el monstruo?

Suspiré y me obligué a apartar esa idea de mi mente, pues no era la primera vez que me había visto con ansias de encontrar un asesino en serie en mi ciudad natal. Tenía que volver a concentrarme en el cadáver en sí y apreciarlo por ser lo que era y no por lo que yo quería que fuese.

Margaret abrió el abdomen y dejó al descubierto una bolsa grande de plástico que contenía la mayoría de los órganos internos. Normalmente ya se extirpaban durante la autopsia, pero, claro, en el caso de Jeb se los sacaron justo en el momento de la muerte o un poco antes. No obstante, aunque se los hubieran arrancado, había que embalsamarlos: no podíamos tirar una parte del ser querido de alguien a la basura sólo porque no quisiéramos ocuparnos de ella y tampoco teníamos incineradora. Margaret dejó la bolsa sobre un carro y lo empujó hasta la pared para ponerse a trabajar con los órganos; estarían llenos de bilis y otras porquerías, cosas con las que el líquido de embalsamar no podía, así que había que aspirarlo todo. Cuando se embalsama un cuerpo en circunstancias normales esto se hace después de bombear el formaldehído, pero lo bueno de los cuerpos que habían pasado por una autopsia era que podías embalsamar y ocuparte de los órganos al mismo tiempo. Mi madre y Margaret llevaban tantos años haciendo esto juntas que se coordinaban a la perfección sin necesidad de hablar.

—Ayúdame a mí, John —dijo mi madre y alcanzó el desinfectante.

Era demasiado perfeccionista como para no limpiar un cadáver antes de embalsamarlo, incluso uno tan limpio como éste. La cavidad del cuerpo era amplia y estaba vacía, aunque el corazón y los pulmones estaban prácticamente intactos y la sección central de Jeb

parecía un globo ensangrentado y desinflado. Lavó esa parte primero y la cubrió con una sábana.

De pronto, sin pensar, se me ocurrió una cosa: en la escena del crimen los órganos estaban apilados. Muy pocos homicidas se quedaban con el cadáver después del crimen, pero los asesinos en serie sí solían hacerlo. A veces lo colocaban en ciertas posturas, o le hacían cosas o simplemente jugaban con él como si fuera una muñeca. Esto recibía el nombre de ritualizar el asesinato y se parecía mucho a lo que había pasado con los órganos de Jeb.

A lo mejor sí había sido obra de un asesino en serie. Sacudí la cabeza para olvidarme de la idea y sujeté el cuerpo mientras mi madre pulverizaba con desinfectante encima de él.

Jeb no era precisamente un hombre menudo y, ahora que estaban llenos de líquido estancado, los brazos y las piernas parecían aún más rollizos. Apreté uno de los pies con el dedo y antes de que la carne volviera lentamente a su sitio, dejé una marca durante unos segundos. Era como tocar una nube de azúcar.

—No juegues —dijo mi madre.

Lavamos el cuerpo y después quitamos la sábana que cubría la cavidad. Tenía el interior repleto de vetas de grasa y aún había suficientes tramos del sistema circulatorio en su sitio como para utilizar la bomba, pero tenía muchas heridas abiertas y los consiguientes derrames iban a hacer que perdiese presión y fluido. Había que cerrarlas.

—Tráeme hilo —dijo mi madre—, pedazos de unos dieciocho centímetros.

Me quité uno de los guantes de plástico, lo tiré a la basura y me puse a cortar hilo. Ella metió la mano y buscó las principales arterias que estuvieran cortadas; cada vez que encontraba una, yo le daba un trozo de hilo para atarla. Mientras trabajábamos, Margaret puso la aspiradora en marcha y se puso a absorber toda porquería de los órganos, uno a uno; estaba usando una herramienta, el trocar, que básicamente es un aplique para una aspiradora con una cuchilla en la punta. La clavaba en un órgano, absorbía toda la guarrería y seguía con otro.

Mi madre dejó una vena y una arteria abiertas en la cavidad del pecho y se dispuso a conectarlas a la bomba y el tubo de drenaje: no hacía falta cortar el hombro cuando el asesino ya nos había dejado el pecho abierto. Esta vez, el primer producto que entró en la bomba fue un coagulante, que se filtró lentamente por todo el cuerpo y ayudó a cerrar los agujeros que eran demasiado pequeños como para coserlos a mano. Hubo una fuga de una pequeña parte dentro del torso vacío, pero el caudal paró tan pronto como el coagulante entró en contacto con el aire, se endureció y selló el cuerpo. Solía preocuparme que también pudiera sellar el tubo de salida, pero la abertura era lo suficientemente grande como para que eso no llegara a pasar.

Mientras esperábamos, estudié los tajos que tenía en el abdomen. No había duda de que parecían hechos por un animal, y en una zona del costado izquierdo había lo que parecía la marca de una garra, cuatro hendiduras irregulares separadas más o menos unos tres centímetros las unas de las otras que se extendían unos treinta centímetros en dirección a la tripa. Por supuesto, se trataba del trabajo del demonio, pero entonces todavía no lo sabíamos. ¿Cómo íbamos a saberlo? En aquel momento ninguno de nosotros sospechaba siquiera que los demonios fuesen reales. Coloqué la mano sobre la marca y llegué a la conclusión de que quienquiera que le hiciese la herida tenía las manos mucho más grandes que las mías. Mi madre me miró ceñuda y, cuando estaba a punto de decir algo, Margaret refunfuñó con enfado.

—¡Me cago en todo, Ron! —gritó.

Ella no sentía mucho respeto por el forense. Pasé la exclamación por alto y volví a mirar el zarpazo.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre de camino hacia allí.

—Nos falta un riñón —dijo Margaret, lo que me llamó la atención de inmediato.

A menudo los asesinos en serie guardaban souvenirs de los asesinatos, y las partes del cuerpo eran una elección bastante típica.

—He vaciado la bolsa dos veces —dijo Margaret—. Joder, Ron. ¿Tanto le cuesta enviarnos todos los órganos?

—A lo mejor no lo ha enviado porque no lo tenía —dije. Me miraron las dos e intenté aparentar indiferencia—. Puede que se lo llevara el que lo mató.

Mi madre frunció el ceño.

—Eso es...

—Del todo posible —interrumpí. ¿Cómo podía explicárselo sin mencionar a ningún asesino en serie?—. Mamá, ya has visto el tamaño de ese zarpazo. Si era un animal el que le revolvió las entrañas, no sería tan raro pensar que se comió algo mientras tenía el morro ahí metido.

Tenía sentido, pero yo sabía que no era un animal. Algunos de los cortes eran demasiado precisos y, por supuesto, también estaba la pila de entrañas bien ordenadita. ¿Un asesino en serie que iba de caza con su perro?

—Voy a echar un vistazo a los papeles —dijo mi madre.

Se quitó los guantes, los tiró a la basura y salió a la recepción. Margaret buscó en la bolsa una vez más, pero negó con la cabeza: el riñón no estaba. Yo apenas podía contener la emoción.

Volvió con una copia de los papeles que Lauren le había dado al forense.

—Lo dice aquí, en la sección de comentarios: «Ausencia del riñón izquierdo». No dice que se lo hayan quedado como prueba o para hacer alguna comprobación, sólo que no está. A lo mejor se lo habían quitado o algo.

Margaret cogió el riñón que quedaba y señaló el conducto cercenado que hubiese conducido hasta el que faltaba.

—Este corte es reciente —dijo—. No está cicatrizado ni nada.

—Pues Lauren ya podría haber dicho algo —dijo mi madre airadamente. Dejó los papeles y sacó otro par de guantes de la caja—. Al final tendré que hablar con ella.

Mi madre y Margaret se pusieron de nuevo a trabajar pero yo me quedé quieto; un zumbido eléctrico me invadía y me dejaba vacío al mismo tiempo. No era un asesinato cualquiera ni tampoco había sido obra de un animal salvaje.

Jeb Jolley había sido víctima de un asesino en serie.

A lo mejor venía de otro pueblo o quizá ésta fuera su primera víctima, pero de todos modos era un asesino en serie. Las señales estaban muy claras: la víctima estaba indefensa y no tenía enemigos conocidos ni amigos íntimos ni familiares. Los amigos del bar dijeron que había estado tranquilo y contento toda la noche antes de marcharse, que no se había peleado ni discutido con nadie, así que no era un crimen pasional ni por culpa del alcohol. Alguien que necesitaba matar había estado esperando en el patio de detrás de la lavandería y Jeb fue un objetivo oportuno que se encontraba en el sitio erróneo en el momento equivocado.

El periódico y la propia escena del crimen relataban una historia confusa de furia mezclada con simplicidad, de violencia ciega y animal que daba lugar a un comportamiento tranquilo y racional. El asesino colocó los órganos en un montón y, al parecer, después de haber despedazado el cuerpo, se detuvo un momento para quitarle un único órgano.

La muerte de Jeb Jolley era prácticamente un ejemplo de manual de un asesino desorganizado que se ensañaba ferozmente y después se quedaba en la escena del crimen, carente de emoción o empatía, para ritualizar el cadáver, disponerlo de una forma concreta, coger un souvenir y dejar el resto para que lo viera todo el mundo.

No me extrañaba que la policía no hubiese hablado del riñón perdido. Si se extendía el rumor de que un asesino en serie estaba robando partes del cuerpo, cundiría el pánico. La gente empezaba a no sentirse segura y ésta había sido solamente la primera muerte.

Pero no la última. Después de todo, ése era el rasgo que definía a los asesinos en serie: que seguían matando.

4

Era principios de octubre, la estación de quemar hojas. El otoño era mi época favorita del año, no porque empezara el instituto ni por las verduras de temporada ni por cualquier otro motivo mundano, sino porque los ciudadanos del condado de Clayton recogían las hojas con un rastrillo y las quemaban: las llamas se alzaban en el fresco aire otoñal. Nuestro jardín era pequeño y en él no había árboles, pero la pareja de ancianos del otro lado de la calle tenían un jardín grande lleno de robles y arces, y no tenían hijos ni nietos que se ocuparan de él. Durante el verano les cortaba el césped por cinco dólares a la semana; en invierno quitaba la nieve del camino de entrada a cambio de chocolate caliente y en otoño rastrillaba las hojas por el puro placer de verlas arder.

El fuego es breve y temporal: la misma definición de lo efímero. Aparece de pronto, nace con un rugido cuando el combustible y el calor se juntan y prenden, y baila vorazmente mientras todo a su alrededor se ennegrece y se eriza. Cuando no queda nada por consumir, desaparece sin dejar atrás nada más que las cenizas del combustible que no ha utilizado, los pedazos de madera, y hojas y papel que son demasiado impuros para arder, excesivamente indignos para bailar con él.

Yo creo que el fuego no deja nada tras de sí: la ceniza en realidad no forma parte de él, sino del combustible. El fuego lo hace mutar, le saca la energía y lo convierte en... bueno, en más fuego. Éste no crea nada nuevo, simplemente existe. Si es necesario destruir otras cosas para que haya fuego, a él no le importa; por lo que a él respecta, para eso están esas cosas. Cuando ellas desaparecen, él también y, aunque puedes encontrar pruebas de su paso por allí, no hallarás restos del propio fuego: ni luz ni calor ni diminutos pedazos enrojecidos de llama. Vuelve al lugar de donde vino y si siente o recuerda, no hay forma de saber si nos siente o nos recuerda a nosotros.

A veces, escudriñando el corazón azul intenso de una llama danzarina, le pregunto si se acuerda de mí. «Ya nos hemos visto antes. Nos conocemos. Recuérdame cuando ya no esté».

Al señor Crowley, el viejo a quien le quemo las hojas, le gustaba sentarse en el porche y, como él decía, «ver el mundo pasar». Si yo estaba recogiendo las hojas de su jardín mientras él estaba por ahí fuera, se sentaba y me hablaba de su vida. Había trabajado prácticamente toda la vida para el condado como ingeniero hidráulico, hasta el año

anterior, cuando su salud empeoró y se acabó jubilando. De todos modos, era bastante mayor. Aquel día salió sin ninguna prisa y después de sentarse, dolorido, apoyó una pierna en un taburete.

—Buenas tardes, John —dijo—, buenas tardes.

Era viejo, pero muy grande, robusto y potente. Le fallaba la salud, pero estaba lejos de ser débil.

—Hola, señor Crowley.

—Puedes dejarlo, ¿sabes? —dijo señalando el césped cubierto de hojas—. Queda mucho otoño por delante, tendrás que volver a hacerlo más adelante.

—De esta manera dura más —dije y él asintió con satisfacción.

—Es cierto, John, es cierto.

Seguí rastrillando un rato más, juntando las hojas con gestos suaves y regulares. El otro motivo por el que quería arreglarle el jardín aquella tarde era que ya había pasado casi un mes y el asesino no había vuelto a atacar. La tensión me ponía nervioso y necesitaba hacer algo. No le había dicho a nadie que sospechaba que se trataba de un asesino en serie porque ¿quién me iba a creer? Dirían que estoy obsesionado, que claro que pensaba que había sido un asesino en serie. No me importaba: cuando tienes razón, no importa lo que piensen los demás.

—Eh, John, ven aquí un momento —dijo el señor Crowley.

Me hizo un gesto para que me acercara a la silla; y la interrupción me provocó una mueca contrariada pero me tranquilicé y fui hacia allá igualmente. Hablar era normal, es lo que la gente normal hace cuando se junta. Me iría bien practicar un poco.

—¿Sabes algo de teléfonos móviles? —preguntó enseñándome el suyo.

—Un poco.

—Quiero enviarle un beso a mi mujer.

—¿Quiere enviarle un beso?

—Kay y yo los compramos ayer —dijo manoseando el teléfono torpemente— y se supone que podemos hacer fotos y enviárnoslas. Así que quiero enviarle un beso a Kay.

—¿Quiere hacerse una foto poniendo morritos y enviárselo?

A veces no entendía a la gente en absoluto. Oír al señor Crowley hablar de amor era como escucharle hablar en otro idioma: no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Me parece que tú esto ya lo has hecho... —dijo dándome el teléfono con una mano temblorosa—. Enséñame cómo se hace.

El botón de la cámara estaba señalado de forma bastante clara, así que le enseñé cómo

hacerlo y él se sacó una foto borrosa de los labios. Le mostré cómo enviarla y seguí rastrillando.

La noción de que yo fuera un sociópata no era nueva para mí; sabía desde hacía mucho tiempo que no conectaba con los otros. No les entendía y ellos tampoco me comprendían a mí, y fuera cual fuese el lenguaje emocional que utilizaran, aprenderlo parecía estar fuera de mi alcance. El trastorno antisocial de la personalidad no se podía diagnosticar oficialmente hasta los dieciocho años; antes de ese momento era simplemente un «trastorno de conducta». Pero, sinceramente, este último término no es más que una manera agradable de decir a los padres que sus hijos tienen un trastorno antisocial de la personalidad. En mi opinión no había motivo para esquivar el tema: era un sociópata y lo mejor era hacerse a la idea ya mismo.

Arrastré el montón de hojas hasta un gran agujero preparado para hacer fuegos que había en el lateral de la casa. Los Crowley lo utilizaban para hacer hogueras y asar perritos calientes en verano, e invitaban a todo el vecindario. Yo iba siempre: ignoraba a la gente y me centraba en el fuego. Si éste fuese una droga, el señor Crowley sería quien mejor alimentaba mi adicción.

—¡Johnny! —gritó el señor Crowley desde el porche—. ¡Me ha enviado otro beso! ¡Ven, mira!

Sonreí y meforcé a fingir la ausente conexión emocional. Quería ser un chico de verdad.

La falta de conexión emocional con otras personas tiene el extraño efecto de hacerte sentir separado y ajeno, como si observaras a la raza humana desde otro sitio, sin ataduras ni sentimiento de bienvenida. Llevo años sintiéndome así, desde mucho antes de conocer al doctor Neblin y de que el señor Crowley enviara ridículos mensajes de amor por el móvil. Las personas corretean de un lado a otro, hacen sus trabajitos, crían a sus familias de poca monta y le gritan al mundo sentimientos carentes de sentido a la cara, y mientras tanto tú miras desde la banda, perplejo. Esto hace que algunos sociópatas se sientan superiores al resto, como si la humanidad al completo fuera simplemente un atajo de animales que hay que cazar o sacrificar, mientras que otros sienten celos rabiosos y ardientes, desesperación por no poder conseguir lo que quieren. Yo simplemente me sentía solo, una hoja que yace a kilómetros de una gigantesca pila.

Con cuidado coloqué un poco de yesca en la base del montón y encendí una cerilla justo en el corazón. Las llamas prendieron y crecieron a medida que consumían el aire a su alrededor; un momento después la pila bramaba, caliente, y por encima un fuego resplandeciente bailaba una danza perversa.

Cuando el fuego se apagara, ¿qué quedaría de él?



Esa noche el asesino volvió a las andadas.

Lo vi por televisión mientras desayunaba. La primera muerte había llamado la atención fuera de Clayton puramente por su naturaleza morbosa, pero la segunda —tan sangrienta como la primera y mucho más pública— había captado el interés de un reportero de la ciudad y de su cámara. Por mucho que le pesara al *sheriff* del condado de Clayton, estaban emitiendo por todo el estado imágenes lejanas y borrosas de un cuerpo destripado. Alguien debía de habérselas arreglado para conseguir la imagen antes de que la policía tapara el cadáver y apartara a los mirones.

Ya no cabía duda: era un asesino en serie. Mi madre vino desde la otra habitación con el maquillaje a medio poner. La miré y ella me devolvió la mirada. Nadie dijo una palabra.

«Soy Ted Rask, emitiendo en directo desde Clayton, una pequeña ciudad, habitualmente muy tranquila, que hoy es el escenario de un asesinato verdaderamente truculento; el segundo de este tipo en menos de un mes. Éste es un reportaje exclusivo de la cadena Five Live News; me acompaña el *sheriff* Meier. Dígame, *sheriff*, ¿qué se sabe de la víctima?».

El *sheriff* Meier fruncía el ceño tras el ancho bigote gris y, mientras se le acercaba, miró al reportero con irritación. Rask era famoso por su melodramático sensacionalismo y, a juzgar por la cara de pocos amigos de Meier, hasta yo me di cuenta de que la presencia del reportero no le hacía ninguna gracia.

«En este momento no queremos causarle un dolor innecesario a la familia de la víctima —dijo el *sheriff*— ni asustar de manera innecesaria a los habitantes del condado. Agradecemos la colaboración de todo el mundo en este asunto manteniendo la calma y evitando que circulen rumores o información falsa sobre este incidente».

Había esquivado por completo la pregunta del reportero. Al menos no iba a tirarse de un puente si Rask se lo pedía o no lo haría sin ponérselo difícil.

«¿Saben ya quién es la víctima?», preguntó el reportero.

«Llevaba la documentación encima, pero no queremos hacer pública esa información antes de notificar la muerte a la familia».

«Y el homicida —prosiguió el reportero—, ¿tienen alguna pista sobre de quién podría tratarse?».

«De momento no vamos a hacer ningún comentario al respecto».

«Este incidente ha ocurrido prácticamente en la estela del anterior y ambos son de naturaleza muy similar. ¿Cree que podrían estar relacionados?».

El *sheriff* cerró los ojos un instante, un suspiro visual, e hizo una pausa antes de seguir hablando.

«En este momento no vamos a hacer declaraciones sobre el caso ni su naturaleza con

el fin de preservar la integridad de la investigación. Como ya he dicho, agradeceremos a todo el mundo que actúe con discreción y calma, y que no haga circular rumores sobre este incidente».

«Gracias, *sheriff* —dijo el reportero y de pronto el cámara le enfocó sólo la cara—. Una vez más, si acaba de poner las noticias, estamos en el condado de Clayton: un lugar que ha recibido el azote, puede que por segunda vez, de un asesino que deja tras de sí un cadáver y un pueblo aterrorizado».

—Menudo imbécil es ese Ted Rask —dijo mi madre de camino al frigorífico con paso firme—. Lo último que necesitamos aquí es que cunda el pánico por un asesino de masas.

Un asesino de masas y un asesino en serie son cosas completamente diferentes, pero en ese momento no tenía demasiadas ganas de discutir sobre la diferencia entre ambos.

—Creo que lo último que necesitamos son los asesinatos —repliqué cauto—. El pánico sería lo penúltimo.

—En una ciudad pequeña como ésta, el pánico sería igual de malo o peor —dijo mientras se servía un vaso de leche—. La gente se asusta y se marcha de aquí, o se queda en casa por la noche con la puerta cerrada; de repente los negocios empiezan a tener problemas y la tensión aumenta todavía más. —Bebió un trago de leche—. Sólo hace falta que alguna persona estrecha de miras empiece a buscar una cabeza de turco y en un abrir y cerrar de ojos el pánico se convierte en caos.

«No podemos mostrarles el cadáver en detalle —afirmó Rask en la tele—, porque se trata de una imagen realmente espeluznante, horrible, y la policía no nos permite acercarnos lo suficiente. Pero sí disponemos de algunos detalles. Parece que nadie presencié el asesinato, aunque aquellos que han visto el cadáver de cerca nos han informado de que el escenario es mucho más sangriento que el anterior. Si estamos hablando del mismo homicida, podría ser que el nivel de violencia vaya en aumento, lo que supone una mala señal para lo que pueda ocurrir en el futuro».

—No puedo creerme lo que está diciendo —dijo mi madre antes de cruzar los brazos con indignación—. Voy a escribir una carta a la cadena hoy mismo.

«Cerca del cuerpo, en el suelo, hay una mancha de aceite o algo similar —continuó Rask—, que podría proceder de una fuga del motor del coche en el que el asesino escapó. Les ofreceremos información a medida que dispongamos de ella. Soy Ted Rask y les he ofrecido un reportaje exclusivo de Five Live News: la muerte acosa el corazón de América».

Me acordé de la mancha que había visto detrás de la lavandería: negra y aceitosa, como si fuera barro rancio. ¿Sería igual que la mancha de aceite que había junto a la segunda víctima? Aquella historia tenía corrientes muy profundas y yo estaba decidido a desvelarlas todas.



—La pregunta clave cuando se hace un perfil psicológico —dije mirando fijamente a Max mientras él comía— no es «¿Qué hace el asesino?», sino «¿Qué cosas innecesarias hace el asesino?».

—Tío, creo que es un hombre lobo.

—No es un hombre lobo —repliqué.

—Ya has visto las noticias: el asesino tiene «la inteligencia de un hombre y es feroz como una bestia». ¿Qué más puede ser?

—Los hombres lobo no existen.

—Sí, díselo a Jeb Jolley y al tío muerto de la Ruta 12 —dijo Max antes de dar otro mordisco y seguir hablando con la boca llena—. Algo les hizo un destrozo del quince, y no fue un asesino en serie finolis.

—Las leyendas sobre hombres lobo seguramente empezaron por los asesinos en serie. Y los vampiros también. Son hombres que cazan y matan a otras personas: a mí eso me suena a asesino en serie. En aquellos tiempos no existía la psicología, por eso se inventaron un monstruo estúpido, para explicarlo de alguna manera.

—¿De dónde sacas todo eso?

—Crimelibrary.com. Pero estoy intentando explicarte algo. Si quieres entrar en la mente de un asesino en serie, te tienes que preguntar: «¿Qué está haciendo que no le haga falta hacer?».

—¿Y por qué voy a querer meterme en la mente de un asesino en serie?

—¿Qué? —pregunté—. ¿Y por qué no ibas a querer? De acuerdo, escucha, tenemos que averiguar por qué hace lo que hace.

—De eso nada, para eso está la policía. Nosotros estamos en el instituto y lo que tenemos que averiguar es de qué color es el sujetador de Marci.

¿Por qué me junto con este chaval?

—Piénsalo así —dije—: digamos que eres un entusiasta de... ¿qué es lo que te gusta?

—Marci Jensen —respondió—. Y Halo y Green Lantern y...

—Green Lantern —dije—, los cómics. Eres muy aficionado a ellos; imagina que un autor se muda aquí.

—Guay.

—Sí. Y además está trabajando en un nuevo cómic y tú quieres saber de qué va. ¿No te parece guay?

—Acabo de decirte que sí.

—Te pasarías el día pensando en ello e intentarías saber qué está haciendo; compararías tus teorías con las de otras personas... Sería genial.

—Claro.

—Pues para mí esto es lo mismo —dije—. Un nuevo asesino en serie es como un nuevo autor; está trabajando en un proyecto nuevo y está en nuestro pueblo, delante de nuestras narices, y yo intento entender lo que hace.

—Estás como una cabra, tío. Estás loco de remate, para que te internen ya mismo.

—Pues mi terapeuta dice que lo llevo bastante bien, de hecho.

—Bueno, da igual —dijo Max—. ¿Cuál es la gran pregunta?

—¿Qué cosas hace el asesino que no necesita?

—¿Cómo sabemos qué es lo que necesita hacer?

—Técnicamente, todo lo que necesita hacer, si asumimos que su objetivo básico es matar personas, es dispararles. Es la forma más fácil.

—Pero los está haciendo trizas.

—Entonces ése es el primer dato: se acerca a ellos y los ataca cuerpo a cuerpo. —Saqué una libreta y lo apunté—. Eso seguramente significa que quiere ver a las víctimas de cerca.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Qué más?

—Ataca de noche, en lugares oscuros —dijo Max, que empezaba a engrescarse—, y los pilla cuando no hay nadie cerca.

—Yo diría que eso entra en la categoría de lo que tiene que hacer —dije—, sobre todo si quiere atacar en persona y no desea que nadie más lo vea.

—¿No vale para la lista?

—Supongo, pero nadie que mate a otra persona quiere ser visto, así que no es un rasgo que lo diferencie mucho.

—Apúntalo en la lista y ya está. No hay que poner siempre lo que tú dices.

—Vale —dije y lo anoté—. Ya está en la lista: no quiere que lo vean, ni que nadie sepa quién es.

—O qué es.

—O qué es —dije—, lo que tú digas. Bueno, sigamos.

—Les arranca las tripas y las coloca en un montón. Eso es bastante guay, podríamos llamarlo «el Apilatripas».

—¿Por qué apila las tripas? —pregunté. Una chica pasó junto a nuestra mesa y nos miró de una forma rara, así que bajé la voz—. A lo mejor quiere pasar un rato con las víctimas, disfrutar del asesinato.

—¿Crees que se las arranca cuando todavía están vivos? —preguntó Max.

—No creo que sea posible —dije—. Quiero decir que a lo mejor desea disfrutar del hecho de haberlos matado. Hay una famosa cita de Ted Bundy...

—¿De quién?

—De Ted Bundy. Mató a unas treinta personas por todo el país, en los setenta. El término «asesino en serie» lo inventaron para él.

—Sabes mierdas muy raras, John.

—Bueno, el caso es que en una entrevista que le hicieron antes de la ejecución dijo que después de matar a alguien, si tenías tiempo, esa persona podía convertirse en quien tú quisieras.

Max se quedó en silencio un momento.

—No sé si quiero seguir hablando de esto —dijo.

—¿Qué quieres decir? Hace un momento no te importaba.

—Hace un momento estábamos hablando de tripas —dijo Max—; da asco pero no miedo. Pero esto que dices ahora es un poco raro.

—¡Pero si acabamos de empezar! —dije—. Estamos llegando a lo bueno. Y es el perfil de un asesino en serie, ¡claro que van a salir cosas raras!

—Ya, pero estoy flipando un poco, ¿vale? No sé. Tengo que ir al baño.

Se levantó, se marchó y dejó la comida allí. Al menos parecía que pensaba volver; aunque me daba igual lo que hiciese.

¿Por qué no podía tener una conversación normal con alguien sobre algo de lo que yo quisiera hablar? ¿Tan jodido estaba?

Pues sí.

5

Hay un lago fuera de la ciudad, está a tan sólo unos kilómetros, pasada nuestra casa. Su verdadero nombre es el lago Clayton, cosa bastante predecible porque todo lo que hay en el condado se llama Clayton, pero a mí me gusta llamarlo el lago Friqui. Tenía más o menos un kilómetro y medio de ancho y unos cuantos de largo, pero no tenía embarcadero ni nada por el estilo; las playas eran pantanosas y estaban llenas de juncos, y todos los veranos el agua se llenaba de algas, así que en realidad nadie iba allí a nadar. Uno o dos meses después el lago se helaba y la gente iba a patinar o a pescar en el hielo, pero no daba para mucho más. Durante cualquier otra estación del año, no había ningún motivo para ir hasta allí y nadie lo usaba para nada.

Al menos eso es lo que creía antes de encontrar a los friquis.

Sinceramente, no sé si lo son o no, pero debo asumir que algo raro les pasa. Los encontré el año anterior, un día que no podía aguantar ni un minuto más a solas en casa con mi madre, por lo que me monté en la bici y me puse a pedalear por la carretera sin rumbo. No iba al lago, simplemente iba, y el lago resultó estar en la misma dirección en la que yo iba. Pasé junto a un coche en el que estaba sentado un tipo; no hacía nada, simplemente estaba aparcado a un lado de la carretera, mirando el lago. Entonces pasé junto a otro. Al cabo de medio kilómetro adelanté un camión vacío (no sé dónde estaba el conductor), y cien metros más allá había una mujer fuera del coche, apoyada en el capó; no miraba hacia ninguna parte, ni hablaba con nadie: sólo estaba allí, delante del coche.

¿Qué hacían ahí? El lago no es que fuese muy bonito y tampoco había nada que hacer. Enseguida pensé en actividades ilícitas —entregas de drogas, romances secretos, gente que abandona cadáveres—, pero no creo que fuese nada de eso. Me parece que estaban allí por el mismo motivo que yo: necesitaban alejarse de todo lo demás. Eran unos friquis.

Después de ese día me acercaba al lago siempre que quería estar solo, lo que cada vez ocurría más a menudo. Allí estaban los friquis —en ocasiones había unos, otras veces otros— en formación a lo largo de la carretera que bordeaba el lago, como perlas que alguien hubiese abandonado. Nunca hablábamos: no encajábamos en ningún otro sitio, así que era una estupidez asumir que entre nosotros estaríamos mejor. Simplemente íbamos allí, nos quedábamos un rato, pensábamos y nos marchábamos.

Después del arrebató de la hora de comer, Max me evitó el resto del día y, al acabar las

clases, fui en bici hasta el lago para pensar. Hacía tiempo que las hojas habían dejado atrás la fase naranja intenso y su color se había apagado hasta convertirse en marrón; la hierba que crecía junto a la carretera estaba tiesa y seca.

—¿Qué hizo el asesino que no tuviera que hacer? —dije en voz alta mientras dejaba la bicicleta tirada en el suelo y me ponía al sol.

Veía coches, pero ninguno estaba lo suficientemente cerca como para que los ocupantes me oyeran hablar. Los friquis respetan la intimidad de los otros.

—Al primero le robó un riñón, pero ¿qué le quitó al segundo?

La policía no hacía declaraciones, pero íbamos a recibir el cuerpo en la funeraria al cabo de muy poco. Cogí una piedra y la lancé al lago.

Miré carretera abajo, hacia el coche más cercano, que estaba a unos cientos de metros; era blanco y viejo, y el conductor miraba el agua fijamente.

—¿Eres el asesino? —pregunté en voz baja.

Aquel día había allí cinco o seis personas diseminadas por la carretera. ¿Cuánto tiempo iba a pasar hasta que la predicción de mi madre se cumpliera y los lugareños empezasen a echarse la culpa los unos a los otros? La gente tenía miedo de lo que era distinto, y quienquiera que fuese más diferente de los demás iba a ganar la lotería de la caza de brujas. ¿Sería uno de los raritos que escapaban al lago? ¿Qué le iban a hacer?

Todos sabían que yo era un engendro raro. ¿Iban a acusarme a mí?



El segundo cuerpo llegó a la funeraria ocho días después. Mi madre y yo no habíamos hablado mucho del tema de la sociopatía, pero yo me había esforzado más en la escuela para que dejara de seguirme el rastro: la obligué a pensar en mis rasgos positivos en lugar de en los más perturbadores y, al parecer, funcionó, porque cuando entré en la funeraria al acabar las clases y las encontré trabajando en el cadáver de la segunda víctima mi madre no me impidió que cogiera un delantal y una máscara y les echara una mano.

—¿Qué le falta? —pregunté cuando sujetaba unas botellas para mi madre mientras ella vertía el formaldehído en la bomba.

Margaret sólo tenía unos cuantos órganos en el mostrador lateral y estaba ocupada pinchándolos con el trocar y aspirándolos. Supuse que el resto de los órganos ya estaban dentro del cuerpo, porque mi madre lo había cubierto con una sábana y no quise arriesgarme a mirar debajo de ella mientras ella estuviese a mi lado.

—¿Qué? —preguntó mi madre fijándose en las marcas del lateral de la bomba mientras vertía líquido.

—La última vez faltaba un riñón —dije—. ¿De qué órgano se trata esta vez?

—Están todos ahí —respondió entre risas—. ¡Pobre Ron! No va a perder algo cada vez... Hablé con tu hermana del papeleo, eso sí; le he dicho que tiene que leerlo con un poco más de atención y comentarme cualquier cosa anormal que encuentre. A veces no sé qué voy a hacer con esa chica.

—Pero... ¿estás segura? —pregunté. El asesino tenía que haberse quedado con algo—. A lo mejor falta la vesícula y Ron creyó que se la habían extirpado y por eso no se dio cuenta.

—John: Ron y la policía (y el FBI también, para más seguridad) han tenido el cuerpo durante más de una semana. Los forenses han examinado el cadáver al milímetro buscando cualquier cosa que les sirva para pillar a este loco. Si le faltara un órgano, creo que se habrían dado cuenta.

—Se le está saliendo el líquido —avisé y señalé el hombro izquierdo. Un producto de color azul chillón supuraba por debajo de la sábana, mezclado con perlas de sangre coagulada.

—Vaya, pensaba que lo había remendado mejor —dijo mi madre.

Tapó el formaldehído y me dio la botella. Apartó la sábana y dejó al descubierto el hombro: un muñón bien vendado; la parte inferior estaba empapada de una especie de moco azul y morado. No había brazo.

—Ostras —dijo, y se puso a buscar más vendas.

—¿Le falta un brazo? —Miré a mi madre—. ¿Os pregunto si le falta algo y no se os ocurre mencionar un brazo?

—¿Qué? —preguntó Margaret.

—El asesino se llevó el brazo —dije.

Me acerqué al cadáver y retiré la sábana. Tenía el abdomen desgarrado y abierto como la otra víctima, pero ni mucho menos de manera tan grotesca; los tajos eran más pequeños y menos abundantes. Al granjero fallecido —Dave Bird, según la etiqueta— no lo había destripado.

—La evisceración y amontonamiento de órganos... esta vez no lo ha hecho —afirmé.

—¿Qué haces? —dijo mi madre con aire severo. Me quitó la sábana de la mano y volvió a tapar el cadáver—. ¡Muestra un poco de respeto!

Estaba hablando demasiado y lo sabía perfectamente, pero era incapaz de parar. Era como si me hubieran abierto el cerebro y todos los pensamientos de su interior se vertieran por el suelo.

—Pensé que hacía algo con los órganos —dije—, pero sólo rebuscaba para encontrar lo que quería. No los estaba poniendo en un orden concreto ni jugando con ellos ni...

—¡John Wayne Cleaver! —dijo mi madre bruscamente—. ¿Qué narices estás diciendo?

—Esto cambia el perfil por completo —dije. Ojalá hubiese podido callarme, pero de mi boca seguían saliendo palabras. El nuevo descubrimiento era demasiado emocionante—. No se trata de qué hace a los cuerpos, sino de qué parte de ellos se lleva. Lo de sacar todas las tripas era la manera más fácil de encontrar el riñón, no un ritual mortuario...

—¿Un ritual mortuario? —preguntó mi madre. Margaret dejó el trocar sobre la mesa y me miró; sentía las miradas de ambas clavadas sobre mí y sabía que me había metido en un lío. Había hablado demasiado—. ¿Te importaría explicarte?

Tenía que encontrar la manera de suavizar el tema, pero estaba metido hasta las cejas.

—Sólo decía que el asesino no estaba jugando con los cadáveres —respondí—. Eso es bueno, ¿no?

—Estabas entusiasmado —dijo mi madre a modo de acusación—. Estabas encantado de la vida con el cadáver de este señor y con cómo lo habían destripado.

—Pero...

—Te he visto una expresión de alegría en la cara, John, y creo que eso no lo había visto nunca. Y es por un cadáver: una persona real, con una familia real y una vida real. ¡Y a ti te encanta!

—No, eso no es...

—Fuera —dijo mi madre. Tenía la voz teñida de irrevocabilidad.

—¿Qué?

—Fuera —dijo—. Ya no tienes permiso para estar aquí.

—¡No puedes hacerme eso! —grité.

—Soy la propietaria, además de tu madre; y te estás implicando demasiado con este tema, y no me gusta la manera en que estás actuando ni las cosas que dices.

—Pero...

—Tendría que haber hecho esto hace mucho tiempo —dijo y apoyó una mano en la cadera—. No puedes entrar en la trastienda. Margaret tampoco te lo permitirá; también se lo voy a decir a Lauren. Ya va siendo hora de que tengas una afición normal y amigos de verdad, y no quiero ni que te atrevas a contestarme.

—¡Mamá!

—No me contestes. Márchate de aquí.

Quería pegarle. Quería golpear las paredes y los mostradores y darle una buena hostia al granjero muerto de la mesa y agarrar el trocar y clavárselo a mi madre en esa cara de

imbécil que tiene y sorberle el cerebro con él y...

No.

Cálmate.

Cerré los ojos. Estaba quebrantando demasiadas normas, no podía permitirme pensar de aquel modo. No podía dejar que la rabia me dominase. Sin abrir los ojos, me quité los guantes y la máscara, lentamente.

—Lo siento —dije—, pero...

No podía salir de allí sin más y no volver nunca. Tenía que resistirme y...

No. Cálmate.

—Lo siento —repetí.

Me quité el delantal y salí por la puerta. Ya me las arreglaría más tarde para hacerme a la idea de ello. En ese momento importaba más respetar las normas.

Tenía que mantener al monstruo escondido tras el muro.

• • • • •

Halloween me parecía una mierda. Era todo una tontería: nadie tenía miedo y todo el mundo iba por ahí cubierto de sangre de pega o con cuchillos de goma o, peor aún, vestido con disfraces que ni siquiera asustaban. Se suponía que era la noche en la que los espíritus malignos recorrían la Tierra, cuando los druidas quemaban niños en jaulas de mimbre. ¿Qué tenía eso que ver con disfrazarse de Spiderman?

Halloween dejó de interesarme cuando tenía ocho años, más o menos cuando empecé a aprender cosas sobre los asesinos en serie. Eso no significa que no me disfrazara, sino que simplemente dejé de escoger mi propio disfraz: todos los años mi madre elegía uno y yo me lo ponía, hacía caso omiso de él y luego me olvidaba hasta el año siguiente. Un día iba a tener que contarle lo de Ed Gein, cuya madre lo vistió de niña la mayor parte de su infancia. Luego pasó casi toda su vida adulta matando mujeres y haciéndose ropa con la piel.

Aquel año uno podría esperar un Halloween bastante guay; después de todo, teníamos un verdadero demonio en la ciudad, con colmillos y garras y de todo. Eso tenía que servir para algo. Pero ninguno de nosotros era consciente de ello, y hasta aquel momento solamente había matado a dos personas, por eso, en lugar de escondernos muertos de miedo en el sótano a rezar por la salvación, acabamos en el gimnasio del instituto fingiendo que nos divertíamos en el baile de Halloween. De hecho, no estoy seguro de cuál de las dos cosas era peor.

Los bailes del colegio ya eran suficientemente horribles, pero mi madre me hacía ir a todos y, dado que no tenía ninguna intención de cambiar su política cuando empecé el

instituto, tenía la esperanza de que al menos los mejorasen. Pero no. El baile de Halloween resultó ser especialmente estúpido: el momento ideal para que todos, mutantes en desarrollo, torpes y desgarbados, se juntaran disfrazados y se quedaran junto a las paredes del gimnasio mientras un montón de luces de colores relucían anémicas y el subdirector ponía música pasada de moda a través del sistema de megafonía. Mi madre, como siempre, me había obligado a ir porque era una actividad que formaba parte de la iniciativa «Haz amigos de verdad», pero, haciendo gala de su buena voluntad, me permitió escoger el disfraz. Como sabía que se iba a cabrear por ello, me vestí de payaso.

Max iba de miembro de algún tipo de comando del ejército y se había puesto la chaqueta de camuflaje de su padre y una especie de maquillaje marrón en la cara que formaba toda clase de grumos. A pesar de las veces que nos habían avisado de que no llevásemos armas, también había traído una pistola de plástico que, naturalmente, el director le quitó en la puerta.

—Vaya mierda —dijo Max; dio un puñetazo y miró con odio al director, que estaba al otro lado del gimnasio—. Perro, voy a robársela, de verdad. ¿Crees que me la va a devolver?

—¿Me has llamado «perro»?

—Tío, te juro que voy a recuperar la pistola sin que se entere. Mi padre me ha enseñado maniobras muy molonas; ni siquiera sabrá que he estado allí.

—Llevas el camuflaje equivocado —dije.

Estábamos en nuestro sitio habitual, merodeando en una esquina, y yo observaba el flujo de gente que iba y venía entre los refrigerios y las paredes.

—Mi padre trajo esta chaqueta de Irak —dijo Max—, es superauténtica.

—Pues será alucinante cuando el señor Layton esconda la pistola en Irak —dije—, pero ahora estamos en un baile de instituto del Medio Oeste americano. Si no quieres que te vea, tendrás que disfrazarte de víctima de accidente de tráfico. Esta noche hay muchos de éstos. También te valdría un falso agujero de bala en la frente.

Las prótesis cutres y sangrientas estaban a la orden del día; al menos la mitad de chicos del baile las llevaban. Sería lógico pensar que dos truculentos asesinatos en la comunidad iban a hacer que la gente fuese un poco más sensible al tema, pero ya ves que no. Por lo menos nadie se disfrazó de mecánico eviscerado.

—Eso habría molado —dijo Max mirando un agujero falso de bala que pasaba por allí—. Eso es lo que me pondré mañana por la noche para ir a hacer truco o trato: les voy a dar unos sustos de la hostia.

—¿Vais a hacer truco o trato? —dijo una voz entre risas. Era Rob Anders, que pasaba a nuestro lado con un par de sus amigos. Todos me odiaban desde tercero—. Este par de

bebés va a ir a hacer truco o trato. ¡Pero si eso es para críos!

Pasaron de largo muertos de la risa.

—Voy solamente por mi hermana pequeña —refunfuñó Max mirándoles a la espalda con rabia—. Voy a por la pistola; el disfraz es mucho más fardón con ella.

Salió a toda prisa hacia la puerta y me dejó solo en la oscuridad, así que pensé en ir a tomar algo.

La mesa de refrigerios estaba medio vacía: una bandeja con verduras blandurrias, un par de mitades de donuts y una fuente llena de zumo de manzana y Sprite. Me serví un vaso y se me cayó de inmediato porque alguien chocó contra mí por detrás. El zumo volvió a caer en la fuente, junto con el vaso de plástico, que salpicó y me empapó la manga y la muñeca. Rob Anders y sus compinches se rieron al pasar.

Solía tener una lista de personas a las que iba a matar algún día. Ahora iba en contra de mis normas, pero de vez en cuando la echaba mucho de menos.

—¿Eres Eso? —preguntó una voz de chica.

Me di media vuelta y vi a Brooke Watson, una chica que vivía en mi calle. Iba vestida un poco como mi hermana la otra noche, con ropa de los ochenta.

—¿Qué si soy qué? —pregunté mientras pescaba el vaso de dentro de la fuente.

—El payaso de *Eso*, el libro aquel de Stephen King —dijo Brooke.

—No —repliqué mientras escurría el líquido de la manga dentro del vaso y me secaba con unas servilletas—. Y creo que ese payaso se llamaba Pennywise.

—No lo sé, no lo he leído —dijo y bajó la mirada—. Pero está en una estantería de casa y he visto la cubierta, por eso he pensado que ibas disfrazado de... No sé.

Actuaba de manera extraña, como si estuviera... No atinaba a decir qué. Me había enseñado a mí mismo a interpretar las señales visuales de las personas que conocía bien para saber qué sentían, pero alguien como Brooke me resultaba ilegible.

Dije lo único que se me ocurrió:

—¿Vas de punk?

—¿Qué?

—¿Cómo llaman a los de los ochenta? —pregunté.

—Oh. —Se rio. Era una risa bonita—. Voy de mi madre. Bueno, quiero decir que ésta es la ropa que ella llevaba en el instituto. Pero supongo que debería decir que voy vestida de Cindy Lauper o algo así, porque disfrazarse de tu madre es un poco cutre.

—Yo casi me visto de mi madre —dije—, pero estaba preocupado por lo que pudiera decir mi terapeuta.

Se echó a reír otra vez y me di cuenta de que pensaba que era una broma. Seguramente era mejor así, ya que si le contaba el complemento del disfraz de madre —un cuchillo gigante de carnicero atravesándome la cabeza— a lo mejor se asustaba. Era muy guapa, la verdad: pelo largo y rubio, ojos alegres y una sonrisa amplia y con hoyuelos. Le devolví la sonrisa.

—Oye, Brooke —dijo Rob Anders acercándose con una sonrisa maliciosa en la boca—. ¿Por qué hablas con ese criajo? Todavía va a hacer truco o trato.

—¿De verdad? —preguntó Brooke mirándome a mí—. Yo también quería ir, pero no estaba segura... Todavía me parece divertido, aunque estemos en el instituto.

Puede que no comprendiese qué emoción era la que Brooke irradiaba, pero la vergüenza era una con la que sí estaba bien familiarizado y Rob Anders la desprendía en oleadas.

—Yo... sí —respondió Rob—. A mí también me parece divertido. A lo mejor nos vemos por ahí.

Sentí el impulso repentino de apuñalarlo.

—Pero ¿qué me dices de esta indumentaria de payaso, John? —dijo dirigiéndose a mí—. ¿Vas a hacer malabarismos o a meterte con un montón más como tú en un coche?

Se rio y miró hacia atrás para ver si sus amigos se reían también, pero se habían marchado a hablar con Marci Jensen, que iba vestida con un traje de gatita que dejaba muy claro por qué Max estaba obsesionado con su sujetador. Rob se quedó mirando hacia allí un momento y después se volvió hacia mí rápidamente.

—¿Entonces qué, payaso? ¿Por qué sonríes tanto?

—Eres un tipo estupendo, Rob —dije.

Me miró extrañado.

—¿Qué?

—Que eres un tipo estupendo. Me gusta mucho tu disfraz, sobre todo el agujero de bala en la frente.

Tenía esperanzas de que se marchase cuanto antes. Decir cosas agradables a la gente con quien me enfadaba mucho era una de las normas para evitar que las cosas fueran de mal en peor, pero no sabía cuánto tiempo podía seguir en ese plan.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó mirándome con rabia.

No tenía ninguna norma sobre qué hacer si la persona a quien le hacía el cumplido no se marchaba.

—No —dije.

Intenté improvisar, pero me había pillado a contrapié. No sabía qué decir.

—Creo que sonríes tanto porque eres retrasado mental —dijo y dio un paso adelante—. ¡Zoy un *payazo* feliz!

Me estaba cabreando de verdad.

—Eres... —Necesitaba un cumplido—. He oído que el examen de mates de ayer te fue muy bien. Me alegro por ti.

Fue lo único que se me ocurrió. Debería haberme marchado, pero... quería hablar con Brooke.

—Escucha, bicho raro —dijo Rob—, esta fiesta es para gente normal; la de los friquis es por ahí, en el baño, con los góticos. ¿Por qué no te largas?

Se estaba haciendo el duro, pero seguía siendo una farsa: la típica pose de machito de quince años. Estaba tan mosqueado que lo hubiese matado allí mismo, pero me obligué a tranquilizarme. Yo valía más que eso y más que él. ¿Quería dar miedo? Pues yo le iba a dar miedo.

—Sonrío porque estoy pensando en qué aspecto tienen tus entrañas.

—¿Qué? —preguntó Rob y se rio—. Oh, vaya, el hombretón intenta amenazarme. ¿Crees que me das miedo, criajo?

—Me han diagnosticado una sociopatía —dije—. ¿Sabes qué significa eso?

—Significa que eres un bicho raro.

—Significa que me importas lo mismo que una caja de cartón —dije—. No eres más que una cosa, basura que todavía no han metido en el cubo. ¿Es eso lo que quieres que diga?

—Cállate —dijo Rob. Seguía haciéndose el duro, pero estaba claro que la bravuconería empezaba a fallarle: no sabía qué decir.

—Lo que tienen las cajas es que las puedes abrir. Y aunque por fuera pueden parecer completamente aburridas, dentro podría haber algo interesante. Así que mientras tú me aburres con tus estupideces, yo imagino que te rajo y miro a ver qué tienes ahí dentro.

Hice una pausa, le miré fijamente, él me miró a mí. Tenía miedo. Lo dejé en suspense un momento más y seguí hablando.

—La cuestión es, Rob, que no quiero rajarte. No quiero ser el tipo de persona que hace eso, así que me he puesto una norma: siempre que tengo ganas de abrir a alguien en canal, le digo algo agradable. Por eso te digo, Rob Anders del número 232 de la calle Carnation, que eres un tipo genial.

La mandíbula de Rob colgaba como si estuviese a punto de decir algo, pero cerró la boca y retrocedió un paso. Se sentó en una silla sin dejar de mirarme y después se levantó

y salió del gimnasio. Yo lo seguí con la mirada.

—Vaya... —dijo Brooke. Se me había olvidado que estaba allí—. Qué manera tan interesante de conseguir que te deje en paz.

No sabía qué decir; ella no debería haber oído eso. Menudo idiota estaba hecho.

—Lo saqué de una película —dije rápidamente—, creo. No pensaba que se fuera a asustar tanto.

—Ya —dijo Brooke—. Tengo que... encantada de hablar contigo, John.

Sonrió vacilante y se marchó.

—Tío, ha sido flipante —dijo Max.

Me giré, sorprendido.

—¿Cuándo has llegado?

—Lo he visto casi todo —dijo mientras rodeaba la mesa de refrigerios para llegar hasta mí— y ha sido una pasada. Anders casi se caga encima.

—Y Brooke también —dije mirando hacia donde se había ido. Todo lo que pude ver fue una masa de personas en la oscuridad.

—¡Ha sido la monda! —dijo Max y se sirvió un poco de ponche—. Y luego ella estaba mogollón por ti.

—¿Por mí?

—¿No te has dado cuenta? Tío, estás ciego. Iba a pedirte un baile, estaba cantado.

—¿Por qué iba a pedírmelo?

—Porque estamos en un baile y porque tú eres un horno de ardiente pasión payasil. Aunque creo que ya no volverá a hablarte. Ha sido la hostia.

• • • • •

Al día siguiente, por la noche, Max y yo fuimos a hacer truco o trato con Audrey, su hermana pequeña. Primero hicimos su vecindario, con su madre, nerviosa, siguiéndonos con una linterna y una especie de espray de pimienta. Después de terminar nos llevó al mío y, cuando fuimos a su casa, el señor Crowley sacudió la cabeza.

—No deberíais estar por ahí a estas horas —dijo, ceñudo—. No es seguro con el asesino por ahí suelto.

—Las farolas están encendidas —respondí— y las luces de los porches también, y nos acompaña un adulto. En las noticias han dicho que han aumentado la presencia de la policía. Probablemente estamos más seguros hoy que cualquier otra noche.

El señor Crowley se escondió detrás de la puerta y tosió ruidosamente; cuando acabó, se volvió hacia nosotros.

—No estéis por ahí hasta muy tarde, ¿de acuerdo?

—Iremos con cuidado —contesté, y el señor Crowley nos dio los caramelos.

—No quiero que esta ciudad viva atemorizada —dijo, entristecido—, solía ser un sitio muy alegre.

Tosió de nuevo y cerró la puerta.

Cosas que de día parecían una tontería —sangre de pega y prótesis de miembros—, en la oscuridad de la noche parecían un mal presagio, mucho más aterradoras. La gente volvía a pensar en el asesino y estaba nerviosa: todos los artículos tontos de Halloween que se habían comprado en las tiendas fueron sustituidos por verdadero terror de vida o muerte. Fue el mejor Halloween de la historia.

6

«Soy Ted Rask y esto es un reportaje del canal Five Live News en exclusiva desde Clayton, una pequeña y tranquila ciudad sumida en una crisis que algunos ya han bautizado como la crisis del asesino de Clayton. Mucha gente tiene miedo de salir de casa por la noche y algunos lugareños están atemorizados incluso a plena luz del día. A pesar de esta dominante sensación de aprensión, no deja de haber esperanza: la policía y el FBI han hecho un avance extraordinario en la investigación».

Eran las seis de la tarde y estaba viendo las noticias. Mi madre decía que era muy raro que un chaval de quince años se interesase tanto por ellas, pero ya que no teníamos Juzgados TV, las noticias locales eran generalmente lo único que me atraía. Además, el asesino en serie era todavía una noticia candente y la cobertura continua de Ted Rask sobre el asunto se había convertido en el programa más visto en la zona, a pesar de —o puede que gracias a ello— ese aire ansioso de melodrama que le daba a todo. Fuera azotaba una tormenta de nieve típica de noviembre, pero dentro de casa nos calentábamos frente a la hoguera del frenesí mediático.

«Como recordarán del primer reportaje que hice sobre la muerte de David Bird, un granjero de la zona —dijo Rask—, cerca de la escena del crimen se encontró una sustancia aceitosa. En un principio sospechamos que se trataba de una mancha que habría dejado el coche en el que se dio a la fuga el asesino; sin embargo, las pruebas forenses han arrojado a la luz que se trata de una sustancia de naturaleza biológica. Según una fuente no revelada de la investigación, el FBI ha conseguido aislar una minúscula muestra de ADN en avanzado estado de degeneración. Esta misma mañana han podido identificar que el material genético tiene un origen humano pero, desgraciadamente, la pista no lleva más allá. El ADN no corresponde a ninguna de las víctimas y tampoco a ninguno de los sospechosos, a personas desaparecidas en la zona ni ninguna que aparezca en los registros de muestras de ADN del estado. No obstante, debo dejar claro que la base de datos disponible es muy limitada: la tecnología es nueva y hay muy pocas ciudades cuyos registros vayan más allá de cinco años atrás. A falta de una prueba extendida de ADN comparable a la base de datos nacional de huellas dactilares, es posible que no se llegue a identificar jamás».

Tenía una mirada tan dura y seria que parecía que pretendiese ganar un premio de periodismo sólo a base de carisma. Mi madre seguía odiándolo y se negaba a ver los

reportajes. «Sólo es cuestión de tiempo —había dicho— antes de que empiece a señalar a gente con el dedo y acabemos linchando a alguien». En la ciudad la tensión era evidente y la posibilidad de un tercer asesinato pendía sobre nuestras cabezas como una nube.

«Mientras que la policía investigaba las pruebas de la escena del crimen —dijo Rask—, el equipo de Five Live News ha estado indagando y hemos dado con un dato muy interesante: un caso sin resolver de hace más de cuarenta años en el que se encontró una sustancia negra muy similar a la hallada en este caso. ¿Podría ayudar a atrapar al homicida? Más detalles sobre esta historia esta noche a las diez. Ted Rask, Five Live News. Te devuelvo la conexión, Sarah».

Sin embargo, Ted Rask no volvió a las diez: el asesino de Clayton lo pilló antes. El cámara lo encontró a las ocho y media pasadas, en el callejón de detrás del motel; lo habían destripado y le faltaba una pierna. Tenía la cara y la cabeza cubiertas de una sustancia espesa, acre y de color negro; debía de estar caliente, porque lo había dejado plagado de ampollas rojas como una langosta.

• • • • •

—He oído que has estado aterrorizando a los chicos del instituto —me interpeló el doctor Neblin.

Pasé el comentario por alto y miré por la ventana, pensando en el cadáver de Rask. Había algo en ese asunto que no estaba... bien.

—No quiero que utilices mi diagnóstico como arma para asustar a la gente —dijo Neblin—. Estamos aquí para que mejores, no para que le lances la patología en la cara a otras personas.

Caras. La cara de Rask estaba cubierta de ese moco viscoso... ¿Por qué? Me parecía algo humillante, pero el asesino nunca se había comportado así. ¿Qué estaba pasando?

—No me estás haciendo ningún caso, John —dijo Neblin—. ¿No estarás pensando en el homicidio de anoche?

—No fue un homicidio —dije—, fue un asesinato en serie.

—¿Hay alguna diferencia?

—Por supuesto —respondí y hice girar la silla para mirarlo fijamente. Me sentía prácticamente... traicionado por su ignorancia—. Usted es psicólogo, tendría que saberlo. El homicidio es... bueno, es diferente. Los asesinos son borrachos o maridos celosos; tienen motivos para sus actos.

—¿Los asesinos en serie no los tienen?

—La única motivación es matar —dije—. Un asesino en serie tiene un punto que le convierte en una persona hambrienta o vacía; y matando llena ese hueco. Llamarlo

homicidio lo convierte en algo... barato. Hace que suene estúpido.

—Y tú no quieres que un asesinato en serie parezca estúpido.

—No es eso. Es... no sé cómo decirlo. —Volví a mirar por la ventana—. No me parece correcto.

—A lo mejor estás intentando convertir a los asesinos en serie en algo que no son —dijo Neblin—. Quieres que tengan una especie de trascendencia especial.

Resentido, no hice caso a sus palabras. Fuera los coches avanzaban lentamente sobre la capa de hielo que cubría la calle. En ese momento deseaba que uno de ellos patinara y se llevase a un peatón por delante.

—¿Viste las noticias de anoche? —preguntó Neblin.

Sacó mi tema favorito como cebo para que volviera a hablar, pero me quedé callado, mirando por la ventana.

—Me parece algo sospechoso —dijo— que el reportero anunciase que tenía una pista relacionada con el asesino y después muriera tan sólo hora y media antes de poder revelar esa información a todo el mundo. Me parece que había averiguado algo.

Gran razonamiento, Sherlock. En las noticias de las diez habían llegado a la misma conclusión.

—No quiero hablar sobre este tema —contesté.

—Entonces quizá podamos hablar sobre Rob Anders.

Me volví hacia él.

—Quería preguntarle quién se lo ha contado.

—Ayer me llamó la orientadora del instituto. Que yo sepa, sólo ha hablado con ella y conmigo. Pero le has provocado pesadillas.

Sonreí.

—John, no tiene gracia. Es una señal de agresividad.

—Rob trata muy mal a otros alumnos —dije—, y lo hace desde tercero. Si quiere ver señales de agresividad, sígalo durante unas horas.

—La agresividad es normal entre los chicos de quince años —afirmó Neblin—, independientemente de si son unos abusones o no. Lo que a mí me preocupa es cuando proviene de un sociópata de quince años que está obsesionado con la muerte; sobre todo cuando hasta ahora has sido un modelo perfecto de comportamiento no hostil. ¿Qué es lo que ha cambiado últimamente, John?

—Bueno, pues hay un asesino en serie en la ciudad que le roba partes del cuerpo a la gente. A lo mejor ha oído hablar de ello: ha salido en las noticias.

—¿La presencia de un homicida en la ciudad te afecta?

El monstruo del otro lado del muro se revolvió.

—Es que se trata de algo muy cercano —dije—; más que cualquiera de los asesinos que estudio. Consulto libros y busco información sobre asesinos en serie en internet por... bueno, no por diversión, pero ya sabe a qué me refiero. Y todos se encuentran muy lejos. Son reales y ese hecho forma parte de su fascinación, pero... esto es el culo de Estados Unidos. Se supone que tienen que existir en la realidad de otra parte, no aquí.

—¿Tienes miedo del asesino?

—No temo que me mate. Hasta ahora las tres víctimas han sido hombres adultos, así que supongo que va a mantener ese patrón, cosa que significa que estoy a salvo. Que mi madre, y Margaret y Lauren están a salvo.

—¿Y tu padre?

—Él no está aquí. No sé por dónde anda.

—Pero ¿temes por él?

—No —respondí lentamente.

Era cierto, pero había algo que le estaba ocultando y me daba cuenta de que Neblin lo sabía.

—¿Hay alguna cosa más?

—¿Debería?

—Si no quieres hablar de ello, no lo haremos —dijo Neblin.

—Pero ¿y si es necesario? —pregunté.

—Entonces, hablaremos de ello.

A veces los terapeutas eran de mente tan abierta que me parecía un milagro que fuesen capaces de retener algo ahí dentro. Lo miré fijamente durante unos instantes mientras sopesaba los pros y los contras de la conversación que ya sabía que íbamos a tener, y al final decidí que tampoco me iba a perjudicar.

—La semana pasada soñé que mi padre era el asesino —dije.

Neblin no reaccionó de ninguna manera.

—¿Qué hacía?

—No lo sé, ni siquiera venía a verme.

—¿Querías que te dejara ir con él cuando salía a matar? —preguntó.

—No —dije sintiéndome incómodo en la silla—. Quería llevármelo yo a él, a un lugar donde no pudiera seguir matando.

—¿Y qué pasó?

De pronto ya no quería seguir hablando del tema, aunque yo mismo lo había sacado. Sé que me estaba contradiciendo, pero esto puede pasar cuando sueñas que matas a tu padre.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Claro que sí —dijo y anotó algo.

—¿Puedo ver la nota?

—Claro.

Neblin me pasó el cuaderno.

Primer motivo: asesino en la ciudad. No quiere hablar del padre.

—¿Por qué ha escrito «primer motivo»?

—El primer motivo por el que asustaste a Rob Anders. ¿Hay más?

—No lo sé.

—Si no quieres hablar de tu padre, ¿qué tal si hablamos de tu madre?

El monstruo de detrás del muro se revolvió. Me había acostumbrado a pensar en él como un monstruo, pero no era más que yo. O por lo menos mi parte más oscura. Seguramente piensas que tener un monstruo real escondido en tu interior es espeluznante, pero, créeme, es mucho, mucho peor cuando en realidad se trata de tu propia mente. Llamarlo monstruo me alejaba de ello un poco y me hacía sentir un poco mejor. No mucho, pero me conformo con lo que sea.

—Mi madre es idiota —dije— y ya no me deja entrar en la trastienda de la funeraria. Ya hace casi un mes.

—Hasta anoche no había muerto nadie en casi un mes —afirmó—. ¿Para qué querías ir a la trastienda si no había nada que hacer?

—Solía ir bastante a pensar —dije—. Me gustaba.

—¿Hay algún otro lugar al que puedas ir a pensar?

—Voy al lago Friqui, pero ahora hace demasiado frío.

—¿El lago Friqui?

—El lago Clayton. Allí va gente muy rara. Pero es que prácticamente he crecido en la funeraria; no me la puede quitar así como así.

—Una vez me contaste que sólo llevabas unos años ayudando en la trastienda —dijo el doctor Neblin—. ¿Hay otras partes de la funeraria a las que también te sientas ligado?

—El reportero murió anoche —dije pasando por alto su pregunta— y a lo mejor nos lo

traen. Para el entierro lo enviarán adonde vivía, claro, pero igual lo traen primero para que lo embalsamemos. Necesito ver el cadáver y ella no me lo va a permitir.

Neblin hizo una pausa.

—¿Por qué necesitas ver el cadáver?

—Para saber qué está pensando —dije mirando por la ventana—. Intento entenderle.

—¿Al asesino?

—Hay algo que no encaja y no doy con qué es.

—Bueno, si eso es lo que quieres, podemos hablar del asesino.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero, cuando acabemos, tendrás que contestar cualquier pregunta que te haga.

—¿Qué pregunta?

—Lo averiguarás cuando te la haga —dijo Neblin con una sonrisa—. Entonces, ¿qué sabes del asesino?

—¿Sabía que al primer cadáver le robó un riñón?

Neblin ladeó la cabeza.

—No había oído nada de esto.

—Nadie lo sabe, así que no vaya contándolo por ahí. Cuando el cuerpo llegó a la funeraria le faltaba un riñón; parecía como si todo lo demás hubiese pasado por una picadora, pero había sacado el riñón con un corte limpio.

—¿Y el segundo cuerpo?

—Se llevó el brazo —contesté— y tenía el abdomen rajado, pero no le sacó las tripas: la mayoría de las entrañas seguían dentro.

—Y del tercero se llevó una pierna —dijo Neblin—. Interesante. O sea, que el hecho de que en el primer ataque los órganos estuvieran apilados era fortuito: no está ritualizando los asesinatos, sino que sólo se queda con algunas partes de los cuerpos.

—Eso es exactamente lo que le conté a mi madre —dije estirando las manos hacia arriba.

—¿Justo antes de que te echara de la trastienda?

Me encogí de hombros.

—Supongo que es un comentario bastante escabroso.

—Lo que a mí me interesa —dijo Neblin— es cómo abandona los cuerpos: no se los

lleva ni los esconde, sino que los deja ahí para que los encuentren. Normalmente eso significa que el asesino trata de decir algo: debemos ver el cadáver y comprender el mensaje que intenta darnos. Pero si lo que dices es cierto, entonces no está dejando los cadáveres a la vista a propósito, sino que se trata de un ataque fulminante para después desaparecer rápidamente. Pasa el mínimo tiempo posible con las víctimas.

—Pero ¿qué significa eso? —pregunté.

—En primer lugar, seguramente aborrece lo que está haciendo.

—Eso tiene mucho sentido —asentí—. No se me había ocurrido.

Me sentí estúpido por no haberlo pensado. ¿Por qué no se me había ocurrido que quizá al asesino no le gustaba matar?

—Pero al reportero lo desfiguró —dije—, debía de tener otro motivo además de querer acabar con su vida.

—En los asesinos en serie —afirmó Neblin— es muy probable que el motivo sea de tipo emocional: estaba enfadado, frustrado o confundido. No cometes el error de pensar que los sociópatas no sienten: tienen sentimientos muy intensos, pero no saben qué hacer con sus emociones.

—Ha dicho que no le gusta matar, pero hasta ahora se ha llevado recuerdos de los tres. Eso no tiene sentido: ¿por qué se lleva algo de un hecho que no quiere recordar?

—Buena reflexión —dijo Neblin y lo anotó en el cuaderno—. Pero ahora te toca contestar a mi pregunta.

—Vale. —Suspiré y miré por la ventana—. Venga, acabemos con este asunto.

—Dime qué hacía Rob Anders justo antes de que lo amenazases de muerte.

—No lo amenacé de muerte.

—Hablaste sobre su muerte de forma amenazadora —dijo Neblin—, no hiles tan fino.

—Estábamos en el gimnasio del instituto, en el baile de Halloween, y me estaba molestando. Tomándome el pelo, tirándome el vaso... cosas así. Y luego yo estaba hablando con alguien y él se acercó y se puso a burlarse de mí, y yo sabía que solamente había dos formas de deshacerme de él: darle un puñetazo o asustarlo. Una de mis normas es no hacer daño a nadie, así que lo asusté.

—¿No hay normas para no amenazar a nadie de muerte?

—No había surgido el caso. Ahora ya tengo una.

—¿Con quién hablabas?

—¿Qué más da?

—Es por curiosidad.

—Con una chica.

El monstruo de detrás del muro gruñó; un reproche entre dientes, pero fuerte. El doctor Neblin ladeó la cabeza.

—¿No tiene nombre?

—Brooke. —De pronto me sentía incómodo—. No es nadie; vive en nuestra calle desde hace años.

—¿Es guapa?

—Es un poco joven para usted, doctor.

—Permíteme que te lo pregunte de otro modo —dijo sonriendo—: ¿te atrae?

—Creía que estábamos hablando de Rob Anders.

—Era curiosidad, sin más. —Anotó algo en el cuaderno—. De todos modos más o menos ya hemos terminado. ¿Quieres hablar de alguna cosa más?

—No creo.

Miré por la ventana; los coches pasaban con cuidado entre los edificios, como escarabajos en un laberinto. La furgoneta de Five Live News se dirigía lentamente hacia el este, saliendo de la ciudad.

—Parece que los ha ahuyentado —dijo Neblin al darse cuenta de lo que estaba mirando.

Seguramente tenía razón... espera. Exacto. Era la pieza que me faltaba.

El asesino los había ahuyentado.

—No es un asesino en serie —dije de pronto.

—¿No? —preguntó Neblin.

—Nos hemos equivocado. No puede serlo. No se escapó después, sino que, como usted dijo, lo embadurnó de la cosa esa y lo dejó a la vista. No intentaba simplemente eclipsar las noticias; quería asustarlos para que se marcharan. ¿No se da cuenta? ¡Tenía un motivo!

—Y tú crees que los asesinos en serie no los tienen.

—No los tienen —dije—. Busque en todos los perfiles de criminales de los que disponga y jamás encontrará un asesino en serie que mate a una persona sólo porque se esté acercando demasiado a la verdad; la mayoría de ellos hacen lo que sea por conseguir más atención de los medios, no menos. Les encanta; la mitad de ellos escriben cartas a la prensa.

—¿Crees que la fama no cuenta como motivo?

—No es lo mismo —dije—. No matan porque quieran atención; quieren atención porque matan. Desean que la gente vea lo que hacen. El motivo básico sigue siendo matar: la necesidad fundamental que los asesinos intentan satisfacer. Y este tipo ha hecho otra cosa. No sé qué es, pero ahí está.

—¿Qué me dices de John Wayne Gacy? —preguntó Neblin—. Mataba a homosexuales porque quería castigarlos. Es una razón.

—Muy pocas de sus víctimas eran homosexuales. ¿Cuánto ha leído sobre él? Lo de los gays no era un motivo, sino una excusa. Necesitaba matar, y si decía que castigaba a los pecadores se sentía menos culpable.

—John, estás demasiado entusiasmado —me interrumpió Neblin—. Quizá deberíamos dejarlo aquí.

—Los asesinos en serie no tienen tiempo de matar a reporteros metomentodo porque están demasiado ocupados asesinando a gente que encaje en el perfil de sus víctimas: viejos, niños, universitarias rubias, lo que sea. ¿Por qué el nuestro es diferente?

—John.

Empecé a marearme un poco, como si estuviera hiperventilando. El doctor Neblin tenía razón: debía parar. Respiré hondo y cerré los ojos. Ya tendría tiempo para esto más adelante. De todos modos, sentí como una inyección de energía, como el sonido del agua fluyendo en mis oídos. Este asesino era diferente, era algo nuevo.

Amenazador, el monstruo de detrás del muro husmeó el aire: olía a sangre.

7

La primera vez que vi al vagabundo estaba junto al cine, en el centro. En Clayton vemos bastantes sin techo —gente que está de paso y busca trabajo, comida o un billete de autobús hasta el próximo pueblo—, pero ése era diferente. No mendigaba ni hablaba con nadie; lo único que hacía era mirar, observar. Nadie miraba a la gente con tal intensidad ni durante tanto tiempo excepto yo, que tenía graves problemas emocionales. Decidí que cualquiera que me recordase a mí mismo merecía un poco de vigilancia, pues podía ser peligroso.

Mis normas no me permitían seguirlo, ni siquiera buscarlo, pero durante los siguientes días lo vi alguna vez más: sentado en el parque mirando a los críos que se tiraban por los montones de nieve que las quitanieves habían apartado o de pie junto a la gasolinera, fumando y mirando a la gente llenar los depósitos. Era como si nos estuviera evaluando, cotejándonos con alguna lista que debía de tener en la cabeza. Supuse que la policía iría a por él, pero no estaba haciendo nada ilegal. Simplemente estaba allí. La mayoría de las personas —sobre todo las que, como yo, no leían por diversión libros sobre perfiles criminales— pasarían de largo sin pestañear. Tenía cierta extraña habilidad para pasar desapercibido, incluso en un lugar tan pequeño como el condado de Clayton, y la mayoría ni se daba cuenta de que estaba allí.

Unos días más tarde, cuando en las noticias hablaron de un robo en una casa, fue el primero en quien pensé. Estaba alerta, era analítico y había observado el pueblo el tiempo suficiente como para saber a quién valía la pena seguir a casa y robar. La cuestión era si sólo se trataba de un ladrón o si era algo más. No sabía desde cuándo estaba en Clayton, pero, si llevaba ya un tiempo, bien podría ser el asesino. No importaba lo que dijese mis normas: tenía que saber qué era lo siguiente que iba a hacer.

Era como estar al borde de un precipicio intentando convencerme a mí mismo de saltar. Había un motivo concreto para seguir las normas: me ayudaban a evitar cosas que no quería hacer; pero se trataba de un caso excepcional, ¿no? Si el vagabundo era peligroso e infringiendo mis normas impedía que hiciera algo malo —y en realidad ésa era una regla muy poco importante—, entonces era bueno. Era una buena acción. Luché conmigo mismo durante una semana y finalmente racionalicé la idea de que, a la larga, era mejor romper la norma y seguir al vagabundo. Quizá lograría salvarle la vida a alguien.



El día antes de Acción de Gracias no hubo clase y, aunque el cadáver de Ted Rask llegó a la funeraria por la mañana, mi madre se negó a que la ayudara, así que tenía el día libre. Fui al centro y estuve una hora dando vueltas en bicicleta hasta que lo encontré, sentado en la marquesina de la parada de autobuses junto a la ferretería Allman. Cruzé la calle y me senté en una de las mesas de la ventana del Friendly Burger a observar.

Tenía el tamaño adecuado para ser el asesino de Clayton: no era enorme pero sí grande, y parecía lo suficientemente fuerte como para derribar a un tipo como Jeb Jolley. Tenía el pelo largo y castaño, más o menos hasta la barbilla, y lo llevaba algo enmarañado. No tenía una pinta demasiado rara en Clayton, sobre todo en invierno, cuando hacía un frío que pelaba y la melena te ayudaba a mantener las orejas calientes. Le hubiera ido mejor un gorro, pero supongo que los vagabundos no tienen elección.

Respiraba unas agitadas volutas neblinosas en lugar de las largas y perezosas nubes del resto de viandantes. Eso significaba que respiraba rápidamente, cosa que quería decir que estaba nervioso. ¿Estaría buscando una víctima?

El autobús llegó y se marchó, y él no se montó en él. Miraba algo al otro lado de la calle, delante de él, en la misma acera donde estaba yo. Miré a mi alrededor: la librería Twain Station estaba a la izquierda de la hamburguesería y la tienda de suministros de caza de Earl a la derecha. El vagabundo miraba la tienda de caza, lo que daba un poco de mala espina. En la calle había un par de coches, y uno de ellos me sonaba. ¿A quién conocía yo que tuviera un Buick blanco?

Cuando el señor Crowley salió de la tienda de suministros de caza cargado con los aperos de pesca, supe por qué me sonaba tanto el coche: pasaba la mayor parte del tiempo a veinte metros de mi casa. Obligarte a no pensar en las personas hacía que detalles así de sencillos fuesen difíciles de recordar.

Cuando el vagabundo se puso en pie y cruzó la calle corriendo en dirección al señor Crowley supe que de pronto la situación había tomado un cariz muy importante. Quería escuchar lo que se dijeran. Salí afuera, me arrodillé junto a la bicicleta y con mucha ceremonia fingí estar desatando el candado de ésta. Ni siquiera la había atado a ninguna parte, pero estaba al lado de unas tuberías, y supuse que ni Crowley ni el vagabundo estarían prestándome mucha atención. Estaba a unos diez metros de ellos y, si tenía suerte, ni se darían cuenta de que me encontraba allí.

—¿Va a pescar? —preguntó el vagabundo.

Tenía pinta de tener treinta y cinco o cuarenta años y estaba curtido por el viento y la edad. Dijo algo más, pero estaba demasiado lejos para oírlo. Giré la cabeza para tener mejor ángulo.

—Pesco en el hielo —respondió el señor Crowley mostrándole un cincel—. El lago se

congeló hace una o dos semanas y creo que ya se puede caminar por encima.

—No me diga —dijo el vagabundo—. Antes solía ir mucho a pescar en el hielo. Creía que era un arte que se había perdido.

—¿Usted también es pescador? —preguntó el señor Crowley, animado—. Por aquí la pesca en el hielo no le interesa a casi nadie; Earl tuvo que pedir una barrena nueva especialmente para mí. Con el frío que hace hoy y el viento que se está levantando, seguro que no hay ni patinadores. Todo el lago para mí solito.

—Ah, ¿sí? —comentó el vagabundo.

Fruncí el ceño; había algo en su voz que me preocupaba. ¿Quería robar en casa del señor Crowley mientras estaba pescando?

¿Quería seguirlo hasta el lago y matarlo?

—¿Tiene algo que hacer? —preguntó el señor Crowley—. Uno se siente muy solo en aquel lago, me iría bien la compañía. Tengo una caña de sobra.

Crowley, menudo idiota. Llevarse a este tipo a cualquier parte es una idea estúpida. A lo mejor tenía Alzheimer.

—Es muy considerado al invitarme —dijo el vagabundo—, pero no me gustaría abusar de su amabilidad.

Pero ¿qué hacía el señor Crowley? Pensé en dar un salto y avisarle, pero reprimí el impulso. Seguramente eran imaginaciones mías; lo más seguro es que aquél fuese un tipo decente.

De todos modos, el señor Crowley encajaba perfectamente en el perfil de las víctimas: hombre blanco de mediana edad y constitución fuerte.

—No se preocupe por eso —dijo el señor Crowley— y suba al coche. ¿Tiene gorro?

—Me temo que no.

—Entonces pasaremos por la tienda de camino y le compraremos uno. Y un poco más de comida. Un compañero de pesca ya vale esos cinco dólares.

Subieron al coche y se marcharon. Otra vez estuve a punto de avisarle, pero sabía adónde iban y también que se entretendrían un rato comprando comida y un gorro. Era arriesgado, pero quizá podía llegar allí antes que ellos y esconderme. Quería ver qué pasaba.

En media hora llegué al sector del lago que más se utilizaba, justo donde la pendiente desde la carretera a la orilla era más suave y se podía llegar a pie hasta el agua. No había señales del señor Crowley ni de su peligroso pasajero; de hecho, no había señales de absolutamente nadie. Teníamos el lago todo para nosotros. Escondí la bicicleta detrás de un montículo de nieve en el lado sur del claro y me agaché en una pequeña arboleda que

había al norte. Si el señor Crowley seguía adelante con su idea, vendría aquí. Me senté y esperé.

Tal como Crowley había predicho, el lago estaba congelado y cubierto con un polvo de nieve blanca. En el otro extremo se elevaba una pequeña colina que destacaba sólo en contraste con la extensión plana del lago. El viento azotaba a ambos, espirales de aire que la nieve en suspensión hacía visibles: remolinos y volutas y pequeños tornados. Yo me quedé allí agazapado, helado mientras el viento hacía muecas en el cielo.

La exposición a la naturaleza —el frío, el calor, el agua— es la forma más deshumanizadora de morir. La violencia es real y apasionada, momentos finales en los que luchas por tu vida con un disparo, forcejeando con un atracador o pidiendo ayuda a gritos; el corazón te late con fuerza y sientes un cosquilleo de energía. Estás alerta y despierto y, por un breve instante, más vivo y humano que nunca. Pero al luchar contra la naturaleza, no.

Estando a merced de los elementos ocurre lo contrario: tu cuerpo se vuelve más lento, tu razonamiento también y te das cuenta de que en realidad somos mecánicos. El cuerpo es una máquina llena de tubos, válvulas y motores, de señales eléctricas y bombas hidráulicas, y sólo funciona bien dentro de unos parámetros determinados. Si la temperatura baja, la máquina se estropea. Las células se congelan y se rompen, los músculos usan más energía para hacer menos, la sangre fluye más lentamente y hacia los lugares equivocados. Los sentidos se apagan, la temperatura basal se desploma y el cerebro envía señales aleatorias que el cuerpo, demasiado debilitado, es incapaz de interpretar u obedecer. En ese estado ya no eres un ser humano, sino un fallo técnico, un motor sin aceite a punto de gripar en el último y fútil intento de completar una última tarea sin sentido.

Oí el motor de un coche que se aproximaba y entraba en el claro. Volví la cabeza imperceptiblemente para mirar por el rabillo del ojo mientras seguía camuflado entre los árboles y reconocí el Buick blanco de Crowley. El vagabundo salió primero y miró el lago con una expresión misteriosa hasta que se abrió la otra puerta y Crowley salió tosiendo.

—Hace siglos que no voy a pescar —dijo el extraño volviéndose para mirar al viejo—. Gracias otra vez por dejarme venir.

—No se merecen, no es ningún problema —dijo el señor Crowley mientras caminaba hacia el maletero.

Le dio al extraño una caña de pescar y un cubo lleno de herramientas, redes, una barrena para el hielo y un par de taburetes plegables, y cerró el maletero. Él llevaba su caña y una nevera pequeña.

—Tengo dos de todo, por si acaso —dijo con una sonrisa—. Aquí hay suficiente chocolate deshecho para que los dos estemos bien calientes y contentos.

—Yo estoy lleno después de la comida —replicó el vagabundo—, no se preocupe por mí.

—Aquí somos socios: lo que es mío es suyo y lo suyo es mío.

Sonrió.

—Lo que es suyo es mío —dijo el extraño y noté que la sensación de peligro aumentaba.

¿A qué jugaba el señor Crowley? Recoger a un vagabundo así podía ser mortal, incluso aunque no te lo llevaras tú solo a un sitio perdido en medio de ninguna parte, aun si no había un asesino psicótico por ahí suelto.

Me fijé en las manos del vagabundo buscando señales de alguna arma en forma de garras, pero eran normales. Puede que, después de todo, él no fuera el asesino. En cualquier caso, me moría de curiosidad y, si era él, quería ver cómo lo hacía.

Fruncí el ceño, sorprendido de mí mismo. ¿De verdad me interesaba más ver al asesino que salvarle la vida al señor Crowley? Sabía que no debía ser así, y si yo fuera una persona normal y empática saldría de mi escondite y le salvaría la vida. Pero no lo era.

Así que me quedé observando.

El señor Crowley echó a caminar lentamente pendiente abajo, hacia la orilla, y el extraño lo siguió de cerca. Yo me encogí aún más en mi refugio entre los árboles, en silencio, procurando permanecer todo lo pequeño y discreto que pudiera.

—Espere un momento —dijo el extraño—, ya siento los efectos del café: tengo que hacer pis. —Dejó el cubo en el suelo y con cuidado colocó la caña encima—. No tardo nada.

Corrió cuesta arriba y yo me hice una bola, asustado porque viniese a mear a los árboles donde yo estaba, pero fue a la otra arboleda que estaba en el lado opuesto del coche.

Allí estaba la bicicleta: seguro que la iba a ver.

El hombre tardó lo suficiente en escoger el sitio como para hacerme sospechar. Miré brevemente a Crowley y me pareció que también sospechaba. Tenía el rostro surcado por los nervios y se giró a mirar el hielo como si fuera un reloj gigante y llegase tarde a algún compromiso. Tosió y se dolió.

Pensaba que en cualquier momento el vagabundo iba a ver la bicicleta y decir algo, o que iba a sacar una sierra mecánica de entre los árboles y bajar el terraplén dando alaridos, pero no pasó nada. Encontró un sitio que le parecía bien, se quedó quieto y después de una larga pausa se subió la cremallera y se dio media vuelta.

Debía de estar a un milímetro de mi bici. ¿Por qué no dijo nada? A lo mejor la había

visto, y sabía que yo estaba allí y aguardaba el momento oportuno para matarnos a Crowley y a mí a la vez.

—Debo decirle una vez más que ha sido muy, muy amable —dijo el vagabundo—. Estoy en deuda con usted y no sé cómo podría pagarle. —Se rio—. Lo más bonito que tengo es este gorro, pero me lo ha comprado usted.

—Ya se nos ocurrirá algo —replicó Crowley y se quitó el guante para rascarse la barbilla—. Y si no, tendrá que decir que yo pesqué los peces más grandes.

Le dedicó una amplia sonrisa y volvió a toser.

—Esa tos está empeorando —dijo el extraño.

—Un problema de pulmones, no es nada —explicó Crowley volviéndose de nuevo hacia el lago helado—. Pronto se me curará.

Tanteó el hielo con el pie y dio un paso encima de él.

El vagabundo llegó a la base de la pendiente y se quedó un momento junto al cubo de herramientas. Se agachó a cogerlo, se detuvo, miró rápidamente hacia la carretera y metió la mano en el bolsillo del abrigo. Cuando la volvió a sacar llevaba un cuchillo; no era una navaja ni un puñal de caza, sino simplemente un cuchillo largo de cocina, sucio y oxidado. Parecía recién robado de una chatarrería.

—Creo que deberíamos ir por allí —dijo Crowley señalando el noreste—. Hace el mismo viento en todas partes, pero ésa es la parte más profunda del lago y no queda demasiado lejos de la cabecera del río. Tendremos más corriente, va mejor para pescar.

El vagabundo dio un paso adelante con la mano derecha bien firme alrededor del cuchillo y la izquierda extendida a un lado para equilibrarse. Estaba a menos de un metro de la espalda de Crowley; un paso más y podría asestarle un golpe mortal.

Crowley se volvió a rascar la barbilla.

—Me gustaría agradecerle que haya venido aquí conmigo. —Tos—. Vamos a formar un buen equipo, usted y yo.

El vagabundo se acercó un paso más.

—Usted no tiene familia —dijo Crowley— y yo apenas puedo respirar. —Tos—. Entre los dos, calculo que podemos hacer una persona completa.

Un momento... ¿Qué?

El vagabundo se detuvo, tan perplejo como lo estaba yo, y en esa fracción de segundo Crowley se dio media vuelta y le atacó con la mano que no tenía guante. De algún modo, parecía más larga y oscura, y las uñas le habían crecido de forma imposible hasta convertirse en unas afiladas garras de marfil. El primer zarpazo arrancó el cuchillo de la mano de aquel hombre asustado y lo mandó dando vueltas por el aire hasta más allá de la

arboleda donde yo me encontraba, mientras el segundo fue un revés en la cara que noqueó al vagabundo sobre el colchón de nieve. Éste luchó por ponerse en pie pero Crowley dejó caer la nevera y la caña y saltó sobre el hombre rugiendo como una bestia. Otra garra se abrió paso a través del otro guante de Crowley y lo hizo trizas a medida que iba creciendo, y ambas zarpas cayeron sobre el brazo alzado del extraño y le separaron la carne del hueso. El hombre quedaba fuera de mi vista, hundido en la nieve, pero lo oí gritar: un chillido informe de dolor y sorpresa. Crowley respondió con un rugido que salió de una boca llena de dientes relucientes y afilados como agujas. Dos feroces golpes más y se hizo el silencio.

El señor Crowley se inclinó sobre el cuerpo en una nube de vapor; tenía los brazos demasiado largos, y aquellas garras como de otro mundo brillaban con la sangre. Se le había puesto la cabeza oscura y bulbosa, y las orejas afiladas como cuchillas. La mandíbula le colgaba de forma antinatural y los dientes sobresalían. Jadeaba con dificultad y mientras lo miraba volvió lentamente a la forma que yo conocía: los brazos y las manos se acortaron, las garras encogieron hasta convertirse en uñas normales, y la cabeza se deshinchó y recuperó su forma habitual. Un momento después era el viejo señor Crowley, tan normal como siempre. Si no fuera por las manchas de sangre de la ropa, nadie podría imaginar jamás en lo que se había convertido o qué acababa de hacer. Tosió, se quitó el guante hecho jirones de la mano izquierda y lo dejó caer, cansado, sobre la nieve.

Me quedé en estado de choque, sentado con la cara helada por el viento y las piernas calientes por mi propia orina. Ni siquiera recordaba haberme hecho pis.

El señor Crowley era un monstruo.

El señor Crowley era el monstruo.

Estaba demasiado asustado como para pensar en esconderme, así que me quedé allí sentado mirando, congelado y asqueado. Crowley hizo crecer la mano derecha hasta convertirla una vez más en una zarpa y se puso a cortar las capas de ropa que llevaba el vagabundo.

—Mira que intentar matarme... —masculló—. ¡Te he comprado un gorro!

Se ayudó de ambas manos e hizo una mueca de dolor; oí un terrible crujido —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis—, una hilera de costillas rotas. Se agachó y quedó fuera de mi vista, pero un momento después se puso en pie con un par de bolsas informes y sangrientas entre las manos.

Pulmones.

El señor Crowley se desató los botones del abrigo uno a uno... luego la primera camisa de franela... después la segunda... y la tercera. Pronto tuvo el pecho expuesto al aire congelado; apretó los dientes, respiró pesadamente y cerró los ojos. Se pasó los pulmones a la mano humana, la derecha, se llevó la garra demoníaca al vientre y se lo

abrió justo por debajo de las costillas. Yo ahagué un grito, justo cuando un débil gruñido se escapaba entre los dientes apretados del viejo. Creo que no me oyó. Le salía mucha sangre de la tripa y dio un traspié, pero enseguida se recuperó.

Yo ya no me asustaba de nada. Lo que había visto hasta entonces me había dejado tan atontado que lo único que podía hacer era seguir mirando.

El señor Crowley volvió a toser, deshecho de dolor, y se metió los pulmones desesperadamente en la raja que se había hecho. Cayó de rodillas con el rostro retorcido de tanto dolor y vi cómo el último pedazo de pulmón desaparecía en su interior, como si algo ahí dentro estuviera tirando de él. De pronto abrió los ojos, mucho más de lo que yo creía posible, y movió la boca con un gesto espantoso, en un intento vano y silencioso de atrapar aire. Algo oscuro salió de la herida y él lo cogió rápidamente; lo que sacó era otro par de pulmones, parecidos a los primeros pero negros y enfermos, como los de los anuncios de prevención del cáncer. Mientras salían de la herida, los pulmones negros emitieron un extraño silbido, y al final los dejó caer sobre el cadáver del extraño. Se quedó así un momento, suspendido en el silencio absoluto de la asfixia, inmóvil y sin aire, y de pronto respiró haciendo mucho ruido, como un buceador que emerge de una piscina desesperado por un poco de aire. Respiró tres veces más de la misma manera, bocanadas grandes y hambrientas y empezó a respirar con mayor calma y medida. La mano derecha volvió a la normalidad y cambió —no sé cómo— de monstruosa a humana. Se agarró la herida con ambas manos y el agujero se selló, se cerró como una cremallera. Medio minuto más tarde volvía a tener el pecho entero, blanco y sin ninguna cicatriz.

De pronto las ramas cedieron y dejaron caer un montón de nieve alrededor de mi escondite. Me mordí la lengua para evitar chillar del susto y me tiré de espaldas en el hueco que quedaba entre los troncos. No podía ver a Crowley, pero le oí ponerse en pie de un salto; me lo imaginé tenso y listo para la pelea, preparado para matar a cualquiera que hubiese sido testigo de sus actos. Aguanté la respiración mientras él caminaba hacia los árboles, pero no se detuvo a mirar entre ellos. Pasó de largo y se agachó a recoger algo que había sobre la nieve —el cuchillo, supuse—, y un momento después se irguió y caminó hasta el coche. Oí que abría el maletero y removía algún plástico; después cerró la puerta y regresó hasta donde estaba el cadáver con paso acompasado y decidido.

Acababa de ver morir a un hombre. Acababa de ver a mi vecino matarlo. Era mucho más de lo que podía procesar; me eché a temblar incontroladamente, aunque no sabía si era de frío o de miedo. Intenté sujetarme las piernas para evitar que sacudieran la maleza y me delataran.

No estoy seguro de cuánto tiempo estuve tumbado en la nieve oyendo cómo trabajaba y rezando para que no me encontrase. Tenía nieve en los zapatos, los pantalones y la camisa; se me había metido por el cuello y el cinturón y estaba helada, tan fría que quemaba. Fuera se oía un rumor de plásticos, crujidos de huesos y un chapoteo húmedo, una y otra vez. Miles de años más tarde oí que Crowley arrastraba algo pesado, seguido de

un resoplido y el clic de las botas sobre el hielo del lago.

Dos pasos. Tres pasos. Cuatro pasos. Cuando llegó a diez me permití incorporarme muy lentamente y mirar entre los árboles. Crowley estaba sobre el agua con un gran saco de plástico sobre el hombro y la sierra de hielo colgada del cinturón. Caminaba pausadamente y con cautela, evaluando cada paso y luchando contra el viento helado. La silueta se hizo cada vez más pequeña y las fuertes ráfagas de viento lanzaban esquirlas de hielo a su alrededor con verdadera furia, como si la naturaleza estuviese enfadada por lo que había hecho o algún otro poder oscuro se alegrara de ello. Después de setecientos metros, su solitario perfil desapareció por completo entre el viento y la nieve.

Salí torpemente entre los árboles con las piernas de gelatina y la cabeza a mil por hora. Sabía que tenía que borrar mis huellas de algún modo, así que rompí una rama baja y caminé hacia atrás en dirección a la bici al tiempo que iba haciendo desaparecer las huellas. Se lo había visto hacer a un indio en una de aquellas viejas películas de John Wayne. No era un trabajo perfecto pero tenía que conformarme con ello. Cuando llegué a la bicicleta, la saqué de su escondite y salí disparado por el otro extremo de la arboleda, con la esperanza de que Crowley no advirtiese las huellas tan lejos de la escena del crimen. Al llegar a la carretera me monté de un salto y pedaleé como un loco para llegar al pueblo antes de que él volviera al coche y me adelantara por la carretera.

A mi alrededor los pinos se veían tan oscuros como los cuernos del demonio, y la luz del sol que se ponía sobre los robles convertía las desnudas ramas rojas en huesos ensangrentados.

8

Aquella noche dormí muy poco, angustiado por lo que había visto en el lago. El señor Crowley había matado a un hombre; lo había asesinado, sin más. Un momento estaba vivo, chillando y luchando por su vida, y un instante más tarde no era más que un saco de carne. La vida, sea lo que sea, se evaporó, se convirtió en nada.

Deseaba poder verlo otra vez, y me odiaba por eso.

El señor Crowley era una especie de monstruo, una bestia de forma humana que al parecer había absorbido los pulmones del hombre al que había matado. Me acordé de la pierna de Ted Rask, del riñón de Jeb Jolley y del brazo de Dave Bird, y me pregunté si también había absorbido aquellos órganos y miembros. Me lo imaginé hecho por completo de pedazos de muertos: el doctor Frankenstein y su monstruo juntos en un infame asesino. Pero ¿cuándo había empezado? ¿Qué era antes de robar la primera pieza? Tuve otra visión de la piel oscura y curtida, de la cabeza bulbosa y las zarpas largas como guadañas. Yo no era religioso ni sabía apenas nada de ocultismo ni cosas sobrenaturales, pero la palabra que me venía a la mente era «demonio». El Hijo de Sam llamaba demonios a los monstruos de su vida y pensé que, si esa palabra le valía a él, también era suficiente para mí.

Mi madre era lo suficientemente lista como para dejarme solo. Cuando llegué metí la ropa mojada de pis en el cesto de la ropa sucia y me duché. Supongo que la vio o la olió y que pensó que había tenido uno de mis accidentes. Es raro que los que mojan la cama pierdan el control mientras están despiertos, pero cualquiera de los motivos que podían provocar eso —ansiedad, tristeza o miedo intensos— era lo suficientemente delicado como para que decidiera no tocar el tema aquella noche y desquitarse con la colada en lugar de tomarla conmigo.

Cuando salí de la ducha me encerré en mi cuarto y me quedé allí prácticamente hasta el mediodía del día siguiente, aunque estuve tentado de seguir allí. Era Acción de Gracias y Lauren se había negado a venir: la tensión iba a ser abrumadora. Sin embargo, después de lo que había pasado, una comida tensa no era más que una pequeñez. Me vestí y fui al salón.

—Hola, John —dijo Margaret. Estaba sentada en el sofá, viendo el final del desfile de Acción de Gracias de Macy's.

Mi madre levantó la mirada de la encimera de la cocina.

—Buenos días, cielo.

Nunca me llamaba «cielo» a menos que estuviera intentando compensarme por algo. Contesté gruñendo una respuesta vaga y me serví un bol de cereales.

—Debes de estar muerto de hambre —dijo mi madre—. Comeremos dentro de un par de horas, pero no importa; no has tomado nada desde ayer a mediodía.

Cuando era agradable conmigo me sentía fatal, porque era como si solamente lo hiciera en casos de emergencia. Significaba reconocer abiertamente que algo iba mal, cuando lo que yo prefería era tenernos una mutua antipatía en silencio.

Mastiqué la comida lentamente, preguntándome qué harían mi madre y Margaret si supieran la verdad, si supieran que no había estado escondido en mi habitación por miedo o por culpa de mi lío emocional, sino porque estaba fascinado por la posibilidad de que hubiera un asesino sobrenatural. Había pasado la noche ordenando aquel rompecabezas y el perfil criminal, y estaba encantado con lo bien que estaba yendo. El asesino robaba partes de los cuerpos para sustituir las que ya no le funcionaban: Crowley tenía los pulmones mal, así que se agenció unos nuevos y tenía sentido que hubiese matado al resto de víctimas por el mismo motivo. Solía dolerle mucho la pierna, pero el día anterior caminaba sin cojear ni hacer ningún esfuerzo, lo que significaba que había sustituido la que tenía enferma por la que le robó a Ted Rask. La sustancia negra que encontraban junto a cada una de las víctimas provenía de las partes viejas y deterioradas de él mismo de las que se estaba deshaciendo. Las víctimas eran tipos grandes y viejos porque Crowley era un hombre viejo y grande y necesitaba órganos que le fueran a medida. La doble naturaleza de los violentos asesinatos y lo metódico del momento subsiguiente tenía que ver con la propia naturaleza dual de Crowley: un demonio en el cuerpo de un hombre.

O, mejor dicho, un demonio dentro de un cuerpo hecho de otros hombres. La historia de cuarenta años atrás que Ted Rask desenterró en Arizona era probablemente igual, con seguridad se trataba del mismo demonio. ¿Había más como él? ¿Estaba él en Arizona hacía cuarenta años? Rask, a pesar de ser un fanfarrón y un imbécil, había descubierto algo y había muerto por culpa de eso.

Y todo el tiempo, mientras pensaba y pensaba, volvía a recordar el momento del asesinato y la sangre y los ruidos y los gritos del hombre moribundo. Sabía que a nivel académico todo esto debería impactarme más, que debería estar vomitando, llorando o bloqueando los recuerdos. Pero, en lugar de eso, simplemente me comí un bol de cereales y pensé en qué hacer. Podía enviar a la policía a su casa, pero ¿qué pruebas iban a encontrar? El último muerto había sido un vagabundo del que nadie se acordaba y a quien ni mucho menos iban a echar de menos, y además Crowley había hundido el cadáver y todas las pruebas en el lago. Estaba mejorando. ¿Acaso iban a dragar el lago por un aviso anónimo? ¿Iban a registrar la casa de un hombre respetable por la palabra de un chaval de

quince años? Creo que no. Si quería que la policía me creyese, tenía que llevarlos a la escena del crimen y ellos debían pillarlo con las manos en... con las manos de demonio. Pero ¿cómo?

—John, ¿me ayudas con el relleno?

Mi madre estaba al lado de la mesa, picando apio y viendo el desfile que daban por la tele, en el salón.

—Sí —dije, y me levanté.

Me dio el cuchillo y un par de cebollas de la nevera. El cuchillo era prácticamente idéntico a ese con el que el vagabundo había intentado matar a Crowley. Lo sopesé en la mano y lo dejé caer de golpe sobre las capas de la cebolla.

—Es hora del jugo —dijo y sacó el pavo del horno. Cogió una jeringuilla grande, la clavó en el animal y apretó el émbolo—. Lo vi ayer en la tele. Es caldo de pollo, sal, albahaca y romero. Se supone que le da muy buen sabor.

A fuerza de costumbre había pinchado la jeringuilla justo encima de la clavícula del animal, donde le insertaría a un cadáver el tubo de la bomba. Miré cómo inyectaba el caldo e imaginé cómo daba vueltas dentro del pavo, que lo embalsamaba con la sal y los condimentos, y lo llenaba de perfección artificial mientras un flujo espeso de sangre y terror goteaba por el fondo y huía hacia la alcantarilla. Le quité la piel, seca y apergaminada, a la segunda cebolla y la partí por la mitad de un golpe.

Mi madre cubrió el pavo y lo volvió a meter en el horno.

—¿No hay que meter el relleno? —pregunté.

—En realidad, el relleno no se cocina dentro del pavo —dijo mientras revolvía dentro del armario—. Es un caso de envenenamiento en potencia. —Sacó una pequeña botella de cristal que tenía un charquito marrón en el fondo—. Oh, casi no queda. John, cielo...

Otra vez esa palabra.

—¿Sí?

—¿Puedes ir a casa de los Watson en un momento y pedirles un poco de vainilla? Peg seguro que tiene; al menos una persona en la calle tiene la cabeza bien puesta.

Era la casa de Brooke. No me había permitido pensar en ella desde que el doctor Neblin me había preguntado su nombre porque veía venir que me iba a obsesionar con ella: pensaba en ella demasiado, así que mis normas acudieron al rescate. Quería decir que no, pero sin explicar el porqué.

—Vale.

—Llévate el abrigo, que ha vuelto a nevar.

Me puse la chaqueta y bajé las escaleras hasta la funeraria. Se encontraba en silencio y

a oscuras; me encantaba cuando estaba así. Tendría que volver más tarde, si me las arreglaba para que mi madre no sospechase. Salí por la puerta lateral y miré al otro lado de la calle, hacia la casa del señor Crowley. La nieve lo había cubierto todo de un manto blanco de cinco centímetros. Después de una nevada no había nada sucio, al menos que se pudiera ver; la superficie de todos los coches, casas y alcantarillas estaban blancas y en calma. Caminé pesadamente por la nieve hasta el hogar de los Watson, dos casas más allá, y llamé al timbre.

Un grito amortiguado me llegó a través de la puerta.

—¡Ya voy yo!

Oí pasos y Brooke Watson abrió la puerta enseguida. Llevaba puestos unos tejanos y una sudadera, y la melena rubia recogida en un moño que sujetaba con un lápiz. La había estado evitando desde el baile, cuando se había alejado con tanta cautela. Pero al verme sonrió y lo hizo con sinceridad.

—Hola, John.

—Hola. Mi madre necesita vainilla o algo así. ¿Tenéis?

—¿Cómo... helado de vainilla?

—No, es marrón, para cocinar.

—¡Mamá! —dijo a voces—. ¿Tenemos vainilla?

La madre de Brooke salió al recibidor secándose las manos con un trapo de cocina y me hizo una señal para que entrara en la casa.

—Entra, entra. No lo dejes ahí fuera, Brooke; se va a congelar.

Lo dijo sonriendo y Brooke se rio.

—Será mejor que entres —dijo con una sonrisa.

Me quité la nieve de los zapatos con un par de patadas al suelo y entré; Brooke cerró la puerta.

—Brooke, ¡te toca, venga! —gritó una voz aguda y vi a su hermano pequeño y a su padre tumbados en el suelo con un tablero de Monopoly extendido.

Brooke se dejó caer en el suelo y tiró los dados; después contó las casillas y refunfuñó. El hermanito, Ethan, emitió una carcajada de júbilo mientras contaba un fajo de dinero de mentira.

—Hace mucho frío ahí fuera, ¿eh? —preguntó el padre de Brooke.

Todavía estaba en pijama y llevaba un par de calcetines gordos de lana para que no se le enfriasen los pies.

—Te toca, papá —dijo Ethan.

—No es para tanto —respondí acordándome de la noche anterior—. Al menos ya no hace viento.

Y yo no estoy escondido entre los árboles mientras mi vecino le arranca los pulmones a un hombre, así que eso también está bien.

La madre de Brooke irrumpió en la sala con un diminuto Tupperware con vainilla dentro.

—Con esto tendrá suficiente —dijo—. ¿Quieres un chocolate caliente?

—¡Yo sí! —gritó Ethan y se levantó de un salto y corrió a la cocina.

—No, gracias —contesté—. Mi madre necesita esto para algo, así que será mejor que se lo lleve cuanto antes.

—Si necesitáis algo más, pedídmelo —dijo con una sonrisa—. ¡Feliz Día de Acción de Gracias!

—Feliz Día de Acción de Gracias, John —dijo Brooke.

Abrí la puerta y se levantó para acompañarme. Parecía que quisiera decirme algo, pero entonces sacudió la cabeza y se rio.

—Nos vemos en el instituto —dijo y yo asentí.

—Nos vemos en el instituto.

Me dijo adiós con la mano mientras yo bajaba los escalones y con una sonrisa bien ancha me enseñó la ortodoncia. Era una imagen tan bonita que incluso me llegó a doler, pero me obligué a mirar hacia otro lado. Tengo las normas muy bien inculcadas. Y así ella estaría más a salvo.

Volví a casa caminando como un pato por la nieve, con la vainilla en el bolsillo y las manos apretadas para calentármelas. Cubiertas de nieve, todas las casas parecían iguales: jardín blanco, entrada blanca, tejado blanco, aristas suavizadas y rasgos apagados. Nadie que pasara por allí se podría imaginar que una de las casas contenía una familia llena de alegría, otra, una familia desdichada y que una tercera ocultaba la guarida de un demonio.

• • • • •

La comida de Acción de Gracias pasó con la pena o la gloria que se podía esperar en mi casa. Todos los canales ponían o bien una película familiar o un partido de fútbol americano, y mi madre y Margaret miraban mientras comían como un par de insulsas. Yo coloqué la silla para ver bien la casa del señor Crowley y me pasé la comida mirando por la ventana.

Mamá cambiaba de canal nerviosamente. Antes de que mi padre se marchara, Acción de Gracias era un día dedicado al fútbol, de principio a fin, y mi madre se quejaba de ello

todos los años. Ahora cambiaba con agresividad los canales donde ponían un partido y se entretenía más en el resto, como para darles un estatus más importante. No le recordaban a papá, así que eran mejor que el resto.

Mis padres nunca se llevaron súper bien, pero el último año antes de que él se marchase la cosa empeoró bastante. Al final se mudó a un apartamento en el otro extremo del pueblo y se quedó allí casi cinco meses, mientras el divorcio seguía su camino por el tracto intestinal de los juzgados del condado. Yo me quedaba con él una semana sí y otra no, pero hasta el breve contacto que tenían cuando hacíamos el intercambio era demasiado para mis padres, y finalmente se limitaron a permanecer en extremos opuestos del aparcamiento del supermercado, de noche, cuando estaba vacío, mientras yo llevaba la mochila y la almohada de un coche a otro en medio de la oscuridad. Tenía siete años. Una noche, cuando estaba de camino al coche de mi madre, oí el motor del automóvil de mi padre; encendió los faros, salió del aparcamiento y giró cabreado hacia la carretera formando un ruidoso revuelo. Fue la última vez que lo vi. Envía regalos en Navidad y a veces también por mi cumpleaños, pero nunca pone la dirección del remitente. Es como si estuviera muerto.

La comida la rematamos con una tarta de calabaza comprada y un espray de nata montada. La carcasa del pavo quedó agazapada en el centro de la mesa como una araña huesuda. Me acordé del muerto del lago y alargué la mano para partir una costilla con los dedos. El televisor sonaba como un zumbido de fondo y había una ausencia notable de conflictos: en mi casa, eso era lo más cercano a la alegría que solíamos tener.

«Buenas noches y bienvenidos a Five Live News. Soy Walt Daines».

«Y yo soy Sarah Bello. Mucha gente escoge celebrar la festividad del Día de Acción de Gracias con pavo frito, pero las freidoras pueden ser peligrosas. Hablaremos más profundamente sobre este tema dentro de un minuto, pero antes queremos informarles sobre el asesino del condado de Clayton, que hasta ahora se ha cobrado tres vidas, incluyendo la del reportero de esta cadena Ted Rask. Les informa Carrie Walsh».

Los tres nos enderezamos en nuestro asiento sin despegar la mirada de la tele.

«El pueblo de Clayton tiene miedo», dijo una joven reportera que estaba delante de la lavandería.

Seguramente le habían endosado este trabajo porque era demasiado novata como para pasárselo a otra persona. En la tele se veía mucha más luz de la que había fuera, así que supuse que seguramente habrían grabado el segmento alrededor de las dos de la tarde.

«La policía patrulla las calles a todas horas; incluso ahora, a plena luz del día, me acompaña una escolta armada. —El cámara abrió el plano para mostrar que ella tenía un oficial a cada lado—. Pero ¿de qué tiene miedo la gente? Tres asesinatos sin resolver en espacio de tres meses. La policía tiene muy pocas pistas, pero el reportero de investigación Ted Rask descubrió pruebas tan comprometedoras que el asesino acabó con su vida».

Su voz era serena, pero también tenía los ojos inyectados en sangre y cogía el micrófono con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos como el hueso. Estaba aterrorizada.

«Hoy, con la ayuda del agente Forman del FBI, le ofrecemos esas pistas para poder atrapar al asesino».

La escena se cortó y se vieron imágenes de algún tipo de archivo de registros mientras la voz del agente del FBI empezaba a contar la historia de Emmett T. Openshaw, un hombre de Arizona que había desaparecido de su hogar hacía cuarenta y dos años. Mostraron una foto suya: era adulto, pero no muy mayor; puede que tuviera unos cuarenta años. No se me da bien adivinar las edades. Me resultaba vagamente familiar; todas las fotos viejas nos suelen sonar: es como si tuviéramos el convencimiento de que si la persona llevara un corte de pelo y una ropa modernos sería alguien a quien vemos todos los días. La policía había encontrado sangre y muestras evidentes de violencia, pero no había hallado el cuerpo. Lo más importante, y la razón por la que la historia estaba relacionada con el condado de Clayton, era que también habían encontrado un charco negro y viscoso en el suelo de la cocina. La policía tenía alguna teoría que la reportera explicó nerviosamente, pero ninguna se correspondía con lo que yo había visto. ¿Cómo podía encajar con la realidad?

Me quedé mirando la pantalla del televisor y me imaginé al señor Crowley en Arizona. Llamaba a una puerta, un señor la abría y Crowley le contaba una historia sobre un coche averiado o un mapa que había perdido. Le preguntaba si podía entrar, el hombre le hacía pasar y cuando le estaba dando la espalda Crowley le desgarraba la garganta y le robaba... ¿el qué? La policía no encontró el cadáver, así que nunca supieron que el asesino se había llevado un pedazo del cuerpo.

Pero ¿por qué entonces escondía los cuerpos y ahora no había hecho lo mismo con los tres primeros cadáveres? No tenía sentido. Pensando en las clasificaciones que hace el FBI, es como si hubiera pasado de ser un homicida organizado a ser uno desorganizado. Y el ataque al vagabundo le había recolocado en el lado organizado del espectro. ¿Por qué?

Las imágenes cambiaron y mostraron al agente del FBI sentado en una oficina anodina, en una entrevista que debían de haber filmado antes.

«Las pruebas de ADN continúan en el caso Clayton —dijo el agente Forman—, y la sustancia encontrada junto a las tres víctimas es una constante. No podemos identificar a quién pertenece el ADN, pero sabemos que definitivamente se trata de la misma persona».

¿La misma persona? Eso tampoco tenía sentido. Si el moco proviene de los órganos de los que se deshace y cada uno de ellos proviene de un cadáver diferente, ¿no tendría que ser el ADN distinto también? Desgraciadamente el nivel científico de la pregunta estaba más allá de lo que se estudiaba en el instituto, así que no podía contestar yo mismo; y como basaba mis teorías en información que el agente del FBI tampoco tenía, él tampoco

me aclaró nada.

«Por desgracia, Emmett T. Openshaw murió hace tanto tiempo que no es posible hacer ninguna prueba de ADN —dijo el agente—, y la sustancia encontrada en su casa no se conservó como prueba. La verdad es que no sabemos por qué esta información es relevante o si realmente lo es, sólo que el asesino no quería que saliese a la luz. Si lo anterior significa algo para usted o si cree que puede tener alguna pista, por favor, comuníquese a la policía. Su identidad se mantendrá en secreto. Muchas gracias».

La pantalla volvió a mostrar a la reportera, que asentía de manera cortante y miraba a la cámara.

«Soy Carrie Walsh y éste ha sido un reportaje de Five Live News. Te devuelvo la conexión, Sarah».

¿Cualquier pista vale? ¿Incluso las más ridículas?

Era obvio que el demonio era más que la suma de sus partes. Podía hacer que sus manos —una de las cuales pertenecía hasta hacía dos meses a un granjero— se convirtieran en las zarpas de un demonio. Necesitaba partes del cuerpo de un humano, de eso estaba bastante seguro, pero cuando las absorbía se convertían en parte de él. Adoptaban sus propiedades y fortalezas y, por lo visto, también su ADN.

Pero, si eso era verdad, ¿por qué era el ADN humano? ¿Los demonios tienen ADN?

Ridiculeces aparte, tenía que acudir a la policía. La única otra alternativa que quedaba era intentar detenerlo yo mismo y ni siquiera sabía por dónde empezar: ¿un disparo?, ¿una puñalada? Había visto cómo se curaba de heridas bastante graves, así que no creía que eso fuera a servir de mucho. Además, sabía que no estaba bien. Llevaba demasiado tiempo intentando evitar tener pensamientos violentos como para caer en ellos en aquel momento. El monstruo de detrás del muro se tensó y gruñó, despierto y ansioso por quedar libre. Pero no me atrevía a dejarlo salir, ¿quién sabe de qué era capaz?

Una vez más, mi único dilema era cómo hacer que la policía me creyera. Tenía que darles algo más que mi palabra, necesitaba llevarles alguna prueba. Si fueran a echar un vistazo en casa de Crowley, seguramente no encontrarían nada porque él estaba siendo muy cuidadoso y deshaciéndose muy bien de las huellas. Si quería que se enterasen, tenían que ver lo mismo que yo: debían atraparlo en el acto, salvar a la víctima y ver las garras de demonio en directo.

La única manera de conseguir eso era observarle, seguirle y llamar justo cuando fuese a atacar. Tenía que convertirme en la sombra del señor Crowley.

9

Lo más difícil fue dar el primer paso: salir por la puerta, cruzar la calle y recorrer el caminito que llevaba al porche del señor Crowley. Antes de llamar vacilé. Si me había visto en el lago, si sospechaba en lo más mínimo que conocía su secreto, podía matarme allí mismo. Llamé a la puerta. Estábamos varios grados bajo cero, pero saqué las manos de los bolsillos, listo para equilibrarme si tenía que salir corriendo.

La señora Crowley abrió la puerta. ¿También sería un demonio?

—Hola, John. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, señora Crowley. ¿Y usted?

Oí un crujido detrás de ella, dentro de la casa; era el señor Crowley yendo lentamente de una habitación a otra. ¿Sabía ella lo que era él?

—Bien, gracias. ¿Qué te trae por aquí una tarde tan fría?

La señora Crowley era vieja y pequeña, la ancianita más típica que he visto nunca. Llevaba gafas y en ese momento me di cuenta de que él no: ¿robaba ojos siempre que los viejos se le gastaban?

—Anoche nevó —dije—, quiero despejarles los caminos.

—¿El Día de Acción de Gracias?

—Sí. La verdad es que no tengo nada más que hacer.

La señora Crowley sonrió tímidamente.

—Ya sé por qué has venido... Quieres un chocolate caliente.

Sonreí; una sonrisa practicada con mucho cuidado, diseñada para que me diera exactamente el aspecto de un niño de doce años al que han pillado con una trampa inocente. Había estado ensayándola toda la noche. La señora Crowley me daba chocolate siempre que le retiraba la nieve de las salidas; era el único momento que me invitaban a entrar. Aquel día fui allí porque necesitaba que me invitasen a entrar: tenía que ver si el señor Crowley estaba sano o enfermo y lo mal que se encontraba. Tarde o temprano iba a tener que matar de nuevo, y, si yo quería que la policía lo pillara en el acto, necesitaba saber exactamente cuándo iba a ocurrir.

—Ahora mismo lo pongo en el fuego —dijo—. La pala está en el cobertizo.

Cerró la puerta y yo rodeé la casa; mis pasos hacían crujir la nieve suavemente. Aquello había empezado.

El señor Crowley salió al porche unos minutos más tarde: la viva imagen de la salud. Caminaba erguido, con la cabeza bien alta, y no tosió ni una sola vez. Las nuevas extremidades le estaban dando buen resultado. Se acercó hasta el pasamanos del porche y me observó. Intenté no hacerle caso, pero estaba demasiado nervioso como para darle la espalda. Me incorporé y me volví hacia él.

—Buenas tardes —dije.

—Buenas tardes, John —contestó; estaba más alegre de lo que le había visto nunca. No podía identificar si sospechaba de mí o no.

—¿Ha tenido un buen Día de Acción de Gracias?

—Ha estado bien —respondió—. Ha estado bien. Kay hace un pavo de primera; el mejor de todo el estado, creo yo.

No me estaba vigilando, sino que miraba a todas partes: la nieve, los árboles, las casas, todo. Diría que estaba feliz y supongo que esto era lógico: tenía un par de flamantes pulmones nuevos y literalmente era como si hubiera vuelto a la vida. Me preguntaba cuánto tiempo le iba a durar.

No me iba a matar y tampoco parecía sospechar que yo conociera su secreto. Satisfecho de que por ahora yo estuviera a salvo, volví a apartar paladas de nieve.

Durante las dos semanas siguientes pasé los días quitando nieve y las noches rezando por que cayera más. Cada dos o tres días buscaba una excusa nueva para ir a ver a los Crowley: despejar la última nevada, cortar leña para el fuego o ayudarles a cargar la compra. El señor Crowley estaba más amable que nunca: hablaba y bromeaba con su mujer y la besaba. Parecía un dechado de buena salud, hasta que un día, descargando una bolsa de la compra, descubrí un laxante.

—Tiene la tripita mal —dijo la señora Crowley con una sonrisa traviesa—. Ya no podemos comer como antes; las cosas empiezan a fallarnos.

—Vaya, creía que estaba sanísimo.

—Es un problema de nada; la digestión —dijo—. No hay de qué preocuparse.

Bueno, no a menos que el señor Crowley se haya encaprichado de tu sistema digestivo.

Sin embargo no temía por ella. Seguramente no valía la pena robar unos órganos de setenta años de edad, pero no era sólo por eso. La trataba muy bien, la saludaba con un beso cada vez que entraba en la habitación donde estaba ella. Aunque no fuera más que

una tapadera, a ella no iba a hacerle daño.

El 9 de diciembre, un sábado bien entrada la noche, el señor Crowley salió discretamente de casa y le quitó las matrículas a su coche. Yo estaba completamente vestido, vigilando desde la ventana y, tan pronto como guardó las matrículas y se marchó con el coche, bajé a hurtadillas y salí por la puerta lateral. El viento soplaba lo suficiente como para atravesar la bufanda y helarme la cara, y no tenía más remedio que ir despacio para no perder el equilibrio sobre las carreteras heladas. Había quitado los reflectores de la bici y en aquella negrura era prácticamente invisible, pero no tenía miedo de que me atropellaran. Las calles estaban prácticamente desiertas.

El señor Crowley también conducía lentamente y seguí los pilotos traseros a cierta distancia. A esas horas lo único que estaba abierto era el hospital y el Flying J, uno en cada punta del casco urbano. Supuse que iba a este último para coger a alguien que pasara por allí, pero la verdad es que se dirigió poco a poco hacia el diminuto centro urbano. Tenía sentido: a esas horas seguramente estaba totalmente solitario, y si encontraba a alguien lo podría matar con total impunidad. No había comercios abiertos ni casas ni testigos para oír los gritos.

De pronto otro automóvil dobló la esquina por delante de mí y se detuvo en un semáforo junto al señor Crowley. Era un coche de policía. Imaginé que le estarían preguntando si estaba todo bien, si necesitaba alguna cosa, si había visto alguna circunstancia sospechosa. ¿Le preguntaron acaso por las matrículas? ¿Se habrían dado cuenta siquiera de que no estaban? El semáforo se puso en verde y permanecieron allí un momento más, pero después arrancaron. Los polis siguieron recto y el señor Crowley giró a la derecha. Pedaleé con fuerza para alcanzarlo y, previendo la ruta que iba a tomar, me metí por una callejuela para evitar la luz de las farolas. No quería ser visto ni por Crowley ni por los polis.

Cuando me encontré de nuevo con él, Crowley se había detenido a un lado y estaba hablando con un hombre parado en la acera. Estuve unos minutos observando y vi que éste se erguía un par de veces para mirar calle abajo; no buscaba nada, simplemente echaba un vistazo. ¿Sería él el elegido? Llevaba una parka oscura y una gorra de béisbol, lo que no era ni mucho menos suficiente abrigo para el tiempo que hacía ni la hora que era. Estaba prácticamente seguro de que Crowley se había ofrecido a llevarlo a alguna parte: «Ven a resguardarte del frío. Subo la calefacción y te llevo adonde necesites ir. A mitad de camino, te sacaré las tripas como a un pescado».

El hombre volvió a levantar la vista. Yo lo miraba sin respirar y realmente no era capaz de decir si quería que entrase en el coche o no. Iba a llamar a la poli, por supuesto, pero igual no llegaban a tiempo. ¿Qué podía hacer si ese tipo moría? ¿Debería abortar mi plan y acercarme corriendo para avisarlo? Si lo salvaba, Crowley buscaría a otra persona y ya está. No podía pasarme la vida siguiéndolo para advertir a sus víctimas. Tenía que arriesgarme y esperar el momento justo.

El hombre abrió la puerta del copiloto y entró en el coche. Ya no había vuelta atrás.

Fuera de la gasolinera de la calle Main había una cabina y, si llegaba a tiempo, podía llamar a la comisaría y decirles que buscaran el coche. Quizá arrestarían a Crowley o le dispararían; en cualquier caso, todo se habría acabado. El coche de Crowley giró a la derecha y yo fui hacia la izquierda; me quedé entre las sombras hasta que lo perdí de vista.

Cuando llegué a la cabina tapé el auricular con la bufanda y no me quité los guantes para no dejar huellas. No quería que nadie pudiese relacionar la llamada conmigo.

—Servicio de emergencias. ¿Dónde es la emergencia?

—El asesino de Clayton tiene otra víctima en el coche, ahora mismo. Dígale a la policía que busque un Buick LeSabre blanco, entre el centro y el aserradero.

—Él... —La persona al otro lado del teléfono hizo una pausa—. ¿Dice que ha visto al asesino de Clayton?

—Lo he visto con una nueva víctima —dije—. Envíe a alguien inmediatamente.

—¿Tiene alguna prueba de que ese hombre es el asesino? —me preguntó.

—Lo vi matar a otra persona.

—¿Esta noche?

—Hace dos semanas.

—¿Informó a la policía de ese incidente? —El del teléfono parecía... aburrido.

—No me está tomando en serio. Va a matar a alguien ahora mismo. ¡Mande a la policía!

—Hemos avisado a la policía de que patrulle el área entre el centro y el aserradero por un aviso anónimo —dijo el telefonista aburrido—. El decimotercer aviso anónimo de la semana, si me lo permite. A no ser que prefiera darme su nombre.

—Se va a sentir un completo idiota por la mañana. Envíe a la policía; yo voy a intentar distraerlo un rato.

Colgué y me monté en la bici de un salto. Tenía que encontrarlos.

Habían girado en dirección al aserradero hacía casi diez minutos y podrían estar en cualquier parte, incluso en el lago Friqui. Volví a la calle Main, donde él había girado, para intentar seguir o adivinar la ruta que había tomado, pero a mitad de camino oí la puerta de un coche cerrarse de golpe y me acerqué a investigar. A una distancia de manzana y media, rodeado de escaparates en silencio y pobremente iluminado por la luz de la luna, el coche del señor Crowley estaba aparcado en un lado de la calle, detrás de otro automóvil. Crowley caminaba desde el maletero hacia un montón de algo que había en el suelo. A medida que me acercaba me di cuenta de que se trataba de un cuerpo sobre una lona. Había llegado demasiado tarde.

Dejé mi bicicleta en un lugar oscuro y me acerqué sigilosamente a Crowley, que estaba de espaldas. Llegué hasta la esquina, justo a media manzana de distancia, y me escondí en un hueco de uno de los escaparates. Supuse que el otro coche era de la víctima, averiado en el peor lugar posible, la peor noche posible: en la oscuridad, lejos de cualquier oído humano y cerca del señor Crowley. Al parecer él lo había encontrado buscando ayuda y se había ofrecido a echarle un vistazo.

En la lona, junto al cuerpo, había una acumulación de una sustancia viscosa, negra y humeante. Crowley ya había hecho el cambio —estómago, o intestinos o lo que quiera que necesitase en este caso— y había sido lo suficientemente previsor como para poner algo en el suelo que atrapara una prueba tan insalubre. Estiró las esquinas de la lona y se puso a enrollarla justo cuando se vieron las luces del coche patrulla. Me agaché mientras pasaban de largo por mi lado y a través de una esquina de cristal vi cómo el señor Crowley se detenía, inclinaba su cabeza un instante y se levantaba lentamente.

Uno de los policías salió del coche y sacó la pistola poniéndose a cubierto detrás la puerta abierta del automóvil. Su compañero era una silueta en el asiento del conductor que hablaba por radio. El cuerpo estaba enrollado y no se veía, pero en el suelo había sangre de cuando lo había atacado.

—¡Manos arriba! —dijo el poli. Yo conocía a alguno de los policías de Clayton, pero en la oscuridad no conseguí reconocer de quién se trataba—. ¡Túmbese en el suelo! ¡Ahora!

El señor Crowley se dio media vuelta, poco a poco.

—¡Señor, no se dé la vuelta! ¡Túmbese inmediatamente!

Crowley se había vuelto hacia ellos, alto y ancho dentro del chorro de luz de los faros. La sombra se extendía por detrás de él casi una manzana entera, como un gigante hecho de oscuridad.

—Gracias a Dios que han llegado —dijo Crowley—, acabo de encontrarlo. Creo que ha sido el asesino.

Crowley tenía los pantalones empapados de sangre de la víctima; me quedé alucinado de que se atreviera a intentar engañarlos.

—Vuélvase y túmbese boca abajo —ordenó el policía.

La pistola era como una extensión del brazo, negra y recta. Crowley tenía las garras escondidas; parecía totalmente humano, pero completamente amenazador. Tenía los ojos entrecerrados y una mirada lúgubre; la boca cerrada en una línea lisa y despojada de emoción.

—Vuélvase y túmbese boca abajo —repitió el agente el policía—, no se lo vamos a pedir otra vez.

Crowley parecía estar atravesando al policía con la mirada y me pregunté qué sentía en ese momento. ¿Ira? ¿Odio? Forcé la vista y vi un resplandor en su mejilla. Lágrimas.

Estaba triste.

El policía del lado del conductor abrió la puerta y salió del coche. Era más joven que su compañero y le temblaban las manos. Cuando habló, le temblaba la voz también.

—Los refuerzos están en camino —dijo.

Pero antes de que pudiera acabar la frase Crowley se abalanzó hacia ellos aún con forma humana, rugiendo con ira. El mayor de los dos policías le gritó un aviso y ambos empezaron a disparar. Una bala tras otra se estrellaron contra el pecho de Crowley, quien se desplomó.

—La hostia... —maldijo el joven.

El mayor bajó el arma lentamente y miró a su compañero.

—Sospechoso derribado —dijo—. Jamás hubiera pensado que era un aviso genuino. ¿Cuál es, el tercero de la noche?

—El cuarto —corrigió el joven.

—¿Y a qué esperas? ¡Llama a una ambulancia!

En un abrir y cerrar de ojos, Crowley estaba en pie, junto al poli viejo. Tenía la cara alargada de forma inhumana y la boca era un manotero trémulo de colmillos. Con unas zarpas blancas como el hueso rasgó el vientre del policía, quien murió prácticamente al instante. El demonio Crowley saltó por encima del coche patrulla hacia el joven, que chilló y empezó a disparar indiscriminadamente; una de las balas impactó en la esquina trasera del coche de Crowley, justo antes de que el demonio le saltara encima y lo derribara, fuera de mi campo visual. El policía chilló una vez más y luego se quedó en silencio.

La violencia cesó tan rápidamente como había estallado. El policía, el demonio, las pistolas, la calle, el cielo de aquella noche helada... todo estaba ahora en silencio, como una tumba.

Un momento después, Crowley apareció por el lateral del coche patrulla. Arrastraba ambos cadáveres con el brazo derecho, mientras el izquierdo le colgaba del costado, inutilizado. Volvía a ser plenamente humano. Desenrolló la lona y dejó caer los cuerpos de los policías junto a la primera víctima de la noche; después se quedó allí un momento, haciéndose una composición de la situación: tres cadáveres, un mar de sangre, dos coches más y un agujero de bala en el suyo. Era imposible conseguir una coartada antes de que llegasen los refuerzos. Crowley volvió al coche de policía y apagó los faros: aquella carnicería se convirtió en una silueta gris. Rebuscó en el interior del coche patrulla un rato más y sólo oí crujidos y cosas que se rasgaban, hasta que por fin salió y tiró un par de

bloques negros sobre el montón de cuerpos. Imaginé que era la cámara del coche patrulla, pero desde aquella distancia no podía estar seguro.

Todavía había tiempo. La policía había pedido refuerzos, pero, aunque no fuera así, tarde o temprano iba a aparecer alguien y se iba a encontrar con Crowley. No tenía manera de ocultar todo aquello.

Se quitó el abrigo y la camisa de franela y las tiró sobre el montón. Se quedó pálido y semidesnudo, a la luz de la luna. Tenía el brazo izquierdo malherido por el balazo que había recibido; se lo tocó y gruñó. Acercó la mano derecha —a medida que lo hacía los dedos se transformaron rápidamente en garras— y posó los dedos sobre el hombro. Colocó los pies con cuidado sobre la acera, preparándose para algo, y se sobresaltó cuando el teléfono móvil le chirrió alegremente desde la cintura. Lo agarró con la mano buena, lo abrió y se lo acercó al oído.

—Hola, Kay. Lo siento, mi vida; no podía dormir. —Pausa—. No te lo dije porque no quería despertarte. No te preocupes, cielo, no es nada. Insomnio, nada más. He salido a dar una vuelta en coche. —Pausa—. No, no es por la tripa, estoy bien. —Miró la pila de cadáveres que tenía a sus pies—. De hecho, tengo el estómago mejor que hace muchas semanas, cariño. —Pausa—. Sí, enseguida vuelvo. Duérmete. Yo también te quiero, cariño. Te quiero.

Así que ella no era un demonio. No sabía nada sobre él.

Apagó el móvil y, torpemente, lo volvió a enganchar en su cinturón. Entonces estiró la garra hacia el hombro izquierdo y cortó la carne; después separó el hueso con un «pop» que me dio arcadas. Me caí de culo de la sorpresa. Él ahogó un grito, cayó de rodillas y tiró el brazo encima de la primera víctima, donde empezó a chisporrotear y consumirse. Una vez separado de la oscura energía que lo mantenía vivo, el brazo degeneró en cuestión de segundos hasta convertirse en aquella sustancia.

Falto de maña y con un solo brazo, le hizo lo mismo al cadáver de uno de los policías; primero le quitó el abrigo y después el brazo izquierdo. Acercó la extremidad al hombro hecho jirones y vi asombrado cómo la carne parecía estirarse hacia ella, envolviéndola y acercándola, hasta que se unió al brazo como si fuera plastilina. Un momento después el brazo se movía, tras crecer y encajarse a la altura del hombro; Crowley lo hizo girar en círculos, primero pequeños y después cada vez más grandes, sopesando su peso y probando los movimientos. Satisfecho y temblando de frío, sacó un puñado de bolsas de basura del maletero y se puso a empaquetar los cadáveres.

De pronto me vi preguntándome a mí mismo, casualmente, por qué no había cogido el brazo de la primera víctima. ¿Por qué se había molestado en desnudar al policía cuando tenía un cadáver perfectamente aceptable justo al lado, listo y preparado?

Oí que se acercaba un coche. Las ruedas avanzaban pesadamente sobre la nieve medio derretida y miré hacia atrás. Una furgoneta pasó de largo manzana y media más abajo, por

la calle Main; a la luz de las farolas parecía de color rojo. Era imposible que sus ocupantes hubiesen visto el truculento festín de Crowley desde tan lejos y entre tanta oscuridad. El vehículo siguió adelante y el ruido se desvaneció en la distancia.

Crowley trabajaba con rapidez y eficiencia. Embutió a los policías en el maletero del coche averiado de la primera víctima; el dueño del coche, bien envuelto en una bolsa de basura, fue directo al maletero de Crowley, junto con los restos de su ropa, la lona ensangrentada y el equipo que había robado del coche patrulla, todo ello metido en bolsas. Era un plan muy inteligente: cuando los investigadores encontrasen a los policías, parecería que ellos eran las únicas víctimas y el dueño del coche sería, naturalmente, el único sospechoso. Si Crowley escondía bien el cuerpo, puede que jamás se dieran cuenta de que también había sido una víctima; en realidad, sería el sospechoso principal y eso alejaría la policía y al FBI de la pista de Crowley durante varias semanas.

Se montó en su coche, lo puso en marcha y se fue antes de que llegara alguien. Se había librado.

Se había enfrentado a dos policías armados y había salido sin un solo rasguño; de hecho, en mejores condiciones que cuando empezó todo. No había pruebas y, si quedaba alguna, señalaba a otra persona. En cuanto lo perdí de vista corrí hacia la bici y pedaleé todo lo rápido que pude en la dirección contraria: lo último que quería era que alguien me encontrase allí y me relacionara con el crimen.

¿Cómo se podía parar a semejante demonio? Era prácticamente imposible de matar y demasiado fuerte e inteligente para la policía. Los agentes habían hecho todo lo que habían podido, empleando toda su formación y destrezas —por Dios, lo habían llenado de plomo— y sin embargo estaban muertos. Todos los que habían visto a Crowley aquella noche lo estaban.

Todos menos yo.

Qué estupidez. ¿Qué podía hacer yo? ¿Avisar de nuevo a la policía y conducirlos a una muerte segura como a esos dos agentes? Estaban muertos por mi culpa: Crowley los acababa de matar, pero únicamente porque yo leforcé a hacerlo. Él solamente había querido matar a un hombre y, por haberme entremetido, dos más se pudrían ya en el maletero de un coche. No podía repetir algo así. Quizá hubiera sido mejor dejarlo tranquilo y que matase a su propio ritmo: una víctima al mes en lugar de tres en una noche. Y yo no sería responsable de ninguna muerte más.

Sólo que ya no mataba una vez al mes, porque la última víctima había sido menos de tres semanas antes. Estaba tomando carrerilla, quizá el cuerpo se le estropeaba más deprisa. ¿Cuánto tiempo podía pasar antes de que se convirtiera en algo semanal? ¿Y diario? Pero tampoco quería ser responsable de esas muertes, no si podía evitarlas.

Pero ¿cómo? Paré de pedalear y me quedé montado en la bicicleta en mitad de la calle, pensando. No podía atacarlo ni aunque tuviera una pistola, pues ya había visto lo estúpida

que era esa idea. Si dos policías entrenados no eran capaces de matarlo, estaba claro que yo tampoco podía. Al menos, así no.

El monstruo de detrás del muro se movió, despierto y hambriento. «Yo sí puedo».

No.

¿No?

A lo mejor sí podía. Era eso de lo que tenía miedo, ¿no? De matar a alguien. Pues bien, ¿qué pasaba si ese alguien era un demonio? ¿Acaso no sería lo correcto?

No, no lo era. Yo me controlaba por un motivo: las cosas que solía pensar y que intentaba evitar con el muro que había levantado no estaban bien. Matar no estaba bien. No podía hacerlo.

Pero entonces el señor Crowley continuaría asesinando, una y otra vez.

—¡No! —dije en voz alta, enfadado conmigo mismo y con Crowley.

¡Enfádate! ¡Suéltalo todo!

No. Cerré los ojos. Sabía que tenía un lado oscuro y qué podía llegar a hacer: las mismas cosas de las que eran capaces todos los asesinos en serie sobre quienes había leído y estudiado. Maldad. Muerte. Los mismos actos de los que Crowley era capaz. Y yo no quería ser como él.

Pero si una vez hecho conseguía parar, no sería como él. Si evitaba que siguiera matando y después yo me detenía, nadie más tendría que morir.

¿Conseguiría obligarme a no seguir adelante? Si derribaba el muro, ¿sería capaz de reconstruirlo?

¿Es que acaso tenía otra opción? Quizá fuese el único que podía matarlo. La alternativa era decírselo a alguien y si eso llevaba a la muerte de más inocentes, aunque fuese sólo uno, era una elección peor. Era mejor matarlo yo mismo. No hacía falta que nadie más sufriera aparte de Crowley y de mí.

Si lo hacía, tendría que andarme con cuidado. Crowley era una criatura muy poderosa, demasiado como para enfrentarse a él directamente. Las tácticas que había estudiado, los asesinos que podía imitar, se especializaban en aplastar a los débiles, abrumar a los que no se podían defender.

De pronto giré la cabeza y vomité en la calzada.

Siete personas muertas. Siete personas en tres meses y estaba acelerando. ¿Cuántos más podían morir si yo no lo evitaba?

Podía impedirselo. Todos tenemos debilidades, hasta los demonios. Después de todo, él mataba por culpa de la debilidad: el cuerpo le estaba fallando. Si tenía una, habría más. Si yo las encontraba y me aprovechaba de ellas, podría obligarle a parar. Podía salvar al

pueblo, al condado, a todo el mundo. Podía detener al demonio.

Y lo iba a conseguir.

Se acabaron las preguntas y las esperas. Había tomado una decisión. Había llegado la hora de dejar que el muro se derrumbase, de deshacerme de todas las normas que yo mismo me había impuesto.

Había llegado la hora de liberar al monstruo.

Me subí a la bici y me marché a casa, incumpliendo mis normas por el camino. Piedra a piedra, el muro se iba desmoronando y el monstruo estiraba las piernas, flexionaba las garras, se relamía los labios.

Al día siguiente empezaba la caza.

10

A la mañana siguiente nos despertamos con una nueva nevada. Apenas un par de centímetros, pero me servía como excusa. Era un perezoso domingo por la mañana pero a las ocho crucé la calle, pala en mano. El coche de Crowley estaba en la entrada, espolvoreado de nieve; de pronto me detuve sorprendido: el agujero de bala había sido reemplazado por un abollón monumental. Los faros estaban hechos añicos y la pintura, descascarillada, se desprendía en copos desiguales. Tenía pinta de haber tenido un accidente de tráfico. Lo estudié un momento más, ansioso por saber qué había ocurrido, y después me acerqué al porche y llamé al timbre.

El señor Crowley en persona abrió la puerta, alegre, humano, tan inocente como un hombre puede parecer. Durante el último mes le había visto matar a cuatro personas, pero aun así en aquel momento dudé —aunque sólo fuera un instante— de que un hombre como él fuese capaz de hacerle daño a una mosca.

—Buenos días, John. ¿Qué te trae...? Vaya, qué sorpresa; al final ha nevado. No dejas pasar ni una, ¿eh?

—No.

—Pues no hay prácticamente nada de nieve y hoy no tenemos que salir de casa. ¿Por qué no lo dejas, a ver si cae algo más antes de que te tomes la molestia? No es necesario que lo hagas dos veces.

—No es ninguna molestia, señor Crowley —respondí.

—¿Quién ha venido? —dijo la señora Crowley; al momento apareció en el recibidor desde otro punto de la casa—. Oh, buenos días, John. Bill, no te quedes en la puerta, ¡te vas a quedar helado!

El señor Crowley se rio.

—Me encuentro bien, Kay, de verdad. Estoy totalmente curado.

—Ha estado despierto toda la noche —dijo ella mientras lo envolvía con un abrigo—. Dios sabe dónde, haciendo Dios sabe qué; y luego viene y me dice que se ha estrellado con el coche. Será mejor que miremos a ver qué le has hecho, ahora que hay más luz.

Miré rápidamente al señor Crowley y él me guiñó el ojo y se rio.

—Anoche patiné sobre el hielo y ella se cree que es una conspiración comunista.

—No te burles de mí, Bill, esto es... Oh, Dios mío, es peor de lo que pensaba.

—Anoche salí a dar una vuelta en coche —dijo él cuando salió al porche con nosotros — y patiné en el hielo, cerca del hospital. Me salí de la carretera y choqué contra una pared de cemento. Y me estrellé en el mejor sitio posible, porque en cuestión de segundos tenía un puñado de enfermeras y médicos comprobando si estaba bien. Le digo que me encuentro perfectamente pero ella continúa muy preocupada.

Le rodeó los hombros con el brazo y ella se volvió hacia él para abrazarlo.

—Me alegro de que estés bien —dijo la señora Crowley.

Asumiendo que se deshiciera del cuerpo adecuadamente, el balazo del coche era la última prueba que podía relacionarlo con el asesinato, y se había ocupado de ese asunto de forma admirable. La verdad es que no podía negarle el mérito: se le daba muy bien cubrirse las espaldas. Todo lo que tuvo que hacer fue sacar la bala y darse un golpe bien fuerte contra una pared para disimular cualquier daño anterior. Y hacerlo frente al hospital ya era un toque genial: ahora tenía un grupo de testigos que creían saber qué le había pasado al coche y, si las cosas se ponían feas, también podían testificar que estaba en el otro extremo del pueblo cuando se produjeron los asesinatos. Había eliminado las pruebas y al mismo tiempo había conseguido una coartada.

Me volví hacia él y lo miré con renovado respeto. Era muy listo, sí, señor, pero ¿por qué ahora y no antes? Si era tan avisado, ¿por qué dejó los tres primeros cadáveres donde cualquiera los podía encontrar? Se me ocurrió que quizá fuera algo novato y que estaba aprendiendo sobre la marcha a hacerlo bien. Quizá no hubiese matado al hombre de Arizona, o puede que ese asesinato hubiera sido diferente y no lo había preparado para éstos.

—John —dijo la señora Crowley—, quiero que sepas que estamos agradecidos por todo lo que haces por nosotros. Estas últimas semanas casi no hemos hecho nada sin que estuvieras allí para echar una mano.

—No me cuesta nada —dije.

—No seas tonto. Éste es uno de los peores inviernos que hemos tenido en años y estamos demasiado viejos como para pasarlo sin la ayuda de nadie; ya has visto que a Bill le falla la salud de vez en cuando. Y ahora algo así... Bueno, está bien saber que los vecinos están pendientes de ti.

—No tenemos hijos —dijo el señor Crowley—, pero para nosotros eres prácticamente nuestro nieto. Muchas gracias.

Los miré a ambos y estudié en ellos las señales de gratitud que había aprendido a reconocer: sonrisas, las manos juntas, alguna que otra lágrima en los ojos de la señora

Crowley. Esperaba sinceridad por parte de ella pero él también parecía conmovido. Cogí la pala y me puse a despejar las escaleras.

—No me cuesta nada —repetí.

—Eres un sol —dijo ella, y entraron en casa.

Me pareció muy apropiado que la única persona que creía que yo era un sol fuera una mujer que vivía con un demonio.



Pasé el resto de la mañana apartando nieve de los caminos y de la entrada, y pensando cómo matar al señor Crowley. Inconscientemente, las normas me venían a la cabeza una tras otra; las tenía demasiado interiorizadas como para que cedieran sin más. Pensé varias maneras de matarlo y de inmediato me vi diciendo cosas agradables sobre él. Repasé mentalmente sus actividades diarias y al instante me di cuenta de que me desviaba a otros temas. Dos veces llegué a dejar de apartar nieve y me di media vuelta para volver a casa; inconscientemente, intentaba distraerme para no obsesionarme. Las viejas normas me habrían obligado a ignorar al señor Crowley durante toda una semana igual que me había forzado a pasar de Brooke, pero ahora las cosas eran diferentes y tenía que abandonar las normas. Llevaba años entrenándome para alejarme de la gente, para eliminar de raíz cualquier vínculo que empezase a nacer, pero era hora de que cayeran todas esas barreras. Tenía que desactivar todos esos mecanismos, apartarlos, destruirlos.

Al principio fue espeluznante, como si te quedaras muy quieto mientras miras a una cucaracha subirse a tu zapato, treparte por la pierna y meterse debajo de tu camisa sin darle un manotazo para quitártela de encima. Me imaginé cubierto de cucarachas, arañas, sanguijuelas y demás bichos, todos ellos retorciéndose, metiéndose por donde podían, probándolo todo mientras yo me quedaba quieto hasta acostumbrarme completamente a ellos. Necesitaba matar al señor Crowley (un gusano se me sube a la cara), quería matarlo (otro se me mete en la boca), quería rajarlo de arriba abajo (un revoltijo de gusanos se me sube encima y empiezan a hacerme agujeros en la piel)...

Escupí y me estremecí y volví a la realidad, de pie en la acera, despejando la nieve. Me iba a costar un tiempo adaptarme.

—John, ¡entra y tómate un chocolate!

Era el señor Crowley, que me llamaba desde la puerta. Acabé el último par de metros de acera y entré para sentarme en la cocina, sonreír educadamente y preguntarme si rajar al señor Crowley era un plan viable. Me acordé del tajo que se hizo en el vientre cuando le robó los pulmones al vagabundo, que se selló como una bolsa hermética para congelar. Sanó después de toda una descarga de tiros. Sonreí de nuevo, tomé otro sorbo de chocolate y me pregunté si también podía hacer que le volviera a crecer la cabeza.

El resto del día estuvo repleto de pensamientos lúgubres y, una a una, destrocé todas las reglas. A la mañana siguiente, cuando fui al instituto, estaba demacrado y aterrorizado, como una persona nueva en un cuerpo viejo que no le iba ni mucho menos a medida. La gente miraba a través de mí, me ignoraban como siempre habían hecho, pero el que devolvía las miradas era alguien que lo veía todo con otros ojos, una mente nueva que observaba el mundo desde una coraza que le era ajena. Recorrí los pasillos, asistí a las clases y miré fijamente a la gente que me rodeaba como si los viera por primera vez. Durante el cambio de clases alguien me dio un empujón y yo lo seguí por todo el pasillo imaginando qué tal sería vengarme lentamente, pedacito a pedacito, mientras él colgaba de un gancho en el sótano. Sacudí la cabeza y me senté en las escaleras: me costaba respirar. No podía ser; todo aquello era contra lo que llevaba luchando toda mi vida. Un torrente de niños pasaba frente a mí como ganado hacia el matadero, como la sangre en una red de arterias. El timbre sonó bien fuerte y todos desaparecieron como cucarachas que se dispersan y acuden en tropel a sus agujeros. Cerré los ojos y pensé en el señor Crowley. «Esto lo haces por él, es a él a quien quieres. Deja a los demás en paz». Respiré hondo una vez más, me puse en pie y me sequé el sudor frío de la frente. Tenía que ir a clase. Tenía que ser normal.

A mitad de clase el director convocó a todos los profesores a una reunión especial. La profesora de lengua, la señorita Parker, volvió quince minutos más tarde, más pálida de lo que yo creía que un cuerpo vivo podía estar. En cuanto entró, la clase quedó en silencio y todos la miramos mientras se acercaba poco a poco a su mesa y se dejaba caer en la silla, como si llevara sobre los hombros todo el peso del mundo. Tenía que ser algo relacionado con el asesino. Durante un instante me preocupé por que Crowley hubiese vuelto a matar sin que yo lo hubiera visto, pero no. Era demasiado pronto. Debían de haber encontrado los cuerpos de los policías.

Tras un minuto de silencio sepulcral en el que nadie se atrevió a decir nada, la señorita Parker levantó la cabeza.

—Volvamos al trabajo.

—Espere —dijo Rachel, una de las mejores amigas de Marci—. ¿No nos va a decir qué pasa?

—Lo siento —contestó la maestra—, es que acabo de recibir muy malas noticias. No es nada.

En cuanto lo dijo entornó los ojos, que tenía rojos, y me pregunté si iba a echarse a llorar.

—Parece que todos los profesores han recibido muy malas noticias —dijo Marci—, creo que merecemos saber qué ocurre.

La señorita Parker se frotó los ojos y negó con la cabeza.

—Debería estar llevándolo mejor. Por eso nos lo han dicho primero a los profesores, para que podamos hacérselo más fácil a vosotros; es obvio que yo no lo estoy haciendo muy bien. —Se secó los ojos y levantó la mirada—. El director Layton nos acaba de informar de que han encontrado dos cadáveres más. —Los estudiantes emitieron un grito ahogado al unísono—. Han encontrado los cuerpos de dos policías dentro del maletero de un coche, en el centro.

Brooke no estaba en mi clase a esa hora y me pregunté si su profesora les estaba dando la misma noticia. ¿Cómo iba a reaccionar ella?

—¿Es el mismo tío? —preguntó un chaval que se llamaba Ryan y estaba sentado dos filas más atrás.

—Creen que sí —respondió la señorita Parker—. Las... heridas... de las víctimas se parecen a las de las tres primeras. Y tenían la misma... cosa, la cosa negra.

—¿Saben los nombres de los policías? —preguntó Marci. Estaba blanca como una sábana. Su padre era poli.

—No es tu padre, cielo. Él fue quien encontró el coche e hizo el aviso.

Marci se echó a llorar y Rachel se levantó a abrazarla.

—¿Se ha llevado algo de los cuerpos? —preguntó Max.

—Maxwell, creo que tu pregunta no es muy adecuada —replicó la profesora.

—Seguro que sí —refunfuñó Max.

—Sé que esto es duro —dijo ella—. Creedme, yo... bueno, esto me afecta tanto como a vosotros. Sólo tenemos una orientadora y el que lo desee puede ir a hablar con ella; pero si queréis hablar conmigo, ir al baño o quedaros en silencio... o si no podemos hablarlo durante la clase... —Escondió la cara entre las manos—. Han dicho que no deberíamos preocuparnos, que el patrón concuerda o algo así; no sé si se supone que eso hará que os sintáis mejor. Lo siento mucho. Ojalá supiera qué decir.

—Significa que no ha cambiado de método —aclaré—. Tienen miedo de que pensemos que la cosa está empeorando porque esta vez han encontrado dos cuerpos en lugar de uno.

—Gracias, John —dijo la señorita Parker—, pero no hace falta que le demos vueltas a... los métodos del criminal.

—Sólo estaba explicando lo que quería decir la policía. Obviamente, pensaban que nos iba a consolar.

—Gracias —asintió.

—Pero es verdad, esta vez ha matado a dos personas —dijo Brad. Solíamos ser amigos cuando éramos pequeños, pero hacía años que ya no hacíamos nada juntos—. ¿Cómo

pueden decir que sus métodos no han cambiado?

La señorita Parker reflexionó un instante sobre qué decir, pero le respondió con una mirada ausente. Un momento después se volvió hacia mí. Yo era el experto.

—Lo que intentan destacar —expliqué— es que el asesino no ha perdido el control. Si hubiera matado a un tipo diferente de víctima o si lo hiciera con mayor violencia o frecuencia, eso significaría que algo habría cambiado.

Todas las miradas convergían en mí y por una vez nadie fruncía el ceño ni se burlaba: estaban escuchando. Me encantó.

—Verá, los asesinos en serie no atacan al azar, tienen necesidades específicas y problemas mentales que dan forma a todo lo que hacen. Por el motivo que sea, este tipo necesita matar a hombres adultos y esa necesidad se va haciendo más y más grande hasta que no la puede controlar y entonces se desata. En su caso ese proceso dura más o menos un mes y por eso ha habido una víctima mensual.

Era todo un hatajo de mentiras: estaba matando más a menudo; no era un asesino en serie normal y corriente, y su necesidad era física en lugar de mental. Pero eso era lo que pensaba la policía y lo que la clase quería oír.

—La buena noticia es que todo esto significa que no va a matar a ninguno de los que estamos aquí ahora.

Hasta que esté muy desesperado y cualquiera de vosotros esté en el lugar inapropiado a la hora equivocada.

—Pero ha habido dos víctimas —repitió Brad—. El doble que otras veces: me parece una gran diferencia.

—No ha matado a dos personas porque esté empeorando —repliqué—, sino por idiota.

No quería dejar de hablar, estaba tan contento porque todos me estaban escuchando como para no seguir. Estaba hablando sobre lo que más me gustaba y nadie me hacía callar ni me decía que era un bicho raro ni nada por el estilo, sino que querían escuchar. Sentí una oleada de poder.

—Ya habéis visto que deja los cuerpos donde la gente los puede encontrar: seguramente los ataca al azar, pilla al primero con el que se cruza, lo mata y huye. Esta vez resulta que el primero que pasaba por allí era un policía y los policías van en parejas; se dio cuenta demasiado tarde de que, si no quería que lo pillaran, no podía matar a uno sin acabar también con el otro.

—¡Cállate! —chilló Marci, que se había puesto en pie—. ¡Cállate, cállate, cállate!

Me lanzó un libro pero erró el tiro y éste se estrelló contra la pared. La señorita Parker se había levantado de un salto para intentar impedirselo.

—Calmaos todos —dijo—. Marci, ven conmigo. Coge su bolsa, Rachel. Eso es, vamos. —Rodeó a Marci con los brazos y la llevó con cuidado hacia la puerta—. Los demás, quedaos aquí en silencio. Volveré en cuanto pueda.

Salieron del aula y nos quedamos sentados durante varios minutos, al principio en silencio, aunque después se formaron varias conversaciones privadas a base de susurros. Alguien le dio una patada a mi silla y me dijo que no fuera tan cabrón, pero Brad se acercó y me hizo una pregunta:

—¿Realmente crees que los métodos no están variando?

—Claro que no —contesté. Ahora que la profesora no estaba, podía conversar un poco más animadamente—. Antes mataba a una persona indefensa en cada ataque, pero esta vez ha asesinado a dos policías armados. Eso es una escalada, aunque no nos lo quieran decir.

—Vaya mierda, tío —dijo. Los chicos que lo rodeaban sacudieron la cabeza.

—Esto pasa siempre con los asesinos en serie —dije—. Sea lo que sea lo que necesita, una muerte al mes ya no lo satisface. Es como una adicción: después de un tiempo no te basta con un cigarrillo, sino que necesitas, dos, tres, un paquete entero o lo que sea. Está perdiendo el control y va a empezar a matar más a menudo.

—De eso nada —dijo Brad acercándose a mí todavía más—. Han hallado los cadáveres en un coche, lo que significa que pueden encontrar a este cabrón por la matrícula. Entonces yo mismo iré a su casa y lo mataré.

Los otros chavales asintieron con expresión seria. La caza de brujas había empezado.

• • • • •

Brad no era el único que quería venganza. La policía no reveló el nombre del dueño del coche, pero un vecino reconoció el vehículo en las noticias de las seis y a las diez de la noche había una muchedumbre fuera de la casa del tipo del coche, lanzando piedras y pidiendo sangre. Carrie Walsh seguía ocupándose de la noticia y la cámara mostró una imagen de ella agazapada junto a la unidad móvil; detrás de ella el gentío gritaba consignas de odio delante de la casa.

«Soy Carrie Walsh de Five Live News, emitiendo desde el condado de Clayton, donde, como pueden ver, la gente empieza a perder los estribos».

Reconocí al padre de Max entre la turba; chillaba y sacudía el puño. Seguía llevando el pelo muy corto, al estilo de la infantería, como cuando estuvo en Irak. Tenía el rostro rojo de ira.

«La policía se encuentra aquí —dijo Carrie—, desde antes de que se formara esta muchedumbre. Éste es el hogar de Susan y Greg Olson, y su hijo de dos años. El señor Olson es un obrero de la construcción, además del dueño del coche en el que hoy se han

encontrado los cadáveres de dos policías. El paradero del señor Olson es desconocido, pero la policía lo busca en relación con los asesinatos. Hoy han venido a interrogar a la familia y a protegerla».

En ese momento el gentío se puso a gritar aún más alto y la cámara giró y enfocó a un hombre —el mismo miembro del FBI de antes, el agente Forman—, que acompañaba a una mujer y a un niño que salían de la casa. Un policía local los seguía con una maleta y varios más se ocupaban de mantener a la muchedumbre a raya. Carrie y el cámara se abrieron paso a través de la gente y ella gritó algunas preguntas a la policía. Los agentes ayudaron a la señora Olson y a su hijo a sentarse en los asientos traseros del coche patrulla y el agente Forman se dirigió a la cámara. Por todas partes había gente indignada que gritaba y cantaba: «Casada con un asesino».

«Disculpe —dijo Carrie—, ¿puede decirnos qué está pasando?».

«Susan Olson va a ser custodiada por su seguridad y la de su hijo —hablaba rápidamente, como si hubiera preparado el discurso antes de salir de la casa—. En este momento todavía no sabemos si Greg Olson es sospechoso o víctima, pero lo que sí es cierto es que es una persona de interés para el caso y estamos trabajando las veinticuatro horas del día para encontrarlo. Gracias».

El agente Forman entró en el coche y éste arrancó. Dejaron atrás a varios policías para acallar a la muchedumbre y restaurar el orden.

Carrie tenía cara de querer quedarse todo lo cerca de la policía que pudiera y le temblaban las manos. Pero encontró un miembro del gentío y se puso a entrevistarle. Me quedé alucinado al ver que era el señor Layton, el director del instituto.

«Disculpe, señor, ¿puedo hacerle algunas preguntas?».

El señor Layton no estaba chillando consignas como la mayoría de las personas y parecía avergonzarse de que lo grabaran. Supuse que a la mañana siguiente le iban a echar una buena bronca en la junta de la escuela.

«Eeeh... claro», dijo entrecerrando los ojos por la luz de la cámara.

«¿Qué puede decir sobre las emociones que se están viviendo hoy en Clayton?».

«Bueno, mire a su alrededor. La gente está enfadada, muy enfadada. Se están dejando llevar. Las muchedumbres siempre se comportan de manera estúpida, lo sé, sólo que en ese breve momento en el que estás metido dentro de una te parece que todo tiene sentido. Ya me siento estúpido sólo por estar aquí», dijo mirando otra vez a la cámara.

«¿Tiene la sensación de que este tipo de cosas volverá a pasar con la próxima muerte?».

«Podría volver a pasar mañana —dijo el señor Layton echándose las manos a la cabeza—. Podría volver a pasar siempre que le busquemos las cosquillas a la gente del

pueblo. Clayton es una comunidad muy pequeña; es probable que todos conozcamos a una de las víctimas o vivamos en el mismo vecindario que ellas. Este asesino, sea quien sea, no está matando a extraños, sino a nosotros, a personas con cara, nombre y familia. Sinceramente, no sé cuánto tiempo podrá contener nuestra comunidad ese tipo de violencia sin explotar».

Volvió a entrecerrar los ojos mirando a la cámara y la imagen se cortó.

A su alrededor la muchedumbre empezaba a dispersarse, pero ¿hasta cuándo?

• • • • •

Las pruebas de ADN sólo tardaron unos días y prácticamente exoneraban a Greg Olson, así que la policía se encargó de que la noticia apareciera en todos los telediarios en un intento de devolverle a la señora Olson y su hijo al menos una parte de su vida. Naturalmente, también habían retirado la nieve de la escena del crimen y vieron que la acera estaba cubierta de sangre; gran parte de ella era muy seguramente del propio Olson y la encontraron en suficiente cantidad como para convertirlo en otra víctima casi con total seguridad. Empezaron a circular rumores sobre la huella de un tercer juego de neumáticos, sobre balas fantasma que fueron disparadas pero no se encontraron y, lo más importante, sobre restos de ADN que se correspondía con la misteriosa sustancia negra, sólo que en aquella ocasión el material genético no provenía del moco, sino de una mancha de sangre encontrada en el interior del coche de policía. Significaba que en la escena del crimen había cuatro personas en lugar de tres, y los forenses del FBI estaban seguros de que esa cuarta persona era el asesino en vez de Greg Olson.

Por supuesto, algunas personas empezaron a sospechar de que había una quinta.

• • • • •

—Hoy te veo diferente —dijo el doctor Neblin en la sesión semanal del jueves.

Llevaba cinco días destruyendo mi sistema de normas.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Sólo que estás... diferente. ¿Alguna novedad?

—Siempre me pregunta eso justo después de que alguien haya muerto.

—Siempre se te nota un poco distinto después de que alguien muera —replicó Neblin—. ¿Qué te ha parecido esta vez?

—Intento no pensar en ello —dije—. Por las normas y eso. ¿Qué le parece a usted?

Neblin hizo una pausa momentánea antes de contestar.

—Tus normas nunca te habían impedido pensar en los asesinatos. Hemos hablado bastante sobre ellos.

Menudo error más estúpido. Yo intentaba actuar como si todavía obedeciera mis propias normas, pero al parecer no se me daba muy bien.

—Lo sé, pero es que... esta vez parece diferente, ¿no cree?

—Ciertamente —dijo el doctor Neblin.

Esperó a que yo dijese alguna cosa, pero no se me ocurría nada que no sonase sospechoso. Nunca había intentado ocultarle nada y me estaba resultando complicado.

—¿Qué tal te va en el instituto?

—Bien —respondí—. Están todos muy asustados, pero supongo que es bastante normal.

—¿Tú también lo estás?

—No —dije a pesar de que lo estaba más que nunca, sólo que no por ningún motivo que él pudiera llegar a conocer—. El miedo es... si lo piensas, es extraño. La gente siempre tiene miedo de otras cosas, nunca de sí mismos.

—¿Crees que deberían tenerlo?

—Tememos las cosas que no podemos controlar: el futuro, la oscuridad o alguien que te quiere matar. Uno nunca se teme a sí mismo porque siempre sabe qué va a hacer.

—¿Tú tienes miedo de ti mismo?

Miré por la ventana y vi a una mujer en la acera, de pie sobre un montículo de nieve castigado por el viento, observando el tráfico.

—Es como esa mujer —dije señalándola—. Puede que tenga miedo de que la atropelle un coche, de resbalar en el hielo o de no tener dónde poner los pies al otro lado de la carretera, pero no teme cruzar la calle porque es una decisión propia que ha tomado ella: sabe cómo hacerlo y no debería resultarle difícil. Va a esperar hasta que no pasen coches para pisar el hielo con cuidado y hacer todo lo que esté bajo su control para mantenerse a salvo. Pero lo que la asusta es lo que no puede controlar; cosas que le podrían pasar, no las que ella hace. Por la mañana, antes de levantarse, no piensa: «Hoy espero no encontrarme ninguna calle, porque me temo que intentaré cruzarla». Allá va.

La mujer vio que el tráfico se interrumpió y se apresuró a cruzar. No ocurrió nada.

—Ya está a salvo —continué—. No ha pasado nada de nada. Y ahora volverá al trabajo a pensar en otras cosas que le dan miedo: espero que mi jefe no me despida, que la carta llegue a tiempo, que no rechacen el talón.

—¿La conoces?

—No, pero está en esta parte del pueblo y va a pie a las cuatro de la tarde, así que solamente podría estar haciendo un par de cosas: no creo que haya venido a recoger nada porque sólo llevaba el bolso, así que las opciones más probables son el banco o correos.

Enmudecí de pronto y miré a Neblin. Nunca había teorizado sobre personas delante de él: las normas no me solían dejar pensar tanto rato sobre un extraño o una extraña cualesquiera. Quería acusarle de hacerme caer en una trampa, pero él no había hecho nada más que dejarme hablar. Le miré a los ojos buscando alguna señal de que reconociera la trascendencia de lo que había estado haciendo. Él me devolvía la mirada, pensando. Analizando.

—Buenas suposiciones —dijo Neblin—. Yo tampoco la conozco, pero seguro que tienes razón en la mayoría de cosas que has dicho sobre ella.

Estaba esperando algo; que admitiera lo que había hecho, quizá, o que le explicara por qué ese día mis normas eran tan diferentes. No dije nada.

—La última novedad sobre el asesinato del fin de semana pasado era una llamada al número de emergencias —dijo.

Oh, no.

—Al parecer, alguien llamó desde una cabina, la de la calle Main, e informó de un ataque del asesino de Clayton. Ahora mismo la teoría es que el asesino mató a Greg Olson, que algún testigo hizo la llamada y que, cuando llegaron los policías, el asesino acabó también con ellos.

—No me había enterado —dije—. Pero tiene sentido. ¿Saben quién llamó?

—No quiso identificarse —contestó Neblin—. Él o ella, no sé. La voz era un tanto aguda, por eso creen que era una mujer o un niño.

—Espero que fuese una mujer.

Neblin enarcó la ceja.

—No sé qué ocurrió esa noche —dije—, pero estoy seguro de que no es el tipo de cosas que debería ver un niño. Lo podría dejar hecho polvo.

11

El señor Crowley se despertaba todas las mañanas alrededor de las seis y media. No utilizaba alarma, simplemente se despertaba; décadas de trabajar en el mismo sitio, día tras día, lo habían condicionado hasta crear un hábito y entonces, mucho después de haberse jubilado, ya no podía evitarlo. Yo lo sabía porque había estado vigilándolo desde mi ventana, al otro lado de la calle, durante unos cuantos días, fijándome en qué luces se encendían y cuándo; una vez supe adonde ir, me agazapé a escuchar fuera de la casa. Normalmente no habría podido hacer algo así sin dejar huellas delatoras en la nieve, pero la suerte quiso que alguien se ocupara de dejar las aceras y caminos del señor Crowley notablemente despejados. Podía ir y venir a mi antojo.

A las seis y media de la mañana el señor Crowley se despertaba y decía alguna palabrota. Era como un reloj: un cuco viejo y vulgar que prácticamente servía para poner el reloj en hora. Que yo supiera, era el único momento del día en que decía algún juramento, y supongo que lo hacía porque le ayudaba a limpiar la mente y empezar el día con frescura, recopilando los pensamientos oscuros de la noche hasta formar una bola de mucosidad mental que podía escupir en una sola palabra. La habitación donde él dormía estaba en la esquina derecha de la parte trasera de la casa, y después de la palabrota diaria iba a oscuras hasta el baño y se lavaba, imagino que la cara, en el lavabo. Entonces se encendía la luz, se oía la cadena del baño y hacía correr el agua caliente para ducharse, de modo que la ventana exterior se empañaba. A las siete estaba vestido y en la cocina.

El desayuno lo determiné principalmente mediante el olfato; tenía un pequeño extractor sobre los fogones y cuando lo ponía en marcha los olores se vertían al exterior como en una nube. Empezaba con el calor soso del agua hirviendo, después una insinuación del fuerte olor del café instantáneo y por fin el aroma intenso del trigo machacado y el sirope de arce, que me daba hambre siempre que lo olía. Desde mi posición junto a la ventana de la cocina, podía subirme al estrecho zócalo de los cimientos de la casa, invisible desde la calle, y mirar a través de una abertura en las cortinas para verle el brazo mientras comía. Se movía arriba y abajo con lentitud y ritmo, llevándose la cuchara a la boca y bajando la mano para esperar mientras masticaba. Si quisiera podría haber avanzado un poco para ver algo más de él mientras comía, pero me arriesgaba a que me descubriese. Me contentaba con permanecer oculto; ya rellenaría los huecos con la imaginación. Cuando acababa de comer arrastraba la silla, daba seis pasos hasta el

fregadero y enjuagaba el plato con un chorro de agua que sonaba como las interferencias en una emisora de radio. Normalmente era entonces cuando Kay se despertaba y bajaba a la cocina, y él le daba un beso de buenos días.

Estuve espiándolo así una semana y un día llegué a faltar a clase para averiguar qué hacía durante el día. Lo que buscaba y no era capaz de encontrar era miedo; si conseguía averiguar a qué temía —si tenía miedo de algo—, podría utilizarlo para impedirle seguir matando. Sabía que no iba camino de una pelea entre iguales; la única manera de vencer a aquel demonio era siendo más inteligente que él, conduciéndolo a una situación de inferioridad y aplastándolo como a un bicho. Para la mayoría de asesinos en serie ésa era una tarea fácil porque atacaban a personas más débiles que ellos, pero yo quería enfrentarme a algo mucho más fuerte que yo, y por eso sabía que no había ninguna posibilidad de que me tuviese miedo. Debía encontrar otra cosa que sí lo atemorizara. En cuanto lo consiguiera, podría atacarlo con eso y ver cómo reaccionaba. Si lo hacía con la suficiente fuerza, quizá fuera capaz de forzarlo a cometer un error estúpido y así tendría mi oportunidad.

Su comportamiento no indicaba ningún tipo de miedo, así que decidí volver al principio: al perfil psicológico que empecé a hacer cuando creía que era un asesino en serie. Bien entrada la noche, rescaté la libreta y leí la lista: «Se acerca a las víctimas en persona y las ataca cuerpo a cuerpo». Antes pensaba que eso decía algo importante sobre su psicología y el porqué de sus actos, pero ahora sabía que no me equivocaba: hacía lo que hacía porque necesitaba órganos nuevos y atacaba cuerpo a cuerpo porque sus demoníacas zarpas eran simplemente la mejor arma que tenía.

La siguiente entrada era justo lo que andaba buscando: «No quiere que nadie sepa quién es». Max me había obligado a escribir eso aunque yo pensaba que era demasiado obvio. Y el problema era que tan obvio era que en realidad no lo había tenido en cuenta. Se trataba del temor perfecto: no quería que nadie supiese lo que era en realidad. Sonreí para mis adentros.

—No es un hombre lobo, Max, pero te acercaste bastante.

El señor Crowley era un demonio y no quería que nadie lo supiera. Ni siquiera un asesino normal y corriente querría que sus secretos salieran a la luz. Lo que el señor Crowley temía más —lo primero que podía utilizar para presionarlo— era que lo descubrieran. Era el momento de enviarle una nota.

Escribirla fue más complicado de lo que yo esperaba. Igual que con la llamada al número de emergencias, no quería que nadie pudiera relacionarla conmigo. Obviamente, no podía utilizar mi propia letra, así que necesitaba un ordenador para imprimirla, pero incluso eso tenía una pega: una vez leí que en un caso de asesinato llamaron a un experto para probar con qué máquina de escribir se había escrito una falsa nota de suicidio y, que yo supiera, a lo mejor podían hacer lo mismo con las impresoras. Yo prefería ser precavido

que lamentarme después, y eso significaba que no podía utilizar la de casa. La del instituto era una posibilidad, pero para utilizar las impresoras teníamos que iniciar nuestra sesión y eso dejaría un registro electrónico clarísimo de quién había escrito la nota. Decidí utilizar la impresora de la biblioteca en hora punta, cuando nadie iba a tener tiempo de prestarle atención a un chaval de quince años. Podía entrar disimuladamente, escribir la nota, imprimirla y largarme sin dejar ni rastro. Como seguía haciendo un frío que pelaba, hasta podía llevar guantes sin levantar sospechas y evitar así dejar huellas. Enterré la nota entre líneas de texto sin sentido, por si acaso alguien llegaba a la impresora antes que yo y leía lo que yo había escrito. Cuando llegué a casa, recorté la frase que quería y la pegué sobre una hoja en blanco.

La primera nota era sencilla:

SÉ LO QUE ERES

Entregar la nota fue tan complicado como prepararla. Tenía que dejarla en algún lugar donde Kay no fuese a encontrarla, porque ella seguramente iría directa a la policía o, como mínimo, se lo comentaría a algún vecino. Cualquiera persona normal lo haría. Por lo contrario, el señor Crowley lo mantendría en secreto, sin duda. No querría revelar nada que pudiese hacerle parecer sospechoso. Si llevaba la nota a la policía, querrían saber más sobre él: posibles enemigos, cosas que podría haber hecho, cualquier cosa que podría provocar una venganza. Aunque prefería evitar todas esas preguntas y sobre todo no quería tener que responderlas ante la policía. Sí, seguro que él no decía nada al respecto pero solamente si era el único que la veía.

El otro problema era encontrar la manera de entregar la nota sin que fuera obvio que lo había hecho yo. Sería muy fácil esconderla en el cobertizo, por ejemplo, porque Kay nunca la iba a encontrar allí, pero es que yo entraba en ese lugar continuamente. Sería la primera persona en la que pensaría cuando intentara averiguar quién la había dejado allí. Y tampoco quería dejarla en algún sitio que le hiciera sospechar de los diferentes puntos de vigilancia que tenía alrededor de la casa. Si la deslizaba, por ejemplo, por la ventana de la cocina, ya no podría volver a esconderme fuera y observarlo mientras desayunaba. Tenía que escoger el método de entrega con mucho cuidado.

Finalmente me decidí por el coche. Crowley y su esposa lo usaban a partes iguales, pero había casos específicos en que uno lo sacaba sin que estuviera el otro: por ejemplo, Kay salía a hacer la compra los miércoles por la mañana y siempre iba sola. En cuanto al señor Crowley, su momento eran los partidos de fútbol americano, que la mitad de las veces solía ver en el bar del centro. Empecé a observar las actividades de las tardes y las noches y a compararlas con la programación de la tele, y descubrí que iba al bar siempre que ponían un partido de los Seattle Seahawks en la ESPN: supongo que en casa no tenía ese canal. La siguiente vez que se jugó un partido de los Seahawks me deslicé hasta el coche a hurtadillas antes de que se marchara y dejé la nota doblada debajo del limpiaparabrisas.

Vigilé la entrada a su casa desde la ventana, mirando a través de una rendija tan pequeña de la persiana que era imposible que supiera que yo estaba allí. Salió de casa sonriendo alegremente por algún motivo y descubrió la nota mientras abría la puerta del coche. La cogió, la desplegó e inspeccionó la calle con una mirada oscura. Había perdido la alegría de golpe. Di un paso atrás y desaparecí en la oscuridad de la habitación. Cuando entró en el coche y se marchó, yo apenas lo veía.



Unas cuantas noches más tarde hubo una fiesta del grupo de vigilancia del vecindario, que es cuando todos los vecinos de la calle se juntan en el jardín de los Crowley y hablan y ríen y fingen que no pasa nada, y mientras tanto todas las casas están vacías, listas para recibir a los ladrones. Sin embargo esa fiesta en particular no iba de robos sino de asesinatos en serie y estábamos todos reunidos en un grupo grande y seguro, cuidando los unos de los otros. Hubo incluso un pequeño discurso sobre la seguridad y sobre cerrar la puerta con llave y cosas así. Quería avisarles de que lo más seguro que podían hacer era no traer a todo el vecindario al jardín del señor Crowley, pero esa noche parecía bastante inofensivo. Si era capaz de volverse loco de repente y matar a cincuenta personas de golpe, al menos aquel día no parecía estar a punto de hacerlo. Y yo tampoco estaba preparado para atacarle; aún intentaba aprender más sobre él. ¿Cómo matar algo que se había recuperado de una lluvia de balas? Una cosa así requiere mucha planificación y ésta requiere tiempo.

Más que para hablar sobre seguridad, la fiesta era en realidad para convencernos de que no estábamos vencidos, de que incluso con un asesino en casa no teníamos miedo y de que no íbamos a acabar reducidos a una turba. Bueno, lo que sea. Lo que realmente importaba, más que cualquier declaración vacía de valentía, era el hecho de que estábamos asando perritos calientes, cosa que significaba que tenía la oportunidad de cuidar del fuego en la parrilla de los Crowley.

Empecé con una llamarada gigantesca, quemando pedazos enormes de un árbol muerto que los Watson habían cortado en su jardín durante el verano. El fuego resplandecía y desprendía calor, lo que era perfecto para empezar la fiesta; después, durante la interminable charla sobre seguridad, yo me puse manos a la obra con el atizador y un par de pinzas, y empecé a darle forma al fuego y cultivarlo hasta conseguir un espeso lecho de brasas al rojo vivo. Los fuegos para cocinar son diferentes de los normales porque lo que buscas es una temperatura uniforme y constante en lugar de simple luz y calor. Las llamas dan paso a pequeñas llamaradas y al intenso resplandor rojo de la madera que se quema desde dentro hacia fuera. Coloqué la madera con cuidado, haciendo pasar oxígeno por una especie de chimeneas en miniatura para crear amplios hornos ardientes. La reunión terminó justo a tiempo, y los asistentes se acercaron para cocinar.

Brooke estaba allí con su familia, claro, y, sin que fuese obvio, la miré mientras ella y

su hermano pinchaban un par de salchichas y se acercaban a la parrilla. Brooke sonrió al agacharse junto a mí; su hermano estaba al otro lado. Sujetaban los palos sobre el centro del fuego, donde aún danzaban las llamas, y yo luché conmigo mismo durante treinta segundos antes de atreverme a hablar con ella.

—Inténtalo aquí abajo —dije señalando uno de los lechos de brasas con las pinzas—. Se harán mejor.

—Gracias —dijo Brooke y le señaló el lugar a Ethan con entusiasmo. Cambiaron los perritos de sitio e inmediatamente empezaron a ponerse oscuros y a cocinarse—. Vaya, genial. Sabes mucho sobre fuegos.

—Cuatro años con el grupo de escoltas. Es la única organización que enseña a los niños a encender cosas.

Brooke se rio.

—Seguro que la insignia al mérito incendiario la conseguiste a la primera.

Quería seguir hablando, pero no sabía qué decir; en la fiesta de Halloween ya había hablado más de la cuenta. Seguramente la aterricé y no quería repetirlo. Por otro lado, me encantaba su risa y quería volver a oírla. El caso es que supuse que si ella había hecho un chiste sobre provocar fuegos, seguramente yo también podía hacer otro sin sonar demasiado raro.

—Dijeron que era el mejor alumno que habían tenido —empecé—. La mayoría de los escoltas solamente se las apañan para quemar una cabaña, pero yo hice arder tres y un almacén abandonado.

—No está mal —dijo sonriendo.

—Me enviaron a una competición nacional —añadí—. ¿Recuerdas el incendio del verano pasado en California?

Brooke sonrió.

—¿Fuiste tú? Vaya, buen trabajo.

—Sí, me dieron un premio. Es una estatuilla, como un Oscar pero con la forma del oso Smokey^[3] y está llena de gasolina. Mi madre pensó que era un frasco de miel y me la puso en un sándwich.

Se rio a carcajadas, estuvo a punto de dejar caer el perrito caliente y se volvió a reír de su propia torpeza.

—¿Están ya? —preguntó Ethan examinando el perrito. Era la quinta vez que lo sacaba del fuego y apenas había tenido tiempo de dorarse.

—Eso parece —dijo Brooke mirando el suyo y poniéndose en pie—. ¡Gracias, John!

Asentí y miré cómo se acercaban a la mesa plegable para buscar un panecillo y mostaza. La vi sonreír y aceptar la botella de ketchup que le ofreció el señor Crowley, y el monstruo que tenía en mi mente se irguió, enseñó los colmillos y rugió con ira. ¿Cómo se atrevía a tocarla? Parecía que iba a tener que estar al tanto de Brooke para mantenerla a salvo. De pronto me di cuenta de que estaba enseñando los dientes y obligué a mi boca a convertirse en una sonrisa. Al volverme de nuevo hacia el fuego vi que mi madre me dedicaba una sonrisa traviesa desde el otro lado y gruñí para mis adentros, pues no quería ni imaginarme los comentarios estúpidos que seguramente me iba a hacer al llegar a casa. Decidí quedarme en la fiesta hasta lo más tarde que pudiese.

Brooke y Ethan no volvieron junto al fuego para comer, y esa noche ya no tuve más oportunidades de hablar con ella; la vi repartiendo vasos de poliestireno con chocolate caliente y creía que me iba a traer uno, pero la señora Crowley se le adelantó. Me bebí el chocolate y tiré el vaso al fuego; los restos se ennegrecieron sobre la madera, y el poliestireno se retorció, y le salieron burbujas y acabó desapareciendo entre las brasas. La familia de Brooke se marchó poco después.

Un rato más tarde ya no quedaban perritos que asar y la gente se fue marchando, pero yo alimenté las brasas con un par de troncos grandes y avivé el fuego hasta conseguir una columna de estrepitosas llamas. Era precioso: tan caliente que los rojos y naranjas se convirtieron enseguida en un amarillo blanquecino y cegador, tan caliente que la gente se apartó y yo me quité el abrigo. Junto a la hoguera se estaba tan bien como en un día de verano, despejado y caluroso, aunque unos metros más allá era de noche y finales de diciembre. Caminaba a su alrededor, atizándolo, hablando y riéndome con él mientras destruía la madera y aniquilaba los platos de papel. La mayoría de los fuegos crepitan, pero en realidad ésa no es su lengua, sino que es la madera la que habla. Para oír al fuego hace falta una hoguera grande como aquélla, un horno tan potente que ruja con su propia corriente de aire. Me agaché muy cerca y oí su voz, un aullido susurrado de júbilo y rabia.

En clase de biología habíamos hablado de la definición de la vida: para ser clasificado como ser viviente, una cosa debe comer, respirar, reproducirse y crecer. Los perros hacen todo eso, pero las piedras no; los árboles sí, el plástico no. El fuego, según esa definición, bulle de tanta vida. Come de todo, desde madera a carne, y excreta los residuos en forma de ceniza; respira aire como los humanos, absorbiendo oxígeno y emitiendo carbono. El fuego crece y, a medida que se extiende, crea otros nuevos que se extienden y a su vez generan más fuegos. El fuego bebe gasolina y excreta cenizas, lucha por el territorio, ama y odia. A veces, cuando me fijo en la gente que recorre penosamente su rutina diaria, pienso que el fuego está más vivo que nosotros: es más brillante y caliente, está más seguro de sí mismo y sabe adónde quiere ir. El fuego no se conforma; el fuego no tolera; el fuego no se las arregla meramente para sobrevivir. El fuego hace.

El fuego es.

—«¿Con qué alas osó elevarse?» —dijo una voz.

Me di media vuelta y vi al señor Crowley sentado unos metros más atrás en una silla de acampada, mirando fijamente las profundidades del fuego. Todos los demás se habían marchado, pero yo estaba tan absorto en las llamas que no me había dado cuenta.

El señor Crowley parecía distante y preocupado; no me hablaba a mí como yo había creído al principio, sino que lo hacía consigo mismo. O quizá con el fuego. Sin apartar la mirada de las llamas, volvió a hablar.

—«¿Y qué mano osó tomar ese fuego?».

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué? —dijo, como si acabara de despertar de un sueño—. Oh, John, todavía estás aquí. Nada, sólo era un poema.

—No lo conozco —repliqué, volviéndome hacia el fuego.

La fogata se había reducido; seguía siendo fuerte, pero ya no tanto. Debería haber estado aterrorizado, de noche y a solas con un demonio; pensé de inmediato que de algún modo debía de haberme descubierto, que tenía que saber que yo conocía su secreto y le había dejado la nota. Pero era obvio que tenía la cabeza en otra parte; estaba claro que algo le había llevado a aquel estado tan melancólico. Era probable que estuviera pensando en la nota, pero no en mí.

Es más, sus pensamientos eran absorbidos por el fuego, eran atraídos hacia él y lo impregnaban como el agua empapa una esponja. Viéndolo mirar el fuego supe que lo amaba igual que yo. Por eso estaba hablando; no porque sospechase de mí, sino porque ambos teníamos una conexión con el fuego y, por lo tanto, de algún modo, también el uno con el otro.

—¿No lo conoces? —preguntó—. ¿Qué os enseñan en la escuela hoy en día? ¡Es William Blake! —Me encogí de hombros y un momento después siguió hablando—. Una vez lo aprendí de memoria. —Volvió a caer en una especie de ensueño—: «¡Tigre! ¡Tigre!, luz llameante en los bosques de la noche. ¿Qué ojo o mano inmortal ideó tu terrible simetría^[4]?».

—Me suena —respondí.

Nunca prestaba mucha atención en las clases de literatura, pero era normal que recordase un poema que hablaba del fuego.

—El poeta le pregunta al tigre quién lo hizo y cómo —dijo Crowley con la barbilla enterrada en el cuello de su chaqueta—. «¿Qué martillo, qué cadena? ¿Qué horno forjó tu seso?». —Solamente se le veían los ojos, un par de pozos negros que reflejaban la danza del fuego—. Escribió dos poemas de este estilo, ¿sabes? «El cordero» y «El tigre». Uno estaba hecho de dulzura y amor, y el otro fue forjado con terror y muerte. —Crowley me miró; su mirada era oscura y pesada—. «Cuando los astros lanzaron sus venablos y

cubrieron sus lágrimas los cielos, ¿sonrió al contemplar su obra? Quien te creó, ¿creó el Cordero?».

El fuego crepitaba y chisporroteaba. Nuestras sombras bailaban contra la pared de la casa que teníamos detrás. El señor Crowley se giró hacia el fuego.

—Me gustaría pensar que el mismo los hizo a los dos —dijo—. Me gustaría pensar eso.

Los árboles que había al otro lado del fuego relucían blanquecinos y los de más atrás se perdían en la oscuridad. El aire estaba quieto y oscuro, y el humo flotaba como la niebla. La luz del fuego iluminó la neblina; eclipsó a las farolas y cegó las estrellas.

—Es tarde —dijo el señor Crowley sin moverse—. Vete a casa. Yo vigilaré el fuego hasta que se apaguen las brasas.

Me puse en pie y metí el atizador para esparcir las brasas, pero levantó una mano temblorosa para impedírmelo.

—Déjalo estar —dijo—. No me gusta sofocar los fuegos. Déjalo estar.

Dejé el atizador y crucé la calle hacia mi casa. Cuando llegué a mi cuarto, eché un vistazo fuera y lo vi: seguía sentado, mirando.

Había visto a ese hombre matar a cuatro personas. Le había visto arrancar órganos, desgarrarse el brazo y transformarse delante de mí en algo grotescamente inhumano. Y a pesar de todo eso, por algún motivo, las palabras que había pronunciado junto al fuego me perturbaron más que cualquier otra cosa que hubiese hecho.

Me pregunté una vez más si sospechaba de mí; y, si lo hacía, de cuánto tiempo disponía antes de que me silenciara como hizo con Ted Rask. En la fiesta estaba a salvo y también después porque había demasiados testigos. Si desaparecía de su jardín después de que me hubiesen visto más de cincuenta personas, levantaría demasiadas sospechas. Decidí que no podía hacer nada. Si él no sabía nada, tenía que seguir adelante con el plan; y, en caso contrario, tampoco podía hacer mucho para pararle. En cualquier caso, sabía que el plan funcionaba: la nota lo había trastornado, puede que mucho. Tenía que seguir presionándolo, provocándole cada vez más miedo hasta que estuviera aterrorizado, porque sólo así podría llegar a controlarlo.

Al día siguiente le envié otra nota, por otro método distinto, para dejar mis intenciones muy claras:

TE VOY A MATAR

12

Brooke se despertaba todas las mañanas alrededor de las siete. Su padre se levantaba a las seis y media, se duchaba y se vestía, y después despertaba a sus hijos mientras la madre hacía el desayuno. Entraba en la habitación de Ethan y encendía la luz; a veces jugaba a quitarle las mantas, otras cantaba en voz alta y una vez que no quería levantarse llegó a meterle una bolsa de brócoli congelado en la cama. Brooke era una privilegiada: su padre simplemente llamaba a la puerta, le decía que se despertara y sólo se marchaba cuando oía una respuesta. Después de todo, era una jovencita, más responsable que su hermano y necesitaba más intimidad. Nadie entraba sin permiso y sin llamar, ni se asomaba a su habitación, ni la veía hasta que ella quería.

Nadie excepto yo.

La habitación de Brooke estaba en la segunda planta de la vivienda, en la esquina izquierda de la parte trasera; eso significaba que tenía dos ventanas: una en el lateral, que daba a casa de los Peterman y siempre tenía la cortina corrida, y otra atrás, que daba al bosque y ella dejaba al descubierto. Vivíamos en el límite de la población, así que detrás no teníamos vecinos ni ninguna otra casa; en esa dirección no había nadie en varios kilómetros. Brooke pensaba que nadie la podía ver. A mí me parecía hermosa.

La veía cuando se incorporaba en la cama; entonces apartaba la colcha y se estiraba a placer antes de peinarse el pelo con los dedos. Dormía con un chándal gris grueso, que para ella era un color raro y apagado. A veces se rascaba las axilas o el culo, cosa que ninguna chica haría de saber que la estaban vigilando. Hacía muecas frente al espejo y a veces bailaba un poco. Después de un par de minutos cogía la ropa que se iba a poner y salía de la habitación para entrar en la ducha.

Pensé en pedir permiso para recogerles la nieve como hacía en casa del señor Crowley, así podría ponerla donde quisiera y tener mejor acceso al jardín. Pero, a menos que hiciera lo mismo en toda la calle, sería un poco sospechoso y no tenía tiempo para tanto. Ya estaba muy ocupado tal como iban las cosas.

Todos los días encontraba la manera de dejarle una nota al señor Crowley: algunas en el coche, como la primera, otras pegadas con celo a las ventanas o metidas en el quicio de la puerta, demasiado alto para que Kay las pudiera coger. Después de la segunda, ninguna de ellas fue una amenaza clara, sino que le mandaba pruebas de que sabía qué estaba

haciendo:

JEB JOLLEY: RIÑÓN

DAVE BIRD: BRAZO

A medida que le iba dejando notas sobre las víctimas me aseguré de saltarme al vagabundo que había matado junto al lago, en parte porque no sabía cómo se llamaba y también porque tenía miedo de que hubiese visto las huellas de la bici en la nieve y no quería que atara cabos.

El último día de clase le mandé una nota que decía:

GREG OLSON: ESTÓMAGO

Ésta era la más importante, porque no habían encontrado el cuerpo de Greg Olson y, que Crowley conociera, nadie sabía nada del estómago. Después de leerla, se encerró en casa, pensativo. A la mañana siguiente fue a la ferretería y compró un par de candados para aumentar la seguridad del cobertizo y la puerta del sótano. Me preocupó un poco que pudiera estar volviéndose demasiado paranoico, y que yo pudiese perderle la pista, pero en cuanto terminó de instalar los candados vino a casa y me dio una copia de la llave del cobertizo.

—John, he cerrado el cobertizo; últimamente hay que andar con mucho cuidado. —Me dio la llave—. Ya sabes dónde están las herramientas, así que mantenlo limpio como siempre haces y, una vez más, muchas gracias por tanto como nos ayudas.

—Gracias —dije.

Todavía confiaba en mí: me dieron ganas de saltar de alegría. Le ofrecí mi mejor sonrisa de «nieto postizo».

—Me ocuparé de recoger la nieve.

Mi madre bajó las escaleras a mi espalda.

—Hola, señor Crowley, ¿todo bien?

—He puesto un par de candados nuevos, le recomiendo que haga lo mismo. El asesino aún anda suelto.

—Nosotras mantenemos la funeraria cerrada a cal y canto —dijo mi madre— y tenemos un sistema de alarma bastante bueno en la parte de atrás, donde guardamos los productos químicos. Creo que estamos bien protegidos.

—Su hijo es un buen chico —dijo él con una sonrisa. Entonces algún pensamiento le nubló la mente y miró calle abajo, desconfiado—. Este pueblo no es tan seguro como solía ser. No intento asustarla, es sólo que... —Se volvió hacia nosotros—. Tengan cuidado, eso es todo.

Se dio media vuelta y cruzó la calle apesadumbrado, con los hombros caídos. Cerré la

puerta y sonreí.

Lo había engañado.

—¿Vas a hacer algo divertido? —preguntó mi madre. La miré con recelo y levantó las manos inocentemente—. Es una pregunta, nada más.

La esquivé en las escaleras y subí al piso de arriba.

—Voy a leer un rato.

Era mi excusa habitual para pasar horas en mi habitación vigilando la casa de los Crowley desde la ventana. En ese momento del día no podía acercarme, así que tenía que conformarme con la ventana.

—Últimamente pasas demasiado tiempo en tu cuarto —dijo mientras me seguía escaleras arriba—. Es el primer día de las vacaciones de Navidad, deberías salir y hacer algo divertido.

Eso era una novedad, ¿qué intenciones tenía mi madre? Había estado fuera de casa casi tanto como dentro, acechando sigilosamente en casa de los Crowley o de Brooke. Mi madre no sabía adónde iba ni qué hacía, pero era imposible que creyese que pasaba demasiado tiempo en la habitación. Seguro que tenía otra cosa en mente.

—Ponen esa película que hemos visto anunciada tantas veces —dijo—. Ayer la estrenaron aquí, por fin. Podrías ir a verla.

Me volví y la miré fijamente. ¿Qué estaba haciendo?

—Sólo digo que podría estar bien —dijo escondiéndose en la cocina para evitar mis miradas. Estaba nerviosa—. Si quieres ir, té daré el dinero para las entradas.

«Entradas», en plural, ¿a qué jugaba? No iba a ir al cine con mi madre, de eso nada.

—Ve tú si quieres —dije—, yo voy a terminar ese libro.

—No, yo estoy muy ocupada. —Salió de la cocina con un puñado de billetes y me los ofreció con una sonrisa nerviosa—. Puedes ir con Max. O con Brooke.

Ajá. Era por Brooke. Sentí cómo me sonrojaba, así que di media vuelta y me metí en mi habitación.

—¡He dicho que no!

Di un portazo y cerré los ojos. Estaba enfadado, pero no sabía por qué.

—La idiota de mi madre intentando que vaya al cine con la idiota de...

No podía decir su nombre en voz alta. Nadie debía saber lo de Brooke; ni siquiera Brooke sabía lo de Brooke. Le di una patada a la mochila y la tiré: estaba demasiado llena de libros como para volar hasta el otro lado del cuarto como yo hubiese querido.

Estar sentado a oscuras con Brooke no podía ser tan malo, pensé, independientemente de qué película pusieran. Imaginé su risa y pensé en cosas ingeniosas que decir para hacerla reír: «Esta peli es una mierda; deberían estrangular al director con uno de los rollos». Brooke no se rio; abrió los ojos y se apartó de mí, como en el baile de Halloween. «Eres un *freak* —dijo—. Eres un enfermo mental». «¡No es verdad! Tú lo sabes, me conoces. Me conoces mejor que nadie porque yo te conozco mejor que nadie en el mundo. Veo cosas que nadie más ve. Hemos hecho los deberes juntos, hemos visto la tele, hemos hablado por teléfono con...». El maldito teléfono... ¿con quién hablaba ella? Iba a averiguar quién era y matarlo.

Juré delante de la ventana y...

Estaba en mi habitación, jadeando. Brooke no me conocía porque no habíamos compartido nada, porque todo lo que habíamos hecho juntos eran cosas que ella hacía sola mientras yo la miraba a través de la ventana. Unas noches antes la había visto hacer los deberes y me di cuenta que los dos teníamos el mismo trabajo, pero eso no contaba como haberlo hecho juntos porque ella ni siquiera sabía que yo estaba allí. Y después, cuando sonó el teléfono y lo cogió y le dijo hola a quien fuera, fue como si se abriera un espacio entre nosotros. Sonrió al invasor en lugar de a mí y quise chillar, pero era consciente de que nadie estaba interrumpiendo nada porque yo era el único en todo el mundo que sabía que estaba pasando algo.

Me apreté los ojos con las palmas de las manos.

—La estoy acosando —musité.

Eso no era lo que tenía que hacer. Debía vigilar al señor Crowley, no a Brooke. Rompí las reglas para él, para nadie más; pero el monstruo había derribado el muro y había tomado el control antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo. Ya apenas pensaba en el monstruo por lo bien fusionados que estábamos el uno con el otro. Levanté la mirada y crucé la habitación para acercarme a la ventana y observar la casa del señor Crowley.

—No puedo hacerlo.

Volví hasta la cama y le di otra patada más fuerte a la mochila; esta vez se deslizó por el suelo.

—Necesito ver a Max.

Cogí el abrigo y salí a toda prisa sin decirle nada a mi madre. Había dejado el dinero en la esquina de la encimera; lo cogí al pasar, me lo guardé en el bolsillo y salí dando un portazo.

La casa de Max estaba a tan sólo unos kilómetros de la mía y en bicicleta se llegaba enseguida. Volví la cara al pasar por delante de la casa de Brooke y me lancé por la calle demasiado deprisa, sin pensar en el hielo ni fijarme en si venían coches. Me vi a mí mismo

rodeando el cuello de Brooke con las manos; al principio lo acariciaba, pero después lo apretaba hasta que ella chillaba y pataleaba y se ahogaba y todos sus pensamientos estaban centrados en mí y nada más que en mí, y yo era todo su mundo y...

—¡No!

La rueda trasera pisó una placa de hielo, la bici resbaló y me tiró hacia un lado. Conseguí no caerme, pero, en cuanto recobré el equilibrio, desmonté, la cogí como si fuese un garrote y la golpeé contra un poste de teléfonos. Hizo un sonido metálico y vibró entre mis manos, y cuando la solté quedó apoyada en el poste. Apreté los dientes.

«Debería llorar. Ni siquiera puedo llorar como un ser humano».

Rápidamente, miré a mi alrededor para ver si alguien me observaba. Unos cuantos coches pasaban por allí, pero nadie me prestaba atención.

—Necesito ver a Max —mascullé de nuevo y recogí la bicicleta.

Llevaba semanas sin quedar con él fuera del instituto: pasaba todo el tiempo solo, escondido entre las sombras y enviándole notas al señor Crowley. No era un comportamiento seguro, ni siquiera sin las normas; especialmente sin ellas. La bici estaba bien; a lo mejor tenía algún rasguño, pero no estaba abollada. El manillar estaba desviado y demasiado duro como para enderezarlo sin herramientas, pero pude compensarlo sujetándolo torcido. Fui directo a casa de Max y me obligué a no pensar en nada más que en él. Era mi amigo. Era normal tener amigos. No era un psicópata si tenía un amigo.

Max vivía en un dúplex junto al aserradero, en un barrio que siempre olía a serrín y humo. La mayoría de la gente del pueblo trabajaba en la planta, incluida la madre de Max, pero su padre conducía un camión. Normalmente llevaba la madera del aserradero y estaba tanto tiempo fuera como en casa. No me caía bien y siempre que iba allí lo primero que hacía antes de entrar era buscar la gran cabina diésel. Aquel día no estaba, así que seguramente Max estaría solo en casa.

Dejé la bici en el césped de delante y pulsé el timbre. Llamé por segunda vez. Max abrió la puerta con expresión apagada, pero cuando me vio se le iluminó la mirada.

—Controla esto, tío, ¡ven a ver lo que me ha regalado mi padre!

Se lanzó sobre el sofá, cogió el mando de una Xbox 360 y me lo enseñó como si fuera un trofeo.

—No estará en casa el día de Navidad, así que me la ha dado antes. Es flipante.

Cerré la puerta y me quité el abrigo.

—Mola.

Estaba con un juego de carreras y yo suspiré con alivio: lo que necesitaba era exactamente eso, perder el tiempo a lo tonto.

—¿Tienes otro mando?

—Puedes usar el de mi padre —dijo señalando el televisor. Junto a él había un segundo mando, con el cordón pulcramente enrollado—. Pero no lo rompas, porque cuando vuelva va a traer «Madden» y vamos a jugar toda una temporada de fútbol, los dos. Si le estropeas el mando se cabreará mucho.

—No estaba pensando en darle ningún martillazo —repliqué mientras lo enchufaba y retrocedía hacia el sofá—. Venga, juguemos.

—Un momento —dijo—, antes tengo que terminar esto.

Reanudó la partida que estaba jugando e hizo un par de carreras; entremedias me aseguró que sólo era un pequeño torneo y que no duraba mucho, pero que no sabía cómo guardar la partida sin llegar al final. Finalmente, puso una carrera uno contra el otro y jugamos durante una o dos horas. Me ganó todas las veces pero no me importaba: estaba comportándome como un chaval normal y no tenía que matar a nadie.

—Qué malo eres —dijo al final—. Tengo hambre. ¿Quieres pollo?

—Vale.

—Queda un poco de anoche. Hicimos una celebración de Navidad adelantada, para mi padre.

Fue a la cocina y volvió con un cubo de pollo frito medio vacío; nos sentamos en el sofá a ver la televisión y tiramos los huesos en el cubo a medida que nos íbamos comiendo los trozos. Su hermana pequeña entró en el salón, cogió un trozo y volvió a su habitación sin hacer ruido.

—¿Vas a algún sitio a pasar la Navidad? —preguntó.

—No hay ningún sitio al que ir —dije.

—Igual que nosotros. —Se limpió las manos en el sofá y buscó otro muslo entre los huesos—. ¿Qué has hecho estos días?

—Nada. Cosas. ¿Y tú?

—Has estado haciendo algo —dijo mirándome de reojo—. Casi ni te he visto en dos semanas y eso significa que has estado haciendo algo por tu cuenta. Pero ¿qué puede ser? ¿Qué hace el joven psicótico John Wayne Cleaver en su tiempo libre?

—Me has pillado —respondí—, soy el asesino de Clayton.

—Sí, yo también lo pensé, pero solamente ha matado a... ¿cuántos, seis personas? Tú lo harías mucho mejor.

—Más no significa automáticamente mejor —dije, y me volví hacia la tele—. La calidad también cuenta.

—¿Qué te apuestas a que sé qué has estado haciendo? —dijo apuntándome con un muslo de pollo—. Has estado dándote el filete con Brooke.

—¿El filete?

—Enrollándote con ella —dijo Max poniendo morritos—. Montándotelo. Deslizándote por la pista.

—Creo que «deslizarse por la pista» significa «bailar».

—Y yo creo que eres un mentiroso de mierda.

—¿Qué? ¿Quién dices que es un mierda? ¿Tú? —pregunté—. Vaya, contigo nunca se sabe.

—Estás coladito por Brooke —dijo antes de darle un mordisco al pollo y reírse con la boca abierta—. Ni siquiera lo has negado.

—Pensaba que no hacía falta negar algo que es imposible de creer.

—Sigues sin negarlo.

—¿Por qué iba a estar colado por Brooke? —pregunté—. Eso ni siquiera sabe que yo... ¡mierda!

—¡Oye! —dijo Max—. ¿Qué pasa?

Me había referido a Brooke como «eso». Fue una estupidez, fue... horrible. ¿Cómo podía caer tan bajo?

—¿Qué pasa? ¿He metido el dedo en la llaga? —preguntó Max y se relajó de nuevo.

No le hice caso, miré al frente. Llamar «eso» a los seres humanos era un rasgo común de los asesinos en serie; no pensaban en otras personas como humanos sino como objetos, porque así era más fácil torturarlos y matarlos. Les resultaba más difícil torturar a «él» o a «ella», pero no tanto a «eso». «Eso» no tenía sentimientos. «Eso» no tenía derechos. «Eso» no era más que una cosa y con «eso» podías hacer lo que te viniera en gana.

—Hola —dijo Max—. Tierra llamando a John.

Siempre había llamado a los cadáveres de la funeraria «esto» o «eso», aunque mi madre y Margaret me regañaban si me oían decirlo. Pero nunca lo había usado para una persona viva, jamás. Estaba perdiendo el control. Por eso había ido a ver a Max, para recuperarlo, y no estaba funcionando.

—¿Quieres ver una película? —pregunté.

—¿Quieres decirme qué mierdas está pasando? —replicó Max.

—Necesito ver una película —dije—, o algo así. Necesito ser normal; tenemos que hacer algo normal.

—¿Como por ejemplo estar sentados en el sofá hablando de lo normales que somos? Nosotros, la gente normal, lo hacemos todo el tiempo.

—Venga, Max, ¡en serio! ¡Estoy hablando en serio! ¿Por qué crees que he venido? Entrecerró los ojos.

—No lo sé... ¿Por qué has venido?

—Porque estoy... Está pasando algo. No estoy... ¡No lo sé! Estoy perdiendo...

—¿Perdiendo el qué?

—Todo —dije—. Lo estoy perdiendo todo. He roto todas las normas y ahora el monstruo ha salido a la luz y ya ni siquiera soy yo mismo. ¿Es que no lo ves?

—¿Qué normas? Tío, estoy flipando contigo.

—Tengo reglas que hacen que sea normal —aclaré—. Son para... mantenerme seguro. Para que todos estén a salvo. Una de ellas es que tengo que pasar tiempo contigo porque me ayudas a ser normal y últimamente no lo soy. Los asesinos en serie no tienen amigos ni tampoco compinches; están solos y ya está. Así que si estoy contigo me mantengo a salvo y no voy a hacer nada. ¿No lo entiendes?

A Max se le quedó la cara como si le estuviera lloviendo encima. Hacía tanto tiempo que lo conocía que sabía de qué humor estaba; qué hacía cuando estaba contento y qué si estaba enfadado. En ese momento tenía los ojos medio cerrados y el ceño fruncido, y eso significaba que estaba triste. Me pilló por sorpresa y lo miré impactado.

—¿Por eso has venido? —preguntó.

Asentí, desesperado por alcanzar algún tipo de vínculo con él. Me sentí como si me estuviera hundiendo.

—Y por eso hemos sido amigos durante estos últimos tres años —dijo—. Porque te obligas a ti mismo y crees que eso te hace normal.

Mira quién soy. Por favor.

—Pues bien, enhorabuena, John —continuó—. Eres normal. Eres el puto rey de lo normal, con tu mierda de normas y tus amigos de pega. ¿Es que hay algo que hagas que sea real?

—Sí —respondí—. Yo...

Justo en ese momento, mientras me miraba de esa manera, no se me ocurrió nada.

—Si sólo finges que somos amigos, entonces en realidad no me necesitas para nada —dijo y se puso en pie—. Todo eso lo puedes hacer tú solito. Ya nos veremos por ahí.

—Venga, Max.

—Sal de aquí.

No me moví.

—¡Fuera! —gritó.

—No sabes lo que estás haciendo —dije—. Necesito...

—¡Ni te atrevas a echarme la culpa a mí de que seas un bicho raro! —chilló—. ¡Nada de lo que haces es culpa mía! ¡Y ahora lárgate de mi casa!

Me levanté y cogí el abrigo.

—Ya te lo pondrás fuera —dijo y abrió la puerta de golpe—. Mecachis, John; en el instituto todo el mundo me odia y ahora ya no tengo ni a mi amigo raro.

Salí al frío de la tarde y Max cerró con un portazo a mi espalda.

• • • • •

Aquella noche Crowley volvió a matar y yo me lo perdí. Cuando volví de casa de Max el coche no estaba y la señora Crowley dijo que había salido a ver el partido. Esa noche no jugaba ninguno de sus equipos, pero fui hasta el centro de todos modos para ver si lo encontraba. El coche no estaba en su bar favorito ni en ninguno de los otros y llegué incluso hasta el Flying J para ver si lo encontraba allí. No lo encontré en ninguna parte. Llegué a casa mucho después de que anoheciera y él todavía no había regresado: estaba tan enfadado que tenía ganas de gritar. Volví a estampar la bicicleta y me senté en la entrada a pensar.

Quería ir a ver qué hacía Brooke —estaba desesperado por saberlo—, pero no fui. Me mordí la lengua y me reté a mí mismo a hacerme sangre, pero lo dejé y me levanté para darle un puñetazo a la pared.

No podía dejar que el monstruo tomase las riendas. Tenía un trabajo que hacer y un demonio que matar, así que no podía permitirme perder el control antes de hacer lo que debía... No, eso no era así. No podía permitirme perder el control y punto. Tenía que centrarme. Tenía que atrapar a Crowley.

Si no lo encontraba, al menos podía dejarle una nota. Ese día había estado tan distraído que no había preparado ninguna, pero tenía que comunicarle que, a pesar de que no podía verlo, sabía qué estaba haciendo. Me devané los sesos pensando qué podía utilizar sin incriminarme. El papel de la funeraria no era una opción, por supuesto, y tampoco me atrevía a subir a casa a buscar papel por si mi madre estaba aún despierta. Corrí hasta el jardín de Crowley, prácticamente invisible en mitad de la oscuridad, y busqué cualquier cosa. Al final encontré en el porche una bolsa de sal para la nieve; la guardaba allí para evitar que se le helaran las escaleras y el pavimento. Eso me dio una idea y al final pude concebir un plan.

A la una de la mañana, cuando Crowley llegó, el coche giró y se detuvo en seco, a medias entre la entrada y la calle. A la luz de los faros se veía una palabra escrita con cristales de sal; cada una de las letras tenía un metro de largo y relucía bajo los haces de luz:

DEMONIO

Un momento después, el señor Crowley puso el coche en marcha y borró las letras al pasar; después salió y barrió los restos con el pie. Yo lo miraba desde la oscuridad de mi cuarto, pinchándome con un alfiler, haciendo muecas de dolor.

13

— ¡Feliz Navidad!

Margaret entró como un torbellino, cargada de regalos, y mi madre le dio un beso en la mejilla.

—Igualmente, feliz Navidad —dijo mi madre y le cogió algunos de los regalos para colocarlos junto al árbol—. ¿Hay algo más en el coche?

—Sólo queda la ensalada, pero ya la sube Lauren.

Mi madre se quedó boquiabierta y Margaret sonrió con picardía.

—¿De verdad ha venido? —preguntó en voz baja, asomando la cabeza por la puerta para mirar por las escaleras. Mi tía asintió—. ¿Cómo lo has conseguido? Yo la he invitado cuatro veces y nunca me ha dicho que sí.

—Anoche tuvimos una buena charla —dijo Margaret—. Y además creo que su novio la ha dejado.

Mi madre miró a su alrededor frenéticamente.

—No estamos listos para un comensal más... John, corre al piso de abajo y trae otra silla; mientras, colocaré otro cubierto. Margaret, eres una maravilla.

—Ya lo sé —dijo ella quitándose el abrigo—. No sé qué haríais sin mí.

Yo estaba sentado junto a la ventana, mirando con mucha atención la casa del señor Crowley, al otro lado de la calle. Antes de que me levantara, cogiera la llave y saliera por la puerta, mi madre me pidió la silla un par de veces más. Sólo hacía unos días que me había vuelto a dejar tocar la llave, y fue únicamente porque trajo demasiada comida para las Navidades y tuvimos que almacenarla en el congelador de la funeraria. Me crucé con Lauren en las escaleras.

—Hola, John.

—Hola, Lauren.

Mi hermana miró la puerta un instante.

—¿Está de buen humor?

—Cuando Margaret le ha dicho que venías, casi saca serpentinas por las orejas. Creo que ahora está sacrificando una cabra en tu honor.

Lauren entornó los ojos.

—Ya veremos cuánto le dura. —Volvió a mirar escaleras arriba—. No te alejes mucho de mí, ¿vale? Igual necesito refuerzos.

—Sí, yo también. —Bajé un peldaño más, pero me detuve y la miré—. Te ha llegado algo de papá.

—¿En serio?

—Ayer llegaron dos paquetes: uno para cada uno.

Yo había agitado el mío, le había dado golpecitos y había intentado ver al trasluz qué había dentro, pero no tenía ni idea de qué era. Todo lo que yo quería era una tarjeta: serían las primeras noticias que recibía de él desde la Navidad anterior.

Cogí una silla de la capilla de la funeraria y la subí. Mi madre revoloteaba de una habitación a otra, hablando sola pero en voz alta, recogiendo los abrigos, poniendo la mesa y echándole un vistazo a la comida. Era su clásica forma de prestar atención de forma indirecta: no hablaba con Lauren ni la trataba de forma especial, pero se mostraba muy ocupada para que ella supiese que le importaba que hubiese venido. Supongo que era un gesto bonito, pero también era el embrión de «hago todo esto por ti y ni siquiera te importa» a grito pelado. Tres horas para que Lauren se largara de allí con un portazo, ésa era mi apuesta. Al menos nos daba tiempo de comer antes.

La comida de Navidad consistía en jamón asado y patatas, aunque mamá había aprendido la lección de Acción de Gracias y no había intentado cocinarlo ella misma: compramos un jamón precocinado, lo guardamos en el congelador de la sala de embalsamar durante unos días y lo calentamos la mañana de Navidad. Comimos en silencio durante casi diez minutos.

—Aquí falta un poco de alegría navideña —dijo Margaret repentinamente antes de dejar el tenedor sobre la mesa—. ¿Algún villancico?

Todos nos quedamos mirándola.

—Ya me parecía que no. Pues entonces chistes. Que cada uno cuente uno y el mejor gana un premio. Empiezo yo. John, ¿has estudiado matemáticas?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —dijo Margaret—. Pues esto son dos funciones que están en una fiesta muy animada, con bebidas, y canapés y música...

—Éste se lo sabe todo el mundo —apuntó Lauren.

—Yo no —dijo mi madre. Yo tampoco lo había oído nunca.

—Sigo. ¡Y no me lo estropees! Bueno, pues están bailando y resulta que en una esquina hay una función que está muy sola.

—¿Una función? —preguntó mi madre.

—Sí —dijo Margaret—. El seno y el coseno y todo eso.

—Ella nació dos minutos antes que yo —me dijo mi madre fingiendo una burla—. No me deja pasar ni una.

—No me interrumpáis: ahora llega la mejor parte. Entonces una de las funciones se acerca a la que estaba sola en la esquina, que es una función exponencial, y le dice muy amablemente: «Oye, estamos ahí todos, bailando. ¿Por qué no te integras?».

Hizo una pausa cargada de dramatismo y todos la miramos, esperando. Lauren se rio.

—¿Vas a acabar de contarlo o no? —pregunté.

Lauren y Margaret dijeron al unísono:

—«¡Es que me da lo mismo!».

Sonreí. Mi madre se rio y sacudió la cabeza.

—¿Así acaba? No le pillo la gracia.

—Integrales, mamá —dijo Lauren—. Cosas de mates.

—Logaritmos —dije y miré a Margaret como queriendo decir algo—. Ya te dije que he estudiado matemáticas.

Mi madre estuvo pensando un poco y se rio.

—Es el chiste más tonto que he oído nunca.

—Entonces será mejor que pienses otro —dijo Margaret—. Ahora le toca a Lauren.

—Yo te he ayudado con el tuyo —replicó pinchando un poco de ensalada—, eso cuenta.

—Entonces te toca a ti —le dijo a mi madre—. Estoy segura de que tienes algo gracioso en la cabeza.

—Buf, vaya... —respondió ella, y apoyó la barbilla en el puño cerrado—. Un chiste, un chiste... Vale, ya tengo uno.

—Venga, cuéntalo —dijo Margaret.

—Van dos en una moto y se cae el de en medio.

Mi madre y mi tía se echaron a reír, mientras Lauren refunfuñaba.

—Corto —dijo Margaret—, pero lo aceptamos. Bueno, pues nada. Te toca, John. ¿Qué chiste nos vas a contar?

—No me sé ninguno.

—Seguro que sabes alguno. ¿Dónde está aquel libro de chistes que teníamos hace mil años?

—De verdad, no me sé ninguno —repetí. Me acordé de cuando Brooke se rio al hablarle sobre la insignia al mérito incendiario, pero no podía convertir eso en un chiste. ¿Sabía alguno?—. Espera, eh, Max me contó uno el otro día, pero no os va a gustar.

—Da igual —dijo Margaret—, cuéntalo.

—No, de verdad, lo vais a odiar.

—¡Venga! —me animó Lauren.

—Mientras no sea verde... —dijo mi madre.

—No, verde no es.

—Qué intriga —dijo Margaret y se apoyó en la mesa.

—¿Qué haces para darle más libertad a tu mujer?

Nadie respondió. Respiré hondo.

—Le amplías la cocina.

—Tenía razón —dijo mi madre, ceñuda—, no me gusta nada. Y las buenas noticias son que acabas de ofrecerte voluntario para recoger la mesa. Vamos al salón, señoras.

—Creo que he ganado yo —afirmó Margaret poniéndose en pie—. Mi chiste era el más gracioso.

—Pues yo creo que he vencido yo —dijo Lauren— porque me he librado de contar uno.

Se fueron al salón y yo recogí los platos. Normalmente odiaba hacerlo, pero aquel día no me importó: todo el mundo estaba contento y no había peleas. Igual esto duraba más de tres horas, después de todo.

Cuando terminé de apilar los platos en el fregadero, fui al salón con ellas y nos dimos los regalos. Yo les había comprado crema de manos a todas. Mi madre me regaló una lámpara para leer.

—Pasas tanto tiempo leyendo —dijo—, y a veces hasta tan tarde, que pensé que te iría bien.

—Gracias, mamá —dije. Gracias por creerte mis mentiras.

Margaret me regaló una mochila nueva: una de ésas grandes para ir a la montaña, con una botella de agua y un tubito incorporado para beber. Siempre me había burlado de los críos que las llevaban.

—La que tienes está hecha polvo —comentó Margaret—. Me sorprende que las asas no se hayan descosido todavía.

—Hay un par de hilos que todavía pueden aguantar —bromeé.

—Con ésta podrás llevar todos los libros sin que se rompa.

—Gracias, Margaret.

La aparté a un lado con la firme intención de intentar quitarle esa bobada de tubo para el agua.

—No lo he leído, así que igual no mola nada —dijo Lauren y me dio un regalo con forma de libro—. Pero sé que han hecho una película y por lo menos el título me parecía apropiado.

Abrí el paquete y encontré un cómic grueso; una novela gráfica o como quiera que se llamen los tebeos gordos. Se titulaba *Hellboy*. Lo levanté y señalé el título, y Lauren sonrió.

—Dos regalos en uno: un cómic y un apodo.

—Sí —dije, sin mostrar ningún tipo de emoción.

—La primera persona que lo llame Hellboy tendrá que abrir los regalos en la calle —apuntó mi madre sacudiendo la cabeza.

—Gracias igualmente —dije a Lauren y ella sonrió.

—Ahora los de vuestro padre —dijo mi madre, y Lauren y yo cogimos cada uno nuestra caja.

Eran cajas normales para envíos, de color marrón, y las habíamos dejado tal cual por si los regalos de dentro no estaban envueltos. No te podías fiar de mi padre. El mío era pequeño, más o menos del tamaño de un libro de texto, pero mucho más ligero. Usé la llave de casa para cortar la cinta adhesiva; dentro había una tarjeta y un iPod. Rompí el sobre de la tarjeta, lenta pero deliberadamente, procurando no parecer demasiado excitado. Había un dibujo muy tonto de un gato y uno de esos horribles poemas sobre lo buen hijo que soy. Mi padre había escrito una nota que leí en silencio:

¡Hola, campeón! ¡Feliz Navidad! Espero que hayas tenido un año genial. Disfruta del último curso en el cole porque el año que viene irás al instituto y eso ya es otra cosa. ¡No te quitarás las chicas de encima! El iPod te va a encantar: lo he llenado con mi música favorita, las canciones que solíamos cantar juntos. ¡Será como tener a tu padre en el bolsillo! ¡Nos vemos!

SAM CLEAVER

Ya había empezado el instituto, así que llevaba un año de retraso; pero lo de la música me tenía demasiado intrigado como para preocuparme por ese error. Ni siquiera sabía

dónde vivía mi padre —el paquete no llevaba la dirección del remitente—, pero recordaba ir en coche con él, cantando canciones de sus grupos favoritos: The Eagles, Journey, Fleetwood Mac y otros. Por algún motivo, me sorprendió que él también se acordase de ello. Ahora ya podía sacar el iPod, escoger una canción y estar más cerca de mi padre que en los últimos cinco años.

La caja del iPod todavía llevaba el precinto de plástico. Lo arranqué, ligeramente confuso, y rompí la caja: el iPod estaba sin estrenar y la biblioteca totalmente vacía. Se le había olvidado.

—No me fastidies, Sam —dijo mi madre.

Me di media vuelta y vi que había leído la tarjeta: había visto el error sobre el año y la promesa incumplida; bajó la cabeza, cansada, y se frotó las sienes.

—Lo siento, John.

—Eso parece guay —dijo Lauren mientras echaba un vistazo—. El mío es un reproductor DVD portátil y un DVD de *La bruja novata*. Se ve que solíamos verlo juntos y él creía que era especial. Yo no me acuerdo.

—Este hombre me pone enferma —comentó mi madre. Se levantó y se fue a la cocina—. No puede ni comprar vuestro amor sin fastidiarlo.

—Pues yo creo que un iPod está muy bien —dijo Margaret—. ¿Qué le pasa? —Leyó la tarjeta y suspiró—. Seguro que se le olvidó, John.

—¡Ése es el problema! —gritó mi madre desde la cocina.

Estaba haciendo ruido con los platos, desquitándose con ellos, pasándolos del fregadero al lavavajillas con gran estrépito.

—Bueno —dijo Margaret—, es mejor que te lo regalen vacío, así le puedes poner lo que quieras. ¿Me dejas verlo?

—Adelante —dije poniéndome en pie—. Yo me voy.

—Espera, John —dijo mi madre mientras salía a toda prisa de la cocina—; vamos a comer el postre, ¿vale? He comprado dos tartas diferentes, nata montada y...

No le hice ningún caso; cogí el abrigo del armario del recibidor y fui hacia la puerta. Me volvió a llamar, pero cerré de un portazo, bajé las escaleras pisando fuerte y di otro portazo abajo. Me subí a la bicicleta y me marché sin mirar si me habían seguido afuera, sin girarme para ver si me observaban por la ventana. No miré la casa del señor Crowley ni la de Brooke, me limité a pedalear y ver las líneas de la acera pasar a toda velocidad, rezándole a Dios en cada cruce que pasaba para que se me llevara un camión por delante y me esparciera por el pavimento.

Veinte minutos después estaba en el centro y me di cuenta de que había ido

prácticamente directo a la consulta del doctor Neblin. Naturalmente, estaba cerrada; la llave, echada; la sala, vacía y oscura. Dejé de pedalear y me quedé allí sentado unos diez minutos, viendo cómo el viento levantaba espirales de nieve, las hacía bailar en el aire y finalmente las estrellaba contra una pared de ladrillo. No tenía nada que hacer, ningún lugar adonde ir ni nadie con quien hablar. No tenía ni un solo motivo para existir.

Todo lo que tenía era al señor Crowley.

Al final de la calle había una cabina; la misma que había usado para llamar al número de emergencias un mes antes. Sin saber por qué, apoyé la bici en ella, metí una moneda y marqué el número de móvil del señor Crowley. Mientras llamaba, estiré de la punta de mi camiseta y la enrollé alrededor del auricular para disimular mi voz; tenía la esperanza de que eso funcionase. Después de tres tonos, contestó.

—¿Sí?

—Hola. —No sabía qué más decir.

—¿Quién es?

Hice una pausa.

—Soy el que te envía las notas.

Colgó.

Dije una palabrota, saqué otra moneda y marqué otra vez.

—¿Sí?

—No cuelgues.

Clic.

Sólo me quedaban dos monedas. Llamé otra vez.

—Déjame tranquilo —dijo—. Si es verdad que me conoces tanto, ya sabes qué te haré si te encuentro.

Clic.

Tenía que pensar en algo para que no me colgase; necesitaba hablar con alguien, con cualquiera, demonio o persona. Metí la última moneda y volví a marcar.

—¡He dicho que...!

—¿Duele? —interrumpí. Escuché su respiración: estaba acalorado y rabioso pero no colgó—. Te arrancaste un brazo y te abriste la tripa. Sólo quiero saber si duele.

Esperó sin decir nada.

—Lo que haces no tiene sentido. Escondes unos cadáveres pero otros no. Sonríes a un tipo y un momento después le estás arrancando el corazón. Ni siquiera sé qué...

—Duele un horror. —Se quedó un momento en silencio—. Duele todas las veces.

Me había contestado. Había algo en su voz, una emoción que no sabía identificar. No llegaba a ser felicidad ni tampoco fatiga. Era algo a medio camino entre ambas.

¿Alivio?

Meses de curiosidad se vertieron como un torrente.

—¿Tienes que esperar hasta que algo deja de funcionar para sustituirlo? ¿Es necesario que robes los órganos a otras personas? ¿Qué hay de aquel tipo de Arizona, Emmett Openshaw? ¿Qué le robaste a él?

Silencio.

—A él le robé la vida.

—Lo mataste.

—No sólo eso. Le robé la vida. Creo que hubiera sido larga; tanto como ésta, por lo menos. Se habría casado y habría tenido hijos.

Eso sonaba raro.

—¿Cuántos años tenía?

—Treinta, creo. Yo le digo a la gente que tengo setenta y dos.

Había asumido que Openshaw era mayor, como las víctimas recientes.

—Escondiste su cuerpo tan bien que nadie lo encontró nunca. ¿Por qué no ocultaste el de Jeb Jolley? ¿O los dos siguientes?

Silencio. Se cerró una puerta.

—No lo sabes todavía, ¿verdad?

—Actúas como un asesino novato —dije, intentando recomponer el puzle—. Mejoras con cada uno de ellos y has empezado a esconder los cuerpos, cosa que tendría sentido si no hubieras matado antes, pero sí lo hiciste. ¿Es una farsa? Pero ¿para qué fingir la falta de experiencia si en realidad podrías mantenerlo todo en secreto?

—Un momento —dijo y tosió.

Tapó el auricular, pero todavía podía oír la tos. Parecía que estuviera fingiéndola; por detrás se oyó algo, como un rumor. Destapó el auricular pero se le oía peor que antes. Había ruido estático, interferencias en la línea.

¿Qué hacía?

—Actuaba como si no supiera lo que hacía porque no tenía experiencia —respondió—. Me he cobrado más vidas de las que te puedas imaginar pero Jeb fue el primero que... el primero que no me quedé.

—¿Que no te quedaste? Pero...

¿Se quedaba con las almas? ¿Absorbía la vida además de los órganos y extremidades?

¿O se llevaba vidas en lugar de las partes del cuerpo?

—Te quedaste con todo el cuerpo de Emmett —entendí—, con su forma. Y con alguien antes que él y con otro antes. Tiene sentido. Antes no tenías que esconder los cuerpos porque te quedabas con todo y dejabas atrás tu viejo cuerpo. Por eso había tanto moco en casa de Emmett: allí te deshiciste de un cuerpo entero, no sólo de una parte y...

Tictic, tictic, tictic.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Qué es el qué?

—Ese ruido. Parecía...

Colgué de golpe y cogí la bicicleta. Miré por toda la calle, frenético.

Era un intermitente. Crowley estaba en el coche, buscándome.

En la calle Main no había nadie. Monté en la bici de un salto y doblé la esquina como una flecha; giré tan rápido que resbalé en el hielo. Tampoco estaba en esa calle. Me enderecé y pedaleé todo lo rápido que pude hasta la siguiente esquina; torcí a toda prisa en la dirección contraria, alejándome de su casa y de la ruta que seguramente estaba siguiendo.

Por eso había hablado tanto rato. El señor Crowley hablaba desde un móvil y podía ver el número; seguramente se había dado cuenta de que yo llamaba desde una cabina, así que me había dado conversación mientras salía de casa, ponía el coche en marcha e iba en mi busca. En Clayton no había más que dos o tres cabinas y seguramente iba a recorrerlas todas: la del Flying J, la de la gasolinera junto al aserradero y la de la gasolinera de la calle Main, donde yo estaba. Estaba cerrada porque era Navidad, menos mal: ningún cajero podría describirme cuando el viejo y amable señor Crowley apareciera haciendo preguntas. Pero la Navidad también me causaba problemas: todos los edificios del centro estaban desocupados, todas las puertas cerradas y todas las tiendas vacías. No tenía donde esconderme.

En un pueblo como Clayton, ¿qué podía estar abierto el día de Navidad? El hospital; pero no podía ir allí: seguramente también había una cabina y Crowley podía ir a echar un vistazo. Oí un coche y salí de la acera para meterme en un césped cubierto de nieve y abrirme paso por el lateral de un edificio de viviendas. Había un espacio entre dos bloques y, a mitad de camino, un contador de gas; me escurrí hasta el otro lado y me agaché mientras miraba la calle a través de un largo cañón de ladrillo. El coche que había oído no pasó por allí; no sabía de quién era ni adónde iba, sólo que me tenía que esconder.

Me quedé allí el resto de la tarde, hasta que oscureció, temblando sobre la nieve. Sentí

la reacción de mi cuerpo, que se desactivaba por el frío, pero no me atrevía a moverme. Me imaginé al señor Crowley con fuego en la mirada, recorriendo el pueblo de un lado a otro, tejiendo una red cada vez más estrecha para atraparme en ella. Cuando ya hacía casi una hora que se había hecho de noche, saqué la bici de allí a rastras con las extremidades entumecidas y la manos y pies ardiendo por el frío. Fui a casa, vi que el coche de Crowley estaba perfectamente aparcado a la entrada de su casa y subí las escaleras.

La casa estaba vacía, en silencio; todo el mundo había salido.

14

La conversación telefónica con el señor Crowley se repitió una y otra vez en mi cabeza durante los tres días siguientes y logró excluir todo lo demás. Mi madre llegó a casa la noche de Navidad llorando y gritándome que habían pasado el día buscándome y que dónde había estado y que estaba tan contenta de que me encontrase bien y mil cosas más que no escuché porque ya tenía suficiente con pensar en el señor Crowley. Al día siguiente vino Margaret y los tres fuimos a un asador, pero yo estaba tan pensativo que no les hice caso ni a ellas ni a la comida. Estoy seguro de que creían que estaba hecho polvo por lo del regalo de mi padre, pero eso ya casi se me había olvidado y solamente podía pensar en las insinuaciones y confesiones de Crowley; en la cabeza no me cabía nada más. El miércoles, mi madre ya había dejado de intentar animarme aunque de vez en cuando la pillaba mirándome desde el otro lado de la habitación. Era de agradecer poder estar tranquilo por fin.

El señor Crowley prácticamente había admitido que solía robar cuerpos enteros, pero que ahora solamente se llevaba trozos. En parte tenía sentido; explicaba por qué el ADN de la sustancia viscosa seguía perteneciendo a la misma persona: porque el cuerpo era el de Emmett Openshaw. También explicaba por qué se le daba tan bien matar pero tan mal esconder las pruebas. Es probable que matara a Jeb Jolley presa de la desesperación —debía de estar muriéndose a falta de un riñón sano— y simplemente no planeó qué hacer con el cadáver porque nunca antes había tenido que ocuparse de eso. A medida que avanzaba el año y mataba a más gente, empezó a hacerlo mejor e incluso empezó a buscar víctimas anónimas, como el vagabundo solitario que llevó al lago Friqui. Un mes después nadie sabía que aquel hombre había desaparecido ni que el asesino de Clayton se había cobrado otra víctima justo antes de Acción de Gracias. Y tampoco sabían nada del que había matado antes de Navidad —el que me perdí—, así que supuse que se trataba de otro vagabundo. Quizá hubiera más de los que yo creía.

También me dio una buena indicación de por qué no se llevaba más de un órgano o una extremidad de cada víctima. Si llevarse todo el cuerpo le proporcionaba también su aspecto, seguramente temía que si se llevaba demasiadas partes de un cadáver esto iba a tener un efecto sobre la apariencia que estaba intentando mantener. Su físico podía soportar un brazo aquí y un riñón allá, pero si incorporaba demasiado de una víctima, podría perder la identidad de Bill Crowley que tanto estaba luchando por no perder.

Sí, estaba aprendiendo a asesinar más y mejor con este nuevo método en lugar de utilizar el antiguo, pero la cuestión seguía siendo la misma: ¿por qué había cambiado? ¿Y por qué hubo un espacio de cuarenta años en el que no asesinó a nadie? Intenté ponerme en su lugar: un demonio que ronda por el mundo, que mata a una persona y empieza una nueva vida. Si pudiera hacer lo que se me antojara, ¿por qué iba a quedarme en el condado de Clayton? Si pudiera ser tan joven y fuerte como quisiera, ¿por qué motivo iba a envejecer, tanto que empezara a fallarme el cuerpo? Si yo pudiera matar a una persona y desaparecer sin dejar rastro, ¿por qué me quedaría en el mismo lugar a matar a una decena de personas y dejar pruebas que la policía podría utilizar para encontrarme?

Intenté hacer otro perfil psicológico partiendo de la misma pregunta clave: ¿qué cosas hacía el asesino que no necesitaba? Se había quedado en un sitio; mantenía una misma identidad; había envejecido, y mataba, una y otra vez. Todo eso tenía algún significado. ¿Disfrutaba con ello? Desde luego, no lo parecía. Sin embargo, si yo había conseguido averiguar cómo funcionaba, entonces matar a toda esa gente era algo que no necesitaba hacer. Tenía otra opción. ¿Por qué lo hacía?

Si no necesitaba hacer algo, eso quería decir que lo deseaba. ¿Por qué quería envejecer? ¿Por qué se quedaba en un pueblo perdido de la mano de Dios en mitad del hielo y de la nada? ¿Qué tenía Clayton que aquel demonio no hubiera encontrado en ningún otro lugar? Yo solo no era capaz de llegar a una conclusión; necesitaba al doctor Neblin. Tenía una cita con él el jueves y eso me daba un día de tiempo para planear mi estrategia: cómo conseguir las respuestas que necesitaba sin ser descubierto.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, mi madre me recordó que tenía la cita en la consulta; cuando por la tarde salí de casa sin que nadie me lo dijera y fui en bici hasta el centro, pareció realmente sorprendida. Supongo que desde su punto de vista era lo primero que hacía de forma activa desde que había salido corriendo el día de Navidad, pero para mí era simplemente la oportunidad de hablar con alguien en quien confiaba.

—¿Qué tal la Navidad? —preguntó Neblin ladeando la cabeza.

Lo hacía cuando intentaba ocultar algo: seguramente ya sabía por mi madre cómo había ido el día. El doctor Neblin mentía muy mal; algún día tenía que jugar al póquer con él.

—Quiero exponerle una situación —dije—. Quiero que me dé su opinión.

—¿Qué tipo de situación?

—Un perfil psicológico, pero falso. He hecho algunos por diversión durante las vacaciones y me he quedado estancado con uno de ellos.

—De acuerdo —dijo—. Dispara.

—Digamos que es usted capaz de cambiar de forma. Puede modificar la cara, ir a donde quiera y ser quien desee ser. Puede tener cualquier edad, tamaño y nacionalidad, y

hacer todo lo que quiera. Ahora imagine que se encuentra en una mala situación y se ve forzado a hacer cosas que no le gustan. Si tuviera ese tipo de libertad, ¿por qué elegiría quedarse en un lugar?

—Así que es cuestión de riesgo y recompensa —dijo—. Sigo siendo yo y vivo con dificultades o escapo a riesgo de perderme a mí mismo.

—Usted no es usted —le aclaré y me estremecí por lo expuesto que me sentía. Estaba allanando el camino para un montón de preguntas incómodas, sobre todo si él creía que aquello era una manera tangencial de hablar de mí mismo—. Se perdió a sí mismo hace mucho y lleva cantidad de tiempo siendo otras personas.

—Entonces también es una cuestión de identidad. Si soy otra persona, ¿es eso tan bueno como ser yo mismo? Si no puedo seguir siendo yo, ¿qué es mejor, no ser nadie o escoger una nueva personalidad en la que convertirme?

—Eso es —asentí—. Puede seguir siendo una persona en un lugar concreto, haciendo una cosa para siempre aunque lo odie o puede ser libre: sin responsabilidades ni problemas ni lastres.

Me miró fijamente un momento.

—¿Hay algo que me quieras contar?

—Quiero que me diga qué haría que usted se quedara en un lugar en esa situación —dije—. Ya sé que cree que estoy hablando de mí, pero no es así; no sé cómo explicárselo. Ahora en serio: a un lado no tiene nada y al otro, todo. ¿Por qué se quedaría donde está?

Lo pensó un par de minutos; daba golpecitos con el bolígrafo en la libreta y fruncía el ceño. Por eso acudía al doctor Neblin: él me tomaba en serio sin tener en cuenta lo que dijera o si parecía estar loco o no.

—Una pregunta más —lanzó—: ¿soy un sociópata?

—¿Qué?

—Éste es tu rompecabezas, y, como hemos hablado en varias ocasiones, tú tienes una fuerte tendencia hacia la sociopatía. Quiero saber si debería contestar desde un punto de vista emocionalmente normal o desde la carencia del mismo.

—¿Qué diferencia hay?

El doctor Neblin sonrió.

—Ahí tienes la respuesta. Has dicho que la segunda opción, marcharse y empezar una serie de nuevas vidas, significaba libertad, eliminar «lastres». Allí donde un sociópata ve lastres, una personalidad normal siente conexiones emocionales: amigos, familia y seres queridos, y no todos podemos abandonar todo eso con facilidad. Son las cosas que nos definen y que nos hacen quienes somos. A veces las personalidades que nos rodean son lo

que nos convierten en seres completos.

Conexiones emocionales. Seres queridos.

—Kay.

—¿Qué?

—Digo... que *okay*.

Kay Crowley. El señor Crowley estaba realmente enamorado de ella. No fingía ni la utilizaba como tapadera, sino que estaba real y absolutamente enamorado de ella. Había intentado ponerme en el lugar de Crowley y no había funcionado; no porque su mente fuese muy diferente, sino porque la mía sí lo era. El demonio amaba a su mujer.

—Tengo que irme —dije.

—Pero si acabas de llegar...

Probablemente Crowley había hecho esto cientos de veces, puede que miles: saltar de un cuerpo a otro, de una vida a otra. Se mudaba a un nuevo pueblo y empezaba de nuevo, y cuando sus poderes demoníacos no podían mantener el cuerpo con vida, se deshacía de él y se marchaba a otra parte. Lo había hecho en Arizona con Emmett Openshaw y huyó hasta el condado de Clayton para esconderse y empezar de nuevo, sólo que aquí conoció a Kay y todo cambió. Dejar atrás aquel cuerpo significaba abandonarla a ella y eso no lo podía hacer, de modo que estaba remendándolo poco a poco, arreglando lo que se iba estropeando en lugar de empezando de cero.

—¿John?

—¿Eh?

—¿Quieres hablar de algo en concreto? —preguntó el doctor Neblin.

—No, no... Tengo que irme. Tengo que pensar.

—John, llámame —dijo Neblin. Se levantó y sacó una tarjeta de visita—. Llámame si quieres hablar; de cualquier cosa.

Escribió otro número en el reverso de la tarjeta —supuse que era el de su casa— y me la dio. De pronto me di cuenta de que estaba preocupado: tenía el rostro surcado de líneas de inquietud, como si fueran heridas, y me miraba con nerviosismo.

—Gracias —musité y salí del despacho.

Cogí el abrigo de la sala de espera y bajé las escaleras. Me subí a la bici y pedaleé hasta casa; no iba sin rumbo fijo pero tampoco desesperado ni nervioso. Por primera vez en varias semanas estaba tranquilo. Había encontrado su punto débil.

El amor.



Pasé la tarde encerrado en la habitación, repasando mis notas y vigilando al señor Crowley por la ventana. El amor era la grieta de su armadura, eso ya lo sabía, pero todavía no había ideado un plan para aprovecharme de ella. Concebí y descarté una decena de ideas, desesperado por encontrar una que lograra detenerlo antes de que volviera a matar. Sin embargo, estaba poniéndose muy enfermo. Iba a atacar muy pronto y yo aún no estaba preparado.

Tal como yo esperaba, un poco después de la medianoche, el señor Crowley salió tambaleándose de casa. Tenía peor aspecto que nunca: estaba esperando todo lo que podía antes de salir para curarse. Me pregunté si le haría falta sustituir más de una cosa o si eso era posible: si cogía demasiado de una sola persona, ¿se convertía en ella aunque no quisiera? Eso explicaría por qué reemplazaba los órganos de uno en uno.

Abrí la puerta de mi cuarto sin hacer ruido. Mi madre estaba despierta, viendo el programa de Letterman. Cerré la puerta, eché la llave y fui hacia la ventana. El suelo estaba bastante lejos, pero Crowley se me estaba escapando. Me envolví en el abrigo y antes de saltar me puse mi última adquisición: un pasamontañas negro.

El señor Crowley se había alejado demasiado como para seguir las luces del coche, así que fui todo lo rápido que pude hacia el Flying J con la esperanza de que hubiese ido allí a buscar a alguien que estuviera de paso. Era difícil llegar hasta allí en bicicleta, así que fui hasta la base de la colina que había detrás y subí a pie, evitando la autopista y las farolas. Crowley estaba saliendo del aparcamiento, solo. Todavía no había encontrado a nadie. Me lancé colina abajo por la nieve y recorrí unas cuantas manzanas en bici, hasta la salida de la autopista, donde lo vi entrar otra vez en el pueblo y dirigirse hacia el aserradero. Quizá intentase atacar a un vigilante nocturno o algo así; un desconocido inocente que estuviera en el lugar inapropiado en el momento equivocado. El coche daba peligrosos bandazos y me di cuenta de que seguramente no iba a poder esperar a encontrar una víctima que nadie fuese a echar de menos: iba a matar al primero que se encontrase. A la una de la madrugada eso iba a ser prácticamente imposible. Le seguí a unas manzanas de distancia, negro como la noche.

Giró alguna calle antes de llegar al aserradero y cuando llegué a la esquina lo vi aparcar detrás de un camión diésel que estaba allí parado. El motor del vehículo se paró, se abrió la puerta y un hombre bajó de la cabina; su aliento flotaba como un fantasma en el aire congelado. El hombre se dirigía a paso ligero hacia el morro del camión, pero Crowley salió del coche y lo llamó. El hombre se detuvo y contestó. No pude oír lo que decían. El hombre señaló la casa que tenía detrás: un dúplex.

Se me heló el corazón. Miré la placa con el nombre de la calle, que estaba justo encima de mí: calle Redwood.

Era el padre de Max.

—¡No! —chillé.

Pero ya era demasiado tarde. El padre de Max levantó la mirada, me miró directamente y Crowley se tambaleó hacia él enseñando las garras, lo derribó de un zarpazo y se abalanzó sobre él como un animal furioso. El padre de Max cayó en mitad de un remolino de sangre y garras, y Crowley se alzó un instante sobre él, antes de desmoronarse junto a su cadáver. Los dos hombres quedaron inertes sobre el granizo helado. La calle estaba en silencio, como una tumba.

Vacilé, pero di un paso adelante. Crowley se había forzado demasiado, quizá había ido más allá de su propia capacidad de regeneración. Todavía no le había arrebatado ningún órgano. Quizá el padre de Max seguía vivo y yo le podía ayudar. Las casas estaban a oscuras, no se veía ningún movimiento; nadie había oído mi grito ni el ataque. Me acerqué a los cuerpos trotando lentamente, a punto de resbalar con una placa de hielo. Ningún movimiento.

A medida que me acercaba vi que el padre de Max estaba perdido: el cadáver estaba despedazado, hecho jirones, ensangrentado. Un montón de entrañas descansaba sobre el asfalto helado, desprendiendo vapor. Sentí que el monstruo de mi interior se revolvía con mayor fuerza que nunca y me instaba a agacharme y tocar aquellos órganos relucientes. Cerré los ojos y luché por mantener el control. Cuando abrí los ojos miré a Crowley, que seguía boca abajo y medio demoníaco, con los brazos largos y cubiertos de músculos inhumanos. Los largos dedos negros culminaban en unas aterradoras zarpas, blancas como la leche. Igual que las entrañas, el cuerpo de Crowley humeaba.

Quise darle una patada, un puñetazo, una paliza, machacarlo en la calle hasta que no quedara nada de él: ni garras demoníacas ni cuerpo humano ni ropa, ni siquiera un recuerdo de él. Sentía verdadera rabia por todo el mal que había causado pero había algo más que eso. Estaba celoso: él mismo se había matado y me había arrebatado la oportunidad de que lo hiciera yo.

El vapor que desprendía hirvió a su alrededor y de pronto el cuerpo sufrió un espasmo. Di un salto atrás, resbalé en el hielo y me caí de espaldas. El demonio levantó la cabeza repentinamente y luchó por coger aire con aquella boca tan llena de colmillos que ni parecía real. Me levanté como pude y retrocedí. El demonio se apoyó débilmente sobre los brazos y se giró hacia mí; sus oscuros párpados se deslizaron grotescamente sobre aquellos grandes ojos cristalinos, como si no me viera bien. Me toqué la cara para asegurarme de que todavía llevaba el pasamontañas puesto. En medio de tanta oscuridad seguramente no podía distinguir quién era. Los colmillos brillaban tenuemente en la oscuridad, pálidos y fosforescentes. Se arrastró hacia mí y recorrió la distancia de una de sus zarpas con extrema dificultad, antes de volver a derrumbarse sobre el hielo. Tosió y giró la cabeza como buscando algo y, cuando su mirada recayó sobre los restos

destrozados del padre de Max, se olvidó de mí y se arrastró penosamente hacia ellos.

Di unos pasos a su alrededor para ver si podía mover el cadáver y alejarlo para que el demonio no lo alcanzara, pero ya estaba demasiado cerca. Había perdido mi oportunidad. El demonio se iba a regenerar y luego iba a venir a por mí. Mi única esperanza era que con aquella oscuridad no me hubiera reconocido. Si me alejaba rápidamente y mantenía la ventaja, quizá no llegaría a saber nunca que era yo quien había estado allí.

Mi casa estaba a veinte minutos en bici de día, pero llegué en diez: atravesé a toda velocidad las calles vacías por el centro de la calzada, crucé las intersecciones como un bólido y sin pensar en el peligro, y sólo presté atención a la nieve para evitarla y no dejar huellas.

Aparqué la bici con cuidado en el lateral de la pared, intentando dejarla exactamente en la posición anterior, por si acaso; la casa debía tener el mismo aspecto que cuando se marchó para que no sospechase de mí. Subí las escaleras con sigilo y escuché a través de la puerta; el televisor estaba apagado y parecía que mi madre se había ido a la cama. Abrí la puerta sin hacer ruido, me adentré con cautela en la oscuridad de la casa y cerré la puerta detrás de mí. Me saqué los guantes y el pasamontañas, contento de estar en un lugar caliente, y me dejé caer sobre el sofá, cansado. Estaba a salvo.

Sin embargo había algo que no cuadraba y no caía en qué era.

Todo parecía estar en silencio, pero no demasiado: el reloj de la cocina hacía el mismo ruido de siempre, la caldera sonaba como de costumbre. Escuché a través de la puerta del dormitorio de mi madre mientras me frotaba las manos en aquel frío y oí una respiración pausada y uniforme. Todo estaba correcto.

Pero ¿por qué tenía frío? Al principio no me había dado cuenta porque allí se estaba mucho mejor que en la calle, pero entonces ya notaba, sobre todo en el pasillo, que hacía mucho más fresco de lo normal. Abrí la puerta para mirar en mi habitación, pero el pomo no giraba. Estaba cerrado.

Había salido por la ventana, no por la puerta, y ésta seguía abierta.

El señor Crowley iba a llegar a casa en cualquier momento queriendo saber quién lo había estado vigilando e iba a ver la ventana abierta y las huellas en la nieve debajo. Empezaría a pensar y a preguntarse si ya estaba abierta cuando se había ido. Iba a venir a comprobarlo y me encontraría solo y a oscuras, sin poder entrar en la habitación, totalmente despierto a la una de la mañana. Mi madre se despertaría y me preguntaría delante de él que cómo había salido de la habitación. Él ya lo sabría y nos mataría a los dos.

Empecé a bajar las escaleras para salir y cerrar la ventana, pero eso iba a ser peor: llegaría, me encontraría fuera intentando entrar por la ventana del segundo piso y sabría que lo había seguido.

La puerta de mi habitación se abría hacia dentro, así que no podía forzar las bisagras. Pensé en abrirla de una patada pero no sabía si iba a ser capaz; de lo que sí estaba seguro era de que mi madre se iba a despertar con el ruido y que nunca me perdonaría que rompiera una puerta. Me asombraba que pudiese dormir con tanto frío. Miré fuera por la ventana del salón: la calle estaba vacía. Aún no había vuelto, tenía tiempo. ¿Qué podía hacer?

Si Crowley veía que me escondía iba a sospechar pero ¿y si no me escondía? La calle seguía vacía; me quité el abrigo y me puse uno viejo —de un color diferente al que me había visto— y salí a la calle sin guantes ni pasamontañas. Llegué al montón de nieve que había debajo de mi ventana y me subí encima justo a tiempo. Los faros del coche del señor Crowley aparecieron al final de la calle, a lo lejos. Los observé mientras se acercaban más y más, vi cómo el coche aparecía ante mis ojos y justo cuando frenaba salí corriendo delante de él, agitando los brazos como un loco a la luz de los faros. Frenó de golpe y bajó la ventanilla.

—John, ¿qué diantres haces aquí fuera?

—¿Puedo dormir en su casa esta noche? —pregunté.

—¿Qué?

—Mi madre y yo nos hemos peleado y he saltado por la ventana. Iba a escaparme, pero... hace mucho frío. ¿Puedo dormir en su casa, por favor?

Miró al otro lado de la calle, a mi ventana y la vio abierta, con las cortinas ondeando levemente con la brisa.

—Por favor.

—No creo que sea buena idea. Mi casa no es... John, no es seguro que estés en la calle, así, a estas horas. Hay... gente merodeando. No es seguro para ti ni para tu madre.

—No me lleve a casa —dije intentando llorar. Imposible—. No quiero que sepa que me he marchado.

Se quedó pensando un momento. Se le veía en mejor forma que antes, más alerta y sereno, y con un paso mucho más firme. Apenas se notaba que había estado enfermo.

—Si prometo no decírselo a tu madre, ¿volverás a casa?

—La puerta de mi cuarto está cerrada desde dentro, no puedo entrar. Y si me ve en el salón se dará cuenta de que me he marchado.

Pensó un poco más y miró a su alrededor, nervioso. Era obvio que creía que su acosador lo vigilaba.

—Tengo una escalera que nos valdrá —dijo finalmente—. Te meteremos en casa por ahí, pero tienes que prometerme que no volverás a escaparte así.

—¿Y no le diré nada a mi madre?

—Te lo prometo —contestó—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Me dejó allí para meter el coche en la entrada y entre los dos sacamos la escalera extensible del cobertizo y la pusimos debajo de mi ventana.

—¿Puede guardarla usted solo? —pregunté.

—Soy un viejo —dijo con una sonrisa—, pero no un inútil.

—Gracias —repliqué y subí.

Entré por la ventana, lo saludé con la mano y él recogió la escalera y se la llevó. La cerré bien, corrí la cortina y lo observé desde la oscuridad. Lo había engañado una vez más.

El señor Crowley guardó la escalera y entró en casa, pero no cerró la puerta. Yo me quedé vigilando, intrigado, y un momento después volvió a salir e hizo una cosa que no me esperaba: escribió algo en un pedazo de papel y lo enganchó en la puerta. Busqué los prismáticos en la oscuridad e intenté enfocar la nota sin mover las cortinas. Estaba demasiado oscuro para leerla. Me quedé junto a la ventana toda la noche, esperando, y cuando llegó la mañana miré y por fin leí con los prismáticos, en la tenue luz de antes del amanecer.

NO HAS CONSEGUIDO IMPEDÍRMELO

Y NUNCA PODRÁS

Era una nota para el que lo acosaba. Hacía ostentación de su poder y prácticamente prometía seguir matando más y más gente. Apenas había pasado una semana desde la última vez, ¿cuántos días tardaría hasta la próxima víctima? Independientemente de cuánto amaba a su mujer o ayudase a su vecino, era un asesino maligno que mataba a sangre fría. Él era un demonio. «Eso» era un demonio.

Y «eso» tenía que morir.

15

A la mañana siguiente, el último asesinato salió en todas las noticias. Roger Bowen, camionero local, marido y padre, había sido encontrado partido por la mitad en la calle, delante de su casa. El asesino no se había molestado siquiera en mover el cadáver, mucho menos en esconderlo.

Mi madre parecía querer abrazarme para tranquilizarme, o tranquilizarse ella, y hacerme saber que todo iba a ir bien. Imagino que eso es lo que se supone que las madres deben hacer y me sentí culpable porque la mía no pudiese. Por la forma en que me miraba tenía claro que quería consolarme y que también sabía que no lo necesitaba. Yo no estaba triste, sino pensativo. No me sentía mal porque el padre de Max estuviera muerto, sino que me culpaba por no haber sido capaz de impedir al asesino que lo matara. Entonces me pregunté si todo aquello lo hacía para salvar a los buenos o si simplemente quería matar al malo. También me pregunté si eso importaba.

Después de un rato mi madre me preguntó si quería llamar a Max y, objetivamente, yo sabía que eso era lo que debía hacer pero no sabía qué decirle, así que no le llamé. Del mismo modo que nadie podía consolarme, yo no era capaz de hacerlo con ninguna otra persona: se trataba del reino de la empatía, y en ese terreno yo era completamente inútil. Supongo que podría haberle dicho: «Eh, Max, sé quién asesinó a tu padre y lo voy a matar». Pero no soy idiota; sociópata o no, soy lo suficientemente listo como para saber que las personas no se hablan así. Era mejor mantener esto en secreto.

En cuanto la policía despejó la escena del crimen el sábado por la noche, se celebró un velatorio para el padre de Max. No era un funeral, porque el equipo forense del FBI estaba a punto de hacer la autopsia, sino una simple reunión de gente a la que todo el mundo acudió a encender velas, y rezar o lo que fuera. Yo prefería quedarme vigilando la casa de Crowley pero mi madre me obligó a ir. Rescató un par de velas de algún cajón y fuimos hasta allí en coche. Me sorprendí por la cantidad de gente que había.

Max estaba sentado en el porche, rodeado de su hermana y su madre, y toda la familia Bowen que había venido de fuera de Clayton para ofrecer consuelo. Pensé que querrían mantenerse lejos de un pueblo amenazado por un asesino en serie pero ¿qué sé yo? Supongo que las conexiones emocionales te obligan a hacer estupideces.

Margaret se unió a nosotros y dejamos flores en la calle, en el lugar donde habían

encontrado el cuerpo; ya había un montón enorme. Alguien había iniciado otra pila para Greg Olson, que también era un hombre con familia y seguía desaparecido, pero el suyo no era ni mucho menos tan grande; mucha gente seguía empeñada en que era culpable de algo. La señora Olson y su hijo estaban allí, solidarizándose con la comunidad, pero iban acompañados de una escolta policial que estaba por allí cerca por si alguien empezaba una bronca.

Tenía frío y estaba nervioso porque quería volver a casa para vigilar a Crowley; pero, más que nada, estaba aburrido. Todo lo que hacíamos allí era estar de pie con una vela en la mano y no le veía ninguna utilidad. No hacíamos nada productivo: ni buscábamos al asesino ni protegíamos a los inocentes ni le íbamos a dar a Max un padre nuevo. Simplemente estábamos allí, sin más, pululando y viendo cómo las diminutas e impotentes llamas derretían las velas, gota a gota.

Al menos en la reunión de vigilancia del vecindario había una hoguera. Podría encender un fuego: nos podríamos calentar, estar a la luz de las llamas y... bueno, tendríamos una gran hoguera. Eso ya contaba como recompensa. Miré a mi alrededor buscando algo que pudiese prender, pero de pronto mi madre me arrastró hasta el otro extremo del grupo de gente.

—Hola, Peg —dijo y abrazó a la señora Watson.

Brooke y su familia acababan de llegar y estaban todos llorando. Brooke tenía la cara mojada por las lágrimas, redondas y con relieve como si fueran ampollas, y hube de hacer un gran esfuerzo por no estirar la mano y tocarlas.

—Hola, April —dijo la señora Watson—. Es terrible, ¿no crees? Es tan... Brooke, cariño, ¿puedes llevar las flores? Gracias.

—John te enseñará dónde están —dijo mi madre rápidamente, volviéndose hacia mí.

Me encogí de hombros.

—Vamos —dije y Brooke y yo atravesamos el gentío—. Menos mal que estoy aquí —dije medio en broma, medio avergonzado—, el gran montón de flores en mitad de la calle es bastante difícil de encontrar.

—¿Lo conocías? —preguntó Brooke.

—¿A Max?

—A su padre.

Se secó las lágrimas con una mano enguantada.

—No mucho —dije.

De hecho lo conocía bastante bien: era fanfarrón y arrogante, y hablaba demasiado de cualquier cosa sobre la que se hubiera formado media opinión. Lo odiaba. Max lo

idolatraba pero le iba a ir mejor sin él.

Llegamos al montón y Brooke dejó las flores.

—¿Por qué hay dos pilas? —preguntó.

—Ésa es por el que está desaparecido, Greg Olson.

Se arrodilló y sacó una flor del ramo que había dejado y dio un paso en dirección al montón más pequeño.

—Brooke... —dije y me quedé callado.

—¿Qué? —Se le oscureció el rostro—. No creerás que es el asesino, ¿verdad?

—No, pero... ¿Crees que esto sirve de algo? Tiramos flores en la calle y mañana mata a otra persona. Así no conseguimos nada.

—Yo creo que sí —dijo Brooke. Se secó la nariz. Tenía los ojos rojos de llorar—. No sé qué pasa cuando morimos ni adónde vamos pero tiene que haber algo, ¿no? El cielo, otro mundo. A lo mejor nos están mirando, no sé... Quizá puedan vernos. —Dejó la flor en la pila de Greg Olson—. Y si nos ven, a lo mejor se ponen contentos al saber que no nos hemos olvidado de ellos.

Se abrazó a sí misma temblando de frío y miró hacia la oscuridad.

—Max se acuerda muchísimo de su padre —dije—, pero eso no significa que vaya a volver. ¿Y qué hay del resto? Ha matado a gente de la que no sabemos nada, estoy seguro. Si ocultó el cadáver de Greg Olson, seguramente habrá escondido el de otros. Si el recuerdo es tan importante, ¿qué pasa con ellos? Nadie los echa de menos.

Los ojos de Brooke volvieron a llenarse de lágrimas.

—Es terrible.

Tenía la cara roja del frío, como si alguien le hubiese dado una buena bofetada en cada mejilla. Mirarla me hacía enloquecer, sentí que la respiración se me aceleraba.

—No quería entristecerte —dije.

Miré mi vela, miré el corazón de la llama. «Recuérdame....»

Brooke cogió otra flor de su ramo y la puso a un lado, la tercera pila de la calle.

—¿Qué haces?

—Es para los otros —dijo.

Pensé en el vagabundo que estaba en el fondo del lago. ¿Le importaba a él que una niña estúpida pusiera una flor en la calle para él? Seguía en el fondo del lago, y el hombre que lo había dejado allí seguía matando y la flor no iba a remediar ninguna de las dos cosas.

Me giré para marcharme, pero alguien que pasaba por allí puso otra flor en la pila de Brooke. Me detuve en seco y miré el par de flores cruzadas sobre el asfalto. Un momento después se les unió una tercera.

Todo el mundo parecía saber lo que estaba pasando. Era como observar una bandada de pájaros dando vueltas en el cielo, virando, cayendo en picado y remontando el vuelo sin que nadie lo ordenase: sabían qué hacer, como si compartieran una misma mente. ¿Qué les pasaba a las otras aves, las que no sabían interpretar las señales y seguían recto cuando la bandada describía un giro amplio y comunal?

Oí una voz que me resultaba familiar y levanté la vista: el señor Crowley acababa de llegar con Kay y estaban hablando con alguien a unos tres metros de distancia. Él lloraba, igual que Brooke, igual que todo el mundo menos yo. Los héroes de las historias se las ingeniaban para luchar contra demonios con ojos rojos como ascuas pero los de mi demonio estaban enrojecidos a causa de las lágrimas. Lo maldije en aquel momento, no porque las lágrimas fueran falsas, sino porque eran reales. Lo maldije por mostrarme con todas sus lágrimas, sus sonrisas y sus emociones sinceras que el verdadero engendro era yo. Él era un demonio que mataba a placer, que dejó al padre de mi único amigo hecho pedazos sobre el asfalto helado y, sin embargo, encajaba en la sociedad mejor que yo. Él no era natural, era horrible; pero aquella comunidad era su lugar y no el mío. Yo estaba tan alejado del resto del mundo que cuando intenté mirar atrás había un demonio entre nosotros.

—¿Estás bien?

—¿Qué? —pregunté.

Era Brooke, que me miraba extrañada.

—Digo que si estás bien. Estabas rechinando los dientes; parecías estar a punto de matar a alguien.

«Por favor, ayúdame», le supliqué en silencio.

—Estoy bien.

«No estoy bien, voy a matar a alguien y no sé si seré capaz de parar».

—Estoy bien, volvamos.

Caminé hasta donde estaba mi madre. Brooke me siguió con las manos bien metidas en los bolsillos; me miraba furtivamente cada pocos pasos.

—¿Nos vamos? —Le pedí a mi madre. Se volvió hacia mí, sorprendida.

—Yo quiero quedarme un rato más —dijo—, todavía no he hablado con la señora Bowen y tú no has visto a Max y...

—¿Podemos irnos, por favor?

Mantuve la mirada fija en el suelo, pero sabía que todos me estaban observando.

—Hemos empezado otro montón de flores —dijo Brooke para romper la incómoda tensión—. Hay una para el señor Bowen y otra para el señor Olson, pero hemos hecho otra para las víctimas que desconocemos, por si acaso.

La miré brevemente y ella respondió con una sonrisa, débil y... algo más. ¿Cómo iba a saber yo qué era? Entonces la odié, y a mí mismo y a todos los demás.

La gente seguía mirándome fijamente y yo no sabía si veían a un humano o a un monstruo. Ya ni siquiera estaba seguro de cuál de los dos era yo.

—No pasa nada —dijo mi madre—, podemos irnos. Me alegro de verte, Peg. Margaret, por favor, saluda a los Bowen de nuestra parte.

Fuimos hasta el coche y yo entré en silencio; me froté las piernas en el frío asiento. Mi madre puso el automóvil en marcha y encendió la calefacción a tope pero pasaron unos minutos antes de que aquello se calentara.

—Eso de empezar otro montón ha sido muy bonito —dijo cuando íbamos hacia casa.

—No quiero hablar —dije.

Sentía que estaba empeorando: pensamientos lúgubres se extendían sobre mí y me atravesaban como los gusanos hacen con un animal muerto, y no era capaz de acabar con ellos. Quería matar al señor Crowley, a nadie más. El monstruo estaba confuso y me agitaba la mente como si fueran los barrotes de una jaula. Me susurraba y rugía, me suplicaba constantemente que saliera de caza, que matase, que lo alimentara. Quería más miedo. Quería poseer. Quería la cabeza de mi madre en una estaca y la de Margaret y la de Kay. Quería a Brooke atada a una pared, chillando para nadie más que para nosotros. Durante las semanas anteriores me había encontrado gritándole de pronto que parase o haciéndome daño para hacerle daño a él, pero era más fuerte que yo. Sentía que estaba perdiendo el control poco a poco.

Recorrimos el resto del camino en silencio y cuando llegamos a casa me preparé un bol de cereales y encendí el televisor. Mi madre lo apagó.

—Creo que tenemos que hablar.

—He dicho que no quiero...

—Ya sé lo que has dicho, pero esto es importante.

Me levanté y fui a la cocina.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Eso es exactamente de lo que tenemos que hablar —dijo mirándome desde el sofá—. Han asesinado al padre de tu mejor amigo, han matado a siete personas en cuatro meses y es obvio que no lo estás llevando muy bien. Apenas me has dicho ni una palabra

desde Navidad.

—Apenas te he dicho ni una palabra desde cuarto curso.

—Pues ya va siendo hora, ¿no? —dijo y se puso en pie—. ¿Es que no tienes nada que decir, sobre Max, o tu padre o cualquier otra cosa? Por Dios, hay un asesino en el pueblo, es tu tema favorito. Hace unos meses no había forma de hacerte callar cuando hablabas de ellos y ahora parece que te has quedado mudo.

Me oculté detrás de la pared de la cocina para que no me viera y comí otra cucharada de cereales.

—No te escondas de mí —dijo y entró en la cocina—. El doctor Neblin me ha contado lo de la última sesión...

—El doctor Neblin debería callarse.

—Intenta ayudarte, y yo también. Pero es que no nos dejas entrar. Ya sé que no sientes nada, pero por lo menos podrías decirme qué piensas.

Lancé el bol contra la pared con todas mis fuerzas y lo rompí. La cocina quedó salpicada de leche y cereales.

—¿Qué narices crees que estoy pensando? —grité—. ¿Qué te parecería vivir con una madre que piensa que eres un robot? ¿O una gárgola? ¿Crees que puedes decir lo que te dé la gana y que me va a resbalar? «¡John es un psicópata! Dale una puñalada en la cara, total ¡no siente nada!». ¿Crees que no siento cosas? Lo siento todo, mamá; cada puñalada, cada grito, cada susurro a mis espaldas, y estoy dispuesto a apuñalaros a todos, ¡si eso es lo que hace falta para que os enteréis!

Di un golpe en la encimera con la mano, encontré otro bol y lo lancé contra la pared. Cogí una cuchara y la tiré contra el frigorífico. Entonces agarré un cuchillo de cocina y lo iba a lanzar también pero de pronto me di cuenta de que mi madre estaba rígida y pálida, y tenía los ojos abiertos como platos.

Estaba asustada. No sólo tenía miedo, sino que tenía miedo de mí. Estaba aterrorizada por mi culpa.

Me estremecí, sentí como un rayo, una ráfaga de viento. Estaba eufórico, completamente deshecho por el poder, por aquella emoción pura y absoluta.

Eso era. Era lo que nunca había sentido: una conexión emocional con otro ser humano. Había intentado ser amable, amar, tener amigos. Había intentado hablar y compartir y observar, y nada había dado frutos hasta aquel momento. Hasta que descubrí el miedo. Sentí su terror en cada fibra de mi cuerpo como un zumbido eléctrico y me sentí vivo por primera vez. Necesitaba más justo en ese momento o las ansias me iban a comer vivo.

Levanté el cuchillo. Ella dio un paso atrás, atemorizada. Volví a sentir su miedo, ahora más fuerte, en perfecta sincronía con mi cuerpo. Era una verdadera sacudida de pura vida;

no sólo miedo, sino control. Blandí el cuchillo y palideció. Di un paso adelante y ella retrocedió: estábamos conectados. Yo guiaba sus movimientos como en una danza. Supe en aquel instante que el amor debía de ser así: dos mentes trabajando al unísono, dos cuerpos en armonía, dos almas en absoluta unión. Ansiaba dar un paso más, dictar su reacción. Quería ir a buscar a Brooke y hacer que aquel miedo ardiente prendiera también en ella. Quería sentir aquella unión resplandeciente y gloriosa.

Pero no me moví.

Ése no era yo.

El monstruo me abrazaba con tal fuerza que no sabía dónde acababa yo y dónde empezaba él, aunque yo seguía allí, en algún lugar.

«¡Más!», chillaba.

El muro había desaparecido; la jaula estaba destruida. Pero los cascotes seguían allí y de alguna manera, en ese momento, encontré el muro de nuevo. Me hallaba entre las ruinas de una vida que había construido meticulosamente durante años: jamás la había disfrutado, pues yo mismo me había alejado de la alegría; pero, aunque no fuese alegre, no dejaba de valorarla, así como las ideas que la respaldaban. Los principios.

«Eres maligno —dijo mi yo—, eres Mr. Monster. Tú no eres nada, eres yo».

Cerré los ojos. El monstruo se había nombrado a sí mismo; había robado el nombre del Hijo de Sam, que se autoproclamó Mr. Monster en una carta a la prensa. Le suplicó a la policía que le dispararan en cuanto lo vieran, porque de otro modo volvería a matar. Era incapaz de evitarlo.

Pero yo sí podía. No soy un *serial killer*.

Dejé el cuchillo.

—Lo siento —dije—. Siento haberte gritado. Siento haberte asustado.

Su miedo se drenó de mi cuerpo, la dicha exquisita de la conexión me abandonó y el vínculo se rompió. Volví a estar solo. Pero seguía siendo yo.

—Lo siento —repetí y doblé la esquina hacia el pasillo, hacia mi habitación. Cerré la puerta con llave.

Me aferré desesperadamente al clavo ardiendo de mi autocontrol, pero el monstruo seguía ahí fuera, más fuerte y enfadado que nunca. Lo había vencido, pero era consciente de que volvería a salir, sin que yo supiera si sería capaz de vencerlo por segunda vez.

Así terminó la carta el Hijo de Sam: «Permitid que mis palabras os persigan: ¡Volveré! ¡Volveré!».

16

La Nochevieja pasó sin ningún incidente: fuegos artificiales en la tele, un poco de champán de mentira del supermercado y nada más. Nos fuimos a la cama. Salió el sol. Era el mismo mundo de siempre, sólo que más viejo. Un paso más cerca del final de los tiempos. Casi ni merecía la pena celebrarlo.

Aquellos días prácticamente lo único que hacía era vigilar al señor Crowley desde mi ventana durante el día y desde la suya durante la noche. Un día, ayudándole con los quehaceres cotidianos, robé una llave del sótano y la guardé en un diminuto agujero del forro de mi abrigo. Conocía sus horarios a la perfección y la disposición de la vivienda con todo lujo de detalles. Poco después salieron juntos a hacer la compra —ella necesitaba víveres y él un grifo nuevo para la cocina— y, mientras estaban fuera, entré a hurtadillas por la puerta del sótano. Allí había un laberinto de cosas almacenadas y unas escaleras que llevaban arriba. Ahí estaba la silla donde veía la televisión, la cama en la que dormía. Dejé una nota debajo de la almohada:

ADIVINA QUIÉN SOY

El viernes 5 de enero el padre de Max llegó por la mañana a la funeraria: limpio y examinado, lo sacaron de la furgoneta en tres bolsas blancas. Crowley lo había rajado y lo había partido por la mitad, y yo sabía que el FBI seguramente lo había destrozado todavía más buscando pruebas. Mi madre iba a necesitar una foto para recomponerlo. Me puse de pie en el borde de la bañera y miré por la ventana mientras Ron, el forense, y otra persona con una gorra del FBI llevaban las bolsas a la sala de embalsamamiento. Mi madre y Margaret salieron, y los cuatro charlaron un poco mientras se realizaba la entrega y firmaban los papeles. Los hombres se metieron enseguida en la furgoneta y se marcharon. En el piso de abajo, el ventilador de embalsamar volvió a la vida con un ruido seco y cerré la ventana.

Mi madre estaba subiendo las escaleras, seguramente para comer algo antes de empezar. Me retiré rápidamente a mi habitación y cerré la puerta con llave; llevaba evitándola de forma casi patológica desde que la había amenazado la otra noche. Para mi sorpresa, las pisadas pasaron la cocina de largo, el baño, el cuarto de la lavadora, incluso su propia habitación. Llegó al final del pasillo y llamó a mi puerta.

—John, ¿me dejas entrar?

No dije nada, sino que seguí mirando por la ventana en dirección a la casa de Crowley. Estaba en el salón: veía la luz encendida y los reflejos azules del televisor en la cortina.

—John, necesito hablar contigo de algo —dijo mi madre—. La pipa de la paz.

No me moví. La escuché suspirar y sentarse en el pasillo.

—Escucha, John. Sé que lo hemos pasado mal, muchas veces, pero seguimos estando juntos, ¿no? Quiero decir que somos los únicos de la familia que han conseguido continuar juntos; hasta Margaret vive sola. Sé que no somos perfectos pero... seguimos siendo una familia y no tenemos a nadie más.

Me removí en la cama y aparté la mirada de la ventana para echar un vistazo a su sombra por debajo de la puerta. La cama chirrió cuando me moví: fue prácticamente imperceptible pero sé que ella lo había oído. Volvió a hablar.

—He hablado mucho con el doctor Neblin sobre lo que sientes y lo que necesitas. Preferiría hablar contigo, pero... bueno, vamos a probar una cosa. Sé que es una locura, pero... —Una pausa—. John, sé que te encanta ayudarnos a embalsamar y sé que no eres el mismo desde que te lo prohibí. El doctor Neblin opina que lo necesitas más de lo que yo pensaba. Dice que a lo mejor te sirve de ayuda. Antes estabas mucho más... tenías más control, así que a lo mejor tiene razón. Además era el único rato que estábamos juntos, así que he pensado... Bueno, acaba de llegar el cuerpo del señor Bowen y vamos a empezar y... si quieres nos puedes ayudar.

Abrí la puerta. Ella se levantó rápidamente y mientras se ponía en pie me di cuenta de que tenía alguna cana más de las que yo recordaba.

—¿Estás segura? —pregunté.

—No, pero estoy dispuesta a intentarlo.

Asentí.

—Gracias.

—Pero antes tienes que saber que hay normas —dijo mientras bajábamos las escaleras—. Número uno: no se lo digas a nadie, a excepción quizá del doctor Neblin. Pero sobre todo no se lo cuentes a Max. Número dos: tendrás que hacer exactamente lo que te digamos, cuando te lo digamos. Número tres. —Llegamos a la sala de embalsamamiento y nos detuvimos justo antes de entrar—: John, el cadáver está especialmente mal, es horripilante; el señor Bowen está partido en dos por el torso y casi todo el abdomen ha desaparecido. Si notas que tienes que salir, por Dios, hazlo. Estoy intentando ayudarte, no dejarte tocado el resto de la vida. Muéstrame que puedo confiar en ti, John. Por favor.

Asentí y durante un instante contempló mi cara fijamente. Su mirada era una mezcla de tristeza y determinación, y me pregunté si veía a través de mis ojos como si fueran ventanas, si veía la oscuridad del interior y el monstruo que se agazapaba allí. Abrió la

puerta y entramos.

El cadáver de Roger Bowen estaba colocado en dos piezas sobre la mesa de embalsamamiento; entre la parte superior y la inferior había un espacio de unos doce o quince centímetros y no se llegaban a tocar. Tenía el pecho marcado por una enorme incisión en forma de Y: del hombro al esternón, del hombro al esternón y hacia abajo desde éste hasta lo que quedaba de cintura. Habían cerrado la incisión con hilo, pero lo habían dejado bastante holgado; parecía una colcha raída. Margaret estaba en el mostrador del lateral, colocando los órganos internos de la bolsa de la autopsia, preparándolos para limpiarlos con el trocar.

Estaba de vuelta en casa. Las herramientas que colgaban de la pared estaban en su sitio, la bomba de embalsamar descansaba obediente sobre el mostrador, el formaldehído y las hileras de productos químicos de colores chillones daban un aspecto festivo a la sala. Sentí cómo volvían los antiguos patrones: limpiar, desinfectar, coser, sellar. El cuerpo tenía el rostro amoratado y la mandíbula rota pero la reconstruimos con masilla y le cambiamos el color con maquillaje.

Mientras trabajábamos pensé en el señor Crowley, en que después de matar al padre de Max se había desplomado en mitad de la calle. Había intentado llegar demasiado lejos, había esperado hasta el último momento antes de matar. Lo cierto es que tenía sentido; si dejaba que pasara el tiempo entre los asesinatos, sería más difícil de rastrear y también permitía que la gente se calmara un poco y volviera a dejar de tomar precauciones. Sin embargo, aquella vez había estado a punto de dejar pasar demasiado tiempo porque a duras penas había conseguido sustituir el órgano dañado y regenerarse. Y lo que era aún peor: había un testigo —yo— al que había tenido prácticamente en sus manos pero que se había visto forzado a dejar marchar. Me pareció que era una debilidad que podía explotar, pero ¿cómo?

Siempre podía utilizar el miedo. Él no quería que lo descubrieran; no obstante, lo habían visto de forma irrefutable y además con apariencia de demonio. Sabía que quienquiera que le estuviese enviando notas no se estaba marcando un farol.

Observando, aquella noche descubrí más que sus miedos; averigüé algunas cosas sobre cómo funcionaba el demonio a nivel biológico. Ya había adivinado que le estaba fallando el cuerpo, pero no me había dado cuenta de lo frágil que era. Si podía acercarse tanto a la muerte simplemente por esperar demasiado tiempo, en realidad no hacía falta matarlo; solamente tenía que impedirle que se regenerara y dejarlo morir. Una raja en el vientre, una bala en el hombro... ésas eran heridas que él mismo podía curar en segundos, pero por algún motivo los órganos internos eran otro asunto. Cuando dejaban de funcionar, lo hacían del todo. Todo lo que necesitaba era una manera de asegurar que dejaran de funcionar permanentemente.

Mi madre y yo acabamos de reconstruir el rostro del señor Bowen con una foto y

entonces nos dispusimos a embalsamarlo. El cuerpo estaba demasiado dañado como para hacerlo convencionalmente, y eso hacía que nuestro trabajo fuese más difícil y más sencillo al mismo tiempo. La parte positiva era que solamente teníamos que preparar la mitad del cadáver para el velatorio: la parte superior se mostraría vestida, mientras que la inferior y los órganos iban bien envueltos en un par de bolsas de plástico que se colocarían al fondo del ataúd, donde nadie las vería. No importa cómo haya muerto una persona: nunca es buena idea mirar la mitad inferior del féretro; aunque los funerarios preparan todo el cuerpo para el entierro, sólo una parte tiene que estar presentable. Si el resto no está visible, lo más probable es que sea mejor no mirar.

La parte difícil, claro, era que tuvimos que aplicar inyecciones en tres lugares diferentes: una en el hombro derecho y otra en cada una de las piernas. Sellamos como pudimos los vasos principales antes de meter el anticoagulante que iba a sellar los más pequeños y después mi madre, con mucho cuidado, se puso a hacer el cóctel de tintes y fragancias que acompañarían al formaldehído. Enganché el tubo de drenaje y miramos cómo la sangre vieja y la bilis se drenaba sin percances.

Margaret miró el ventilador que daba vueltas obstinadamente sobre nuestras cabezas.

—Espero que el motor no falle.

—Vamos fuera, por si acaso —dijo mi madre—. Ya nos toca un descanso.

Era por la tarde y ya estábamos a bajo cero, así que en lugar de salir al aparcamiento nos refugiamos en la capilla, y mientras el cadáver maceraba lentamente en la otra sala, nos relajamos sentados en los bancos de fina tapicería.

—Buen trabajo, John —dijo mi madre—. Lo estás haciendo muy bien.

—Es verdad —apuntó Margaret con los ojos cerrados, frotándose las sienes—. Todos lo estamos haciendo muy bien. Casos como éste me dan ganas de tener un ataque de nervios y comprarme un *jacuzzi*.

Mi madre y Margaret se estiraron y suspiraron; estaban cansadas y contentas de haber terminado, pero yo estaba ansioso por hacer otro. Este tipo de trabajo seguía fascinándome: la atención meticulosa al menor detalle, la habilidad perfeccionada con el tiempo, la precisión que requería cada paso. Fue mi padre quien me enseñó lo que había que hacer; tenía siete años la primera vez que me hizo entrar allí y me mostró todas las herramientas, recitó los diversos nombres, me enseñó a comportarme con respeto en presencia de los muertos. Según cuenta la leyenda, fue esa reverencia lo que juntó a mis padres en primer lugar: dos funerarios desesperados por compartir la vida con otra persona viva, impresionados por su mutuo respeto por los fallecidos. Trataban su trabajo como una vocación. Si cualquiera de los dos hubiese tenido tan buena mano con los vivos como con los muertos, seguramente aún seguirían juntos.

Me quité el delantal y salí a la recepción. Lauren estaba allí con cara de estar aburrída;

apenas había nada que hacer y estaba jugando al buscaminas en el ordenador mientras esperaba que diesen las cinco. Eran las cuatro y cincuenta y cuatro.

—Vaya, te han dejado ayudar —dijo Lauren sin apartar la vista del monitor. La pantalla le hacía la cara pálida y fantasmagórica—. Yo no podría acostumbrarme a todo eso; se está mejor fuera.

—Pues aquí hay mucha menos vidilla. Qué irónico, ¿no?

—Claro que sí, ¿por qué no me lo restriegas por la cara? —dijo Lauren—. ¿Crees que quiero pasarme el día aquí sin hacer nada?

—Tienes veintitrés años —respondí—, puedes hacer lo que te venga en gana. No tienes que quedarte aquí.

Pinchaba en los recuadros del campo de minas, los marcaba con banderitas y comprobaba las zonas circundantes con cuidado. Tocó la casilla equivocada y la pantalla estalló.

—No tienes ni idea de lo que tienes aquí —dijo por fin—. Mamá puede ser un poco bruja a veces, pero... nos quiere, ¿sabes? Te quiere. Que no se te olvide.

Miré por la ventana. Fuera estaba oscureciendo y la casa del señor Crowley estaba agazapada en la nieve, amenazante.

—No importa si me quiere o no —respondí por fin—. Hacemos lo mismo de siempre y nos las arreglamos.

Lauren se volvió hacia mí.

—Que nos quiera es lo único que importa. Yo casi ni soporto estar con ella pero es simplemente porque se esfuerza demasiado en querernos, en hacer que sigamos juntos y en rellenar los huecos. Me costó mucho tiempo darme cuenta de eso.

Una ráfaga de aire pasó frente a la ventana y presionó el cristal; a través de las fisuras de la puerta principal se oyó aullar el viento.

—¿Y papá, qué? —pregunté.

Lauren hizo una pausa.

—Creo que mamá te quiere lo suficiente como para cubrir la parte que le corresponde a él. —Pausa—. Y yo también.

Eran las cinco de la tarde y se puso en pie. Me pregunté qué hora era dondequiera que estuviese mi padre.

—Oye, John, ¿por qué no vienes a casa un día? Podemos jugar a las cartas o ver una peli, ¿no? ¿Qué te parece?

—Sí, claro. Un día de estos.

—Nos vemos, John.

Apagó el ordenador, se puso la parka y salió a la calle con todo aquel viento. Una corriente gélida se abrió paso a través del quicio de la puerta y tuvo que esforzarse para cerrarla.

Subí al piso de arriba pensando en lo que había dicho: el amor podía fortalecerte pero también podía ser un punto débil. Era la debilidad del demonio.

Y yo sabía cómo aprovecharme de ella.

• • • • •

Cogí el iPod de mi cuarto, que seguía sin estrenar desde que lo tiré al suelo en Navidad, me monté en la bici y fui a Radio Shack, la tienda de electrónica. Aquel regalo de mierda de papá me iba a servir de algo después de todo.

Cuando empecé a acechar al señor Crowley buscaba un punto débil. En aquel momento ya tenía tres y entre ellos formaban una oportunidad. Pensé en ello con cuidado mientras iba en bici, pedaleando con precaución sobre la ligera nevada de la tarde.

La primera debilidad era el miedo que tenía a ser descubierto, junto con la determinación de esperar tanto entre un asesinato y el siguiente. Esperaba y esperaba y lo retrasaba todo lo posible: yo mismo lo había visto, así como ese último momento se volvía cada vez más precario. Creo que eso iba más allá del miedo; evitaba matar como si lo odiara, como si no soportase tener que hacerlo hasta que la necesidad biológica lo forzaba a ello. Estaba convencido de que la próxima vez que matase estaría al borde de la muerte, listo para precipitarse en su pozo. Yo ni siquiera tenía que empujarlo, bastaba con impedirle que, una vez abajo, se arrastrara de nuevo a la superficie.

Aquí es donde entraba en juego su segunda debilidad: su cuerpo se degeneraba más rápido de lo que podía repararlo. La noche que mató al padre de Max estuvo a punto de morir, y de no haber tenido una víctima recién sacrificada delante de él seguramente no hubiera sobrevivido. Si conseguía distraerlo de la caza y lograba engañarlo antes de que tuviera la oportunidad de volver a matar, no podría regenerarse. Lo imaginé desesperado, incapaz de conseguir una víctima a tiempo, sudando y jurando en arameo y, al final, deshaciéndose en un charco humeante de moco negro como la tinta.

Llegué a Radio Shack, apoyé la bicicleta contra la pared y entré.

—Me han regalado esto por Navidad, pero ya tengo uno —dije a la vez que sacaba la caja abierta del iPod y la dejaba frente al vendedor. No es que ya tuviera uno, pero me pareció que sonaría mejor si decía eso. Realmente necesitaba que el plan funcionara—. ¿Puedo cambiarlo por un vale?

El vendedor lo cogió y abrió el lateral.

—Está abierto —dijo.

—Ha sido mi madre —respondí. ¿Qué más daba una mentira más o menos?—. No conocía vuestra política. Pero está sin estrenar; lo encendió diez segundos y ya está. ¿Puedo cambiarlo igualmente?

—¿Tienes el ticket?

—Me temo que no, es un regalo.

Me quedé quieto observándole, ansioso por que dijera que sí. Finalmente pasó el código de barras por el lector y miró la pantalla de la caja registradora.

—Te devuelvo sólo parte del importe —dijo—. ¿Quieres una tarjeta regalo?

—No, no hace falta —repliqué rápidamente—. Voy a coger algo ahora mismo.

El vendedor asintió y yo me dirigí hacia la sección de sistemas de GPS. El plan iba a funcionar. Estaba seguro de que con él podía matar a Crowley, de que podía distraerlo lo suficiente como para evitar que se regenerase y muriera. Ya había sido testigo de la vez que había estado a punto de pasarle y estaba convencido de que podía volver a suceder. Y tenía la manera perfecta de distraerlo: el tercer punto débil, el amor. Haría cualquier cosa por su esposa; lo había visto cómo contestaba al teléfono en mitad de un ataque. Si recibía otra llamada y algo en el teléfono lo convencía de que su mujer estaba en peligro, dejaría lo que estuviese haciendo y saldría corriendo.

Y con la preparación adecuada podía enviarle pruebas muy convincentes.

Finalmente encontré lo que buscaba: un rastreador GPS con un terminal que indicaba dónde estaba el aparato en todo momento. Miré el precio, lo llevé al mostrador y lo puse encima.

El vendedor lo miró extrañado, preguntándose quizá por qué un adolescente cambiaría un iPod muy guay por un aburrido GPS pero se encogió de hombros y lo pasó por el lector.

—Gracias —dije, y salí afuera.

Tenía un plan y me sentía preocupantemente ansioso. Quería volver corriendo a casa y dar comienzo al ataque, pero sabía que tenía que esperar. Necesitaba una manera de esconder las pruebas de lo que estaba a punto de hacer para que la policía no pudiera relacionarlo conmigo. Y, cuando llegara el momento, tenía que asegurarme de que la amenaza a su mujer fuese creíble, sin ningún fallo. Era una tarea difícil de cumplir.

Pero si funcionaba, el demonio moriría.

El domingo por la mañana fui a hablar directamente con el demonio bajo la apariencia del bondadoso John Wayne Cleaver y le pregunté si había alguna tarea que pudiera hacer. Hacía unos días que no nevaba, a pesar de que sobre las aceras seguía habiendo montones de nieve muy altos, así que había dejado de despejarle los caminos como de costumbre. Le dije que me estaba sacando la insignia del mérito a las reparaciones del hogar y le mostré la lista de las que tenía que hacer, así que nos pasamos el día recorriendo la casa, arreglando grifos que goteaban y retocando la pintura de las paredes. Engrasé las bisagras de la puerta de su dormitorio, eso me iba a venir bien. Estuvo jovial todo el tiempo pero lo observé con atención y vi que estaba enfermo. Quizá eran los pulmones de nuevo o el corazón. No llevaba ni una semana y ya se estaba muriendo otra vez. No tardaría en matar.

La lista para la insignia incluía un puñado de trabajos relacionados con el coche y, a pesar de que al automóvil no le pasaba nada, estuvo encantado de dejarme cambiar el aceite y enseñarme a cambiar una rueda. Sin embargo, hacía demasiado frío para que él estuviera fuera conmigo todo el tiempo y al final se retiró adentro a sentarse bien calentito en una silla mientras se agarraba el pecho. Aproveché la oportunidad para esconder el rastreador debajo de un asiento, bien sujeto con cinta adhesiva para que no hiciera ruido. La batería tenía que durar casi un mes, pero pensé que a lo mejor salía a cazar esa misma noche. Al llegar a casa probé el terminal y apunté directamente a la señal del coche. El mapa no era muy detallado que digamos pero era suficiente, y en él una flecha representaba el coche. Por la tarde Kay fue a la farmacia y yo observé cómo la flecha salía a la calle, iba hasta el centro del pueblo y entraba en el aparcamiento de la farmacia. Fui testigo de cada cambio de sentido y me fijé en cómo esperaba a que cambiaran los semáforos y se paraba en todas las señales de stop. Era genial.

Antes de que regresara entré a hurtadillas en el jardín de atrás y trepé la pared trasera agarrándome con cuidado a los ladrillos. Era la hora de la siesta del demonio y puse el oído para estar seguro de que dormía. Su respiración era regular, pero estaba salpicada de silbidos y pequeños ahogos. Estaba empeorando. Pegué una nota a la ventana con cinta adhesiva, bajé y desaparecí sin dejar ni una sola huella por los caminos limpios de nieve.

FALTA POCO

Recogí varias cosas y las metí en la mochila; quería estar listo para actuar en cualquier

momento. Necesitaba cuerda o tiras de tela para Kay y encontré lo que necesitaba en la basura del demonio: unas cortinas que habían cambiado en Navidad y habían tirado después de colgar las nuevas. Cogí una sin hacer ruido y la llevé a nuestro patio trasero, donde la convertí en tiras largas y recias que guardé en la mochila. No sé si se pueden sacar huellas de una cortina, pero por si acaso me puse guantes.

El demonio se despertó poco después de que volviera Kay y a cada hora que pasaba estaba más nervioso. Lo veía caminar detrás de las cortinas de un lado a otro, lentamente y con dificultad. De vez en cuando se detenía y se apretaba el pecho. Con la otra mano se apoyaba en el sofá y hacía una mueca de dolor. No iba a aguantar mucho más.

A modo de señal, las nubes se ennegrecieron en el cielo y la noche cayó como un velo de pura oscuridad que eclipsó todas las estrellas. Unas horas después, cuando ya no aguantaba más, el demonio se tambaleó hasta el coche y salió a buscar otra víctima.

Era hora de que yo me encontrase con la mía.

Ya estaba vestido: ropa de abrigo negra, el pasamontañas para que no se me viera la cara y guantes para no dejar huellas. Me puse la mochila y salí sin hacer ruido. Mi madre ya estaba durmiendo y recé porque todos los vecinos de la calle lo estuviesen también. Quería entrar en el jardín del demonio por la parte trasera sin que nadie me viese, pero si lo hacía dejaría huellas en la nieve que no se había derretido. Las máquinas quitanieves habían pasado por la calle, así que era mejor cruzar corriendo y recorrer el camino que yo mismo había despejado para no dejar rastro. Siempre me preocupaba que alguien me viese o me identificara cuando me movía a hurtadillas por el vecindario, pero aquella noche mi paranoia se multiplicó por un millón. No había vuelta atrás; si me pillaban, no habría manera posible de salir indemne de las cosas que tenía planeado hacer. Al llegar a la puerta volví a comprobar la calle; me tranquilizó ver que estaba completamente vacía y eché a correr para cruzar al otro lado. Al menos en nuestra calle no había farolas.

Llegué a casa de los Crowley, corrí por el lateral hasta la puerta del sótano y saqué la llave que tenía. Dentro, la oscuridad era total y, en cuanto entré y cerré la puerta, me quedé completamente a ciegas. Saqué una pequeña linterna del bolsillo y encontré el camino entre todas aquellas cajas y estanterías hasta el pie de las escaleras. Hileras de botes de cristal me devolvieron la luz de la diminuta linterna y, aunque sabía que no eran más que remolachas y melocotones en conserva, imaginé que estaban llenas de órganos —riñones, corazones, vejigas y cerebros— colocados en las estanterías de un supermercado. Cuando llegué a las escaleras frené el paso y conté los escalones; sabía de la otra vez que el sexto peldaño rechinaba fuerte si pisabas el lado derecho, y el séptimo, un poco si apretabas a la izquierda. Evité aquellos dos puntos con precaución y llegué arriba.

Las escaleras daban a la cocina, que a la luz de la luna tenía un aspecto desnudo y descolorido. Miré el GPS y vi que el demonio seguía conduciendo y que estaba en algún lugar del centro. Supuse que daba vueltas buscando víctimas y que quizá fuera de camino

hacia la autovía, a buscar algún autostopista o viajero. Mientras siguiera moviéndose, podía hacer lo que quisiera.

Caminé con cuidado por el pasillo con la linterna apagada. Me movía más o menos de memoria, pensando en las reparaciones que había hecho el domingo. El demonio me había enseñado toda la casa y a medida que mi vista se acostumbraba a la oscuridad, empecé a reconocer en qué parte estaba y adónde tenía que ir. El pasillo se extendía desde la cocina hacia la parte trasera de la casa y cerca de la puerta de atrás estaban las escaleras que llevaban a la parte de delante del primer piso.

La casa estaba completamente en silencio. Volví a comprobar el GPS: el demonio seguía conduciendo. Subí.

Al final de las escaleras conté las puertas y me acerqué a la segunda de la derecha: la habitación de matrimonio. Abrí la puerta lentamente temiendo que chirriara pero las bisagras no hicieron ruido; sonreí contento por haber tenido la precaución de engrasarlo. La habitación estaba a oscuras, iluminada únicamente por un radio despertador que había sobre un tocador antiguo. La señora Crowley estaba dormida, pequeña y frágil. Incluso debajo de un grueso edredón que agrandaba su silueta, parecía minúscula, como si su fuerza vital se hubiera retirado durante la noche y el cuerpo se hubiera plegado sobre sí mismo. La cama parecía habérsela tragado. Si no fuera porque veía que el edredón se movía con su respiración, habría dudado de si estaba viva.

Esa diminuta mujer era lo que el demonio amaba; y la quería tanto que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de quedarse junto a ella. Dejé la mochila en el suelo, aguanté la respiración y encendí una lámpara.

No despertó.

Busqué sobre el tocador apartando gafas y joyeros hasta que encontré lo que necesitaba: el móvil de la señora Crowley. Lo abrí, volví hacia la puerta, me giré hacia la cama y empecé a hacer fotos con el teléfono: clic, guardar, paso adelante, clic, guardar, paso adelante, clic, guardar, paso adelante; cada vez más cerca. Cuando las enviara lograría un bonito efecto dramático con ellas. Para tomar la última foto me incliné sobre ella y sujeté el teléfono justo encima de la cara para hacer un primerísimo plano. La fotografía era fea e invasiva; era perfecta. Pasamos a la fase dos.

Dejé el teléfono con aquellas fotos espeluznantes bien guardadas en la memoria del aparato y me dirigí lentamente al otro lado de la cama. Me quedé parado junto a ella, pensando. No podía hacerlo; era imposible. Mi monstruo ya se había escapado una vez; había amenazado a mi madre y había bebido su miedo como si fuera un elixir de la vida eterna. Si daba aquel último paso y ejecutaba el plan, el monstruo iba a surgir de nuevo: era como abrir la puerta e invitarlo a salir. Les cedería el control a mis instintos más oscuros, sin que quedase nada para evitar que el monstruo se volviese loco e hiciese una hoguera con el mundo. No me atrevía a hacerlo.

Sin embargo, era mi deber. Sabía que lo era. Había llegado demasiado lejos como para echarme atrás y si tiraba la toalla estaría sentenciando a un hombre a muerte, a quienquiera que Crowley hubiera cazado. Lo mataría porque yo no estaba allí para impedirlo. Y si no lo hacía esa noche, ya nunca me atrevería y Crowley seguiría matando una vez y otra y otra y otra y otra hasta que ya no quedase nadie. Tenía que pasar a la acción y tenía que hacerlo ya.

Respiré hondo y saqué la funda de la almohada del señor Crowley para sujetarla sobre la cabeza de Kay. Dudé un instante mientras el monstruo rabiaba en mi interior y me suplicaba, me rogaba, me insultaba para que lo hiciera. El monstruo estaba ahí para cosas así, ¿no? Por eso lo dejé salir: para hacer aquello que yo no podía. Miré a Kay un momento más, le pedí disculpas en silencio y solté al monstruo. Mis manos abrieron la bolsa y se la pusieron a la vieja en la cabeza.

Ella se movió y volvió de repente a un estado consciente pero tuve suficiente tiempo para bajarle la funda hasta la clavícula. Ella gruñó algo medio dormida y lanzó el brazo. El golpe fue muy débil. Yo estiré la mano y arranqué la radio de la pared, saqué el cable del enchufe y le di un buen golpe en un costado de la cabeza. La señora Crowley ahogó un grito que se convirtió en un gemido y cayó rodando de la cama hacia mí. Le di otra vez, la gruesa radio golpeó la funda de la almohada de forma espantosa; al ver que ella no paraba de moverse, le di una tercera vez. No tenía ninguna intención de pegarle, pero esa resistencia tan ridícula fue todo lo que necesité para saltar a la acción. Intentaba dejarla sin sentido, cosa que en las películas siempre parecía tan fácil —un manotazo rápido y listo—, pero esto era un acto prolongado y brutal: aporrearle la cabeza con la radio una y otra vez. Por fin se quedó inmóvil, estirada de forma grotesca en el suelo y yo me mantuve de pie encima de ella, intentando respirar.

Me abalancé una vez más sobre la señora Crowley, deseoso de terminar con ella, hambriento del impacto visceral de un objeto pesado sobre hueso y la emoción megalomaniaca que sentía al tener a una víctima completamente en mi poder. Me agaché hacia ella pero en el último instante me agarré a una esquina de la cama y meforcé a separarme, a apartar la mirada.

¡Es mía!

No. La sensación debajo del pasamontañas era sofocante, igual que la funda de la almohada de Kay. Me lo arranqué y respiré, luchando por recuperar el control. Me agaché junto a ella una vez más y tuve que arrancarme de su lado hasta estrellarme contra la pared. Me sentí como si estuviera jugando a uno de los videojuegos de Max, manejando torpemente unos mandos que no sabía usar mientras todo lo que el personaje hacía era correr en círculos por la pantalla. El monstruo rugió de nuevo y me di un puñetazo en la sien; saboreé el dolor agudo en los nudillos y el zumbido sordo en la cabeza. Caí de rodillas, respiré hondo y una neblina me invadió la vista. Me moría por volver a atacar, estaba desesperado y el monstruo se reía a carcajadas. No podía parar. Volví a levantar el

reloj.

Mi mano se detuvo en el aire, con los nudillos blancos alrededor del reloj. Pensé en el doctor Neblin. Él podía hablarme y conseguir que saliese de aquella situación. Apenas podía pensar, pero sabía que, si hablaba con él en ese momento, salvaría mi vida y la de Kay. No pensé en las consecuencias ni en las pistas que estaba dejando, ni tampoco en la confesión que estaba a punto de hacer. Simplemente me aovillé en el suelo, saqué la tarjeta que me había dado el doctor y llamé al número de su casa.

Sonaron seis tonos antes de que lo descolgara.

—¿Sí? —Tenía la voz cansada y áspera. Seguramente lo había despertado—. ¿Quién es?

—No puedo parar.

El doctor Neblin hizo una pausa.

—No puedes parar... ¿John? ¿Eres tú?

Se despertó casi al instante, como si al reconocer mi voz se hubiera accionado un interruptor en su cerebro.

—Ha salido —dije en voz baja— y no puedo hacer que vuelva a entrar. Todos vamos a morir.

—¿John? ¿John, dónde estás? Cálmate y dime dónde estás.

—Estoy en el filo, Neblin. Estoy más allá del filo, cayendo al infierno.

—Cálmate, John —dijo—. Si nos esforzamos, lo derrotaremos. Pero dime dónde estás.

—Estoy en las grietas de las aceras, en la suciedad y en la sangre, y las hormigas miran hacia arriba y os estamos maldiciendo a todos, Neblin. Estoy entre las grietas y no puedo salir.

—¿Sangre? Dime qué está pasando, John. ¿Has hecho algo malo?

—¡No he sido yo! —alegué sabiendo que mentía—. No era yo, sino el monstruo. No quería dejarlo salir, pero tuve que hacerlo. Intenté matar a un demonio pero he creado otro y no puedo pararlo.

—Escúchame, John —dijo el doctor Neblin, más serio e intenso que nunca—. Escúchame. ¿Me oyes?

Cerré los ojos bien fuerte y apreté los dientes.

—Ya no soy John, soy Mr. Monster.

—No, no lo eres. Eres John. Ni John Wayne ni Mr. Monster ni ninguna otra persona, John. Tú tienes el control. Veamos, ¿me escuchas?

Me balanceé adelante y atrás.

—Sí.

—Muy bien —dijo—. Ahora presta atención: no eres un monstruo. No eres un demonio. No eres un asesino. Eres una buena persona con una voluntad de hierro y un código moral estricto. Sea lo que sea que hayas hecho, puedes superarlo. Entre los dos lo arreglaremos. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Entonces dilo conmigo: lo arreglaremos.

—Lo arreglaremos.

Miré el cuerpo de Kay Crowley, hecho una bola en el suelo con la funda de una almohada en la cabeza. Sentí que debería estar llorando o ayudándola, pero en lugar de eso pensé: «Sí, lo arreglaré. El plan funcionará igualmente. Todo esto merecerá la pena si mato al demonio».

—Muy bien —me felicitó el doctor Neblin—, ahora dime dónde estás.

—Tengo que irme —repliqué y me puse de rodillas.

—¡No cuelgues! —gritó Neblin—. Por favor, sigue hablando. Tienes que decirme dónde estás.

—Gracias por su ayuda —dije y colgué.

Me di cuenta de que aún sujetaba el reloj con la otra mano y lo lancé a un lado con asco.

Miré a Kay. ¿Estaba muerta? Le arranqué la funda de la cabeza con la misma brusquedad que me había quitado el pasamontañas y le busqué heridas en la cabeza. Parecía estar bien, no había sangre ni piel rasgada y respiraba superficialmente. Verle la cara fue demasiado para mí, por lo que aparté la mirada. No quería pensar que lo que acababa de hacer lo había sufrido un ser humano vivo. Era más fácil si no tenía rostro.

El teléfono sonó repentinamente y me asustó; miré el número: el doctor Neblin. Por primera vez se me ocurrió que mi llamada dejaría un rastro, además de pruebas en su teléfono y en el del señor Crowley, lo que dirigiría la inevitable investigación hacia mí. Respiré hondo una vez más. Ya no había vuelta atrás, con pruebas o sin ellas: tenía que matar al demonio.

Al pensar en él me invadió el miedo y miré el GPS. El coche seguía en marcha: aún tenía tiempo. Cerré los ojos para evitar ver a Kay y le volví a poner la funda en la cabeza, esta vez con más cuidado, y cogí el móvil para hacer algunas fotos más. La llamada de Neblin dejó de sonar y un momento después un pequeño «pip» me avisó de que había dejado un mensaje.

Las fotos que estaba haciendo ahora eran más elaboradas porque me estaba tomando la molestia de colocar el cuerpo.

Estaba tirada en el suelo con el camisón de flores, unos diminutos calcetines azules y una funda de almohada en la cabeza.

Tumbada de lado con la radio rota junto a su cabeza.

Extendida en el suelo con mi sombra oscureciendo el cuerpo.

Saqué de la mochila las tiras que había hecho con la cortina y le até las manos todo lo fuerte que pude. Tenía los huesos finos y delicados, y pensé que, si quería, seguramente podría partir alguno por la mitad. De pronto me di cuenta de que ya estaba apretando, presionando hacia el punto de ruptura, y aparté la mano.

¡Déjala tranquila!

Con cuidado le estiré las muñecas atadas por encima de la cabeza y la ligué bien fuerte al radiador de debajo de la ventana. Hice lo mismo con los tobillos y los até a la pata de la cama. Mientras tanto iba sacando fotos, plano tras plano, y vigilando el GPS.

El coche del demonio se detuvo.

Solté el teléfono y cogí el GPS con las dos manos, sin apartar la mirada de la tenue pantalla. Estaba en el otro extremo del pueblo, cerca de donde vivía Lauren, en un cruce. Aguanté la respiración. Se puso en marcha y solté el aire. Falsa alarma.

Retiré la funda lo suficiente como para que se viera la boca de la señora Crowley y la amordacé con otra tira de cortina. Seguía inconsciente y su respiración era regular, pero no quería arriesgarme a que se despertase y gritara pidiendo ayuda. Le tomé otra foto de la cara y volví a taparla. Ya tenía suficientes imágenes. El monstruo rugió de nuevo en mi cabeza —una foto del brazo tirado solo, separado del cuerpo y en mitad del suelo sería tan efectiva...— pero me esforcé en no hacer caso de lo que decía. Con un ojo puesto en el GPS lo recogí todo y lo metí en la mochila. Era hora de empezar la tercera fase.

Y el demonio se detuvo otra vez.

La esquina en la que estaba no me sonaba pero ambas calles tenían nombres de flores, así que supe en qué vecindario estaba: Los Jardines, justo en este lado de la vía de tren que atravesaba el pueblo y llevaba al aserradero. Estaba muy cerca del lugar donde había matado al padre de Max. Seguramente había una patrulla por allí, así que se estaba arriesgando mucho. Puede que lo hubiera parado un policía. Sujeté el GPS con una mano y el teléfono con la otra, a la espera. El coche no se movía. Ahora o nunca. Escribí un mensaje de texto, adjunté la primera foto de Kay y marqué el número del señor Crowley:

AHORA ME TOCA A MÍ

En cuanto envié el mensaje, creé uno nuevo y un tercero y más; solté el GPS y utilicé ambas manos para poder desatar aquella ráfaga de horror. Pronto dejé de enviarle

mensajes y envié sólo las fotos una detrás de otra, un catálogo paso a paso de todo lo que había sufrido la esposa de aquel demonio. Paré un momento para mirar la pantalla del GPS y grité una palabrota al ver que la flecha seguía inmóvil. ¿Por qué no se movía? ¿Qué estaba haciendo? Si no lo pillaba a tiempo, iba a matar a alguien y el plan —todo lo que había hecho— no iba a servir para nada. No quería permitirle que matase a nadie más, ni a una sola persona. Pero ¿había esperado demasiado tiempo?

El teléfono volvió a sonar y casi se me cae de las manos. Miré el número y vi que esa vez era el señor Crowley: había captado su atención. Lo dejé sonar y le envié más fotos: Kay durmiendo, Kay con la cabeza tapada y amordazada, Kay atada al radiador. Un momento después la flecha soltó una sacudida hacia atrás, dio media vuelta y bajó la calle a toda velocidad. El cebo había funcionado, pero ¿sería suficiente con eso? Miré la pantalla con mucha atención esperando a que el coche frenara o se saliera de la carretera, cualquier señal de que su cuerpo se estaba destruyendo finalmente. Pero no cambió nada.

El demonio estaba sano y enfurecido, y venía directo hacia mí.

18

La flecha del GPS se acercaba a la carrera. Miré a mi alrededor: las sábanas revueltas en la cama, el desorden del tocador, el cuerpo magullado de mi vecina tirado en el suelo, atado y amordazado. No podía limpiar nada. Apenas iba a tener tiempo de salir de allí antes de que el demonio regresara, por no hablar de buscar un sitio donde esconderme. Al cabo de unos segundos iba a estar muerto y Crowley iba a reventarme el pecho y arrancarme el corazón. Después de lo que le había hecho a su mujer, seguramente iba a matar a toda mi familia por venganza.

Bueno, a toda mi familia menos a mi padre: buena suerte si quería encontrarlo. A veces valía la pena estar alejado de un hijo psicópata.

Aun así, aunque yo había abandonado, el monstruo se negaba a hacerlo. Me deshice de aquel trance fatalista y me encontré recogiendo mis cosas —el GPS, el pasamontañas, la mochila— y yendo hacia la puerta. Cuando el intelecto alcanzó al instinto de supervivencia me di media vuelta, volví a entrar en la habitación y recorrí el suelo con la mirada buscando cualquier cosa que se me hubiese podido caer. Dejar un rastro de ADN no me preocupaba porque había pasado tanto tiempo en la casa por motivos legítimos que seguramente podría explicar cualquier cosa que la policía encontrase. Me dije a mí mismo que el registro del teléfono también se podía justificar o borrar y que de algún modo todavía podía ocultar quién era. Para estar seguro de ello, me llevé el teléfono. Por último, apagué la luz y salí al pasillo sin hacer ruido.

La casa estaba negra como boca de lobo y me costó un momento acostumbrarme a la oscuridad. Me tambaleé a ciegas hacia las escaleras y me guie siguiendo la pared con la mano, pues no me atrevía a encender la linterna. Tanteé cada peldaño con cuidado, uno a uno, y a medio camino alcancé a ver una chispa de luz en la ventana de la puerta trasera. Luz de luna, tenue y triste. Llegué a la planta baja y me volví hacia las escaleras del sótano, pero otra luz se intensificaba en las ventanas de delante, de color amarillo pálido, y el rugido sordo del motor se convirtió rápidamente en un chillido furioso.

Crowley había vuelto.

Me olvidé del sótano y corrí hacia la puerta de atrás, desesperado por salir de la casa antes de que entrase el demonio. El pomo se quedó enganchado, pero giré con fuerza y un pequeño botón salió hacia fuera y se quitó el seguro. Abrí la puerta de golpe, salí y la cerré

tan rápida y silenciosamente como pude.

Los neumáticos chirriaron cuando el coche irrumpió en la entrada frente a la casa y de pronto los árboles del fondo del jardín se vieron inundados por un agresivo resplandor amarillo al tiempo que los faros pasaban por el costado del edificio e iluminaban la nieve. Oí que el demonio abría la puerta del coche y rugía, y me di cuenta demasiado tarde de que al salir se me había olvidado poner el seguro en la puerta de atrás. Seguía agazapado junto a ella, muerto de miedo; si él decidía mirar la puerta, yo era hombre muerto. Quise abrirla y poner el seguro del pomo, pero el sonido de la puerta principal me dijo que ya era demasiado tarde. El demonio estaba en la casa. Salté los escalones de cemento hasta el suelo y corrí hacia la esquina de la casa. Pasar por allí significaba enfrentarme a la luz de los faros, de los que sería imposible esconderse, pero quedarme donde estaba significaba que me iba a ver en cuanto abriese la puerta. Respiré hondo y crucé el haz de luz para refugiarme a la sombra del cobertizo.

Detrás de mí no oí ningún ruido: la puerta de atrás no se abrió. Me maldije a mí mismo por tener tanto miedo de algo tan pequeño: claro que no se iba a dar ni cuenta de que el pequeño botón del pomo no estaba activado, no cuando intentaba rescatar a su esposa. Un momento después oí un alarido en el piso de arriba y mis sospechas se vieron confirmadas: había ido directo a buscar a Kay y a lo mejor así yo conseguía escapar.

Salí sigilosamente hacia la luz, furtivo y precavido, listo para echar a correr aun sabiendo que, si me veía, ya podía irme tan rápido como quisiera, que eso no iba a cambiar nada. No sabía de cuánto tiempo disponía. Quizá desataría a Kay inmediatamente o posiblemente esperara a recuperar la forma humana; podía quedarse allí hasta comprobar que estaba bien o salir afuera a toda prisa para encontrar a la persona que la había herido. No había manera de saberlo pero de lo que sí era consciente era que las posibilidades de salir de allí disminuían con cada segundo que me quedase parado. Tenía que marcharme en aquel instante.

Me pegué a la casa y caminé rápidamente hacia la luz cegadora de los faros. Mantuve la mirada alejada de ellos, protegiéndome los ojos para acostumbrarme después mejor a la oscuridad del otro lado. Cuando llegué al coche de Crowley lo rodeé corriendo por el lado de fuera, el más alejado de la casa, y me agaché junto a la rueda. Desde allí podía mirar por encima del automóvil y ver la fachada de la casa: la puerta abierta de par en par y las cortinas de arriba que todavía estaban bien cerradas. Miré mi casa, un millón de kilómetros más allá, al otro lado de la calle. Estaba rodeada de hielo y nieve, como si fueran minas y alambre de cuchillas, listos para hacerme tropezar, desvelar una huella o simplemente retrasarme en la carrera hacia la seguridad del hogar. Si conseguía cruzar y entrar en casa estaría a salvo, y Crowley ni siquiera sospecharía que todo aquello tenía algo que ver conmigo. Pero la distancia era amplia hasta el otro lado de la calle. Bastaba con que mirase un instante por la ventana para que todo hubiese terminado. Me preparé para esprintar...

... y entonces vi el cuerpo en el asiento del pasajero. Estaba desplomado hacia delante, por debajo de la ventanilla, pero a la luz tenue de la puerta abierta lo vi: un hombre menudo, medio escondido por la sombra y vestido con un aburrido abrigo de lana, tirado en mitad de un charco de sangre.

Me dejé caer sobre el pavimento, con las extremidades entumecidas por la desagradable sorpresa. No había impedido que el demonio matase, ni siquiera lo había entretenido. Me había demorado demasiado con las fotos y con Neblin, luchando contra mis propios impulsos hasta que ya ni siquiera tenía la menor importancia, y para cuando había conseguido distraer al demonio, ya tenía una víctima y le había robado un órgano. Ya estaba regenerado y todo porque yo no era capaz de controlarme. Quería cerrar la puerta del coche de golpe, o gritar o hacer cualquier clase de ruido pero no me atreví. En lugar de eso, el monstruo, suave e insidioso, me hizo avanzar para fijarme en el cadáver. Después de tantos meses de asesinatos y embalsamamientos, seguía sin haber estado a solas con un cadáver reciente. Quería tocarlo cuando aún estaba caliente, ver la herida y ver qué se había llevado el demonio. Era un impulso estúpido, un riesgo ridículo, pero no me detuve. Mr. Monster era ya demasiado fuerte.

La puerta del conductor estaba abierta, pero yo estaba en el lado del copiloto, alejado de la casa, así que abrí esa puerta sin hacer ruido. El motor seguía encendido y esperaba que el rumor enmascarase cualquier ruido que pudiese hacer yo. Quería ver los tajos del abdomen que eran tan característicos del resto de víctimas del demonio, así que abrí el abrigo de lana que llevaba el cadáver.

No había ni uno.

Tenía la cabeza girada de un modo grotesco, con la cara pegada al asiento, pero cuando lo miré desde la puerta vi que tenía una raja en la garganta, obra seguramente de las zarpas del demonio. Era la única herida que tenía. El abrigo estaba intacto y por debajo la carne tenía un tacto normal. La sangre del asiento y el suelo parecía provenir únicamente de la herida del cuello.

¿Qué le había quitado? Me acerqué para fijarme mejor: la cabeza seguía en su sitio, pero la garganta y las venas tenían un corte muy limpio. No parecía que le faltase nada.

Finalmente miré la cara del hombre; le giré la cabeza y aparté el pelo ensangrentado, y en aquel instante estuve a punto de empezar a gritar.

El hombre muerto era el doctor Neblin.

Me tambaleé hacia atrás y casi me caigo del coche. El cadáver se deslizó lentamente hacia el lado, sin vida. Miré la casa de los Crowley sin poder dar crédito a lo que veía y después volví a observar el coche.

Había matado al doctor Neblin.

Mi mente le buscó sentido a todo aquello. ¿Me había descubierto? ¿Estaba atacando a

gente que yo conocía? Pero ¿por qué Neblin, si mi madre estaba al otro lado de la calle? Porque necesitaba un cuerpo masculino, supuse. Pero no, aquello era demasiado extraño. No podía creer que supiera que yo estaba metido en el ajo. Me habría dado cuenta gracias a alguna pista.

Pero entonces, ¿por qué Neblin?

Mientras miraba el cadáver me acordé de la llamada telefónica y me quedé helado. Neblin me había dejado un mensaje. Saqué el móvil y marqué el número del buzón de voz, aterrorizado porque ya sabía qué iba a escuchar.

«John, ahora mismo no deberías estar solo; tenemos que hablar. Voy para allá. No sé si estás en casa o no, pero puedo ayudarte. Por favor, deja que te ayude. Tardaré sólo unos minutos. Hasta pronto».

Había acudido en mi ayuda. En mitad de una noche helada de enero, había salido de su casa hacia las calles vacías para ayudarme. Calles vacías por las que merodeaba un asesino en busca de una nueva víctima; y no había encontrado ninguna hasta que el pobre e indefenso doctor Neblin apareció ante él. Era el único hombre que había encontrado en todo el pueblo.

Y lo había hallado por mi culpa.

Me quedé mirando el cuerpo y pensé en todos los que habían muerto antes que él: Jeb Jolley y Dave Bird, el par de policías que yo había guiado hasta su muerte, el vagabundo del lago que al que no intenté salvar, Ted Rask y Greg Olson y Emmett Openshaw y todos los demás que no conocía. Era un desfile de cadáveres, descansando inertes en mi memoria como si jamás hubiesen estado vivos: una fila de cuerpos eternos que se extendía a lo largo de la historia, perfectamente conservados. ¿Cuánto tiempo hacía que esto ocurría? ¿Cuánto tiempo iba a continuar? Sentí que estaba condenado a seguir aquella hilera para siempre, lavando y embalsamando cada nuevo cadáver como si fuera una especie de sirviente demoníaco: jorobado, mudo y de mirada lasciva. Crowley era el asesino y yo su esclavo. Pero yo no estaba dispuesto a aquello. La fila de cadáveres iba a terminar aquella misma noche.

El demonio todavía no había cogido ningún órgano del cuerpo de Neblin, lo que quería decir que en cualquier momento iba salir tambaleándose, desesperado por regenerarse. Si lograba esconder el cuerpo antes, quizá se debilitara y muriera. Agarré el cuerpo por los hombros y tiré de ellos para levantarlo. Los guantes me resbalaron con la sangre de la herida y lo solté de golpe. Estaba dejando muchas pruebas. Retrocedí un paso, luchando con mi paranoia. No sabía si me atrevería a vincularme a mí mismo con aquel crimen. Había sido muy cuidadoso; me movía silenciosamente, sin dejar huellas ni ningún rastro y había pasado meses planificando eso para mantenerme totalmente alejado de cualquiera de los ataques y de las respuestas que me podían provocar. No podía tirarlo todo por tierra.

Pero ¿qué otra opción quedaba? Esconder el cuerpo era la única oportunidad que tenía

de matar al demonio, pero no podía hacerlo sin cubrirme de la sangre de Neblin; y si intentaba no mancharme arrastrando el cuerpo por los pies, iba a dejar un rastro de sangre que arruinaría mi plan. Tenía que evitar que cayese sangre al suelo y eso significaba que lo haría sobre mí. Me quité el abrigo y con él envolví la cabeza y los hombros de Neblin como si fuera un vendaje y lo agarré de los hombros.

Un aullido repentino rompió el silencio. Me eché atrás y dirigí la mirada primero hacia la puerta trasera y después a la de delante, una y otra vez, preguntándome por dónde iba a emerger el demonio. Mr. Monster chillaba dentro de mi cabeza, me decía que echara a correr, que saliera de allí, que me salvase y que ya lo intentaría otro día. Eso hubiese sido lo más inteligente, el comportamiento más analítico. El demonio seguiría vivo pero yo también. Tarde o temprano le pararía los pies sin correr riesgos.

Mi vista recayó en Neblin. «Él no se marcharía», pensé. Neblin había salido de su casa en mitad de la noche sabiendo perfectamente que el asesino andaba suelto y lo hizo porque quería ayudarme. Hizo lo que debía a pesar de que corría un gran peligro. «Tengo que dejar de pensar como un sociópata. Si no me pongo en peligro, Crowley volverá a matar». Dos meses antes, incluso dos horas antes, la elección hubiese estado muy clara: hubiese salvado mi propio pellejo. Incluso en aquel momento sabía, pensando con objetividad, que era lo mejor que podía hacer. Pero Neblin había muerto intentando enseñarme a pensar como un humano normal, a sentirme como un humano normal. Y a veces los humanos normales y corrientes arriesgaban la vida ayudando a los demás por las cosas que sentían. Emociones. Conexiones. Amor. Yo no sentía nada de eso, pero a Neblin le debía por lo menos el intento.

Lo cogí por debajo de los brazos y tiré de él hacia mí; la camisa ensangrentada se me pegó a la chaqueta y me llenó de comprometedoras muestras de ADN. Se oyó otro aullido que provenía de la casa pero lo ignoré; levanté a Neblin y me eché hacia atrás para sacarlo del coche hasta que las piernas —que seguían limpias de sangre— cayeron sobre el asfalto. La sangre me empapó la ropa pero no cayó al suelo; apreté los dientes y di un paso. El cadáver pesaba más de lo que parecía; recordaba haber leído que los cuerpos sin vida eran más difíciles de levantar que los activos porque los músculos flácidos no compensan el movimiento ni el equilibrio. Era como un saco de cemento mojado, torpe e imposible de cargar. Mantuve la cabeza y los hombros bien pegados a mi pecho: lo tenía abrazado por debajo de las axilas sujetando las manos a la altura de su esternón. Girando mi propio cuerpo con cuidado, me apoyé sobre un pie y empujé la puerta con el otro; conseguí cerrarla casi por completo antes de que el brazo cayera hacia uno de los costados y el peso del cuerpo se trasladara. Caí sobre el coche, con el cuerpo bien sujeto, intentando mantenerlo recto. No había caído ni una gota de sangre, al menos por el momento.

Se oyó un estrépito en la casa, como si Crowley hubiera caído o chocado contra algo o como si lo hubiera destrozado en un ataque de rabia. Le di un empujoncito a la puerta para cerrarla y me giré un poco más, hasta que me encontré de cara a la calle; entonces

retrocedí lentamente en dirección al jardín de los Crowley. Avanzaba cautelosamente, paso a paso, fiándome de mi memoria para que me guiara por entre los montones de nieve cuidadosamente apartada del camino para no tocarla ni dejar ningún rastro. Paso a paso. Oí otro estrépito, esta vez más cercano, en la planta baja, y apreté los dientes. Ya casi estaba.

Llegué hasta el cobertizo y maniobré para que las piernas de Neblin quedaran en dirección a la entrada. El cobertizo quedaba paralelo a la casa y al camino, y la puerta daba hacia el lado de la calle, así que yo siempre apartaba la nieve de delante, formando un caminito que salía del sendero principal. Tenía menos de dos metros de largo, pero era suficiente para rodear el cobertizo y meter el cadáver en el estrecho espacio que quedaba entre éste y la valla de tablones de madera. Estiré a Neblin todo lo que pude sin que yo sobresaliera por la parte de atrás del pequeño cobertizo y lo dejé caer sobre la nieve.

La puerta de atrás repiqueteó y aguanté la respiración. Los pies de Neblin todavía asomaban por delante del cobertizo, pero sólo unos cuantos centímetros. El espacio entre el cobertizo y la valla estaba protegido de las brillantes luces de los faros por una pared de nieve, así que el demonio no tenía por qué ver los pies. Pero si buscaba, si yo había dejado algún tipo de rastro visible, seguro que nos encontraría.

Aguanté la respiración una eternidad, presté atención a todo pequeño ruido: el rumor del motor, el suave tintineo del salpicadero, los latidos de mi corazón. El demonio dio unos cuantos pasos arrítmicos y debilitados al otro lado del cobertizo y pisó o tropezó con la nieve. La capa superior, helada, crujió bajo sus pies una, dos, tres veces, pero después volvió a pisar sobre cemento. Su paso era lento y poco firme. El plan podía funcionar.

Le oí arrastrar los pies por el camino de cemento: paso, pausa, paso, tropiezo. No me atrevía a respirar y cerré los ojos queriendo que el demonio cayera redondo y muriera, que tirara la toalla para siempre. Paso, pausa, paso, pausa, paso, gruñido. Se movía más lentamente que nunca. Yo me quedé totalmente quieto, con miedo de moverme ni que fuese un centímetro, y el frío, la nieve y el aire helado empezaron a pasarme factura. Volví a tener la misma sensación de fallo físico que sentí cuando descubrí al demonio, escondido en la nieve junto al lago Friqui, consciente de cada torpe latido y sensación titubeante. Tenía un hormigueo en los pies y las manos que me quemaba; esta sensación se convirtió en un cosquilleo adormecido y por último, en nada. Mi cuerpo era un mecanismo de relojería gastado, se me estaba acabando la cuerda poco a poco, el último engranaje iba a girar por última vez, el último muelle iba a saltar y el mecanismo se iba a parar para siempre.

Con mucha precaución para no perder el equilibrio y sin un buen lugar donde apoyar los pies en un espacio tan estrecho, me incliné hacia delante y poco a poco, imperceptiblemente, tiré de los pies de Neblin para esconderlos tras el cobertizo, centímetro a centímetro sin hacer ni un solo ruido. Los pasos del camino todavía se oían, pausados y cargados de angustia. Doblé las rodillas de Neblin y silenciosamente —muy,

muy en silencio— se las apoyé contra el cobertizo. Una sombra negra atravesó la ráfaga de los faros y llenó la valla, el cobertizo y el jardín a mis espaldas con la gigantesca silueta del demonio: cabeza bulbosa y diez garras en forma de guadaña, el grueso abrigo y los pantalones colgando holgadamente de aquellas extremidades flacas e inhumanas. Me pregunté si había tenido la oportunidad de volver a su forma humana o si se había visto obligado a ayudar a Kay de aquella guisa. Debía de estar a punto de morir.

Con mucha delicadeza di un paso adelante, colocando los pies con mucho cuidado, y me asomé a mirar por el lateral del cobertizo. El demonio luchaba por mantenerse en pie, se tambaleaba junto al coche; cuando se apoyó en el capó, arañó la pintura con las zarpas. Avanzó trabajosamente hacia el lado del copiloto, se detuvo un momento prácticamente doblado por el dolor e intentó alcanzar la manilla de la puerta. Cuando levantó la mano del coche, perdió el equilibrio y se desplomó de costado sobre la nieve. Me quedé sin respiración y el pulso, aunque mi corazón ya estaba haciendo esfuerzos, se me aceleró todavía más. ¿Qué pasaba? ¿Estaba muerto? Con un gruñido patético el demonio se puso de rodillas, se apretó el pecho y emitió un aullido inhumano. Todavía no había muerto, pero estaba muy cerca de la muerte y lo sabía.

Se arrancó el abrigo y se abalanzó sobre el coche. Las enormes garras blancas parecían brillar en la oscuridad; las clavó en la chapa con una fuerza aterradora y así se puso en pie. Tendió una de las zarpas hacia la manilla pero se detuvo en seco. El demonio se quedó mirando el coche, inmóvil.

Había visto el asiento vacío. Sabía que su única esperanza se había desvanecido. El demonio cayó de rodillas y lloró: no era un rugido ni un gruñido, sino un llanto agudo cargado de lamentos.

Era el sonido que siempre asociaré a la palabra «desesperación».

El llanto se convirtió en un alarido —de rabia o frustración, no lo supe distinguir— y se puso en pie con gran dificultad. Vi cómo daba un paso en dirección a la casa y otro hacia la calle, demasiado confundido para decidirse, y después cayó de nuevo de rodillas. Avanzó centímetro a centímetro utilizando las garras para arrastrarse y finalmente cayó de bruces en el suelo. Sentí como si hubiera quedado atrapado en ese momento durante horas, esperando una sacudida, o una arremetida o un grito, pero no ocurrió nada. El mundo entero estaba helado e inmóvil.

Esperé un momento más, uno largo y desesperado, antes de atreverme a salir. El demonio estaba inerte sobre el cemento, tan apagado como la superficie sobre la que estaba tendido. Salí lentamente de mi escondite y avancé poco a poco sin apartar la mirada del cuerpo. Tenues remolinos de vapor se elevaban en el aire de la noche. Caminé pausadamente hacia él, entrecerrando los ojos para protegerme del reluciente brillo de los faros y me quedé mirándolo.

Era una sensación peculiar, como un estremecimiento visceral que rápidamente se

convierte en trascendencia: no se trataba de un cadáver cualquiera, era mío, mi propio cuerpo, tendido y totalmente inmóvil. Era como una obra de arte, algo que yo había hecho con mis propias manos. Me invadió una sensación de orgullo y comprendí por qué tantos asesinos en serie dejaban que los cuerpos de sus víctimas fuesen descubiertos: cuando creabas algo tan hermoso, querías que todo el mundo lo viera.

Estaba muerto, por fin.

Sin embargo, me pregunté por qué no se estaba descomponiendo del mismo modo que hacían los órganos viejos. Si la energía que los mantenía en funcionamiento había desaparecido, ¿por qué seguía... entero?

Un resplandor me llamó la atención y levanté la cabeza de golpe. La luz venía de la ventana del salón de casa. Un segundo después, las cortinas se abrían. Era mi madre: seguramente había oído el bramido del demonio y buscaba una explicación. Me agaché junto al coche, fuera de la luz de los faros, a tan sólo un par de metros del demonio muerto. Se quedó en la ventana un buen rato antes de apartarse y dejar que la cortina volviese a su lugar. Esperé a que apagara la luz pero ésta continuó encendida. Un momento después se encendió la luz del baño y yo negué con la cabeza. Ella no había visto nada.

El demonio se movió.

Al instante concentré toda mi atención en el demonio caído, que estaba tan cerca que prácticamente podía tocarlo. Giró la cabeza hacia un lado y el brazo izquierdo dio una sacudida salvaje. Me levanté y retrocedí un paso. El demonio agitó el brazo una vez más antes de plantarlo firmemente en el suelo y apoyarse en él. Levantó los hombros con la cabeza aún colgando y dio una patada al costado. Luchó un momento con la pierna antes de abandonar e intentarlo con el otro brazo. Se estaba arrastrando.

Levanté la mirada justo a tiempo para ver que se encendía otra luz, esta vez la de mi habitación. Mi madre había entrado para ver si estaba bien y se había dado cuenta de que no estaba en la cama.

«¡Haz algo!», grité para mis adentros. El demonio avanzó la distancia de su larguirucho brazo y después tendió el otro. De algún modo, había conseguido revivir, como cuando mató al padre de Max. Sólo que esta vez no tenía un cuerpo fresco a tan sólo un metro de distancia. La fuente de órganos más cercana era yo y al parecer ni siquiera sabía que estaba allí. En lugar de eso, se arrastraba...

Hacia mi casa.

Las zarpas se clavaron en el asfalto, justo al otro lado de la alcantarilla, y volvió a tirar de sí para avanzar. Los movimientos eran lentos pero decididos y poderosos. Cada movimiento que hacía parecía tener más fuerza, ser un poco más rápido.

Otra luz y más movimiento: mi madre había abierto la puerta lateral y estaba junto a la

puerta, iluminada por la luz de las escaleras, visible como un faro. Llevaba el grueso abrigo por encima del camisón y tenía los pies enfundados en un par de botas altas de nieve.

—¿John? —Su voz se oyó clara y alta, y tenía el tono descarnado que yo reconocía como preocupación. Había salido a buscarme.

El demonio estiró otro brazo y emitió un gruñido sobrenatural mientras se acercaba a mi casa. Se movía con mayor rapidez y parecía más impaciente. A medida que avanzaba iba dejando pegotes negros en el asfalto que chisporroteaban con un calor antinatural y se descomponían en segundos. Mi madre debió de oírle y se volvió hacia él. Ya estaba a medio camino entre el coche y ella.

—¡Entra en casa! —chillé y me abalancé corriendo hacia ella.

El demonio levantó la cabeza de golpe y cuando pasé hizo un intento desesperado de agarrarme con sus largos brazos. Corrí hacia un lado y lo esquivé, pero se puso en pie de un salto y vino a por mí. Yo me tambaleé hacia el costado y el demonio cayó; no me agarró por unos escasos centímetros. Cayó con fuerza sobre el asfalto y aulló de dolor.

—John, ¿qué pasa? —gritó mi madre mirando con horror al demonio que estaba tirado en la calzada.

No podía verlo bien desde donde estaba pero sí lo suficiente como para estar aterrorizada.

—¡Entra! —repetí antes de pasar junto a ella como una exhalación y tirar de ella hacia dentro.

Los guantes le dejaron manchas de color rojo oscuro en el abrigo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Ha matado a Neblin —dije y la metí en casa—. ¡Vamos!

El demonio estaba otra vez en movimiento, arrastrándose directamente hacia nosotros con aquella boca bestial llena de colmillos luminiscentes, afilados como agujas. Mi madre estaba a punto de cerrar de golpe pero yo cogí la puerta y la forcé a abrirla.

—¿Qué haces?

—Tenemos que dejarle entrar —dije intentando empujarla hacia la funeraria. No había manera de moverla—. Tenemos que ponérselo fácil porque si no irá a casa de los vecinos.

—¡Aquí no entra! —chilló.

Había llegado a la acera de delante de casa.

—Es lo único que podemos hacer —dije y la aparté.

Soltó la puerta y cayó contra la pared, mirándome con el mismo horror que le había

dedicado al demonio. Era la primera vez que despegaba los ojos de él y recorrió la sangre que me cubría el pecho y los brazos con la mirada. El monstruo de mi interior se encabritó con el recuerdo del cuchillo en la cocina, ansioso por volver a dominarla a través del miedo, pero lo tranquilicé y abrí la puerta que conducía a la funeraria. «Enseguida matarás».

—¿Adónde vamos? —preguntó mi madre.

—A la parte de atrás.

—¿A la sala de embalsamar?

—Espero que eso sepa encontrar el camino.

La llevé conmigo al vestíbulo de la funeraria, encendí las luces y me apresuré a cruzarlo en dirección a la sala de atrás. La puerta dio un golpe a nuestras espaldas, pero no nos atrevimos a mirar. Mi madre chilló y corrimos hacia el vestíbulo de atrás.

—¿Tienes las llaves? —pregunté empujando a mi madre contra la puerta.

Rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó un llavero. El demonio bramó desde la recepción y yo respondí con otro alarido, liberando la tensión en forma de un rugido primario. Apareció tambaleándose por la esquina justo cuando mi madre abría la cerradura. Su cuerpo se descomponía a medida que caminaba, era como si estuviera chorreando. Cruzamos la puerta a toda prisa e irrumpimos en la habitación de atrás. Mi madre corrió hacia el fondo buscando una llave, pero yo encendí las luces y fui directo a un lateral. Enroscada en un ordenado montón estaba nuestra única esperanza: la cuchilla del trocar, descansando como la cabeza de una serpiente en un extremo de la aspiradora. Accioné el interruptor para ponerla en marcha y vi cómo el ventilador volvía lentamente a la vida.

—Esperemos que no nos deje tirados esta noche —dije y me lancé hacia la pared, junto a la puerta abierta.

Al otro lado de la habitación, mi madre giró la llave en la cerradura y abrió la puerta de fuera de golpe. Se volvió hacia mí y me miró aterrorizada.

—John, ¡está aquí!

El demonio irrumpió en la sala e intentó agarrar a mi madre con sus garras como relucientes cuchillas. Entonces, con todas mis fuerzas, le clavé el trocar, que emitía un suave zumbido, en mitad del pecho. Retrocedió un paso, tambaleándose, y abrió los ojos más de lo que yo creía posible. Oí un sonido húmedo cuando algo —la sangre, quizá, o el corazón entero— fue arrancado de cuajo de aquel cuerpo medio descompuesto y se deslizó por el tubo de la aspiradora. El demonio cayó de rodillas mientras más órganos y fluidos eran chupados por la máquina y oí el conocido y asqueroso chisporroteo de la carne que se convertía en la sustancia negra. El tubo se enroscaba y expulsaba humo de

tanto calor. Me aparté y me quedé mirando mientras el propio cuerpo del demonio se devoraba a sí mismo y sacaba fuerzas y vitalidad de las extremidades para regenerar los tejidos que perdía. Parecía estar descomponiéndose ante mis ojos, y pequeñas olas de desintegración subían desde los dedos de las manos y de los pies por los brazos y las piernas, y avanzaban inexplicablemente por el torso.

No sé cuándo se acercó mi madre a mí pero de pronto fui vagamente consciente de que me estaba agarrando con fuerza mientras ambos mirábamos horrorizados. Yo no la abracé, simplemente me quede allí, mirando.

Pronto el demonio había dejado prácticamente de existir y un torso hundido y una cabeza nudosa me miraban fijamente desde un charco humeante de alquitrán en forma de hombre. Luchaba por tomar aire, aunque no parecía que tuviese los pulmones lo suficientemente enteros como para respirar. Lentamente me quité el pasamontañas y di un paso adelante, mostrándole una imagen perfecta de mi rostro. Pensaba que se iba a revolver, a volverse loco de rabia y dolor, desesperado por segar mi vida para salvar la suya. Pero en lugar de eso el demonio se calmó. Me vio acercarme y aquellos ojos amarillos me siguieron hasta que estuve justo delante de él. Le devolví la mirada.

El demonio respiró hondo y los pulmones, hechos polvo, se agitaron con el esfuerzo.

—«¡Tigre! ¡Tigre! —dijo. Su voz era un susurro áspero—. Luz llameante». —Tosió con violencia y cada sonido que arrancaba estaba cargado de agonía.

—Lo siento.

No se me ocurría nada más que decir.

Respiró una vez más, con el aliento entrecortado, ahogándose con su propia materia en descomposición.

—No quería hacerle daño —dije; prácticamente le estaba suplicando—. No quería hacerle daño a nadie.

Los colmillos le colgaban marchitos de la boca como briznas de hierba seca.

—No... —dijo y un horrible ataque de tos lo calló—. No se lo digas.

—¿A quién? —preguntó mi madre.

Aquel rostro horrendo se crispó una vez más de rabia, esfuerzo o miedo y aquella voz espantosa pronunció una última frase con voz áspera.

—Recuérdame cuando ya no esté.

Asentí. El demonio miró hacia el techo, cerró los ojos y se hundió, se derrumbó, se deshizo en un montón informe de color negro chisporroteante. El demonio estaba muerto.

Fuera empezó a nevar.

19

Me quedé mirando el charco negro del suelo intentando comprender todo lo que había ocurrido. Un minuto antes aquella sustancia era el demonio y una hora antes, mi vecino: un anciano muy amable que amaba a su esposa y me daba chocolate caliente.

Pero no, la sustancia viscosa era solamente eso: los restos físicos de un cuerpo que en realidad nunca había sido del todo suyo. La vida, la mente o el alma o lo que quiera que fuese que hacía que un cuerpo estuviese vivo había desaparecido. Era un fuego y nosotros, el combustible.

«Recuérdame cuando ya no esté».

—¿Qué era eso?

Levanté la mirada y vi a mi madre; fui consciente de que me sujetaba con fuerza por los hombros, de que tenía el cuerpo ligeramente delante del mío. Se había colocado entre el monstruo y yo pero ¿cuándo? Yo sentía la cabeza cansada y oscurecida, como una nube de tormenta cargada de lluvia.

—Era un demonio —dije.

Me aparté de ella y fui hasta el interruptor de la aspiradora. La apagué y el rumor, el ruido de interferencias, se extinguió y nos abandonó al silencio. El tubo estaba grotescamente retorcido, se había derretido y había formado un montón humeante y tóxico de rizados de plástico. Parecía el intestino de una bestia mecánica. La cuchilla del trocar estaba manchada de la sustancia viscosa y la saqué con cuidado de entre la masa del suelo sujetándola con dos dedos.

—¿Un demonio? —preguntó mi madre echándose hacia atrás—. ¿Qué... por qué? ¿Un demonio por qué? ¿Qué hace aquí?

—Quería comernos —dije— o algo así. Mamá, es el asesino de Clayton, la cosa que ha estado robando partes del cuerpo. Las necesitaba para sobrevivir.

—¿Está muerto?

Miré ceñudo el revoltijo del suelo, que parecía más una vieja hoguera que un cuerpo.

—Creo que sí. No sé muy bien cómo funciona esto.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó y se volvió hacia mí. Buscó con la mirada alguna señal en mi rostro—. ¿Por qué estabas fuera de casa?

—Por el mismo motivo que tú —mentí—. Oí un ruido y salí. Estaba en casa de los Crowley, haciendo algo; matándolos, supongo. Oí gritos. El doctor Neblin estaba en el coche de los Crowley, muerto, así que lo saqué de allí a rastras para que el demonio no lo encontrase. Entonces fue cuando tú saliste y el demonio vino hacia aquí.

Me miró la cara, el abrigo empapado de sangre, la ropa calada de nieve derretida y sudor helado. Yo la observé mientras dejaba de observarme y recorría la sala con la mirada y asimilaba las huellas de sangre que yo había dejado en la pared y en los mostradores, y el lodo humeante del suelo. Prácticamente podía leerle los pensamientos a medida que se mostraban en su rostro: conocía a aquella mujer mejor que a cualquier otra persona del mundo, y lo que le pasaba por la mente era más fácil de adivinar que lo que yo mismo pensaba. Estaba pensando en mi sociopatía y mi obsesión con los asesinos en serie. Pensaba en la vez que la amenacé con un cuchillo y en la manera en que miraba los cadáveres y en todas las cosas que había leído, oído y temido desde que descubrió, años antes, que yo no era como los demás niños. Quizá estuviera pensando en mi padre, que tenía cierta tendencia hacia la violencia, y se preguntaba hasta qué punto podía llegar —o había llegado— yo a seguir su camino. Lo repasó todo dentro de la cabeza, revisando los distintos panoramas e intentando decidir qué debía creer. Y entonces hizo una cosa que probaba sin duda alguna que yo no la comprendía en absoluto.

Me abrazó.

Abrió los brazos y me acercó a ella, me rodeó con una mano detrás de la espalda y otra en la cabeza, llorando. No de tristeza, sino con aceptación. Lloró aliviada, moviéndose suavemente atrás y adelante, atrás y adelante, empapándose de la sangre del abrigo y los guantes sin importarle lo más mínimo. Sabiendo que le gustaría, la rodeé con los brazos.

—Eres un buen chico —dijo estrechándome todavía más—. Eres un buen chico, lo que has hecho está bien.

Quería saber hasta qué punto había adivinado lo que había pasado pero no me atreví a preguntar. Simplemente la abracé hasta que ella tuvo bastante.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo.

Retrocedió un paso y se frotó la nariz. Después cerró la puerta e hizo girar la llave.

—Y tenemos que llamar a una ambulancia por si ha hecho daño a los Crowley, como has dicho. A lo mejor siguen vivos.

Abrió un armario que había a un costado y sacó la fregona y el cubo, pero un momento después sacudió la cabeza y dijo:

—Querrán verlo tal como está ahora.

Bordeó la mancha viscosa con cuidado y se dirigió al pasillo.

—¿Estás segura de que es mejor llamar? —pregunté siguiéndola de cerca—. No sé si nos van a creer... —La seguí por el pasillo hasta la recepción, prácticamente pisándole los talones, intentando convencerla de que no telefonara—. Podemos llevar a la señora Crowley al hospital, pero primero nos tendremos que cambiar de ropa; estoy lleno de sangre. ¿No crees que sospecharán de nosotros? —Me vi en la cárcel, en los tribunales, en una institución, en la silla eléctrica—. ¿Y si me arrestan? ¿Y si creen que yo maté a Neblin y a los demás? ¿Qué pasa si leen los documentos del doctor y creen que soy un psicópata y me encierran?

Mi madre se detuvo, dio media vuelta y me miró directamente a los ojos.

—¿Has matado a Neblin?

—Claro que no.

—Claro que no —dijo—. Y no has matado a nadie más.

Se echó atrás y se abrió el abrigo, mostrándome la sangre en los costados y en el camión.

—Ambos estamos cubiertos de sangre y somos inocentes. Los policías entenderán que intentábamos ayudar y mantenernos con vida.

Soltó el abrigo y vino hacia mí; me cogió con fuerza de los brazos y se agachó lo suficiente como para que nuestras caras quedasen a unos centímetros de distancia.

—Pero lo más importante es que estamos juntos. No voy a permitir que te lleven a ninguna parte y nunca te voy a abandonar. Jamás. Somos una familia y siempre estaré aquí para ti.

Dentro de mí, algo cobró sentido por fin; me di cuenta de que llevaba toda la vida esperando oír aquellas palabras. Me aplastaron y me dejaron helado, todo a la vez, y me encajaron en el alma como si fueran la última pieza perdida de un rompecabezas. La tensión de la noche, de todo el día, de los últimos meses, salió de mí formando un torrente como la sangre que fluye de una vena abierta y por primera vez me vi como me veía mi madre: no como un psicópata ni un acosador ni un asesino, sino como un chaval triste y solitario. Me derrumbé sobre ella y me di cuenta, por primera vez en años, de que era capaz de llorar.

• • • • •

En los escasos minutos que pasaron antes de que llegara la policía y mientras mi madre iba a casa de los Crowley a ver cómo estaban, saqué el móvil del señor Crowley del abrigo que había dejado por ahí tirado. Por si acaso, rebusqué en los bolsillos del señor Neblin y cogí también el suyo. No tenía tiempo de deshacerme de ellos adecuadamente,

así que, junto con el de Kay, los tiré al bosque por encima de la valla trasera de los Crowley. Allí atrás no había huellas, solamente hectáreas de nieve intacta, así que tenía la esperanza de que quedasen a salvo hasta que tuviera oportunidad de buscarlos y deshacerme de ellos de forma más permanente. En el último momento, justo a tiempo, me acordé del GPS y saqué la segunda unidad de debajo del asiento del coche de los Crowley. También los tiré al bosque, justo cuando se empezaba a oír la sirena del primer coche.

Enseguida, a las estridentes sirenas siguieron fogonazos de luz y una larga fila de coches patrulla, ambulancias, una unidad toxicológica e incluso un camión de bomberos. Los vecinos miraban desde el porche o la ventana, temblando, en zapatillas y con un abrigo por encima, mientras un ejército de uniformes formaba por la calle y acordonaba la zona. Encontraron el cuerpo de Neblin y lo fotografiaron; a Kay, que seguía inconsciente, la trataron y la llevaron directamente al hospital; a mi madre y a mí nos interrogaron y el desaguizado de la funeraria fue estudiado y catalogado con detenimiento.

El miembro del FBI que había visto en las noticias, el agente Forman, estuvo casi toda la noche haciéndonos preguntas en la funeraria: primero juntos, después en solitario mientras el otro se lavaba y cambiaba. A él, y a todo el que preguntó, le conté la misma historia que a mi madre: que había oído un ruido, había salido para ver qué era y había visto al asesino entrar en casa de los Crowley. Me preguntaron si sabía dónde estaba el señor Crowley y dije que no lo sabía; también por qué había decidido mover el cuerpo de Neblin y no se me ocurría nada que no sonase a locura, así que respondí que simplemente en aquel momento me había parecido una buena idea. La masa viscosa de la parte de atrás la pasamos por alto: dijimos que no teníamos ni idea de cómo había llegado hasta allí. No sabía si nos habían creído o no, pero al final todo el mundo parecía estar satisfecho.

Antes de que se marcharan me preguntaron si necesitaba hablar con un especialista en pérdidas de seres queridos para ayudarme a superar la desaparición simultánea de dos hombres a los que conocía relativamente bien, pero contesté que ir a un terapeuta para hablar de mi primer terapeuta me parecía una especie de traición. Nadie rio. Al doctor Neblin le habría hecho gracia.

Por la mañana la historia se había extendido y había mutado: el asesino de Clayton había matado a Bill Crowley cuando, de noche, éste salió a dar una vuelta en coche y después había asesinado a Neblin de camino a casa de los Crowley. Una vez allí, el asesino había torturado y golpeado a Kay hasta que los vecinos —mi madre y yo— se dieron cuenta de que pasaba algo y lo interrumpieron. El asesino vino a por nosotros pero se escapó cuando nos resistimos y no dejó ningún rastro a excepción de la misteriosa mancha negra que ya conocíamos del resto de ataques. Nadie se iba a creer que el atacante era una especie de monstruo en estado de desintegración, así que ni nos molestamos en explicarlo.

Por supuesto, la historia tenía suficientes flecos como para que empezaran a circular rumores; no se encontró el cuerpo del asesino ni de Crowley, así que podían seguir vivos

en alguna parte. Sin embargo, yo sabía que la larga ordalía había llegado a su fin. Por primera vez en varios meses, me sentí tranquilo.

Supongo que podrían haber sospechado de mí si Kay no hubiese sido mi defensora más incondicional. Le juré a la policía que era un buen chico y un buen vecino, y que nos queríamos como si fuéramos parientes. Cuando encontraron una pestaña mía en su habitación, ella les contó que había ayudado al señor Crowley con las bisagras de la puerta; cuando encontraron huellas dactilares en las ventanas del coche, les explicó que le había ayudado a comprobar el aceite y la presión de las ruedas. Cualquier pregunta que hiciesen tenía explicación porque durante dos meses enteros había estado en su casa prácticamente todos los días. Las únicas pruebas condenatorias estaban en los móviles, pero de momento nadie los había encontrado.

Además, no era más que un crío; no creo que me llegasen a considerar seriamente como sospechoso. Estoy seguro de que si aquella noche hubiese intentado cubrir lo que había pasado, hubieran sospechado más de mí. Pero como fuimos directamente a la policía con el asunto, parecía que nos habíamos ganado su confianza. Poco después casi daba la impresión que aquello no había ocurrido nunca.

Pensaba que la muerte del demonio me iba a afectar más, que iba a aparecer en mis sueños o algo así. Pero en lugar de eso me di cuenta de que en realidad a lo que le daba vueltas era a sus últimas palabras: «Recuérdame». No estaba seguro de querer recordarlo: era un asesino maligno y feroz, y yo no quería volver a pensar en nada de todo aquello.

La cuestión era que había muchas cosas en las que no quería pensar, cosas sobre las que no había reflexionado durante años a pesar de que evitarlas no me había llevado a ninguna parte. Creo que era hora de seguir los consejos del señor Crowley y recordar. Cuando la policía la dejó tranquila por fin, fui a visitar a Kay Crowley.

Cuando abrió la puerta me abrazó. Sin palabras, sin saludar, sólo el abrazo. No me lo merecía, pero se lo devolví. El monstruo rugió pero lo miré a los ojos y le obligué a bajar la mirada. Se acordaba de aquella mujer frágil y sabía lo fácil que sería matarla, así que concentré toda mi energía en controlarme. Era mucho más difícil de lo que quería admitir.

—Gracias por venir —dijo con los ojos bañados en lágrimas. Tenía el ojo derecho morado y yo me sentí fatal.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas, cariño —dijo y me hizo entrar—. Lo único que hiciste fue ayudar.

La miré con atención, estudié su rostro, los ojos, todo. Era el ángel que había domesticado al demonio; el alma que lo había atrapado y lo había atado con un poder que nunca antes había sentido: el amor. Notó la intensidad de mi mirada y me la devolvió.

—¿Qué pasa, John?

—Hábleme de él —dije.

—¿De Bill?

—Bill Crowley. Llevo toda la vida al otro lado de la calle pero creo que en realidad no lo conocía mucho. Por favor, cuénteme cosas sobre él.

Era su turno para estudiarme: una mirada profunda como un pozo que me observaba desde el pasado.

—Conocí a Bill en 1968 —dijo, y me llevó al salón y se sentó en el sofá—. Nos casamos dos años después; el próximo mayo hubiera sido nuestro cuadragésimo aniversario.

Me senté frente a ella y escuché.

—Los dos habíamos cumplido los treinta —dijo— y en aquellos tiempos, en este pueblo, con esa edad, ya eras una solterona. Supongo que yo ya me había hecho a la idea; sin embargo, entonces un día llegó Bill buscando trabajo. Yo trabajaba de secretaria en la oficina de aguas. Él era muy guapo y tenía un alma antigua, no era como los demás porque no le interesaba todo ese asunto de los hippies. Era educado y tenía buenos modales, y me recordaba un poco a mi abuelo porque siempre llevaba sombrero, les abría la puerta a las señoras y se ponía en pie cuando entrabas en una habitación. Ni que decir tiene que consiguió el trabajo y yo lo veía entrar todas las mañanas; era muy cortés. Fue quien empezó a llamarme Kay, ¿sabes? Mi verdadero nombre es Katherine y todos me llamaban Katie o señorita Wood, pero él decía que hasta Katie era demasiado largo y lo acortó a Kay. Siempre estaba en movimiento, haciendo algo nuevo y corriendo de un lado a otro. Tenía ansias de vivir. Después de un par de semanas ya sabía que era para mí.

Se rio suavemente y yo sonreí.

El pasado del señor Crowley se desplegaba ante mí como un cuadro: de rico color y textura, proporcionaba una buena comprensión del sujeto. No era perfecto, pero durante un tiempo —un período muy largo— había sido un hombre bueno.

—Estuvimos cortejándonos durante un año antes de que me propusiera matrimonio —continuó contando la señora Crowley—. Entonces, estábamos comiendo un domingo en casa de mis padres, con todos mis hermanos y hermanas y sus familias, y estábamos todos riéndonos y hablando, y él se levantó y salió del comedor. Tenía en los ojos una mirada lejana. Lo seguí y lo encontré llorando en la cocina. Me dijo que nunca antes lo había comprendido; recuerdo perfectamente lo que dijo: «No lo entendía, Kay. No lo entendía, hasta ahora». Me dijo que me quería más que nada en el mundo, cielo e infierno incluidos, porque él hablaba de una forma muy romántica, y allí mismo me pidió que me casara con él.

Se quedó un momento con los ojos cerrados, recordando.

—Me prometió que se quedaría a mi lado para siempre, en la salud y en la enfermedad... Los últimos días estaba más tiempo enfermo que sano, ya lo viste, pero todos los días me decía: «Siempre estaré a tu lado».



No creo que mi madre se diese cuenta de que aquel día otra persona se mudó a vivir con nosotros pero lleva aquí desde entonces. Mi monstruo había surgido definitivamente y no era capaz de recluirlo. Lo intenté, lo intentaba todos los días, pero no funciona así. Si deshacerse de él fuera tan fácil, no sería un monstruo.

Una vez muerto el demonio, intenté reconstruir el muro y volver a establecer las normas, pero mi propio lado oscuro se rebelaba a cada instante. Me dije a mí mismo que ya no podía pensar en hacer daño a la gente y, a pesar de eso, siempre que bajaba la guardia mis ideas iban en esa dirección y acababa teniendo pensamientos violentos. Era como si mi mente tuviera un salvapantallas lleno de sangre y gritos, y si alguna vez me quedaba ocioso demasiado tiempo, aparecían esos pensamientos y tomaban el control. Empecé a practicar aficiones que me mantenían ocupado —leer, cocinar, resolver acertijos de lógica—, cualquier cosa que evitase que apareciera el salvapantallas mental. Durante un tiempo me dio buen resultado pero tarde o temprano tenía que dejar los pasatiempos a un lado e irme a la cama y entonces me quedaba solo, tumbado a oscuras, y me peleaba con mis propios pensamientos hasta que me mordía la lengua y golpeaba el colchón suplicando clemencia.

Cuando finalmente abandoné la idea de intentar cambiar las cosas que pensaba, decidí que lo siguiente mejor eran las acciones. Me obligué otra vez a hacer cumplidos y a mantenerme alejado de los jardines de la gente y prácticamente me produjo a mí mismo un miedo patológico a las ventanas de tanto forzarme a no mirarlas. Los pensamientos oscuros seguían allí, ocultos, pero mis acciones se mantenían inmaculadas. Dicho de otro modo, se me daba bien fingir que era normal. Si me vieras por la calle, no tendrías ni idea de las ganas que tenía de matarte.

Había una norma que nunca llegué a reinstaurar; tanto el monstruo como yo la pasamos por alto por motivos diferentes. Apenas pasó una semana antes de que mi madre me obligara a enfrentarme con ello. Estábamos cenando y viendo «Los Simpson» una vez más (los momentos como aquél eran prácticamente los únicos en los que hablábamos).

—¿Qué tal Brooke? —preguntó mi madre y quitó el volumen del televisor. Yo no aparté la mirada de la pantalla.

«Está genial —pensé—. Pronto será su cumpleaños y he encontrado la lista de invitados a su fiesta de pijamas, arrugada en la basura de sus padres. Le gustan los caballos, el manga y la música de los ochenta, y siempre llega al autobús del instituto con el tiempo tan justo que tiene que echar a correr para no perderlo. Conozco sus horarios de

clase, su media de notas, su número de la seguridad social y la contraseña de su cuenta de Gmail».

—No sé —dije—. Supongo que bien. No la veo mucho.

Sabía que no debía seguirla, pero... Bueno, quería hacerlo. No deseaba renunciar a ella.

—Deberías pedirle una cita —dijo mi madre.

—¿Una cita?

—Tienes quince años, casi dieciséis. Es normal. No tiene piojos.

Ya, pero seguramente yo sí.

—¿Ya se te ha olvidado todo el rollo de la sociopatía? —pregunté. Mi madre me miró ceñuda—. No tengo empatía, ¿cómo voy a construir una relación con alguien?

Era la gran paradoja de mi sistema de normas: si me obligaba a no pensar en las personas en las que más solía hacerlo, evitaba las malas relaciones pero, de la misma manera, también las buenas.

—¿Quién habla de tener una relación? —dijo mi madre—. Si quieres, puedes esperar a los treinta para tener una, para mí sería mucho más fácil. Lo único que digo es que eres un adolescente y deberías estar por ahí pasándotelo bien.

Miré la pared.

—No se me da bien la gente, mamá. Tú deberías saberlo.

Se quedó en silencio un momento y yo intenté imaginar qué estaba haciendo: fruncir el ceño, suspirar, cerrar los ojos, pensar en la noche que la amenacé con un cuchillo.

—Últimamente estás mucho mejor —dijo finalmente—. Ha sido un año difícil y durante un tiempo no eras tú mismo.

De hecho, en los últimos meses había sido más yo mismo que nunca, pero tampoco iba a contestarle eso.

—Lo que debes recordar, John, es que todo se consigue con la suficiente práctica. Dices que no se te dan muy bien las personas; pues bien, la única forma de mejorar es salir y practicar: hablar, interactuar. No te vas a volver más sociable aquí en casa conmigo.

Pensé en Brooke y en los pensamientos sobre ella que ocupaban una parte tan grande de mi mente: algunos buenos y otros muy peligrosos. No quería renunciar a ella pero tampoco me fiaba de mí lo suficiente. Así era más seguro.

Aunque mi madre tenía razón en una cosa. La miré furtivamente —el rostro cansado, la ropa gastada— y pensé en cuánto se parecía a Lauren. En cuánto se parecía a mí. Entendía lo que me estaba pasando, no por experiencia, sino por pura y simple empatía.

Era mi madre y me conocía aunque yo apenas la conociera a ella.

—¿Por qué no empezamos con algo más fácil? —dije cogiendo un trozo de pizza—. Ya sabes, primero te conozco más a ti y luego ya voy mejorando a partir de ahí.

La miré y pensaba que iba a hacer algún tipo de comentario burlón sobre que hablar con otras personas era mejorar respecto de ella, pero en lugar de eso capté la sorpresa. Tenía los ojos bien abiertos, la boca apretada y algo en el rabillo del ojo. Me fijé en cómo se convertía en una lágrima.

No estaba triste. Conocía los estados de mi madre lo suficiente como para distinguir eso. Aquel tipo de lágrima era algo que no había visto nunca. ¿Disgusto? ¿Dolor?

¿Alegría?

—No es justo —dije señalando la lágrima—. No vale ponerse emocional conmigo.

Contuvo la risa, me agarró y me dio un gran abrazo. Yo se lo devolví, un poco torpe y sintiéndome idiota, pero algo contento. El monstruo le miró el cuello, fino y desprotegido, e imaginó qué pasaría si lo partiera por la mitad. Me lo reproché a mí mismo y me separé del abrazo.

—Gracias por la pizza de esta noche —dije—. Está buena.

Era el único cumplido que se me ocurrió.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada.

• • • • •

A medida que las semanas se convirtieron en meses, la investigación siguió su curso; finalmente se dieron cuenta de que se habían acabado los asesinatos y el condado de Clayton recuperó algo parecido a la normalidad.

Aun así, era común que la gente hiciera sus propias especulaciones, y con el tiempo las teorías se hicieron más ridículas: a lo mejor era un vagabundo o alguien que mataba por placer; quizá se trataba de un asesino a sueldo que conseguía órganos para el mercado negro; puede que fuera un culto demoníaco que utilizaba a las víctimas en ritos indescriptibles. La gente quería que la explicación fuese tan espectacular y llamativa como los propios asesinatos, pero la verdad era mucho más aterradora: el verdadero terror no lo provocan los monstruos gigantes, sino gente de aspecto inocente. Personas como el señor Crowley.

Personas como yo.

Porque nunca nos verás venir.

CONTINUARÁ...



DAN WELLS (1977). Fue iniciado muy pronto en el mundo de la ciencia ficción: cuando tenía sólo cuatro meses le llevaron al cine a ver *La Guerra de las galaxias* y, cuando tenía seis, su padre le leyó *El Hobbit*. A los nueve años comunicó a sus padres que iba a ser escritor. Pasó la infancia leyendo, yendo casi cada día a la biblioteca. Leyó ciencia ficción, novela histórica, divulgación histórica e investigación criminal. En el instituto descubrió a los clásicos de la literatura, primero en inglés (Dickens, Austen, Twain, Conrad) y más tarde siguió con los de la literatura universal (Hugo, Dostoievski). Por su pasión por la lectura, decidió estudiar Filología Inglesa. Ha trabajado en marketing y como publicista. Fundó una página web de reseñas de videojuegos, y su juego favorito es *Battlestar Gallactica*. Está casado y tiene cinco hijos. *No soy un Serial Killer* es su primera novela, el inicio de la *Trilogía de John Wayne Cleaver*, a la que siguen *Mr. Monster* y *No voy a matarte*.

Notas

[1] Traducción de José María Valverde, Alianza, 2.^a ed., Madrid, 2006. <<

[2] En inglés, cuchillo de carnicero o cuchilla. (N. de la t). <<

[3] Mascota del Servicio de Bosques del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, creada para concienciar a la gente de la lucha contra los incendios forestales. (N. de la t).

<<

[4] Blake, William, Antología bilingüe, Alianza Editorial, Madrid, 2007 (trad. Enrique Cracciolo Trejo). <<